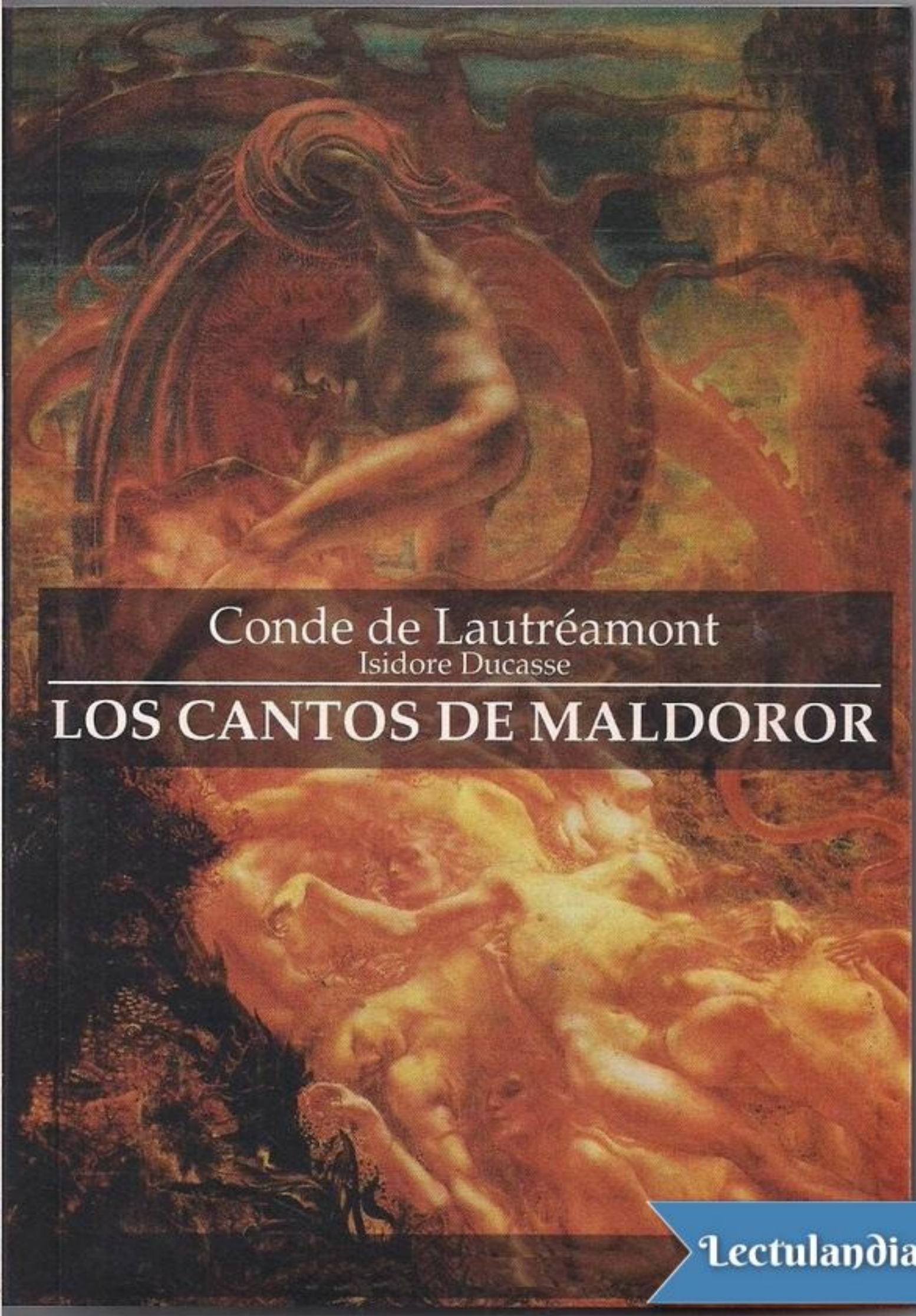


Conde de Lautréamont

Isidore Ducasse

LOS CANTOS DE MALDOROR

Lectulandia

Los cantos de Maldoror, obra entre las más atípicas y sorprendentes de la literatura, fueron escritos entre 1868 y 1869 y publicados ese mismo año. Los cantos que forman el libro son obra de un hombre de veintidós años al que la muerte se llevará apenas un año más tarde. Los ecos de estas páginas irán aumentando a lo largo del siglo XX, en particular por el impulso de André Breton, que vio en ese libro «*la expresión de una revelación total que parece exceder las posibilidades humanas*». Así, los surrealistas consideraron al libro como un precursor.

Lectulandia

Conde de Lautréamont

Los Cantos de Maldoror

ePub r1.0
Blok 05.12.14

Título original: *Les Chants de Maldoror*
Conde de Lautréamont, 1869
Traducción: Manuel Álvarez Ortega
Prólogo y notas: Maurice Saillet
Ilustraciones: Salvador Dalí

Editor digital: Blok
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CRONOLOGIA

1846 — Nace en Montevideo, el 4 de abril, Isidore Ducasse, hijo del diplomático francés Francois Ducasse, destinado en el Consulado de Francia en la capital de Uruguay.

1859/62 — Isidore Ducasse cursa estudios en el Liceo Imperial de Tarbes (Francia).

1863/65 — Continúa sus estudios en el Liceo Imperial de Pau.

1867 — Fija su residencia en Paris.

1868 — Aparece en agosto, publicado a cuenta del autor-pero anónimamente— el Canto primero de su gran poema en prosa *Cantos de Maldoror*.

1869 — Ducasse edita la versión completa de sus *Cantos de Maldoror*, firmada bajo el pseudónimo de Conde de Lautréamont, que se convertirá en su verdadero nombre literario. Una novela de Eugenio Sué llevaba por título *Lautréamont*, y había sido publicada en 1838). Sin embargo el volumen no se distribuye en librerías.

1870 — Edita bajo su verdadero nombre los dos fascículos titulados *Poesías*, con los que se propone iniciar un camino plenamente diferenciado y aparentemente contradictorio con su obra anterior. El primero de ellos fue presentado a censura en el Ministerio del Interior en el mes de abril y el segundo en junio de este año, pero no fueron distribuidos. Tras la contienda Franco-Alemana los prusianos entran en París —tras su rendición— el 19 de septiembre. El 24 de noviembre muere Ducasse/Lautréamont en Montmartre, París.

1874 — Reaparece en Bruselas la edición —no distribuida hasta entonces, posiblemente por razones de censura— de 1869.

1919 — Aparece la primera edición íntegra de *Poesías* en la revista francesa *Littérature*, a cargo de André Breton; su publicación en libro se producirá con un prefacio de otro fundador del surrealismo —Philippe Soupault— el siguiente año.

PRÓLOGO

NOTAS PARA UNA VIDA DE ISIDORO DUCHASE Y DE SUS ESCRITOS

Al señor Pascal Pia

El objeto de estas notas es separar la vida de Isidore Ducasse de las fábulas que la deforman e inclinan en diversos sentidos la lectura de sus obras. En cabeza de estas notas —porque resumen sus descubrimientos o se confunden con ellas— es preciso rendir homenaje a un pequeño número de estudiosos que, desde hace casi cien años, han contribuido a la identificación de Isidore Ducasse y a la salvaguarda de sus escritos.

El primero de ellos es Auguste Poulet-Malassis. Refugiado en Bruselas desde 1864 y dedicado al comercio de libros clandestinos, el compañero de Baudelaire ha mantenido para su clientela, principalmente parisiense, un «Boletín trimestral de las publicaciones prohibidas en Francia, impresas en el extranjero». En su boletín n^{0} 7, del 23 de octubre de 1869, anuncia la publicación de los *Cantos de Maldoror, por el conde de Lautréamont (Cantos 1, II, III, IV,* Y; *VI),* impresos en Bruselas por Lacroix y Verboeckhoven. Nuestra edición reproduce, a manera de prefacio, esa noticia que revela el nombre del autor de los *Cantos* y coloca su obra al lado de las de *Madame Bovary* y *Las flores del Mal*, a quienes no le ha faltado «el sacramento de la sexta cámara».

Al final del mismo boletín, Poulet-Malassis señala que «el impresor se ha negado, en el momento de ponerlos en venta, a entregarle *los Cantos de Maldoror*». Puede creerse que no descuida las gestiones para que Lacroix y Verboeokhoven reconsideren su negativa, pues obtiene del último citado las tres cartas por las cuales Isidore Ducasse se informa de la aparición del libro. Esas cartas a Verboeckhoven, del 23 y del 27 de octubre de 1869 y del 21 de febrero de 1870, fueron insertadas en el ejemplar de los Cantos que estaba en la biblioteca de Poulet-Malassis (el exlibris: «¡lo tengo! A. P. M.» no deja ninguna duda a este respecto) y que se halla conservado en la biblioteca literaria Jacques Doucet.

Unos veinte años más tarde, en 1890, un joven editor originario de Bélgica, Léon Oenonceaux, reimprime en París los *Cantos de Maldoror*. La introducción, firmada con sus iniciales y dedicada «a mi amigo Albert Lacroix» (el primer impresor del libro), rechaza la leyenda de la locura del poeta puesta en circulación por el artículo de Léon Bloy *El Calabozo de Prometeo*, donde hace un esbozo de la vida de Isidore Ducasse. Desde entonces se conoce el lugar y la fecha de su muerte, descubierto por

Léon Oenonceaux en la partida de defunción, y su obra se ve acrecentada por las dos cartas dirigidas al banquero Darasse: una, del 22 de mayo de 1869, citada en la introducción, y otra, del 12 de marzo de 1870, reproducida fuera de texto.

Después de esta publicación, Remy de Gourmont, entonces bibliotecario de la Biblioteca Nacional, hace aparecer en el número del *Mercure de France* de febrero de 1891, bajo el título de «La literatura Maldoror» el resultado de sus investigaciones sobre la obra de Isidore Ducasse. A él se le deben estas apreciadas indicaciones bibliográficas:

> *1. LOS CANTOS DE MALDOROR. Canto primero. Por… —París, imp. de Balitout, Questroy et Cie, 7, rue Bailhf Agosto de 1868. — En 8.* a *algo grande de 32 páginas con cubierta verde claro (precio: 30 céntimos).*
>
> *2. POESÍAS (par) Isidore Ducasse. 1-II —París, diarios políticos y literarios. Librería Gabrie, 25 pasaje Verdeau. 1870. Imp. de Balitout, Questroy et Cie, 7, rue Baillif - Dos fascículos de 16 páginas, en 8.º algo grande con cubierta salmón muy claro.*

Remy de Gourmont descubre por otra parte las principales variantes que existen entre el texto del Canto Primero de Maldoror, publicado en París, sin nombre de autor, en agosto de 1868, y el texto de la obra completa, impreso el año siguiente en Bruselas. Por último, en el mismo número de la revista, da una docena de fragmentos de las *Poesías 1* y *II*.

Tras citar Remy de Gourmont en su artículo la fecha de nacimiento de Isidore Ducasse (1850) indicada por Léon Genonceaux, el *Mercure de France* recibe, de un tío del poeta, un extracto de la partida de nacimiento, que aparece en el número de noviembre de 1891: se sabe desde entonces que el autor de los *Can-tos* nació en Montevideo el 4 de abril de 1846.

Durante los treinta años que siguieron, y a pesar de estar de moda Maldoror entre los jóvenes inmediatos de la generación simbolista (Alfred Jarry, Léon-Paul Fargue, Valery Larbaud, etc.), el estado de las investigaciones sobre la vida de Isidore Ducasse permanece estacionaria, y sus *Poesías* —cuyo único ejemplar conocido se halla en la Biblioteca Nacional— no son de nuevo impresas. Sin embargo, Bertrand Guégan decide citar numerosos párrafos de ellas en el *Armoire de citronier*, almanaque para el año 1919, acabado de imprimir «el primer día del año 1 de la Sociedad de Naciones». Algunos meses más tarde el texto íntegro de los dos fascículos se reproduce en los números 2 y 3 (abril y mayo de 1919) de la revista *Littérature*, precedido por una nota de André Breton.

Encomiada por los dadaístas y por los surrealistas, la obra de Isidore Ducasse se pone al alcance de los lectores gracias a las numerosas ediciones de los *Cantos* y de las *Poesías* que, a manera de prefacio, reproducen o comentan los artículos de Léon Genonceaux y de Remy de Gourmont.

A continuación de una edición nueva de las *Poesías*, presentado por Philippe Soupault, aparece, en las ediciones de Hautes Pyrénées de la *Dépêche de Toulosse* del 5 de marzo de 1923, un «Carnet del Curioso», firmado por el «Aficionado de las Medallas» (se trataba de François Alicot, corresponsal en Tarbes de ese diario), el cual publica por primera vez el certificado de defunción de Isidore Ducasse, y descubre la presencia de éste en el liceo de Tarbes entre 1859 y 1862. Este descubrimiento rectifica la biografía del poeta que, según Léon Genonceaux, no había llegado a Francia hasta 1867.

Bajo el título de «Cartas del conde de Lautréamont», las tres cartas de Isidore Ducasse a Verboeckhoven, insertan por Poulet-Malassis en su ejemplar de los *Cantos* (entonces recientemente entregado al modista bibliófilo Jacques Doucet por el librero Camille Bloch), aparecen en el número 10 de *Littérature*, nueva serie, el 10 de mayo de 1923. Una breve nota de Paul Eluard les acompaña, aunque el nombre del destinatario es omitido y nada denuncia de donde provienen.

En 1925, los uruguayos Gervasio y Alvaro Guillot Muñoz publican un pequeño libro que reúne dos estudios, *Lautréamont* y *Laforgue*, en la «Colección France-Amérique» de Montevideo. La parte positiva del artículo sobre Lautréamont es el texto, traducido del español, de la partida de bautismo de Isidore Ducasse, y un cuadro de la vida montevideana hacia la mitad del siglo pasado. Del poeta hay muy pocas cosas más, aunque sí diversas anécdotas de su padre, Francois Ducasse, canciller en el Consulado General de Francia en Montevideo, recogidas por los hermanos Guillot Muñoz de boca de algunos amigos supervivientes. Según ellos, Francois Ducasse era un hombre conocido en la sociedad montevideana y amenizaba la crónica social representando el papel de *dandy*, y gastaba mucho dinero en sus placeres y en el tren de vida de la casa. «Coleccionista de muchachas de teatro», había tenido, entre otras queridas, a la actriz brasileña Rosario de Toledo, a la que abandonó al cabo de menos de un año, tras habérsela quitado a un enamorado inglés, que murió poco después en estado de alienación mental.

Al margen de estas extravagancias, Francois Ducasse tenía una reputación de hombre de talento, muy instruido. Al término de un largo viaje de estudios por «las regiones vecinas del trópico de Capricornio», escribió un libro sobre «las civilizaciones precolombinas de las tribus guaraníes», pero el amigo a quien había confiado el manuscrito fue asesinado por los contrabandistas brasileños, que lo quemaron. Hacia el final de su vida, Francois Ducasse se arruinó al fundar una escuela de lengua francesa en donde él explicaba un curso de filosofía basado en el positivismo de Augusto Comte y en las ideas morales de Edgar Quinet. Según los mismos testimonios, Francois Ducasse murió en 1887, en «la más completa indigencia».

El hecho de que estos episodios de la vida de Francois Ducasse hayan sido a menudo reproducidos y comentados por los biógrafos del poeta, se debe a que ilustran la «extravagancia» que Isidore Ducasse le reprocha a su padre en una de las

cartas al banquero Darasse. Sin embargo, poco después de aparecer la obra de los hermanos Guillot Muñoz, el escritor argentino Eduardo Montagne dio a conocer inverosímilmente algunos de esos episodios al publicar en la revista *Él Hogarde* Buenos Aires una interesante carta de su tío Prudencio Montagne, que salió de Francia y fue a parar a Montevideo, en donde mantuvo amistad con Francois Ducasse, al que conoció y frecuentó desde su juventud. Destaca en esta carta que los escritos del canciller sobre las civilizaciones precolombinas son por lo menos hipotéticos (precursor del incaismo, Prudencio Montagne se extraña con toda razón de no haber sabido nunca nada) y gratuita la hipótesis de su final miserable: Francois Ducasse murió no en la indigencia, sino en un hotel de primera clase, con una sólida cuenta en el banco y rodeado de todos los cuidados. En cambio, este testigo confirma la existencia de la biblioteca del canciller, en donde figuraban los principales clásicos de la literatura francesa.

Con la ayuda de los recuerdos de Prudencio Montagne, y continuando las pacientes investigaciones, cuyos primeros resultados habían aparecido en la *Dépéche de Toulouse*, Francois Alicot publica en el *Mercure de France* del 10 de enero de 1928 un nuevo artículo, «A propósito de los Cantos de Maldoror. El verdadero rostro de Lautréamont», que da la cifra de la fortuna de Francois Ducasse, según su testamento ológrafo, y no deja ya dudas sobre el buen estado de los asuntos del canciller. Pero esto no es más que un aspecto de este notable artículo, que aporta estos dos puntos capitales:

1. La familia de Isidore Ducasse.-Francois Ahcot ha encontrado las fechas y lugares de nacimiento de Francois Ducasse y de su esposa Jacquette Célestine Davezac, uno y otra de la región de Tarbes, y con una parentela numerosa en ella, lo que explica la estancia del poeta en el liceo de esta ciudad de 1895 a 1862.
2. La presencia de Isidore Ducasse, entre 1862 y 1864 en el liceo de Pau —Francois Alicot ha consultado la lista de alumnos premiados del liceo de Pau, de la misma manera que consultó, años más tarde, la del liceo de Tarbes. Por otra parte, ha encontrado e interrogado a Paul Lespes, condiscípulo de Isidore Ducasse en Pau, y objeto de una de las dedicatorias de las *Poesías*. Testimonio capital, pues es el único que emana de una persona que ha visto a diario, durante dos años de su breve existencia, al autor de los *Cantos de Maldoror*.

Después de las de Francois Alicot, la más importante contribución al conocimiento de Isidore Ducasse es la publicación por Kurt Muller, en el número 12-13 de la revista *Minotaure* (mayo de 1939), de «Documentos inéditos sobre el conde de Lautréamont y su obra». Emprendidas a partir de las dedicatorias citadas al comienzo de *Poesías 1* y de las obras y periódicos anunciados en segundo plano de la

cubierta de *Poesías 1*, las investigaciones de Kurt Muller ponen al día numerosos datos bibliográficos y críticos, que sitúan a Isidore Ducasse en la vida literaria de su época. Resalta de esos documentos que el poeta había tenido relaciones y tal vez amistades no solamente en París, sino en Burdeos: en 1869, un cierto Evaristo Carrance publicaba en esta ciudad, bajo el título de *Perfumes del alma*, un cuaderno de textos poéticos que comprendían el Canto Primero de Maldoror. Este hallazgo y algunos otros, menos probables pero muy excitantes, así como la reproducción de la noticia de Poulet-Malassis sobre la edición completa de los *Cantos*, hacen lamentar vivamente que Kurt Muller no haya hecho aparecer la continuación o el total de sus notables investigaciones.

En Montevideo, las búsquedas de los hermanos Guillot Muñoz y de Eduardo Montagne, han sido proseguidas por Pichon-Rivière, médico psiquiatra de Buenos Aires. Pichon-Rivière ha publicado en la *Revista de Psicoanálisis*, número 4, 1947, un estudio en el cual —según Marcel Jean y Arpad Mezei, que citan extractos de él en *Genése de la Pensée Moderne* (París, Correa, *1950)*— «insiste sobre la atmósfera siniestra que rodea, no solamente la obra, sino la vida misma de Ducasse y hasta el destino de aquellos que se le acercaron más o menos directamente». Parece ser que Pichon-Rivière ha encontrado en Montevideo la fecha del matrimonio de los padres de Isidore Ducasse y de la muerte de su madre. Pero lo que se deduce, con toda evidencia, concierne menos a la vida del poeta que a su leyenda: cuatro casos de alienación mental, dos suicidios y un asesinato, tal es, después de este artículo, el balance de la especie de maldición que pesa sobre las gentes que se han aproximado al cantor de Maldoror o han querido penetrar el misterio de su existencia. La inconsecuencia y la dureza del padre, que han sido generalmente incriminadas por los biógrafos, se conocen gracias a Claude Pichois por haber tomado de la correspondencia política, en el ministerio de Asuntos Extranjeros, todo lo que se relaciona con Francois Ducasse, empleado y luego canciller en el Consulado General de Francia en Montevideo. Ingeniosamente amalgamada a la de la República Oriental de Uruguay entre 1845 y 1870, la historia de esta carrera modelo apareció en el número de abril-junio de 1957 de la *Revista di letterature moderne e comparate*, publicada en Florencia, bajo el título «Garibaldi et Lautréamont». A través de los documentos expuestos en este estudio, Francois Ducasse aparece como un honesto funcionario, no desprovisto de inteligencia y de audacia, y muy absorbido por su empleo: un hombre valeroso, sin ninguna duda, tan alejado de Maldoror como de la engañosa literatura que, a veces, se superpone a la de su retoño.

Discúlpeseme la sequedad de estas referencias a los trabajos de los que provienen la mayor parte de los da-tos utilizados en las notas siguientes, que no son más que un primer esbozo de biografía crítica. Ante la modestia del resultado, se ruega no perder de vista que únicamente han sido registrados los hechos verificados —en el caso de testigos desaparecidos y de documentos fuera de alcance— o señalados por los investigadores más dignos de crédito. Igualmente se ha registrado un pequeño

número de hipótesis plausibles o llenas de sentido. Ellas serán invalidadas, confirmadas o rectificadas por los descubrimientos futuros que, es de desear, no faltarán para llenar las numerosas lagunas, y hacer que caduque esta breve recapitulación de lo que se sabe de la vida de Isidore Ducasse y de sus escritos.

I

Los padres de Isidore Ducasse son ambos originarios del cantón de Tarbes-Nord. Su padre, Francois Ducasse, nació en Bazet el 12 de marzo de 1809, hijo de Louis Ducasse, llamado Mettre, agricultor propietario, y de Marthe Damaré, su esposa. Era el cuarto hijo de la familia, que se componía de ocho, dos de los cuales por lo menos tuvieron relación con Isidore Ducasse: Marc, el primogénito, que acogería a su sobrino durante las vacaciones escolares, después de su estancia en los liceos de Tarbes y Pau, y Bernard Lucien, el séptimo, cuyo nombre figura en calidad de padrino en el acta de bautismo de Isidore Lucien Ducasse, en Montevideo.

La comuna de Bazet se halla a unos 5 km de Tarbes. La casa natal de Francois Ducasse estaba situada en la cabeza del partido, en la calle Marquedessus o Meridional. Sobre el emplazamiento de esta casa se construyó la que habita hoy el señor Marcel Guinle, secretario del ayuntamiento de Bazet y primo nieto de Isidore Ducasse (su tía abuela materna, Jeanne Ducasse, era la propia hermana del canciller).

Francois Ducasse hizo estudios primarios superiores e ingresó en la enseñanza pública. En 1837, 1838 y 1839 fue profesor en Sarniguet, comuna situada en el extremo del cantón Tarbes-Nord, donde es al mismo tiempo secretario del ayuntamiento. Este dato proviene de Francois Alicot, que ha visto las actas del estado civil «debajo de las cuales ha puesto lentamente su complicada firma».

Es allí donde Francois Ducasse conoce a su futura esposa, Jacquette Célestine Davezac, nacida en Sarniguet el 19 de mayo de 1821 (sólo figura el nombre de Jacquette en el registro del estado civil), hija de Dominique Davezac, agricultor propietario, y de Marie Bédouret, llamada Sanset, su esposa.

Se ha buscado en vano en los registros del estado civil de Bazet y de Sarniguet el acta de matrimonio de Francois Ducasse y Jacquette Davezac. Según Pichon-Rivière, «sólo llevaban casados dos meses cuando nació Isidore», lo que sitúa su unión en enero o febrero de 1846. En el intervalo, como muchos otros de sus compatriotas, el matrimonio Ducasse llega a Montevideo. (En el siglo pasado, muchos habitantes de Bigorre y de Béarn llevaron a cabo una fuerte emigración hacia la América latina,

principalmente hacia Uruguay).

No se sabe en qué fecha Francois Ducasse deja la enseñanza para ingresar como empleado en el Consulado General de Francia en Montevideo. Sin embargo, cuando las tropas del dictador argentino Manuel Rosas sitian la ciudad y el barón Théodore Pichon, cónsul de Francia, juzga prudente replegarse, la gerencia del Consulado queda asegurada por el canciller Marcelin Demoix, que delega en Francois Ducasse para que le reemplace en su puesto. En su carta del 16 de junio de 1846 dirigida al ministro de Asuntos Exteriores, Marcelin Demoix justifica su iniciativa en estos términos: «El señor Ducasse, que trabaja desde hace algunos años en la cancillería como empleado, es un hombre de carácter dócil, uno de los que mejor conocen nuestra población, y tengo gran confianza en él; es francés y reúne las condiciones necesarias». Se puede, por lo tanto, situar hacia 1840 la llegada de Francois Ducasse a Montevideo.

En cuanto a Jacquette Davezac, doce años menor que él, parece ser que se expatria para unirse o acompañar a algún pariente próximo establecido en esa ciudad. A este propósito, los hermanos Ouillot Muñoz, que han consultado en los archivos del Estado Mayor del ejército uruguayo la lista de los voluntarios franceses que combatieron en 1847 al lado de los nacionales, escriben esto: «La legión francesa (…) reunió en sus filas: Jean Davezac, tío de Lautréamont, Louis Lacolley, abuelo de Jules Laforgue, y el suboficial Munyo, abuelo de Jules Supervielle». Aunque se ignora en qué se funda el aserto «tío de Lautréamont», no hay duda de que un Jean Davezac reside en Montevideo en la época en que Francois Ducasse se casa con Jacquette Davezac.

En lo que concierne a este matrimonio, y hasta un más amplio informe, hay que conformarse con la vaga indicación, dada por Pichon-Rivière, de que los padres de Isidore Ducasse sólo llevaban casados dos meses cuando él nació. He aquí la copia del acta de nacimiento del poeta, realizada en el registro del estado civil del Consulado General de Francia en Montevideo:

> *En el año mil ochocientos cuarenta y seis, y el cuatro de abril a las doce horas, ante nosotros, Gerente del Consulado General de Francia en Montevideo, ha comparecido el señor Francois Ducasse, Canciller delegado de este Consulado, de treinta y seis años de edad, el cual nos ha declarado el nacimiento de un hijo que nos ha presentado y que nosotros hemos reconocido ser de sexo masculino, nacido en Montevideo, hoy, a las nueve horas de la mañana, de él, declarante, y de la señora Célestine Jacquette Davezac, su esposa de veinticuatro años de edad, hijo del que ha declarado querer darles los nombres de Isidore Lucien. Las declaraciones y presentaciones nos han sido hechas por él en presencia de los señores Eugene Baudry, de treinta y dos años de edad, y Pierre Lafarge, de cuarenta y un años de edad, comerciantes franceses ambos, residentes en Montevideo, que*

han firmado con el compareciente y nosotros, después de hecha la lectura.
Eugéne Baudry — Pierre Lafarge — François Ducasse

El Gerente del Consulado General de Francia
Marcelin Denoix

Es curioso que el bautismo de Isidore Ducasse se celebrara diecinueve meses después de su nacimiento. Este retraso no habitual se explica de diversas formas: precaria salud del niño, indiferencia de los padres, o —esta hipótesis es la más verosímil— impedimentos a causa de la guerra y el estado de sitio. En funciones de canciller, Francois Ducasse estuvo llamado a resolver toda clase de problemas que el bloqueo argentino causó a las jurisdicciones francesas. Por otra parte, conservó el título y el empleo de canciller delegado hasta la incorporación enjulio de 1847 del nuevo Cónsul General, Davaize, que lo restituye a su antiguo puesto.

El bautismo de Isidore Ducasse tiene lugar en la iglesia metropolitana de Montevideo, basílica menor de la Inmaculada Concepción y de los Santos Apóstoles San Felipe y Santiago —así lo atestigua, en el folio treinta y ocho del libro veintiséis de Bautismos de esa parroquia, el acta siguiente:

En dieciséis de noviembre de mil ochocientos cuarenta y siete, yo, el infrascrito, Cura Vicario del Cordón y Coadjutor del Vicario Cura de esta Catedral, doctor José B. Lamas, bautizo solemnemente a Isidoro Luciano, que nació el cuatro de abril del año pasado, hijo legítimo de Francisco Ducasse y de Celestina Jacquette Davezac, nacidos en Francia. Abuelos paternos, Luis Bernardo y Marta Damaré, abuelos maternos, Domingo y María Bédouret. Han sido padrinos, Bernardo Luciano Ducasse, representado por Eugenio Baudry, y Eulalia Agregné de Baudry, a quienes instruyo. En fe de ello firmo:

Santiago Estrezuelas y Falson

No se sabe nada de la infancia de Isidore Ducasse en Montevideo, es decir, de los trece primeros años de su vida. La leyenda del canciller Francois Ducasse, alternativamente fastuosa y siniestra, no deja a este respecto ninguna indicación que merezca la pena reseñar. Parece ser que Isidore se queda huérfano muy pronto. Su madre «murió —escribe Pichon-Rivière— un año y ocho meses después del nacimiento de su hijo. Fue enterrada sólo con el nombre de pila en una fosa común. Gracias a diversas pesquisas he llegado a tener la certeza de que ella se suicidó». (La certeza del autor carece de pruebas y sólo se cita a título ilustrativo de un estado de espíritu).

Por el contrario, no faltan datos sobre los servicios de Francois Ducasse en el Consulado de Montevideo, que son de lo más honorables: cada vez que un primer canciller se retira por razones de salud, se confía a él la gerencia de la cancillería. Francois Ducasse sustituye a Marcelin Denoix en dos ocasiones (junio de 1845 y septiembre de 1848) y a su sucesor Ladislas Cochet (julio de 1856), al cual reemplaza oficialmente el 28 de junio de 1856, fecha en que es nombrado canciller de primera clase.

A propósito de esta denominación, Claude Pichon cita un documento que da la más alta idea de Francois Ducasse, empleado entonces de la cancillería. Se trata de la carta que dirige el Cónsul General Martin Maillefer al conde Waleski, ministro de Asuntos Exteriores, para presentar «los solícitos sentimientos que el nombramiento ha dictado al nuevo titular», y decirle de qué manera le parece meritoria su promoción: «Esos sentimientos de satisfacción y de gratitud, puedo afirmarlo, señor conde, han sido compartidos, no solamente por la población francesa, sino por todos los habitantes de Montevideo que han tenido alguna relación con esta Cancillería. No comenzaré un elogio coronado por un éxito tan halagador para mí mismo. No es ya a mi recomendado, es al emperador y a su digno ministro a quien seria preciso ahora elogiar, aunque el respeto imponga un freno a la expresión misma de reconocimientos. Añadiré solamente que la mía iguala a la del señor Ducasse».

Ocho años después, cuando una delegación de la colonia francesa de Montevideo llega a expresarle el agradecimiento de sus compatriotas por los servicios que les ha prestado, el mismo Martin Maillefer, en su respuesta, no dejará de decir que ha sido ayudado «por el infatigable celo del señor Ducasse, canciller de este Consulado General».

Ese elogio constante de la docilidad, del ánimo, del celo infatigable de Francois Ducasse informa al mismo tiempo sobre la cualidad del hombre y sobre la importancia de su papel en Montevideo. Es poco probable que se haya ocupado personalmente de la educación de su hijo —existen grandes posibilidades de que fuera internado en un colegio o confiado a una familia amiga—, pues Francois Ducasse, empleado o canciller, parece ser que estuvo siempre absorbido por su trabajo.

Trabajo de lo más pesado, si se juzga por el número de jurisdicciones del Consulado: en 1846, año del nacimiento del poeta, el canciller Marcelin Denoix evalúa en 6000 o 7000 la cifra de franceses, la mayor parte artesanos y comerciantes, establecidos en Montevideo. Trabajo peligroso y accidentado, por el hecho de que Uruguay es víctima de la guerra o de sus secuelas (saqueos, hambres, epidemias) durante la mayor parte de la carrera de Francois Ducasse y —no se sabría insistir demasiado en este punto— durante toda la infancia de Isidore Ducasse en Montevideo.

Conviene recordar aquí las vicisitudes de su ciudad natal. Entre 1843 y 1851, Montevideo, «nueva Troya», tiene que sufrir el asedio de las tropas del dictador

Rosas. La guerra con la Argentina cesa en 1852, pero la paz que sigue es muy relativa, pues en lo que se refiere a los años de la infancia del poeta, ha aquí los principales acontecimientos que marcan la historia del Uruguay y, ante todo, de su desdichada capital: pronunciamiento del general Pacheco en 1853, que obliga al presidente de la república a refugiarse en el Consulado de Francia; insurrección en noviembre de 1855; sublevación en febrero de 1856; y, en la primavera de 1857, epidemia de peste, de la cual escapa Francois Ducasse, al parecer, por muy poco (en una carta, del 5 de mayo, al ministro de Asuntos Extranjeros, Martin Maillefer tiene «el consuelo de poder anunciar que el señor Ducasse, después de dos meses de ausencia está de regreso en el Consulado»). Por último, durante muchos años el país fue saqueado por las bandas armadas de los famosos «gauchos matreros».

Todo eso, e incluso la figura del canciller —ese «anciano» cuyo recuerdo se recomienda por sus obras—, se transparenta en la especie de *curriculum vitae* con que termina el Canto primero de Maldoror, y que constituye, en verdad, el mejor testimonio sobre la infancia de Isidore Ducasse en Montevideo:

> *El final del siglo diecinueve verá a su poeta (…); nació en las costas americanas, en la desembocadura del Plata, allí donde dos pueblos, antaño rivales, se esfuerzan actualmente en superarse por medio del progreso material y moral. Buenos Aires, la reina del sur, y Montevideo, la coqueta, se tienden una mano amiga a través de las aguas plateadas del gran estuario. Pero la guerra eterna ha situado su imperio destructor sobre los campos y cosecha numerosas víctimas. Adiós, anciano, y piensa en m4 si me has leído. Tú, muchacho, no te desesperes, pues tienes un amigo en el vampiro, aunque pienses lo contrario. Y contando con el acaro sarcoptes que produce la sarna, tendrás dos amigos.*

II

Se sabe hoy que Isidore Ducasse viene por primera vez a Francia en 1859. Este descubrimiento ha sido hecho por Francois Alicot, y el comentario que lo acompaña merece ser citado: «Francois Ducasse, el “canciller”, había vivido la vida de los emigrantes franceses, pero con esa obsesión sobre el país natal que hace que todos aquellos a quienes le ha sonreído la fortuna envíen a sus hijos, después de la primera

comunión, a que hagan sus estudios en Francia».

A su llegada, Isidore Ducasse se traslada sin duda a Bazet, a la casa natal de su padre, donde sus tíos y sus tías lo acogen desde entonces, así como durante las vacaciones escolares, después de su permanencia en los liceos de Tarbes y Pau.

Según las listas del Liceo Imperial de Tarbes (hoy Liceo Théophile Gautier), Isidore Ducasse es alumno interno desde octubre de 1859 a agosto de 1862. Sigue los cursos de Gramática y obtiene, en las distribuciones de premios, las siguientes distinciones:

Año escolar 1859-1860, clase de Sexto curso (profesor: señor Menginou Bouette): segundo accésit de traducción latina y de gramática, segundo premio de cálculo, primer premio de dibujo artístico y tres inscripciones en el cuadro de honor (una en el estudio y dos en clase).

Año escolar 1860-1861, clase de Quinto curso (profesor: señor Senmartin): segundo accésit de excelencia, primer premio de traducción latina, de gramática, de dibujo artístico y una inscripción en el cuadro de honor.

Año escolar 1861-1862, clase de Cuarto curso (profesor: señor Douyau): primer accésit de excelencia, primer premio de aritmética y geometría, segundo accésit de tema latino, tercer accésit de traducción latina, segundo accésit de gramática y primer premio de dibujo artístico.

Como hace notar Francois Alicot, todo da a entender que Isidore Ducasse es «un alumno mediano y sumiso». Sin embargo, aunque ingresa en Sexto curso a los trece años y medio, es decir, con un retraso de dos años sobre la mayoría de sus condiscípulos, se ve que progresa de una clase a otra (su primer accésit de excelencia en 1862 lo sitúa entre los mejores alumnos), y acaso sea eso 10 que explique esta laguna: Isidore Ducasse abandona el liceo de Tarbes en agosto de 1862, al terminar el Cuarto curso, y no se le vuelve a encontrar hasta un año más tarde, en octubre de 1863, en el liceo de Pau, donde es alumno de Retórica.

Con toda probabilidad —por instigación de su padre, animado por los éxitos en el liceo de Tarbes y, naturalmente, deseoso de acelerar sus estudios—, Isidore Ducasse sigue al mismo tiempo los cursos de Tercero y Segundo durante el año escolar de 1862-1863. Se ignora en qué institución, sin duda privada, pasa ese año.

Aparte de las listas de premios, no queda ninguna huella de su paso por el liceo de Tarbes. Se sabe que tiene como condiscípulos a Georges Dazet y Henri Mue, las dos primeras dedicatorias de sus poesías. Todo lleva a creer que mantiene su relación con Georges Dazet, numerosas veces nombrado en la primera versión del Canto 1 de Maldoror. (Según una comunicación de Jean Castex, Ferdinand Foch está en Sexto curso durante el año 1861-1862).

Isidore Ducasse es alumno interno en el Liceo Imperial de Pau (hoy Liceo Louis-Barthou) de octubre de 1863 a agosto de 1865. Sigue los cursos superiores y obtiene, en la distribución de premios, los resultados siguientes:

Año escolar 1863-1864, clase de Retórica (profesores: señores Hinstin, Zeller y

Durieux): primer accésit de recitación clásica y segundo premio de inglés.

Año escolar 1864-1865, clase de Filosofía (profesores: señores Muller, Zeller, Monteil y Durieux): segundo accésit de física.

El nombre de Isidore Ducasse no figura en la lista de alumnos que terminan el bachillerato en 1864 y 1865. De una manera general, las investigaciones realizadas en los archivos de las Universidades de Burdeos, Toulousse y París no han dado hasta ahora ningún resultado: salvo error u omisión, el poeta de los *Cantos* no pasó ningún examen —al menos con éxito— y jamás estuvo inscrito para su licenciatura.

La estancia de Isidore Ducasse en el liceo de Pau, donde es uno de los alumnos más apagados, nos la sirve un testimonio de primer orden. Según las conversaciones que su compañero de clase Paul Lespés, entonces de 81 años de edad, mantuvo en 1927 con Francois Alicot, que fue a interrogarle a su retiro de Anglet, cerca de Bayona. Esos recuerdos tienen el mérito de hacer que se conozca mejor las tres dedicatorias de las Poesías: Georges Minvielle y Paul Lespés, sus «condiscípulos», y Gustave Hinstin, su «antiguo profesor de Retórica» en el liceo de Pau. Re aquí la mayor parte del testimonio de Paul Lespés:

> *Conocí a Ducasse en el liceo de Pau el año 1864. Estaba conmigo y con Minvielle en la clase de Retórica y en el mismo estudio. Lo veo todavía como un muchacho delgado, alto, con la espalda un poco curvada, la tez pálida, los cabellos largos que le caían sobre la frente, la voz algo fría. Su fisonomía no tenía nada de atractiva.*
>
> *Era de ordinario triste y silencioso y como replegado sobre sí mismo. Dos o tres veces me habló con cierta animación de los países de ultramar, donde se llevaba una vida libre y feliz.*
>
> *A menudo, en la sala de estudio, se pasaba horas enteras con los codos apoyados en su pupitre, las manos en la frente y los ojos sobre un libro clásico que no leía; se veía que se hallaba sumergido en un sueño. Yo pensaba, con mi amigo Minvielle, que tenía nostalgia y que sus padres lo mejor que podían hacer era llevárselo a Montevideo.*
>
> *En clase, parecía algunas veces interesarse vivamente por las lecciones de Gustave Hinstin, brillante profesor de retórica, antiguo alumno de la Escuela de Atenas. Le gustaba mucho Racine y Corneille, y sobre todo el* Edipo Rey *de Sófocles. La escena en que Edipo, una vez conocida la terrible verdad, lanza gritos de dolor y, con los ojos fuera de si, maldice su destino, le parecía muy bella. Lamentaba, sin embargo, que Yocasta no hubiese llegado al límite del horror trágico dándose muerte ante los ojos de los espectadores.*
>
> *Admiraba a Edgar Poe, del cual había leído los cuentos antes incluso de su ingreso en el liceo. También vi en sus manos un volumen de poesías,* Albertus, *de Théophile Gautier, que, creo, le había prestado Georges Minvielle.*

En el liceo lo teníamos por un espíritu fantástico y soñador, pero, en el fondo, también por un buen muchacho que no superaba el nivel medio de instrucción, probablemente a causa de su retraso en los estudios. Un día me enseñó algunos versos que había escrito. El ritmo, por lo que pude juzgar, dada mi inexperiencia, me pareció un poco extraño y el pensamiento muy oscuro.

Ducasse tenía una aversión particular por los versos latinos. Un día, Hinstin nos dio a traducir en hexámetros el pasaje relativo al pelicano en Rolla*, de Musset. Ducasse, que estaba sentado detrás de mí en el banco más elevado de la clase, se puso a echar pestes junto a mi oído por la elección de semejante asunto.*

Al día siguiente, Hinstin comparó dos de las composiciones clasificadas como mejores con las realizadas por los alumnos del liceo de Lille, donde había estado como profesor hacía poco tiempo.

Ducasse manifestó vivamente su irritación:

—¿Para qué todo esto? —me dijo— ¿Para que sintamos asco por el latín?

Había cosas que no quería comprender, creo yo, para no tener que ceder ante sus antipatías y sus desdenes.

Se quejaba a menudo de jaquecas que, lo reconocía él mismo, influían mucho sobre su espíritu y sobre su carácter.

Durante la canícula, los alumnos iban a bañarse al arroyo del Bois-Louis. Para Ducasse, excelente nadador, era una fiesta.

—Sería necesario —me dijo un día— refrescar más a menudo con este agua mi mente enferma.

Ninguno de estos detalles tienen gran interés, pero son recuerdos que debo referir. En 1864, hacia el final del curso, Hinstin, que con frecuencia reprochaba a Ducasse lo que él llamaba sus exageraciones de pensamiento y de estilo, leyó una composición de mi condiscípulo.

Las primeras frases, muy solemnes, excitaron enseguida su hilaridad, pero pronto se sintió molesto. Ducasse no sólo había cambiado de maneras, sino que singularmente, las había exagerado. Jamás hasta entonces había dado tanta rienda suelta a su imaginación desenfrenada. No había una frase en la que el pensamiento, formado en cualquier caso de imágenes acumuladas, de metáforas incomprensibles, no estuviera oscurecido por invenciones verbales y formas de estilo que no respetaban siquiera la sintaxis.

Hinstin, clásico puro, cuya fina crítica no dejaba escapar ninguna falta de gusto, creyó que se trataba aquello de una especie de desafío a la enseñanza clásica, una broma pesada gastada al profesor. Contrariamente a sus hábitos de indulgencia, infligió a Ducasse un castigo. Este castigo hirió profundamente a nuestro condiscípulo que se nos quejaba con amargura a mí

y a mi amigo Georges Minvielle. Nosotros intentamos hacerle comprender que había colmado con mucho la medida.

En el liceo, tanto en retórica como en filosofía, Ducasse no reveló, que yo sepa, ninguna aptitud particular para las matemáticas y la geometría, cuya belleza encantadora celebra con tanto entusiasmo en los Cantos de Maldoror. *Sí le gustaba mucho la historia natural. El mundo animal excitaba considerablemente su curiosidad. Lo vi admirar durante largo tiempo una cetonia de un rojo vivo que había encontrado en el parque del liceo durante el recreo de mediodía.*

Cuando supo que Minvielle y yo éramos cazadores desde nuestra infancia, nos preguntaba algunas veces sobre las costumbres y la estancia de diversos pájaros en la región pirenaica, y sobre las particularidades de su vuelo.

Tenía un gran espíritu de observación. De aquí que no me haya sorprendido leer al comienzo del primero y del quinto de los cantos de Maldoror las notables descripciones que hace del vuelo de las grullas y sobre todo de los estorninos, a los que había estudiado muy bien.

No volví a ver a Ducasse desde mi salida del liceo, en 1865.

Pero algunos años después, en Bayona, recibí los Cantos de Maldoror. *Sin duda aquél era un ejemplar de la primera edición, la de 1868. No llevaba ninguna dedicatoria. Pero el estilo, las extrañas ideas chocando entre sí a veces como en una maraña, me hicieron suponer que el autor no podía ser otro que mi antiguo condiscípulo.*

Minvielle me dijo por entonces que él también había recibido un ejemplar, enviado sin duda por Ducasse. (…)En el liceo, Ducasse tenía más relación conmigo y con Georges Minvielle que con ninguno de los demás alumnos. Pero su actitud distante, si puedo emplear esta expresión, una especie de gravedad desdeñosa y una tendencia a considerarse como un ser aparte, las oscuras preguntas que nos hacía a quemarropa y a las cuales teníamos dificultad en responder, sus ideas, las formas de su estilo cuya exageración hacía notar nuestro excelente profesor Hinstin, en fin, la irritación que a veces manifestaba sin ningún motivo serio, todas esas extravagancias hacia que nos inclináramos a creer que su cerebro carecía de equilibrio.

Su imaginación se reveló por entero en un discurso en el que había tenido ocasión de apilar, con un lujo espantoso de epítetos, las más horribles imágenes de la muerte. No se hablaba más que de huesos triturados, entrañas colgantes, carnes sanguinolentas o en ebullición. El recuerdo de aquel discurso fue quien, años después, me hizo reconocer la mano del autor de los Cantos de Maldoror, *aunque Ducasse jamás me había hecho alusión a sus proyectos poéticos.*

Minvielle y yo estuvimos convencidos, lo mismo que otros condiscípulos,

de que Hinstin se había despreciado al infligir a Ducasse un castigo por su discurso.

Aquello no se trataba de ninguna pesada broma gastada al profesor. Ducasse de sintió profundamente herido por los reproches y por el castigo de Hinstin. Estaba convencido, creo yo, de haber hecho un excelente discurso, lleno de nuevas ideas y de bellas fórmulas de estilo. Sin duda, si se comparan los Cantos de Maldoror *con las* Poesías, *puede pensarse que Ducasse no ha sido sincero. Pero si lo fue en el liceo, como creo, ¿por qué no habría de serlo más tarde, cuando se ha esforzado por ser poeta en prosa y, en una especie de delirio de imaginación, se ha persuadido de que acaso podría conducir al bien, por la imagen de la delectación en lo horrible, a las almas desencantadas de la virtud y de la esperanza*?

Teniendo en cuenta la gran edad del narrador, que evoca recuerdos que se remontan a más de sesenta años (visiblemente reavivados, y en cierta medida deformados, por la relectura de los *Cantos de Maldoror),* este testimonio es un buen retrato de Isidore Ducasse hacia el fin de su adolescencia. Hay que conservar también con claridad la impresión física que Paul Lespés guarda del personaje, completada por este rasgo: «el Ducasse que conocí se expresaba casi siempre con dificultad y algunas veces con una especie de rapidez nerviosa».

Los altercados entre el alumno Isidore Ducasse y su profesor Gustave Hinstin aclaran muchos párrafos de las *Poesías* —y en primer lugar el elogio intempestivo de los «discursos de distribución de premios en los liceos»: el sábado 20 de agosto de 1864, el del liceo de Pau había sido pronunciado, como indica el folleto del palmarés, por el «Señor Hinstin, profesor de retórica»—.

No debe olvidarse tampoco lo que se relaciona con las jaquecas dolorosas y, en general, con el mal estado de salud de Isidore Ducasse. El liceo de Pau, «notable por la extensión, la belleza y la afortunada situación de sus edificios y dependencias», y cuya pensión era de un precio sensiblemente más elevado que el de los demás internados, había «sido designado por el señor Ministro —dice el prospecto adjunto a los palmarés de la época— para recibir eventualmente a los alumnos de los demás liceos del Imperio cuya salud exigiera un clima de excepcional suavidad». Aquí hay una indicación que puede dar con la verdadera causa de su estancia en el liceo de Pau, considerada como una cura, y también de la interrupción, si no del abandono definitivo, de sus estudios: el alumno Isidore Ducasse abandona el liceo de Pau en agosto de 1865, para reponerse —y se pierde su rastro hasta agosto de 1868 en que se le encuentra en París, no como estudiante sino como hombre de letras—.

III

Esta laguna de tres años —la más importante de todas, pues precede de inmediato a la publicación de los *Cantos de Maldoror*— ha dado lugar a muchas hipótesis. La más aceptable, en el estado actual de las investigaciones, es la de que regresa a su país natal. Prudencio Montagne está seguro de haber visto a Isidore Ducasse, mayor que él diez años, en Montevideo: «Isidore era un muchacho (en esa época éramos muchachos hasta los veinte años); guapo, pero extremadamente desvergonzado, ruidoso, insoportable». Entre 1864 y 1867, dice todavía Prudencio Montagne, el canciller Ducasse «vivía en la calle Camacera, frente a la calle de la Brecha, en una casa muy antigua que aún existe. Me acuerdo de los paseos que daba con él y mi padre hasta la plaza de Artola. Luego entrábamos en la cervecería Thiébaut. Este paseo los hacíamos todos los domingos después del almuerzo en casa de mis padres, en el cual el señor Ducasse tomaba parte. Isidoro no nos acompañaba (…) Esos paseos duraron hasta 1867, época en la cual Isidoro estaba en París».

Entre su partida de Pau y su instalación en París, Isidore Ducasse habría podido residir casi dos años en Montevideo o en sus alrededores. Diga lo que diga Prudencio Montagne, es muy posible que el canciller, que parece mostrar un cierto liberalismo —lo muestra pronto al permitirle venir a París y dejarlo vivir a su aire—, deja a su hijo una cierta libertad de movimiento de la que éste se aprovecha acaso viajando por los países del Río de la Plata.

No se sabe nada de la vida de Isidore Ducasse durante esas dos estaciones, pero es probable que algunas de las personas de las dedicatorias de las *Poesías*, aún no identificadas (Pedro Zurmarán, Louis Durcour, Joseph Bleumstein, Joseph Durand), sean los amigos o compañeros de ese tiempo.

Existe la misma incertidumbre en lo que concierne a la fecha de regreso a Francia y en qué emplea el año que precede a la publicación en París, en agosto de 1868, del Canto Primero del Maldoror. Si, como parece probable, Isidore Ducasse desembarca en Burdeos en el verano de 1867 (Burdeos es ya, más que Bayona, el puerto de enlace con América del Sur), lo más seguro es que se dirija primero a la casa de sus padres en Bazet —y está fuera de dudas de que reanuda su amistad con su antiguo condiscípulo del liceo de Tarbes, Georges Dazet, que tiene una plaza eminente en la primera versión de Maldoror: sus conversaciones, cuyo eco se encuentra en las doce o trece estrofas del Primer Canto, no han podido tener lugar más que en Tarbes, ciudad natal de Georges Dazet, y en la que ejercerá más tarde su profesión de abogado—.

Otro misterio difícil de elucidar es el de las relaciones de Isidore Ducasse con los editores de las dos publicaciones bordolesas que anunciara en la cubierta del primer fascículo de los *Poemas*:

Concursos Poéticos de Burdeos: Evariste Carrance. El Concurso de las Musas, diario de los Poetas, 3, calle Brun, en Burdeos.

Si el segundo fascículo no ha publicado nada de Isidore Ducasse (a menos que lo hiciera bajo un pseudónimo ignorado hasta ahora), no sucede lo mismo con el de Evariste Carrance. Como ha revelado Kurt Muller, Isidore Ducasse es candidato al «Segundo Concurso Poético abierto en Burdeos bajo los auspicios del señor Evariste Carrance», a partir del 15 de agosto de 1868 y antes del 1~ de diciembre del mismo año, dándole a imprimir, en las condiciones fijadas por el prospecto del concurso (diez céntimos la línea, suscripción a un volumen al mes, etc.), el Canto Primero de Maldoror. Éste aparecerá en la segunda serie de «Littérature Contemporaine», titulada *Perfumes del alma*, al comienzo de 1869, unos seis meses después de la impresión en París del mismo texto. El envío del manuscrito a Evariste Carrance es sin duda posterior a la instalación de Isidore Ducasse en París, aunque no pueda excluirse que el poeta hubiera entrado en contacto con él —y con el *Concurso de las Musas*— en Burdeos mismo, poco después de su llegada de América.

La fecha aproximada de la llegada de Isidore Ducasse a París, y la dirección del hotel en que se hospeda entonces, han sido suministradas por Léon Genonceaux, que escribe en su introducción a los *Cantos*: «En 1867 ocupaba una habitación en un hotel situado en el número 23 de la calle Notre-Dame-des-Victoires». Después de haber tenido en su mano las cartas de Isidore Ducasse al banquero Darasse, es probable que Léon Genonceaux haya descubierto sobre la más antigua, esa fecha y esa dirección de hotel, que parece haber sido el primer domicilio del poeta en París. He aquí los otros:

Calle del Faubourg-Montmartre, número 32 (dirección indicada en dos cartas dirigidas a Verboeckhoven), desde octubre de 1869, lo más tarde, a febrero de 1870.

Calle Vivienne, número 15 (dirección indicada en una carta dirigida al banquero Darasse), en marzo de 1870.

Calle del Faubourg-Montmartre, número 7 (dirección indicada en el reverso de la cubierta de *Poesías II y* en el certificado de defunción), de junio a noviembre de 1870.

Situados a una y a otra acera del bulevar Montmartre, entre unas calles dedicadas al comercio de lujo (los parajes de los grandes bulevares eran hacia 1870 lo que son hoy los Campos Elíseos), esos hoteles eran seguramente de primera clase —lo que inclina a pensar que Isidore Ducasse tenía gusto por el confort y medios para satisfacerlo—. No se conoce la pensión mensual que su padre le tiene asignada para su subsistencia por intermedio del banquero Darasse, calle de Lille, 5, que era asimismo el banquero titulado del Consulado de Francia en Montevideo. Pero se sabe, por sus cartas a éste, que Isidore Ducasse dispone en su banco de una provisión

suplementaria y que no vacila en agotarla-lo que le vale por parte de su padre «ciertas observaciones melancólicas que se le perdonan fácilmente a un anciano», y pone a Darasse en «la necesidad de salir de (su) papel estricto de banquero, frente a un señor que viene a vivir a la capital»—.

De hecho, ¿por qué ese hijo de canciller, cuyo tren de vida no es seguramente el de un estudiante, vive en la capital? Léon Genonceaux omite decir cómo ha «adquirido la certeza de que Ducasse había venido a París con el fin de seguir estudiando en la Escuela Politécnica o de Minas», y es muy lamentable. Pues a pesar de la famosa estrofa de los Cantos sobre las matemáticas, uno no se imagina al antiguo alumno de retórica y de filosofía del liceo de Pau preparando seriamente el ingreso en las grandes escuelas, y, con toda evidencia, hay una gran distancia desde el bulevar Montmartre o la calle Vivienne hasta el Barrio Latino.

La verdad —o lo que se aproxima más a la verdad, en ausencia de la correspondencia de Francois Ducasse y su hijo— debe deducirse de dos cartas del poeta al banquero Darasse, que mantiene relaciones continuas con el Consulado de Francia en Montevideo y que, de hecho, representa un poco la autoridad paterna cerca de su joven cliente.

En su primera carta, del 22 de mayo de 1869, tan desdeñosa con respecto al banquero que ha «puesto en vigor el deplorable sistema de desconfianza prescrito vagamente por la extravagancia» de su padre, Isidore Ducasse desdeña justificar el empleo del dinero que se le niega y —aunque haya llegado a París, un año y medio antes, para pretenderlos— no se toma ni siquiera la molestia de mentirle en lo que concierne a los estudios. Por el contrario, hace alusión a su «dolor de cabeza», lo que da a pensar que sufre continuamente de jaquecas dolorosas, de las que ya se quejaba en el liceo de Pau, y que su salud está lejos de ser buena. De aquí, quizás, la actitud notablemente liberal de Francois Ducasse en relación con su hijo: sabiéndolo en malas condiciones físicas, provee largamente a sus necesidades, aunque le pida, como contrapartida, una vi-da regular y honorable.

La última carta al banquero Darasse, del 12 de marzo de 1870, no permite ignorar ninguna de las promesas que Isidore Ducasse hizo a su padre, y a las que éste parece acomodarse. Se trata de obtener del banquero, por parte del poeta, la suma de 200 francos, «al margen de la pensión», a fin de pagar los gastos de impresión de un folleto que se propone enviar el día 22 del mismo mes a Montevideo. Este folleto no es, por otra parte, más que una muestra de la nueva obra que Isidore Ducasse tiene entre manos —con la doble esperanza, como se deduce de las líneas siguientes, de interesar al autor de sus días en esa empresa y de proporcionarle una satisfacción: «Mi volumen no estará terminado hasta dentro de 4 o 5 meses. Pero, entretanto, quisiera enviar a mi padre el prefacio, que constará de unas 60 páginas, editado por Al. Lemerre. Así verá que trabajo y me enviará la suma total del volumen que se imprimirá más tarde»—.

Parece ser que el canciller Ducasse —cuya biblioteca, en Montevideo, testimonia

un cierto respeto por las buenas letras— no ignora la actividad de su hijo y le anima en la medida en que, desde hace algunos años, con más o menos simpatía, le proporciona el medio para hacer que aparezcan sus escritos.

Esta constatación es el mejor homenaje que se puede rendir al padre de Isidore Ducasse, que pasa a ser generalmente una especie de réplica varonil de la «*daromphe*» de su contemporáneo Arthur Rimbaud, pero que, de hecho, es el verdadero editor de los *Cantos* y de las *Poesías*. Porque es, indiscutiblemente, a expensas del canciller como se han impreso esas obras que son los únicos acontecimientos conocidos de los últimos años del poeta, y cuya cronología es ésta:

En agosto de 1868, Isidore Ducasse envía a la imprenta Balitout, Questry et Cie, calle Baillif, 7 (calle hoy desaparecida, en los parajes de la corte de Valois) el Canto Primero de Maldoror, que aparece sin nombre de autor en noviembre. El folleto es puesto a la venta en la librería del Petit Journal y en la librería Weil et Bloch, en el pasaje Europeo.

Probablemente en la misma época, Isidore Ducasse, hace publicar a Evariste Carrance, director de los Concursos Poéticos de Burdeos, calle Leberthon, 56 bis, el mismo Canto Primero, que aparece igualmente sin nombre de autor en enero de 1869, en el cuaderno *Perfumes del alma*, impreso por A. R. Chaynes, en Burdeos, calle Leberthon, 7.

A comienzos de noviembre de 1868, Isidore Ducasse tiene a la vista publicar el segundo canto de Maldoror en las ediciones de Albert Lacroix, director dé la importante «Librairie Internacionale, A. Lacroix, Verboeckhoven et Cie., editeurs á Paris, Bruxelles, Leipzig et Livourne», que cuenta en sus catálogos con obras de Victor Hugo, Eugéne Sue, Proudhon y Zola. No se sabe nada de las relaciones entre el editor y el poeta, pero es preciso creer que Albert Lacroix guarda de él un vivo recuerdo cuando, hacia 1890, da a su compatriota León Genonceaux los elementos para este retrato de Isidore Ducasse: «Era un muchacho alto, moreno, imberbe, nervioso, ordenado y trabajador. Sólo escribía de noche, sentado ante su piano. Declamaba, forjaba sus frases, cubriendo sus prosopopeyas con acordes». El lado personal de este testimonio se explica por la relación de vecindad que pudieron establecerse entre los dos hombres: Isidore Ducasse vivía entonces en el 32 de la calle del Faubourg-Montmartre, y la Librairie Internacionale se hallaba en el número 15 del bulevar Montmartre. Probablemente es en esta dirección en donde el poeta deposita, en los primeros meses de 1869, el manuscrito de los seis *Cantos de Maldoror* por el conde de Lautréamont —pseudónimo sacado, como se sabe, de *Lautréamont*, novela histórica de Eugéne Sue—. El autor y el editor convienen las condiciones de publicación: el libro será impreso con gastos a cargo de Isidore Ducasse, que entrega 400 francos de anticipo —y el manuscrito se envía a la imprenta de Lacroix y Verboeckhoven, en el bulevar Waterloo, 42, en Bruselas, que compone la obra a lo largo del verano de1869—.

Una vez terminada la impresión, le entregan al poeta una veintena de ejemplares encuadernados y revestidos de una cubierta amarilla que lleva, debajo del título: «Paris, / En venta en todas las librerías / 1869». Los nombres de los editores figuran, en calidad de impresores, al dorso de la primera portada y en la segunda plana de la cubierta.

Si se quiere creer lo que escribe el poeta, algunos meses más tarde, al banquero Darasse, es entonces cuando Mbert Lacroix tiene conocimiento del libro, renuncia a publicarlo como editor, y suspende la puesta en venta. («… Pero, una vez que fue impreso, se negó a hacerlo aparecer, porque la vida estaba pintada con colores demasiado amargos, y temía al procurador general»).

Se conoce la reacción de Poulet-Malassis, que le gusta el libro y no puede dejar de juzgar severamente —él que ha sacrificado su tranquilidad y su fortuna a la libre expresión de su amigo Baudelaire— la huida de Albert Lacroix y su asociado Verboeckhoven.

Apremiado por el poeta, éste último ve la posibilidad de vender los *Cantos*, a título de depositario, en Bélgica y en Suiza. Ese compromiso recibe el consentimiento del poeta, como testimonia su carta del 27 de octubre de 1869 a Verboeckhoven: «Sus proposiciones han sido aceptadas: el que yo le haga vendedor para mí, el cuarenta por ciento y el ejemplar 13.º». A pesar de este acuerdo de principio, la obra permanece en el sótano y el poeta morirá sin haberla visto en las librerías.

El 21 de febrero de 1870, Isidore Ducasse pregunto todavía a Verboeckhoven qué se ha hecho de los *Cantos*: «Lacroix, ¿ha cedido la edición o qué ha hecho? ¿O la ha rechazado usted? Él no me ha dicho nada No le he vuelto a ver desde entonces». Sin embargo anuncia que ha renegado de su pasado y que llevar, a Albert Lacroix, en los primeros días de marzo, una nueva obra en donde «corrige en el sentido de la esperanza» los «más bellos poemas» de Lamartine, Hugo Musset, Byron y Baudelaire, así como los «seis fragmentos más perversos de (su) dichoso librejo».

El 12 de marzo, Isidore Ducasse confirma ese proyecto, escribiéndole al banquero Darasse que ha «cambiado completamente de método, para cantar exclusivamente la *espera, la esperanza, la SERENIDAD, la dicha, el DEBER*», y que va a publicar dentro de uno diez días con el editor Lemerre un folleto de 60 páginas que será el prefacio de su próximo libro.

Pero igual que abandonó en seguida la idea de hacer aparecer una obra en las ediciones de Lacroix, Isidore Ducasse abandona su proyecto de prefacio con el editor Lemerre, y confía a la imprenta Balitout Questroy et Cie la impresión de las *Poesías*. Esta obra no tiene nada que ver, parece, con los proyectos precedentes, pues «no corrige» las poesías de Lamartine, Hugo, Musset, etc., sino los pensamientos de Pascal, las máximas de Rochefoucauld y de Vauvenargues. En fin, no podría considerarse esas *Poesías* por un «prefacio a un libro futuro», pues —para tomar los términos, perfectamente claros, de la dedicatoria y del aviso a los lectores— es una «publicación permanente» de los «prosaicos fragmentos que Isidore Ducasse piensa

escribir en la continuación de las edades» y de la cual asume él mismo la responsabilidad ante la ley, como indica la nota impresa en el reverso de la cubierta:

> «Le Gérant, / I. D. / Calle del Faubourg-Montmartre, 7». El primer fascículo de las Poesías aparece en abril de 1870, el segundo en junio, y no hay duda de que el tercero, el cuarto, etc., hubieran aparecido igualmente, si la muerte del poeta no hubiera venido de pronto a interrumpir su obra.

He aquí el acta de defunción de Isidore Ducasse, que lleva el n.º 2028 en el registro de fallecidos del año 1870 del IX Distrito:

> *El jueves veinticuatro de noviembre de mil ochocientos setenta, a las dos horas es levantada acta de defunción de Isidore Lucien Ducasse, hombre de letras, de veinticuatro años, nacido en Montevideo (América Meridional), fallecido esta mañana a las ocho horas en su domicilio de la calle del Faubourg-Montmartre, siete, soltero, sin otros datos. Dicha acta se levanta en presencia de los señores Jules Francois Dupuis, hotelero, de cincuenta años de edad, residente en París, calle del Faubourg-Montmartre, siete, y de Antoine Milleret, mozo de hotel, de treinta años de edad, residente en la misma casa, testigos que han firmado con nosotros, Louis Gustave Nast, adjunto del alcalde, tras la lectura hecha, el fallecimiento constatado ante la ley.*
>
> *Jules François Dupuis*
> *Antoine Milleret*
> *Louis Gustave Nast*

Isidore Ducasse fue inhumado al día siguiente, 25 de noviembre de 1870, en el cementerio del Norte (hoy Montmartre-Norte) en una concesión temporal de la 35 a División, como atestigua el registro de entradas en 1870, en donde está inscrito con el número 9257.

El 20 de enero de 1871, según el número 1166 del registro del año, Isidore Ducasse fue transferido a la 4.ª División, que sería desafectada y recobrada por la Villa de París, a fines inmobiliarios, entre 1880 y 1890. Los despojos que provenían de las concesiones temporales —y todo lleva a creer que los del poeta formaban parte — fueron entonces vertidos en el Osario de Pantin.

Maurice Saillet

DE LA REVISTA «LA JENEUSSE»

Bibliografía

Los Cantos de Maldoror
(un volumen, cd. Defaux, calle de Croisant, 8)

El primer efecto producido por la lectura de este libro es de asombro: el énfasis hiperbólico del estilo, la salvaje rareza, el vigor desesperado de la idea, el contraste de ese lenguaje apasionado con las más insípidas lucubraciones de nuestro tiempo, arrojan de antemano al espíritu en un profundo estupor.

Alfredo de Musset habla en alguna parte de lo que él llama «la enfermedad del siglo»: es la incertidumbre del futuro, el desprecio del pasado, o la incredulidad y la desesperación. Maldoror está contagiado por ese mal, se hace perverso, y dirige hacia la crueldad todas las fuerzas de su genio. Primo de *Chudre-Haroid* y de *Fausto*, conoce a los hombres y los desprecia. El ansia le devora, y su corazón, siempre vacío, se agita sin cesar en sombríos pensamientos, sin poder alcanzar nunca ese fin vago e ideal que busca y adivina.

No seguimos con el examen de este libro. Ray que leerlo para sentir la poderosa inspiración que lo anima, la desesperación sombría que se derrama por sus lúgubres páginas. A pesar de sus defectos, que son numerosos, la incorrección del estilo, la confusión de los cuadros, esta obra, creemos nosotros, no pasará confundida entre las demás publicaciones del momento:

su originalidad poco común nos lo garantiza.

EL DESTINO DE ISIDORE DUCASSE

Isidore Ducasse nació en 1846 en Montevideo, de padres franceses. Hizo estudios secundarios en Francia, en el colegio de Tarbes y en el liceo de Pau, donde permanece interno; luego marcha a París para preparar el ingreso en la Escuela Politécnica. Bajo el pseudónimo de «Conde de Lautréamont» publica, en 1869, una obra en prosa poética, los *Cantos de Maldoror*, que pasa totalmente inadvertida; después publica bajo el título paradójico de *Poesías* dos fragmentos de prefacio para «un libro futuro» que jamás fue escrito. Muere tuberculoso en 1870. Su obra fue exaltada después de 1920 por los surrealistas; ella figura hoy como una expresión particularmente intensa de la desesperación y del frenesí romántico.

LA DESESPERACIÓN DEL MALDOROR

Al comienzo de los Cantos, Maldoror, el héroe, está representado en general bajo una forma humana; encarna la miseria y las angustias de su creador. Es pálido y camina encorvado; tiene la sangre empobrecida, la boca consumida; su rostro está «maquillado por arrugas precoces»; y la naturaleza «hace brillar sus ojos con la llama agria de la fiebre». Dotado de una facultad de discernimiento poco común, sufre a causa de su misma lucidez, que ha destruido sus ilusiones. Al mismo tiempo se han revelado en él las múltiples formas del sufrimiento impuesto a l~ humanidad y las calamidades que la persiguen, guerras, incendios, naufragios o enfermedades. *Torturado por su trágica ignorancia, desanimado por su experiencia amarga del dolor y del vicio, se abandona a la desesperación, que le «embriaga con el vino»; y como un héroe byroniano, pero con más violencia aún, se rebela contra Dios*.

EL FRENESÍ DE MALDOROR

Desde entonces se convierte en un símbolo infernal. Deja de encarnar el drama del hombre y se asemeja al Minotauro o a la Bestia del Apocalipsis. Caballero fantasma, visita, como el Mal, toda la superficie de la tierra. Como el Mal también, reviste las formas más imprevistas: un decreto de su voluntad le permite inmediatas metamorfosis; se convierte en pulpo o en águila, grillo de cloaca o cisne negro. Su cólera vengativa se manifiesta por acciones de arrebato o por imprecaciones de una inimaginable violencia. La obra es, por otra parte, extrañamente diversa: las estrofas líricas alternan con los episodios fantásticos, los periodos oratorios con las imágenes fulgurantes; pero el héroe maldito está presente en todas las páginas para ilustrar la terrible declaración del primer canto: «Yo me sirvo de mi genio para pintar las delicias de la crueldad».

BOLETIN TRIMESTRAL DE LAS PUBLICAClONES PROHIBIDAS EN FRANCIA IMPRESAS EN EL EXTRANJERO N.º 7

PRECIO DEL ABONO: 4 FRANCOS AL AÑO

23 de octubre de 1869

10. LOS CANTOS DE MALDOROR, por el conde de Lautréamont. (Cantos 1, II, III, IV, V, VI) París, en todas las librerías; Bruselas, imp. Lacroix, Verboeckhoven; 1869, in-8 de 332 p.

«No existen ya maniqueos», decía Panglos.— «Existo yo», respondía Martín. El autor de este libro no es de una especie menos rara. Como Baudelaire, como Flaubert, cree que la expresión estética del mal implica el más vivo apetito del bien, la más alta moralidad. Isidore Ducasse (hemos tenido la curiosidad de conocer su nombre) no ha cometido el error de hacer imprimir en Francia los *Cantos de Maldoror*. El sacramento de la sexta cámara no le hubiera faltado.

N. B. El impresor se ha negado, en el momento de ponerlos a la venta, a distribuir los *Cantos de Maldoror*, anunciados con el n.º 10 del presente boletín—

DE UNA ENCUESTA

Pregunta: «¿*Cuáles son los tres libros que, personalmente, usted coloca por encima de los demás y que han ejercido una influencia decisiva sobre su formación literaria?*».

VALERY LARBAUD: «Isidore Ducasse, conde de Lautréamont, autor de los *Cantos de Maldoror*, expresión suprema del Romanticismo resplandeciente, donde se vuelven a encontrar, junto al satanismo y las ensoñaciones fantásticas de las escuelas inglesa y alemana del siglo XIX, a Gérard de Nerval, Quinet, Volney, el marqués de Foudras y Eugene Sue… Un clásico de mañana sin duda, y que fue, después de haber sorprendido y escandalizado toda mi primera adolescencia, uno de mis veinticinco o treinta libros de cabecera —bien dicho: mi cama, muy a menudo, estaba abarrotada de ellos— desde mis dieciséis a mis dieciocho años (los demás, a excepción quizás de Rimbaud, Corbiere y Walt Whitman, discutidos en aquél tiempo, eran los Clásicos) …».

LOS CANTOS DE MALDOROR

CANTO PRIMERO

RUEGO al cielo que el lector, animado y momentáneamente tan feroz como lo que lee, encuentre, sin desorientarse, su camino abrupto y salvaje, a través de las desoladas ciénagas de estas páginas sombrías y llenas de veneno, pues, a no ser que aporte a su lectura una lógica rigurosa y una tensión espiritual semejante al menos a su desconfianza, las emanaciones mortales de este libro impregnarán su alma lo mismo que hace el agua con el azúcar. No es bueno que todo el mundo lea las páginas que van a seguir; sólo algunos podrán saborear este fruto amargo sin peligro. En consecuencia, alma tímida, antes de que penetres más en semejantes landas inexploradas, dirige tus pasos hacia atrás y no hacia adelante, de igual manera que los ojos de un hijo se apartan respetuosamente de la augusta contemplación del rostro materno; o, mejor, como durante el invierno, en la lejanía, un ángulo de grullas friolentas y meditabundas vuela velozmente a través del silencio, con todas las velas desplegadas, hacia un punto determinado del horizonte, de donde, súbitamente, parte un viento extraño y poderoso, precursor de la tempestad. La grulla más vieja, formando ella sola la vanguardia, al ver esto mueve la cabeza, y, consecuentemente, hace restallar también el pico, como una persona razonable, que no está contenta (yo tampoco lo estaría en su lugar), mientras su viejo cuello desprovisto de plumas, contemporáneo de tres generaciones de grullas, se agita en ondulaciones coléricas que presagian la tormenta, cada vez más próxima. Después de haber mirado numerosas veces, con sangre fría, a todos los lados, con ojos que encierran la experiencia, prudentemente, la primera (pues ella tiene el privilegio de mostrar las plumas de su cola a las otras grullas, inferiores en inteligencia), con su grito vigilante de melancólico centinela que hace retroceder al enemigo común, gira con flexibilidad la punta de la figura geométrica (es tal vez un triángulo, aunque no se vea el tercer lado, lo que forman en el espacio esas curiosas aves de paso), sea a babor, sea a estribor, como un hábil capitán, y, maniobrando con alas que no parecen mayores que las de un gorrión, porque no es necia, emprende así otro camino más seguro y filosófico.

Lector, quizás desees que invoque al odio en el comienzo de esta obra. ¿Quién te dice que no has de olfatear, sumergido en innumerables voluptuosidades, tanto como quieras, con tus orgullosas narices, anchas y afiladas, volviéndote de vientre, semejante a un tiburón, en el aire hermoso y negro, como si comprendieras la importancia de ese acto y la importancia no menos de tu legitimo apetito, lenta y majestuosamente, las rojas emanaciones? Te aseguro que los dos deformes agujeros de tu horroroso hocico, oh monstruo, se regocijarán, si te dispones de antemano a respirar tres mil veces seguidas la conciencia maldita de lo Eterno. Tus narices, desmesuradamente dilatadas por la inefable satisfacción, por el éxtasis inmóvil, no

pedirán otra cosa al espacio, embalsamado de perfumes e incienso, pues se colmarán de una dicha completa, como los ángeles que habitan en la magnificencia y la paz de los gratos cielos.

En sólo unas líneas estableceré que Maldoror fue bueno durante los primeros años de su vida y vivió dichoso; dicho está Luego se apercibió de que había nacido perverso: ¡fatalidad extraordinaria! Ocultó su carácter como pudo, durante un gran número de años, pero al final, a causa de esa reconcentración que no le era natural, cada día la sangre le subía a la cabeza, hasta que no pudiendo soportar más semejante vida, se arrojó resueltamente por la senda del mal… ¡atmósfera dulce! ¿Quién lo hubiera dicho? Cuando besaba a un niño de rostro rosado hubiera querido rebañarle las mejillas como con una navaja, y muy a menudo lo hubiera hecho, si la Justicia, con su largo cortejo de castigos, no lo hubiera impedido cada vez. No era mentiroso, confesaba la verdad, y se decía cruel. Humanos, ¿habéis oído? ¡Se atreve a repetirlo con esta pluma que tiembla! Así, pues, existe un poder más fuerte que la voluntad… ¡Maldición! ¿Querría la piedra sustraerse a las leyes dela gravedad? Imposible. Imposible, si el mal quisiera conjugarse con el bien. Es lo que yo decía más arriba.

Aquí hay quienes escriben para conseguir los aplausos de los hombres, por medio de nobles cualidades del corazón que la imaginación inventa o que ellos puedan tener. ¡Yo hago servir mi genio para pintar las delicias de la crueldad! Delicias no pasajeras ni artificiales, sino que, al comenzar con el hombre, terminarán con él. ¿No puede el genio aliarse con la crueldad en las resoluciones secretas de la Providencia? ¿O porque se sea cruel se tiene que carecer de genio? La prueba se verá en mis palabras; vosotros sólo tenéis que escucharme, si queréis… Perdón, me pareció que los cabellos se me habían erizado, pero no es nada, pues con mi mano he conseguido colocarlos fácilmente en su primera posición. El que canta no pretende que sus cavatinas sean algo desconocido, al contrario, se satisface de que los pensamientos altivos y perversos de su héroe estén en todos los hombres.

He visto, durante toda mi vida, sin una sola excepción, a los hombres de hombros estrechos realizar numerosos actos estúpidos, embrutecer a sus semejantes, y pervertir a las almas por todos los medios. A los motivos de su acción le llaman: la gloria. Viendo esos espectáculos, he querido reír como los demás; pero eso, extraña imitación, era imposible. Tomé un cuchillo cuya hoja tenía un filo acerado y me sajé la carne en los sitios donde se unen los labios. Por un instante creí haber conseguido mi objeto. Contemplé en un espejo la boca maltratada por mi propia voluntad. ¡Fue un error! La sangre que brotaba abundante de las dos heridas pedía, por otra parte,

distinguir si en verdad era la a de los otros. Pero después de unos instantes de comparación, vi bien que mi risa no se parecía a la de los humanos, es decir, que yo no reía. He visto a los hombres de cabeza fea y ojos terribles hundidos en las oscuras órbitas, superar la dureza de la roca, la rigidez del acero fundido, la crueldad del tiburón, la insolencia de la juventud, el furor insensato de los criminales, las traiciones del hipócrita, a los comediantes más extraordinarios, la fuerza de carácter de los sacerdotes, y a los seres más ocultos al exterior, los más fríos del mundo y del cielo, dejar a los moralistas que descubran su corazón, y hacer recaer sobre ellos la cólera implacable de las alturas. Los he visto a todos a la vez, con el puño más robusto dirigido hacia el cielo, como el de un niño ya perverso contra su madre, probablemente excitados por algún espíritu infernal, con los ojos recargados de un remordimiento punzante y al mismo tiempo vengativo, en un silencio glacial, sin atreverse a manifestar las vastas e ingratas meditaciones que encubría su seno —tan llenas estaban de injusticia —y horror—, y entristecer así de compasión al Dios misericordioso; otras veces, a cada momento del día, desde el comienzo de la infancia hasta el fin de la vejez, diseminando increíbles anatemas, que no tenían el sentido común, contra todo lo que respira, contra ellos mismos y contra la Providencia, prostituir a las mujeres y a los niños, y deshonrar así las partes del cuerpo consagradas al pudor. Entonces las madres levantan sus aguas, sumergen en sus abismos los maderos; los huracanes y los temblores de tierra derriban las casas; la peste y la diversas enfermedades diezman a las familias suplicantes. Pero los hombres no lo perciben. También los he visto enrojecer o palidecer de vergüenza por su conducta en esta tierra; aunque raramente. Tempestades hermanas de los huracanes, firmamento azulado cuya belleza no admito, mar hipócrita, imagen de mi corazón, tierra de seno misterioso, habitantes de las esferas, universo entero, Dios que los has creado con magnificencia, a ti te invoco: ¡muéstrame a un hombre bueno! Y entonces, que tu gracia decuplique mis fuerzas naturales, pues ante el espectáculo de ese monstruo, yo puedo morir de asombro: se muere por mucho menos.

Hay que dejarse crecer las uñas durante quince días. ¡Oh, qué dulzura entonces arrancar brutalmente de su lecho a un niño que aún no tiene nada sobre su labio superior, y, con los ojos muy abiertos, hacer el simulacro de pasar suavemente la mano por la frente, inclinando hacia atrás sus hermosos cabellos! Después, súbitamente, en el momento en que menos lo espera, hundir las largas uñas en su tierno pecho, de manera que no muera, pues si muriera no podríamos contar más tarde con el aspecto de sus miserias. A continuación se le bebe la sangre lamiendo las heridas, y durante ese tiempo, que debería durar tanto como la eternidad, el niño llora. Nada hay tan bueno como su sangre, extraída como acabo de decir, y aún muy caliente, a no ser sus lágrimas, amargas como la sal. Hombre, ¿nunca has probado tu sangre cuando al azar te has cortado un dedo? Está muy buena, ¿no es cierto?, pues

no tiene ningún sabor. Además, ¿no recuerdas el día en que, en medio de tus lúbricas reflexiones, llevaste la mano en forma de hueco sobre tu rostro enfermizo humedecido por lo que resbalaba de tus ojos, mano que se dirigía luego fatalmente hacia la boca que bebía a largos tragos en esa copa, trémula como los dientes del alumno que mira de reojo a aquel que nació para oprimirlo, las lágrimas? Las lágrimas están buenas, ¿no es cierto?, pues tienen el sabor del vinagre. Se diría las lágrimas de aquella que ama mucho; pero las lágrimas del niño son mejores para el paladar. El niño no traiciona nunca, no conoce todavía el mal: aquella que ama mucho traiciona antes o después… lo adivino por analogía, aunque ignoro qué es la amistad o qué es el amor (y es probable que nunca lo acepte, al menos de parte de la raza humana). Por lo tanto, y puesto que tu sangre y tus lágrimas no te disgustan, aliméntate, aliméntate con confianza de las lágrimas y de la sangre del adolescente. Véndale los ojos mientras desgarras su carne palpitante, y, después de haber oído durante largas horas sus gritos sublimes, semejantes a los profundos estertores que en una batalla lanzan las gargantas de los heridos agonizantes, habiéndote apartado como una avalancha, te precipitarás desde la habitación vecina y harás el simulacro de ir en su ayuda. Le desatarás las manos de nervios y venas hinchadas, devolverás la vista a sus ojos extraviados, y te pondrás a lamer sus lágrimas y su sangre. ¡Qué verdadero es entonces el arrepentimiento! La chispa divina que existe entre nosotros, y que tan raramente se manifiesta, aparece entonces, aunque ¡demasiado tarde! Cómo se derrama el corazón cuando puede consolar al inocente a quien se le ha causado daño: «Adolescente que acabas de sufrir crueles dolores, ¿quién ha podido cometer contigo un crimen que no sé cómo calificar? ¡Desgraciado de ti! ¡Cómo debes sufrir! Si tu madre lo supiera, ella no estaría más cerca de la muerte, tan aborrecida por los culpables, de lo que yo estoy ahora. ¡Ay! ¿Qué es entonces el bien y el mal? ¿Es la misma cosa, por medio de la cual testimoniamos con rabia nuestra impotencia y la pasión de alcanzar el infinito, incluso por los medios más insensatos? ¿O bien son dos cosas diferentes? Sí… es mejor que sean una misma cosa… pues, sino, ¿en qué me convertiría el día del Juicio Final? Adolescente, perdóname: el que se halla ante tu rostro noble y sagrado es el que ha roto tus huesos y desgarrado tu carne, que cuelga de diferentes lugares de tu cuerpo. ¿Es un delirio de mi razón enferma, un instinto secreto que no depende de mis razonamientos, semejante al del águila que desgarra a su presa, lo que me ha empujado a cometer este crimen, y que, sin embargo, me hace sufrir tanto como a mi víctima? Adolescente, perdóname. Cuando hayamos abandonado esta vida pasajera, quiero que estemos abrazados por toda la eternidad, que formemos un solo ser, mi boca unida a tu boca. Incluso de este modo mi castigo no será completo. Entonces tú me desgarrarás, sin detenerte nunca, con tus dientes y tus uñas a la vez. Adornaré mi cuerpo con guirnaldas perfumadas para este holocausto expiatorio y los dos sufriremos ~, yo por ser desgarrado, tú por desgarrarme… con mi boca unida a tu boca. ¡Oh adolescente de cabellos rubios y ojos tan dulces!, ¿harás ahora lo que te aconseje? Aunque te pese, quiero que lo

hagas, y mi conciencia volverá a ser feliz». Después de haber hablado así, habrás hecho daño a un ser humano, pero habrás sido amado por el mismo ser: es la mayor felicidad que pueda concebirse. Más tarde podrás internarlo en un hospital, pues el tullido no podrá ganarse la vida. Te llamarán bueno, y las coronas de laurel y las medallas de oro esparcidas sobre la gran tumba ocultarán tus pies desnudos al rostro anciano. ¡Oh tú, cuyo nombre no quiero escribir en esta página que consagra la santidad del crimen, se que tu perdón fue inmenso cómo el universo! ¡Pero yo existo todavía!

Yo hice un pacto con la prostitución a fin de sembrar el desorden de las familias. Me acuerdo de la noche que precedió a esta peligrosa relación. Vi ante mí una tumba. Oí a una luciérnaga, grande como una casa, que me dijo: «Voy a iluminarte. Lee la inscripción. Esta orden suprema no procede de mí». Una vasta luz de color sangre, ante la cual mis mandíbulas crujieron y mis brazos cayeron inertes, se esparció por el aire hasta el horizonte. Me apoyé contra un muro en ruinas, pues iba a caerme, y leí: «Aquí yace un adolescente que murió tuberculoso: ya sabéis por qué. No recéis por él». Muchos hombres no hubieran tenido el valor que tuve yo. Mientras tanto, a mis pies vino a tenderse una hermosa mujer desnuda. Con triste gesto le dije: «Puedes levantarte». Le tendí la mano con la que el fratricida degüella a su hermana. La luciérnaga, a mí: «Cuídate tú, el más débil, porque yo soy la más fuerte. Ésta se llama Prostitución». Con lágrimas en los ojos y rabia en el corazón, sentí nacer en mí una fuerza desconocida. Tomé una piedra grande, tras un gran esfuerzo logré levantarla hasta la altura de mi pecho, y la sostuve en el hombro con mis brazos. Escalé una montaña hasta la cima y desde allí aplasté a la luciérnaga. Su cabeza se hundió en el suelo hasta una profundidad de la talla de un hombre; la piedra rebotó hasta alcanzar la altura de seis iglesias. Fue a caer en un lago, cuyas aguas descendieron en un instante, formando su remolino un inmenso cono invertido. La calma se restableció en la superficie, pero la luz de color sangre no brillo más. «Ay, ay», gritó la hermosa mujer desnuda, «¿qué has hecho?». Yo, a ella: «Te prefiero a ti, pues tengo piedad de los desgraciados. No tienes la culpa de que la justicia eterna te haya creado». Ella, a mi: «Un día, no te digo más, los hombres me harán justicia. Déjame ir a esconder en el fondo del mar mi infinita tristeza. Sólo tú y los monstruos horribles de estos negros abismos no me despreciáis. Eres bueno. Adiós, a ti que me has amado». Yo, a ella: «¡Adiós! ¡Adiós! ¡Te amaré siempre! Desde ahora, abandono la virtud». Por eso, oh pueblos, cuando oís el viento de invierno gemir en el mar y sus orillas, o por encima de las grandes ciudades que desde hace mucho tiempo llevan luto por mi, o a través de las frías regiones polares, decís: «No es el espíritu de Dios el que pasa: es sólo el suspiro agudo de la prostitución, junto con los gemidos graves del montevideano». Niños, soy yo quien os lo dice. Entonces, llenos de misericordia, arrodillaos, y que los hombres, más numerosos que los piojos, digan sus largas plegarias.

Al claro de luna, cerca del mar, en los lugares aislados del campo, vemos, sumergido en amargas reflexiones, revestir todas las cosas, unas formas amarillas, indecisas, fantásticas. Las sombras de los árboles, de pronto rápidas, de pronto lentas, corren, van, vienen, con diversas formas, aplanándose, adhiriéndose a la tierra. En el tiempo en que yo era transportado por las alas de la juventud, todo eso me hacía soñar, me parecía extraño, pero ahora estoy habituado. El viento gime a través de las hojas con sus lánguidas notas, y el búho canta su grave endecha que hace erizar los cabellos de quienes lo escuchan. Entonces los perros, que se han vuelto furiosos, rompen las cadenas, se escapan de las granjas lejanas, corren de un lado para otro por el campo, presos de la locura. De pronto se detienen, miran hacia todos los lados con feroz inquietud, con mirada de fuego, y así como los elefantes, antes de morir, lanzan en el desierto una última mirada al cielo, elevando desesperadamente su trompa, dejando caer sus orejas inertes, así los perros dejan caer inertes sus orejas, elevan la cabeza, hinchan su terrible cuello, y se ponen a ladrar por turno, sea como un niño que grita de hambre, sea como un gato herido en el vientre encima de un tejado, sea como una mujer que va a parir, sea como un enfermo de peste moribundo en un hospital, sea como una muchacha que canta un aria sublime, contra las estrellas al Oeste, contra la luna, contra las montañas que semejan a lo lejos rocas gigantes que yacen en la oscuridad, contra el aire frío que aspiran a pleno pulmón y que le vuelven el interior de su nariz rojo y ardiente, contra el silencio de la noche, contra las lechuzas cuyo vuelo sesgado les roza el hocico, llevando una rata o una rana en el pico, alimento vivo, grato para las crías, contra las liebres que desaparecen en un abrir y cerrar de ojos, contra el ladrón que huye al galope de su caballo después de haber cometido un crimen, contra las serpientes que al agitar los matorrales hacen que tiemble al piel y rechinen los dientes, contra sus propios ladridos que a ellos mismos causan miedo, contra los sapos a los que trituran con un golpe seco de sus quijadas (¿por qué se han alejado del pantano?), contra los árboles cuyas hojas balanceándose suavemente son otros tantos misterio que ellos no comprenden pero quieren descubrir con sus ojos fijos e inteligentes, contra las arañas suspendidas de sus largas patas que trepan por los árboles para salvarse, contra los cuervos que al no encontrar de qué comer durante la jornada regresan a su refugio con las alas cansadas, contra las rocas de la costa, contra las luces que aparecen en los mástiles de las naves invisibles, contra el sordo rumor de las olas, contra los grandes peces que al nadar muestran su dorso negro y luego se hunden en el abismo, y contra el hombre que los convierte en esclavos. Después de ello se ponen de nuevo a correr por el campo, saltando con sus patas sangrantes por encima de las fosas, los caminos, las campiñas, las hierbas y las piedras escarpadas. Se dirían que están atacados por la rabia y buscan un gran estanque para calmar su sed. Sus prolongados aullidos espantan a la naturaleza entera. ¡Desgraciado el viajero que se retrasa! Los amigos de los cementerios se arrojarán sobre él, lo despedazarán, se lo comerán con su boca chorreante de sangre,

pues sus dientes no están deteriorados. Los animales salvajes no se atreven a acercarse para tomar parte en el festín de carne, temblando huyen hasta perderse de vista. Después de algunas horas, los perros, extenuados de correr de un lado para otro, casi muertos, con la lengua fuera de la boca, se precipitan los unos sobre los otros sin saber lo que hacen, y se destrozan en mil pedazos con una rapidez increíble. No se comportan así por crueldad. Un día, con los ojos vidriosos, mi madre me dijo: «Cuando estés en tu cama y oigas los ladridos de los perros en el campo, escóndete bajo el cobertor, no te burles de lo que hacen: tienen sed insaciable de infinito, como tú, como yo, como el resto de los seres humanos de rostro pálido y alargado. Incluso te permito que te pongas delante de la ventana para que contemples ese espectáculo bastante sublime». Desde entonces respeto el deseo de la muerta. Yo, igual que los perros, siento la necesidad del infinito… ¡Pero no puedo, no puedo satisfacer esa necesidad! Soy hijo del hombre y de la mujer, según me han dicho. Y eso me asombra… pues creía ser más. Por otra parte, ¿qué me importa de dónde vengo? De haber podido depender de mi voluntad, hubiera querido ser más bien el hijo de la hembra del tiburón, cuya hambre es amiga de las tempestades, y del tigre, de reconocida crueldad: no sería tan malo. Vosotros, los que me miráis, alejaos de mí, pues mi aliento exhala un hálito emponzoñado. Nadie ha visto aún las arrugas verdes de mi frente, ni los huesos que sobresalen de mi rostro descarnado, semejantes a las espinas de un gran pez o a las rocas que ocultan las orillas del mar o las abruptas montañas alpinas que tan a menudo recorría cuando tenía sobre mi cabeza cabellos de otro color. Y cuando vago alrededor de las viviendas de los hombres, durante las noches de tormenta, con los ojos ardientes, con los cabellos flagelados por los vientos tempestuosos, aislado como una piedra en medio del camino, cubro mi cara marchita con un trozo de terciopelo negro como el hollín que colma el interior de las chimeneas: no es necesario que los ojos sean testigos de la fealdad que el Ser supremo, con una sonrisa de odio poderoso, ha puesto sobre mí. Cada mañana, cuando el sol se levanta para los demás, esparciendo la alegría y el calor saludable por toda la naturaleza, mientras ninguno de mis rasgos se mueve, mirando fijamente el espacio repleto de tinieblas, acurrucado en el fondo de mi amada caverna, con una desesperación que me embriaga como el vino, hago jirones mi pecho con mis poderosas manos. Sin embargo, siento que no estoy atacado de rabia. Sin embargo, siento que no soy el único que sufre. Sin embargo, siento que respiro. Como un condenado que pronto ha de subir al cadalso y ejercita sus músculos mientras reflexiona en su suerte, de pie, sobre mi lecho de paja, con los ojos cerrados, giro lentamente mi cuello de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, durante horas enteras, sin caer muerto. De vez en cuando, cuando mi cuello no puede ya continuar girando en el mismo sentido y se detiene para volver a girar en sentido contrario, miro súbitamente al horizonte a través de los escasos intersticios hechos por la espesa maleza que obstruye la entrada: ¡no veo nada! Nada… a no ser los campos que danzan en remolino con los árboles y las largas bandadas de pájaros que atraviesan

los aires. Eso me trastorna la sangre y el cerebro… ¿Quién, entonces, me golpea con una barra de hierro en la cabeza como un martillo que golpeara en el yunque?

Me propongo, sin estar emocionado, declamar con poderosa voz la estrofa seria y fría que vais a oír. Prestad atención a su contenido y evitad la penosa impresión que ella intentará dejar como una mancha en vuestras turbadas imaginaciones. No creías que yo esté a punto de morir, pues todavía no soy un esqueleto ni la vejez se ha pegado a mi frente. Descartemos, por lo tanto, toda idea de comparación con el cisne en el momento en que su existencia huye, y no veáis ante vosotros más que un monstruo cuyo rostro me hace feliz que no podáis contemplar, aunque es menos horrible que su alma. Sin embargo no soy un criminal… Pero basta de este asunto. No hace mucho tiempo volví a ver el mar, pisé el puente de los barcos, y mis recuerdos son tan vivos como si lo hubiera abandonado ayer. No obstante, si podéis, conservad la misma calma que yo en esta lectura, que ya me arrepiento de ofreceros, y no os sonrojéis ante el pensamiento de lo que es el corazón humano. ¡Oh pulpo de mirada de seda[1]!, tú, cuya alma es inseparable de la mía, tú, el más bello de los habitantes del globo terráqueo, que mandas en un serrallo de cuatrocientas ventosas, tú, en quien se asientan noblemente, como en su residencia natural, por un común acuerdo, con un lazo indestructible, la dulce virtud comunicativa y las gracias divinas, ¿por qué no estás conmigo, tu vientre de mercurio contra mi pecho de aluminio, sentados los dos sobre alguna roca de la orilla, para contemplar ese espectáculo que adoro?

Viejo océano de olas de cristal, te pareces, en las proporciones, a esas marcas azuladas que se ven sobre el dorso magullado de los grumetes, eres un inmenso azul aplicado en el cuerpo de la tierra: me gusta esta comparación. Así, a primera impresión, un soplo prolongado de tristeza, que se creería el murmullo de tu brisa suave, pasa, dejando inefables huellas, sobre el alma profundamente conmovida, y, sin que siempre se advierta, evocas el recuerdo de tus amantes, los duros comienzos del hombre en los cuales tiene conocimiento del dolor, que no le abandona jamás. ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, tu forma armoniosamente esférica, que alegra la cara grave de la geometría, me recuerda demasiado los ojos pequeños del hombre, similares por su pequeñez a los del jabalí, y a los de las aves nocturnas por la perfección circular de su contorno. Sin embargo, el hombre se ha creído hermoso en todos los siglos. Pero yo creo que el hombre sólo cree en su belleza por amor propio, pues en realidad no es bello y él lo sospecha; si no, ¿por qué mira el rostro de su semejante con tanto desprecio? ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, eres el símbolo de la identidad: siempre igual a ti mismo. Nunca cambias de una manera esencial, y, si tus olas están en alguna parte furiosas, más lejos, en alguna otra zona, se hallan en la más completa calma. No eres como el hombre, que se detiene en la calle para ver cómo se atenazan por el cuello dos dogos

y no se detiene cuando pasa un entierro, que por la mañana es asequible y por la tarde está de mal humor, que ríe hoy y mañana llora. ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, no sería nada imposible que escondieras en tu seno frutos de utilidad para el hombre. Ya le has dado la ballena. No dejas adivinar fácilmente a los ojos ávidos de las ciencias naturales los mil secretos de tu íntima organización: eres modesto. El hombre se vanagloria de continuo, y por minucias. ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, las diversas especies de peces que alimentas no se han jurado fraternidad entre sí. Cada especie vive por su lado. Los temperamentos y las conformaciones que varían en cada una de ella, explican, de una manera satisfactoria, lo que al principio sólo parece una anomalía. Igual sucede con el hombre, que no tiene los mismos motivos de excusa. Un trozo de tierra está ocupado por treinta millones de seres humanos, pero ellos se creen obligados a no mezclarse en la existencia de sus vecinos, fijos como raíces sobre el pedazo de tierra contiguo. Descendiendo del grande al pequeño, cada hombre vive como un salvaje en su guarida, y raramente sale de ella para visitar a su semejante, acurrucado igualmente en otra guarida. La gran familia universal de los hombres es una utopía digna de la lógica más mediocre. Por otra parte, del espectáculo de tus mamas fecundas se desprende la noción de ingratitud, pues se piensa en seguida en los numerosos padres, tan ingratos hacia el Creador, para abandonar el fruto de su miserable unión. ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, tu grandeza material sólo es comparable a la medida que uno se hace de la potencia activa que ha sido necesaria para engendrar la totalidad de tu masa. No se te puede abarcar de una ojeada. Para contemplarte es preciso que la vista haga girar su telescopio con movimientos continuos hacia los cuatro puntos del horizonte, de igual modo que un matemático, a fin de resolver una ecuación algebraica, está obligado a examinar separadamente los diversos casos posibles, antes de resolver la dificultad. El hombre come sustancias nutritivas, y hace otros esfuerzos dignos de mejor suerte para dar impresión de grueso. Que se hinche cuanto quiera esa adorable rana. Quédate tranquilo, nunca igualará tu corpulencia; al menos eso supongo. ¡Te saludo viejo océano!

Viejo océano, tus aguas son amargas. Tienen exactamente el mismo sabor que la hiel que destila la crítica sobre las bellas artes, sobre las ciencias, sobre todo. Si alguien tiene genio, se le hace pasar por un idiota; si algún otro es bello de cuerpo, se le hace un horrible contrahecho. En verdad, es preciso que el hombre sienta con fuerza su imperfección, cuyas tres cuartas partes son debidas a sí mismo, para que lo critique de ese modo. ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, los hombres, a pesar de la excelencia de sus métodos, todavía no han conseguido, ayudados de los procedimientos de investigación de la ciencia, medir la profundidad vertiginosa de tus abismos, los cuales han reconocido inaccesiblemente las sondas más largas y pesadas. A los peces… les está permitido:

no a los hombres. A menudo me he preguntado qué será más fácil de reconocer: la profundidad del océano o la profundidad del corazón humano. Con frecuencia, con la mano, de pie sobre los barcos, mientras la luna se balanceaba entre los mástiles de forma irregular, me he sorprendido, haciendo abstracción de todo lo que no fuera el objeto que perseguía, esforzándome por resolver ese difícil problema. Si, ¿cuál es más profundo, más impenetrable de los dos; el océano o el corazón humano? Si treinta años de experiencia de la vida pueden, hasta cierto punto, inclinar la balanza hacia una u otra de esas soluciones, me estará permitido decir que, pese a la profundidad del océano, no podrá colocarse al ras, en cuanto a la comparación sobre dicha propiedad, con la profundidad del corazón humano. He estado en relación con hombres que han sido virtuosos. Morían a los sesenta años y nadie dejaba de exclamar: «Han hecho el bien en este mundo, es decir, han practicado la caridad: eso es todo, no es nada malo, y cualquiera puede hacer otro tanto». ¿Quién comprenderá por qué dos amantes que se idolatraban la víspera, por una palabra mal interpretada, se separan, uno hacia oriente, otro hacia occidente, con los aguijones del odio, de la venganza, del amor y de los remordimientos, y no se vuelven a ver más, cada uno embozado en su solitaria soberbia? Es un milagro que se renueva cada día y que por ello no es menos milagroso. ¿Quién comprenderá por qué se saborean, no sólo las desgracias generales de los semejantes, sino también las particulares de los amigos más queridos, aunque se está afligido al mismo tiempo? Un ejemplo incontestable para cerrar la serie: el hombre dice hipócritamente sí y piensa no. Por eso los jabatos de la humanidad tienen tanta confianza los unos en los otros y no son egoístas. Le queda a la sicología muchos progresos que hacer. ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, tu poder es tan grande que los hombres lo han sabido a sus expensas. Y por mucho que utilicen todos los recursos de su genio… serán incapaces de dominarte. Han encontrado su maestro. Digo que han encontrado algo más fuerte que ellos. Algo que tiene nombre. Ese nombre es: ¡el océano! El miedo que le inspiras es tal, que te respetan. A pesar de ello, haces danzar sus más pesadas máquinas con gracia, elegancia y facilidad. Les haces realizar saltos gimnásticos hasta el cielo y admirables inmersiones hasta el fondo de tus dominios que un saltimbanqui envidiaría. Bienaventurados aquellos a quienes no envuelves definitivamente entre tus pliegues burbujeantes para ir a ver, sin ferrocarril, en tus entrañas acuáticas, cómo lo pasan los peces, y sobre todo, cómo lo pasan ellos mismos. El hombre dice:

«Soy más inteligente que el océano». Es posible, es incluso muy cierto, pero el océano le causa más temor a él que él al océano: es algo que no es necesario comprobar. Ese patriarca observador, contemporáneo de las primeras épocas de nuestro globo suspendido, sonríe piadoso cuando asiste a los combates navales de las naciones. He ahí un centenar de leviatanes que han salido de las manos de la humanidad. Las órdenes enfáticas de los superiores, los gritos de los heridos, los cañonazos, es el ruido realizado a propósito para aniquilar algunos segundos. Parece

que el drama ha terminado y que el océano se lo ha metido todo en su vientre. La boca es formidable. ¡Qué grande debe ser hacia abajo, en dirección a lo desconocido! Para coronar al fin la estúpida comedia, que carece de todo interés, se ve, en medio de los aires, alguna cigüeña retrasada por el cansancio, que se pone a gritar, sin detener la envergadura de su vuelo: «¡Vaya!… ¡la encuentro mal! Allá abajo había algunos puntos negros; he cerrado los ojos y han desaparecido». ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, oh gran célibe, cuando recorres la solemne soledad de tus reinos flemáticos, te enorgulleces, con razón, de tu magnificencia nativa y de los justos elogios que me apresuro a dedicarte. Mecido voluptuosamente por los suaves efluvios de tu lentitud majestuosa, que es el más grandioso de los atributos con que el soberano poder te ha gratificado, en medio de un sombrío misterio, tú haces rodar por toda tu sublime superficie tus incomparables olas, con el sentimiento sereno de tu poder eterno. Ellas se persiguen paralelamente, separadas por cortos intervalos. Apenas una disminuye, otra, creciendo, va a su encuentro, acompañada del rumor melancólico de la espuma que se deshace para advertirnos de que todo es espuma. (Así, los seres humanos, esas olas vivientes, mueren uno tras otro, de una manera monótona, sin dejar siquiera un ruido de espuma). El ave de paso reposa, confiada sobre ellas, y se abandona a sus movimientos llenos de gracia arrogante, hasta que los huesos de sus alas han recobrado el vigor preciso como para continuar la aérea peregrinación. Quisiera que la majestad humana sólo fuera la encarnación del reflejo de la tuya. Pido demasiado, y ese deseo sincero te glorifica. Tu grandeza moral, imagen del infinito, es inmensa como la reflexión del filósofo, como el amor de la mujer, como la belleza divina del ave, como la meditación del poeta. Eres más bello que la noche. Respóndeme, océano, ¿quieres ser mi hermano? Agítate con impetuosidad… más… todavía más, si quieres que te compare con la venganza de Dios; alarga tus garras lívidas y fráguate un camino en tu propio seno… está bien. Haz que rueden tus olas espantosas, horrible océano sólo por mi comprendido y ante el que caigo prosternado de rodillas. La majestad de los hombres es prestada; no se impone: tú, sí. Oh, cuando avanzas, con la cresta alta y terrible, rodeado por tus repliegues tortuosos como por un cortejo, magnético y salvaje, haciendo rodar tus olas unas sobre otras con la conciencia de lo que eres, mientras lanzas desde las profundidades de tu pecho, como abrumado por un remordimiento intenso que no puedo descubrir, ese sordo bramido perpetuo que los hombres tanto temen, incluso cuando te contemplan, estando seguros, temblorosos desde la orilla, y entonces veo que no tengo el insigne derecho de llamarme tu igual. Por eso, en presencia de tu superioridad, te daría todo mi amor (y nadie conoce la cantidad de amor que contienen mis aspiraciones hacia lo bello), si no me hicieses dolorosamente pensar en mis semejantes, que forma contigo el más irónico contraste, la antítesis más grotesca que jamás se haya visto en la creación: no puedo amarte, te detesto. ¿Por qué vuelvo a ti, por milésima vez, hacia brazos amigos, que se abren para acariciar mi frente ardiente, cuya fiebre siento desaparecer sólo a tu contacto? No conozco tu oculto

destino, pero todo lo que te concierne me interesa. Dime entonces si eres la morada del príncipe de las tinieblas. Dímelo… dímelo, océano (a mí solo, para no entristecer a aquellos que no han conocido sino las ilusiones), y si el soplo de Satán crea las tempestades que levantan tus aguas saladas hasta las nubes. Es preciso que me lo digas porque me alegraría saber que el infierno está tan cerca del hombre. Quiero que ésta sea la última estrofa de mi invocación. Por lo tanto, una sola vez más, quiero saludarte y darte mi adiós. Viejo océano, de olas de cristal… Mis ojos se humedecen de abundantes lágrimas, y no tengo fuerzas para seguir, pues siento que ha llegado el momento de volver con los hombres de aspecto brutal; pero… ¡ánimo! Hagamos un gran esfuerzo y cumplamos, con el sentimiento del deber, nuestro destino sobre esta tierra. ¡Te saludo, viejo océano!

No me verán, en mi hora última (escribo esto en mi lecho de muerto), rodeado de curas. Quiero morir, mecido por las olas del mar tempestuoso, o de pie sobre la montaña… no con los ojos hacia lo alto: sé que mi aniquilamiento será completo. Por otra parte, no puedo esperar ninguna gracia. ¿Quién abre la puerta de mi cámara mortuoria? Había dicho que nadie entrara. Quienquiera que seas, aléjate; pero si crees percibir alguna señal de dolor o de miedo en mi rostro de hiena (uso esta comparación aunque la hiena sea más hermosa que yo, y más agradable a la vista), desengáñate: que se aproxime. Estamos en una noche de invierno, cuando los elementos chocan entre sí por todas partes, y el hombre tiene miedo, y el adolescente medita algún crimen contra uno de sus amigos, si es como fui yo en mi juventud. Que el viento, cuyos lastimosos silbidos entristecen a la humanidad, desde que el viento y la humanidad existen, momentos antes de la última agonía, me transporté sobre la osamenta de sus alas a través del mundo, impaciente por mi muerte. Todavía gozaré en secreto de los numerosos ejemplos de la maldad humana (sin ver visto, a un hermano le gusta ver los actos de sus hermanos). El águila, el cuervo, el inmortal pelícano, el pato salvaje, la grulla viajera, despiertos, tiritando de frío, me verán pasar, espectro horrible y satisfecho, entre el resplandor de los relámpagos. Ellos no sabrán lo que eso significa. En la tierra, la víbora, el ojo abultado del sapo, el tigre, el elefante, y en el mar, la ballena, el tiburón, el pez martillo, la raya informe, el diente de la foca polar, se preguntaran qué significa esta derogación de la ley de la naturaleza. El hombre, temblando, pegará su frente a la tierra en medio de sus gemidos. «Sí, os supero a todos por mi innata crueldad, una crueldad cuya desaparición no he dependido de mí. ¿Es este el motivo por el que os mostráis prosternados ante mí? ¿O es porque me veis recorrer, nuevo fenómeno, como un cometa aterrador, el espacio ensangrentado? (Cae una lluvia de sangre desde mi vasto cuerpo, semejante a una nube negruzca que empuja ante sí al huracán). No temáis, niños, no quiero maldeciros. El mal que me habéis hecho es demasiado grande, y demasiado grande el mal que yo os hice, para que fuera voluntario. Vosotros habéis

seguido por vuestro camino y yo por el mío, semejantes los dos, los dos perversos. Necesariamente tuvimos que encontrarnos en esta similitud de carácter: el choque resultante nos ha sido recíprocamente fatal». Entonces, los hombres volverán poco a poco a levantar la cabeza, recobrarán el valor para ver a quien de esta manera habla, alargando su cuello como el caracol. De pronto, su rostro ardiente, descompuesto, mostrando las más terribles pasiones, hará tales muecas que los lobos se asustarán. Se pondrán de pie al mismo tiempo, como impulsados por un inmenso resorte. ¡Qué imprecaciones! ¡Qué desgarradoras voces! Me han reconocido. He aquí que los animales de la tierra se reúnen con los hombres y hacen oír sus extraños clamores. Basta de odio recíproco; los dos odios se han vuelto contra el enemigo común: yo; se reconcilian por un asentimiento universal. Vientos que me sostenéis, elevadme más alto; temo a la perfidia. Sí, desaparezcamos poco a poco de sus ojos, una vez más testigos de las consecuencias de las pasiones, completamente satisfechos… Te agradezco, oh rinolofo[2], que me hayas despertado con el movimiento de tus alas, tú que tienes la nariz coronada por una cresta en forma de herradura: me doy cuenta de que, en efecto, no era, desgraciadamente, más que una enfermedad pasajera, y siento, con disgusto, que renazco a la vida. Algunos dicen que te aproximaste a mí para chuparme la poca sangre que me queda en el cuerpo: ¿por qué no es realidad esta hipótesis?

Una familia rodea una lámpara colocada sobre la mesa[3]:

—Hijo mío, dame las tijeras que están sobre esa silla.

—No están, madre.

—Ve a buscarlas entonces a la otra habitación. ¿Te acuerdas de aquella época, dulce sueño, en que hacíamos votos para tener un hijo, en el cual renaceríamos de nuevo, y que sería el sostén de nuestra vejez?

—Me acuerdo, y Dios nos lo ha otorgado. No podemos quejarnos de nuestra suerte en este mundo. Cada día bendecimos a la Providencia por sus beneficios. Nuestro Eduardo posee todas las virtudes de su madre.

—Y las cualidades viriles de su padre.

—Toma las tijeras, madre, al fin las he encontrado.

Reanuda su trabajo… Pero alguien se presenta en la puerta de entrada y contempla durante unos instantes el cuadro que se ofrece a sus ojos:

—¿Qué significa este espectáculo? Hay poca gente que es más feliz que ésta. ¿Qué razonamiento se hacen para amar la existencia? Alejate, Maldoror, de este apetecible hogar; tu lugar no está aquí.

Se retira.

—No sé qué sucede, pero siento que las facultades humanas libran algún combate en mi corazón. Mi alma está inquieta, sin saber por qué: la atmósfera está pesada.

—Mujer, siento las mismas impresiones que tú: tiemblo al pensar que pueda

sucedemos alguna desgracia. Tengamos confianza en Dios, en él reside la suprema esperanza.

—Madre, apenas puedo respirar; me duele la cabeza.

—¿Tú también, hijo mío? Voy a humedecerte la frente y las sienes con vinagre.

—No, madre…

Vedlo; su cuerpo cansado se apoya sobre el respaldo de la silla.

—Algo que no sabría explicar da vueltas en torno a mí. Cualquier cosa me contraría en este momento.

—¡Qué pálido estás! ¡Esta velada no acabará sin que algún funesto suceso nos sumerja a los tres en el lago de la desesperación!

Oigo a lo lejos los prolongados gritos del dolor más punzante.

—¡Hijo mío!

—¡Ah madre!… ¡Tengo miedo!

—Dime en seguida si sufres.

—Madre, no sufro… No digo la verdad.

El padre no sale de su asombro.

—Esos gritos se oyen algunas veces en el silencio de las noches sin estrellas. Aunque los oigamos, sin embargo, el que lanza esos gritos no está cerca, pues esos lamentos pueden oírse a tres leguas de distancia, transportados por el viento de una ciudad a otra. Me habían hablado a menudo de ese fenómeno, pero nunca había tenido ocasión de juzgar por mí mismo su veracidad. Mujer, me hablabas de desgracia, y jamás existió desgracia más real en la larga espiral del tiempo que la desgracia de aquel que turba ahora el sueño de sus semejantes…

Oigo a lo lejos los prolongados gritos del dolor más punzante.

—Ruego al cielo que su nacimiento no sea una calamidad para su país, que lo ha expulsado de su seno. Va de región en región, abominado por todos. Unos dicen que se halla abatido por una especie de locura original desde su infancia. Otros creen saber que es una extrema e instintiva crueldad, que a él mismo le avergüenza, por la que sus padres murieron de dolor.

Hay quienes pretenden que se le deshonró con un apodo en su juventud, que lo dejó inconsolable para el resto de su existencia, porque su dignidad herida veía en ello una prueba flagrante de la maldad de los hombres, que se inicia en los primeros años y después va aumentando. Ese apodo era *el vampiro*…

Oigo a lo lejos los prolongados gritos del dolor más punzante.

—Agregan que, de día y de noche, sin tregua ni reposo, unas pesadillas horribles hacen que le brote sangre por la boca y los oídos, y que unos espectros se sientan a la cabecera de su cama y le arrojan al rostro, impulsados a su pesar por una fuerza desconocida, unas veces con voz suave, otras con voz que parece el estruendo de las batallas, con una persistencia implacable, ese apodo siempre vivo, siempre horrendo y que sólo perecerá con el universo. Algunos incluso han llegado a afirmar que el amor lo ha reducido a ese estado, o que esos gritos son el testimonio de

arrepentimiento por algún crimen sepultado en la noche de su pasado misterioso. Pero la mayor parte de la gente piensa que un orgullo inconmensurable lo tortura, como en otro tiempo a Satán, y que querría igualarse a Dios.

Oigo en la lejanía los prolongados gritos de dolor más punzante.

—Hijo mío, éstas son confidencias excepcionales, lamento que las hayas, oído a tu edad, y espero que no imites nunca a ese hombre.

—Habla, oh Eduardo mío, y dime que no imitarás nunca a ese hombre.

—Oh madre querida, a quien debo el ser, te prometo, si la santa promesa de un niño tiene algún valor, no imitar nunca a ese hombre.

—Muy bien, hijo mío, es preciso obedecer a la madre, sea en lo que sea.

Ya no se oyen los lamentos.

—Mujer, ¿has terminado tu trabajo?

—Me faltan algunas puntadas a esta camisa, aunque hayamos prolongado la velada hasta tan tarde.

—Tampoco yo he terminado el capítulo que comencé. Aprovechemos los últimos destellos de la lámpara, pues ya no hay casi aceite, y acabemos cada uno nuestro trabajo…

El hijo exclama.

—¡Si Dios nos deja vivir!

—Ángel radiante, ven a mí, te pasearás por el prado de la mañana a la noche y no trabajarás. Mi magnífico palacio está construido con muros de plata, columnas de oro y puertas de diamantes. Te acostarás cuando quieras, al son de una música celestial, sin rezar tu oración. Cuando por la mañana el sol muestre sus rayos resplandecientes y la alegre alondra arrastre consigo por los aires su grito hasta perderse de vista, tú podrás continuar aún en la cama hasta que te canses. Caminarás sobre las alfombras más preciosas y estarás envuelto constantemente en una atmósfera compuesta de esencias perfumadas de las más aromáticas flores.

—Ya es hora de que descanse el cuerpo y el espíritu. Levántate, madre de familia, sobre tus musculosos tobillos. Es justo que tus rígidos dedos abandonen la aguja del trabajo en exceso. Los extremos no tienen nada de bueno.

—¡Oh que apacible será tu existencia! Te daré un anillo encantado; cuando le des la vuelta al rubí, te volverás invisible, como los príncipes en los cuentos de hadas.

—Guarda tus armas cotidianas en el armario protector, mientras, por mi parte, yo arreglo mis asuntos.

—Cuando lo vuelvas a la posición habitual reaparecerás tal como la naturaleza te formó, oh joven mago. Hago esto porque te quiero y aspiro a hacer tu felicidad.

—Vete, quienquiera que seas, no me sujetes por los hombros.

—Hijo mío, no te duermas mecido por los sueños de la infancia: la oración en común no ha comenzado y tus ropas tampoco están cuidadosamente colocadas sobre la silla… ¡De rodillas! ~ Eterno creador del universo, muestras tu inagotable bondad hasta en las cosas más pequeñas.

—¿No te gustan los arroyos límpidos, donde se deslizan millares de pececillos rojos, azules y plateados? Los cogerás con una nasa tan bella que los atraerá por sí sola, hasta que esté repleta. Desde la superficie verás brillantes guijarros, más pulidos que el mármol.

—Madre, mira esas garras; desconfió de él; pero mi conciencia está tranquila, pues no tengo nada que reprocharme.

—Nos ves postrados a tus pies, abrumados por el sentimiento de tu grandeza. Si algún pensamiento altivo se insinúa en nuestra imaginación, lo rechazamos en seguida con la saliva del desdén y te lo ofrecemos como sacrificio irremisible.

—Te bañarás con muchachas que te estrecharán en sus brazos. Una vez fuera del baño, te tejerán coronas de rosas y claveles. Tendrán transparentes alas de mariposa y largos cabellos ondulados y flotarán alrededor de la gentileza de su frente.

—Aunque tu palacio fuera más bello que el cristal, jamás saldría esta casa para seguirte. Creo que no eres más que un impostor, ya que hablas tan bajo, temeroso de que te oigan. Abandonar a los padres es una mala acción. No seré yo un hijo ingrato. En cuanto a tus muchachas, no son tan bellas como los ojos de mi madre.

—Toda nuestra vida se ha consumido en cántico a tu gloria. Tal como hemos sido hasta ahora, seguiremos siéndolo, hasta el momento en que recibamos de ti la orden de abandonar esta tierra.

—Ellas te obedecerán a la menor señal y sólo pensarán en agradarte. Si deseas el pájaro que nunca descansa, ellas te lo traerán. Si deseas el coche de nieve, que te transporta hasta el sol en un abrir y cerrar de ojos, ellas te lo traerán. ¡Qué no te traerían ellas! Te traerían incluso la cometa, grande como una torre, que se ha escondido en la luna, y de cuya cola están suspendidos, por lazos de seda, pájaros de todas las especies. Cuídate de ti… escucha mis consejos.

—Haz lo que quieras; no quiero interrumpir mi oración para pedir socorro. Aunque tu cuerpo se evapore, cuando quiero apartarlo; has de saber que no te temo.

—Ante ti, si no es la llama exhalada de un corazón puro ~ nada es grande.

—Reflexiona en lo que te he dicho, si no quieres arrepentirte.

—Padre celestial, conjura, conjura las desgracias que puedan caer sobre nuestra familia.

—¿No quieres retirarte, espíritu maligno?

—Conserva a esta esposa querida, que me ha consolado en mis abatimientos…

—Puesto que me rechazas, haré que llore y que rechinen tus dientes como los de un ahorcado.

—Y este hijo amante, cuyos castos labios apenas se entreabren para los besos de la aurora de la vida.

—Madre, me estrangula… Padre, socórreme… Ya no puedo respirar… ¡Vuestra bendición!

Un grito de inmensa ironía se eleva por los aires. Ved cómo las águilas, aturdidas, caen desde lo alto de las nubes, dando vueltas sobre sí mismas, literalmente

fulminadas por la columna de aire.

—Su corazón no late ya… Y ella ha muerto al mismo tiempo que el fruto de sus entrañas, fruto que ya no reconozco, tan desfigurado está… ¡Esposa mía!… ¡Hijo mio!… Me acuerdo de un tiempo lejano en que fui esposo y padre.

Se había dicho, ante el cuadro que se ofreció a su vista, que no soportaría esta injusticia. Pero si es eficaz el poder que le habían concedido los espíritus infernales, o más bien, que extrae de sí mismo, ese hijo no debía existir ya antes de transcurrida la noche.

Aquél no sabe llorar (pues siempre rechazó el sentimiento en su interior) observó que se encontraba en Noruega. En las islas Feroe, asistió a la búsqueda de nidos de aves marinas entre las grietas cortadas a pico, y se asombró de que la cuerda de trescientos metros que sostiene al explorador por encima del precipicio, la hubiesen elegido de tal solidez. Vio en ello, se diga lo que se diga, un ejemplo sorprendente de la bondad humana, y no podía creer en la visión. Si él hubiera tenido que preparar la cuerda, le hubiera hecho unos cortes en distintos sitios, a fin de que se rompiera y precipitara al cazador en el mar. Una noche se dirigió al cementerio, y los adolescentes que encuentran placer en violar los cadáveres de hermosas mujeres muertas, pudieron, silo hubieran querido, oír la conversación siguiente, perdida en el cuadro de una acción que se desarrollará al mismo tiempo.

—¿No es cierto, sepulturero, que te gustaría conversar conmigo? Un cachalote asciende poco a poco desde el fondo del mar y muestra su cabeza por encima de las aguas para ver la nave que pasa por estos parajes solitarios. La curiosidad nació en el universo.

—Amigo, me es imposible cambiar ideas contigo. Hace mucho tiempo que los dulces rayos de la luna hacen brillar el mármol de las tumbas. Es la hora silenciosa en que más de un ser humano sueña que ve aparecer mujeres encadenadas, que arrastran sus mortajas cubiertas de manchas de sangre, como estrellas en un cielo negro. El que duerme emite gemidos semejantes a los de un condenado a muerte, hasta que se despierta y percibe que la realidad es tres veces peor que el sueño. Debo terminar de abrir esta fosa con mi pala infatigable, a fin de que esté dispuesta para mañana por la mañana. No hay que hacer dos cosas al mismo tiempo, si se quiere hacer un trabajo serio.

—¡Cree que abrir una fosa es un trabajo serio! ¿Crees que abrir una fosa es un trabajo serio?

—Cuando el salvaje pelicano se resuelve a dar su pecho para que lo devoren sus pequeños, sin tener otro testigo que aquel que supo crear un amor semejante, para vergüenza de los hombres, por muy grande que sea el sacrificio, ese acto es comprensible. Cuando un hombre joven ve en los brazos de un amigo a una mujer que idolatraba, se pone a fumar un cigarro, no sale de la casa y se une en indisoluble

amistad con el dolor, ese acto es comprensible. Cuando un alumno interno en un liceo es gobernado durante años, que son siglos, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana siguiente, por un paria de la civilización que tiene constantemente los ojos sobre él, siente el oleaje tumultuoso de un odio subir como un humo espeso a su cerebro, que parece a punto de estallar. Desde el momento en que fue arrojado en la prisión hasta aquél, que se acerca, en que saldrá, una intensa fiebre le amarillea el rostro, aproxima sus cejas y le hunde los ojos. De noche, reflexiona, porque no quiere dormir. De día, su pensamiento se precipita por encima de los muros de la mansión del embrutecimiento, hasta el instante en que se escapa o lo expulsa como un apestado de ese claustro eterno; ese acto es comprensible. Abrir una fosa supera a menudo a las fuerzas de la naturaleza. Cómo quieres tú, extranjero, que la piocha remueva esta tierra, que primero nos alimenta y luego nos da un lecho cómodo, preservado del viento del invierno que sopla con furia en estas frías regiones, cuando el que maneja la piocha con manos temblorosas, después de haber palpado convulsivamente durante toda la jornada las mejillas de los antiguos vivientes que retornan su reino, vea, de noche, ante sí, escrito con letras de fuego, sobre cada cruz de madera, el enunciado del espantoso problema que la humanidad todavía ~o ha resuelto: la mortalidad o la inmortalidad del alma. Siempre he conservado mi amor por el creador del universo, pero si después de la muerte no debemos ya existir, ¿por qué veo, la mayor parte de las noches, abrirse cada tumba, y a sus habitantes levantar suavemente las tapas de plomo para ir a respirar el aire fresco?

—¡Detente en tu trabajo! La emoción te quita fuerzas; me pareces débil como una caña; sería una gran locura continuar. Yo soy fuerte, tomaré tu sitio. Tú, apártate; me aconsejarás si no lo hago bien.

— ¡Qué musculosos son sus brazos y qué placer verlo cavar la tierra con tanta facilidad!

—No es necesario que una duda inútil atormente tu pensamiento: todas estas tumbas, esparcidas en un cementerio como las flores de un prado, comparación que carece de veracidad, son dignas de ser medidas con el compás sereno del filósofo. Las alucinaciones peligrosas pueden originarse de día, pero se originan sobre todo de noche. Por lo tanto, no te extrañes de las fantásticas visiones, que parecen percibir tus ojos. Durante el día, cuando el espíritu está en reposo, pregunta a tu conciencia: ella te dirá, seguramente, que el Dios que ha creado al hombre con una parcela de su propia inteligencia posee una bondad sin límites, y recibirá, tras la muerte terrestre, a esa obra maestra en su seno. Sepulturero, ¿por qué lloras? ¿Por qué esas lágrimas, semejantes a las de una mujer? Recuérdalo bien, estamos en este barco desmantelado para sufrir. Es un mérito para el hombre que Dios lo haya juzgado capaz de vencer los sufrimientos más graves. Habla, y puesto que, según tus más queridos deseos, no se debiera sufrir más, di en qué consistiría entonces la virtud, el ideal que cada uno se esfuerza en alcanzar, si tu lengua está hecha como la de los demás hombres.

—¿Dónde estoy? ¿No he cambiado de carácter? Siento que un poderoso hálito de

consuelo roza mi frente serenada, igual que la brisa de la primavera reanima la esperanza de los ancianos. ¿Qué es este hombre que con su lenguaje sublime ha dicho cosas que no hubiera pronunciado ningún recién llegado? ¡Qué belleza musical en la melodía incomparable de su voz! Prefiero oírle hablar a él en vez de cantar a otros. Sin embargo, cuanto más lo observo, menos franco me parece su rostro. La expresión general de sus rasgos contrasta singularmente con esas palabras que sólo el amor de Dios ha podido inspirar. Su frente, arrugada por algunos pliegues, está marcada por un estigma indeleble. Este estigma, que lo ha envejecido prematuramente, ¿es honorable o infamante? Sus arrugas, ¿deben ser contempladas con veneración? Lo ignoro, y temo saberlo. Aunque diga lo que no piensa, creo, por lo menos, que tiene razones para proceder como lo ha hecho, excitado por los restos hechos jirones de una caridad destruida en él. Esta absorbido por meditaciones desconocidas para mí, y su actividad se acrecienta en un trabajo arduo que no tiene costumbre emprender. El sudor moja su piel, pero no se da cuenta de ello. Se halla más triste que los sentimientos que inspira la vista de un niño en su cuna. ¡Oh, qué sombrío es! ¿De dónde sales?… Extranjero, permíteme que te toque, y que mis manos, que raramente estrechan las de los vivos, se impongan sobre la nobleza de tu cuerpo. Ocurra lo que ocurra, sabré a qué atenerme. Esos cabellos son los más hermosos que he tocado en mi vida. ¿Quién sería tan audaz como para poner en duda que no conozco la calidad de los cabellos?

—¿Qué quieres de mí, cuando cavo una tumba? Al león no le gusta que se le moleste cuando se alimenta. Si no lo sabes, te lo digo. Vamos, apresúrate, cumple con tus deseos.

—Lo que se estremece a mi contacto, haciendo que me estremezca yo mismo, es carne, no hay duda. Es verdad… no sueño. ¿Quién eres tú, que te inclinas ahí para cavar una tumba, mientras yo, como un holgazán que se come el pan de los demás, no hago nada? Es hora de dormir, o de sacrificar el reposo a la ciencia. En todo caso, nadie está ausente de su casa, y se guarda de dejar la puerta abierta para evitar que entre los ladrones. Se encierra en su cuarto lo mejor que puede, mientras las cenizas de la vieja chimenea saben todavía caldear la sala con un resto de calor. Tú no te comportas como los demás; tus vestidos denuncian al habitante de algún país lejano.

—Aunque no estoy cansado, es inútil ahondar más la fosa. Ahora, desnúdame; luego, me meterás dentro.

—La conversación que mantenemos desde hace unos instantes es tan extraña que no sé qué responderte… Creo que quieres reírte.

—Si, sí, es verdad, quería reírme; no hagas caso de lo que te dije.

Se tambaleó, y el sepulturero se apresuró a sostenerlo.

—¿Qué te ocurre?

—Sí, sí, es verdad, mentí… estaba cansado cuando dejé la piocha… es la primera vez que realizo este trabajo… no hagas caso de lo que dije.

—Mi opinión se hace cada vez más consistente: es alguien que sufre de

espantosos pesares. Que el cielo me quite la idea de interrogarle. Me inspira tanta piedad, que prefiero quedar en la incertidumbre. Además, estoy seguro, tampoco querría responderme: entregar el corazón en este estado anormal es sufrir dos veces.

—Déjame salir de este cementerio; seguiré mi camino.

—Tus piernas ya no te sostienen; te perderías mientras caminas. Mi deber es ofrecerte un tosco lecho; no tengo otro. Ten confianza en mí, pues la hospitalidad no exigirá en modo alguno la violación de tus secretos.

—Oh piojo venerable[4], tú, cuyo cuerpo está desprovisto de élitros, un día me reprochaste con acritud no amar suficientemente tu sublime inteligencia, que no se deja leer; acaso tuvieras razón, puesto que no siento el menor reconocimiento hacia ésta. Fanal de Maldoror, ¿adónde conduces sus pasos?

—A mi casa. Aunque seas un criminal que no ha tenido la precaución de lavarse la mano derecha con jabón después de haber cometido su delito, cosa que es fácilmente deducible de la inspección de esa mano, o un hermano que ha perdido a su hermana, o algún monarca destituido que huye de su reino, mi palacio verdaderamente grandioso es digno de recibirte. No fue construido con diamantes y piedras preciosas, pues no es más que una pobre choza mal edificada; pero esta célebre choza tiene un pasado histórico que el presente renueva y continúa sin cesar. Si ella pudiera hablar, te asombrarías, tú, que me parece que no te asombras por nada. Cuantas veces, al mismo tiempo que ella, he visto desfilar, ante mí, ataúdes que contenían huesos, más pronto apolillados que el reverso de la puerta contra la cual me apoyaba. Mis innumerables súbditos aumentan cada día. No tengo necesidad de hacer, en períodos fijos, ningún censo para darme cuenta. Aquí, como entre los vivos, cada uno paga un impuesto, proporcional a la riqueza de la mansión que ha elegido; y si algún avaro se negara a entregar su cuota, tengo orden, hablándole personalmente, de hacer como los alguaciles: no faltan chacales y buitres que desearían hacer una buena comida. He visto ordenarse, bajo las banderas de la muerte, al que fue hermoso, al que acabada su vida no se había afeado, al hombre, a la mujer, al mendigo, al hijo de los reyes, a las ilusiones de la juventud, a los esqueletos de los ancianos, al genio, a la locura, a la pereza y su contraria, al que fue falso, al que fue veraz, a la máscara del orgulloso, a la modestia del humilde, al vicio coronado de flores y a la inocencia traicionada.

—No, en verdad no rechazo tu cama, que es digna de mí, hasta que llegue la aurora, que ya no tardará. Agradezco tu benevolencia… Sepulturero, es hermoso contemplar las ruinas de las ciudades, pero es más hermoso todavía contemplar las ruinas de los hombres.

El hermano de la sanguijuela camina lentamente por el bosque. Se detiene a intervalos, abriendo la boca para hablar. Pero su garganta siempre se cierra y rechaza hacia atrás el esfuerzo abortado. Por fin exclama[5]:

«Hombre, cuando encuentres un perro muerto boca arriba, apoyado contra una esclusa que le impide partir, no vayas, como los demás, a coger los gusanos que salen de su vientre hinchado, observarlos con asombro, abrir una navaja y después despedazar un gran número de ellos, diciéndote que también tú no serás más que ese perro. ¿Qué misterio buscas? Ni yo, ni las cuatro patas natatorias del oso marino en el océano boreal, hemos podido resolver el problema de la vida. Ten cuidado, la noche se acerca, y tú estás ahí desde por la mañana. ¿Qué dirá tu familia, tu pequeña hermana, al verte llegar tan tarde? Lávate las manos, toma de nuevo el camino que te lleva donde duermes… ¿Quién es ese ser, allá en el horizonte, que se atreve a acercarse a mí, sin temor, dando saltos oblicuos y violentos, con una majestad mezclada a una serena dulzura? Su mirada, aunque dulce, es profunda. Sus enormes párpados juegan con la brisa y parecen vivir. Es un desconocido para mí. Al fijar sus ojos monstruosos, mi cuerpo tiembla; es la primera vez desde que succioné de las secas tetas de lo que se llama una madre. Hay como una aureola de luz deslumbrante a su alrededor. Cuando habló, todo en la naturaleza enmudeció y sintió un gran escalofrío. Puesto que te gusta venir a mí, como atraído por un imán, yo no me opondré. ¡Qué hermoso es! Me cuesta trabajo decirlo. Debes ser poderoso, pues tienes un rostro más que humano, triste como el universo, bello como el suicidio. Te aborrezco con todas mis fuerzas, y antes prefiero ver una serpiente alrededor de mi cuello desde el comienzo de los siglos que ver tus ojos… ¡Cómo!… ¡eres tú, sapo[6]! … ¡sapo inmenso!… ¡sapo desgraciado!… ¡Perdóname!… ¡perdóname!… ¿Qué vienes a hacer a esta tierra en donde están los malditos? Pero ¿qué has hecho de tus pústulas viscosas y fétidas para tener un aspecto tan dulce? Cuando descendiste de lo alto, por una orden superior, con la misión de consolar a las diversas razas de seres existentes, te precipitaste sobre la tierra con la rapidez del milano, sin que las alas se cansaran por esa larga y magnífica carrera; te vi. ¡Pobre sapo! ¡Cómo pensaba yo entonces en el infinito, al mismo tiempo que en mi debilidad! “Uno más que es superior a los seres de la tierra, me decía yo, por voluntad divina. ¿Por qué yo no? ¿Por qué la injusticia, en los decretos supremos? El Creador es un insensato, aunque sea el más fuerte, y su cólera terrible”. Desde que ante mí apareciste, monarca de los estanques y los pantanos, cubierto de una gloria que sólo a Dios pertenece, tú me has consolado en parte, pero mi vacilante razón se derrumba ante tanta grandeza. ¿Quién eres? Quédate… ¡oh!, ¡Quédate en esta tierra! Repliega tus blancas alas y no mires hacia lo alto con párpados inquietos… Si te vas, vayámonos juntos». El sapo se sentó sobre sus patas traseras (que tanto se parecen a las del hombre), y mientras las babosas, las cochinillas y los caracoles huían a la vista de su mortal enemigo, tomó la palabra en estos términos: «Maldoror, escúchame. Escucha mi semblante, sereno como un espejo; creo tener una inteligencia igual a la tuya. Un día me llamaste el sostén de tu vida. Desde entonces no he desmentido la confianza que en mí depositaste. No soy más que un simple habitante de los cañaverales, es verdad, pero gracias a mi relación contigo, que sólo ha tomado de ti lo que era bello, mi razón se

ha engrandecido, y por ello puedo hablarte. He llegado hasta ti para sacarte del abismo. Los que se llaman tus amigos te miran, llenos de consternación, cada vez que te encuentran, pálido y encorvado, en los teatros, en las plazas públicas, en las iglesias, u oprimiendo con tus dos nerviosas piernas ese caballo que sólo galopa de noche, llevando a su amo-fantasma envuelto en un amplio manto negro. Abandona esos pensamientos que dejan a tu corazón vacío como un desierto, pues son más abrasadores que el fuego. Tu espíritu está tan enfermo que ni siguieras lo percibes, y crees hallarte en tu estado natural cada vez que de tu boca salen insensatas palabras, aunque llenas de una infernal grandeza. ¡Desgraciado!, ¿qué palabras has dicho desde el día de tu nacimiento? ¡Oh triste residuo de una inteligencia inmortal creada con tanto amor por Dios! ¡Tú sólo has engendrado maldiciones más horrendas que la mirada de las panteras hambrientas! ¡Preferiría tener los párpados pegados, un cuerpo sin piernas ni brazos, haber asesinado a un hombre, antes que ser tú! Porque te odio. ¿Para qué poseer ese carácter que me asombra? ¿Con qué derecho vienes a esta tierra para burlarte de los que la habitan, podrido despojo, agitado por el escepticismo? Si no te gusta, regresa a las esferas de donde has venido. Un habitante de la ciudad no debe residir en una aldea, como un extranjero. Sabemos que en los espacios existen esferas más vastas que la nuestra, en donde los espíritus tienen una inteligencia que nosotros no podemos siquiera concebir. Bueno, ¡vete!… ¡retírate de este suelo móvil! … muestra al fin esa esencia divina que hasta ahora has ocultado, y, lo más aprisa posible, dirige tu vuelo ascendente hacia tu esfera, que no envidiamos, por muy orgulloso que estés de ella. Pues nunca he logrado saber si eres un hombre o más que un hombre. Adiós, entonces, no esperes volver a encontrar al sapo[7] en tu travesía. Has sido la causa de mi muerte. ¡Yo parto para la eternidad a fin de implorar tu perdón!».

Si algunas veces es lógico atenerse a la apariencia de los fenómenos, este primer canto termina aquí. No seáis severos con el que no ha hecho sino probar su lira: ¡de ella sale tan extraño sonido! Sin embargo, si queréis ser imparciales, habréis de reconocer ya una fuerte impronta en medio de las imperfecciones. En cuanto a mí, voy a ponerme a trabajar de nuevo para que aparezca un segundo canto en un lapso de tiempo que no sea demasiado grande. El final del siglo diecinueve verá a su poeta (sin embargo, al principio, no debe comenzar con una obra maestra, sino seguir la ley de la naturaleza); nació en las costas americanas, en la desembocadura del Plata, allí donde dos pueblos, antaño rivales, se esfuerzan actualmente en superarse por medio del progreso material y moral. Buenos Aires, la reina del sur, y Montevideo, la coqueta, se tienden una mano amiga a través de las aguas plateadas del gran estuario. Pero la guerra eterna ha situado su imperio destructor sobre los campos y cosecha numerosas víctimas. Adiós, anciano, y piensa en mí, si me has leído. Tú, muchacho, no te desesperes, pues tienes un amigo en el vampiro, aunque pienses lo contrario. Y

contando con el ácaro sarcoptes[8] que produce la sarna, tendrás dos amigos.

CANTO SEGUNDO

¿ADÓNDE ha ido ese primer canto de Maldoror desde que su boca, llena de hojas de belladona, lo dejó escapar a través de los reinos de la cólera, en un momento de reflexión? Dónde ha ido ese canto… No sé sabe con precisión. Ni los árboles ni los vientos lo conservaron. Y la moral, que pasaba por ese sitio, sin presagiar que tenía en esas páginas incandescentes un enérgico defensor, lo vio dirigirse con paso firme y recto hacia los rincones oscuros y las fibras secretas de las conciencias. Por. lo menos, la ciencia da por sabido que desde ese tiempo el hombre de figura de sapo no se reconoce a sí mismo, y cae con frecuencia en accesos de furor que le hacen parecerse a una bestia de los bosques. No es culpa suya. En todos los tiempos él creyó, con los párpados plegados bajo las resedas de la modestia, que no estaba compuesto más que de bien y una mínima cantidad de mal. De pronto, yo le hice saber, descubriendo a pleno día su corazón y sus tramas, que, por el contrario, sólo estaba compuesto de una mínima cantidad de bien, que los legisladores tratan a toda costa de no dejar evaporar. A mí, que no le he enseñado nada nuevo, me gustaría que no sintiera una vergüenza eterna a causa de mis amargas verdades; pero la realización de este deseo no estaría conforme con las leyes de la naturaleza. En efecto, arranco la máscara de su rostro traidor y lleno de fango, y hago caer, una a una, como bolas de marfil sobre una fuente de plata, las mentiras sublimes con las cuales se engaña a sí mismo: es, por tanto, comprensible que no ordene a la calma imponer las manos sobre su rostro, incluso cuando la razón dispersa las tinieblas del orgullo. Por eso el héroe que pongo en escena ha atraído sobre si un odio irreconciliable, atacando a la humanidad, que se creía invulnerable, por la brecha de absurdas tiradas filantrópicas, que están amontonadas, como granos de arena, en sus libros, cuyo ridículo lado cómico, aunque aburrido, algunas veces estoy a punto de apreciar, cuando la razón me abandona. Él lo había previsto. No basta con esculpir la estatua de la bondad sobre el frontis de los pergaminos que contiene las bibliotecas. ¡Oh ser humano, hete ahí, ahora, desnudo como un gusano, en presencia de mi espada de diamante! Abandona tu método, no es tiempo ya de hacerse el orgulloso: hacia ti dirijo mi plegaria, en actitud de prosternación. Hay alguien que observa los menores movimientos de tu vida culpable; estás envuelto en las redes sutiles de su perspicacia encarnizada. No te fíes de él cuando se vuelva de espalda, pues te mira; no te fíes de él cuando cierre los ojos, pues te sigue mirando. Es difícil suponer que, en cuanto a astucia y perversidad, tu terrible resolución pueda superar al hijo de mi imaginación. Sus menores golpes aciertan. Con algunas precauciones, es posible hacerle saber al que cree ignorarlo, que los lobos y los bandidos no se devoran entre sí: acaso no sea su costumbre. Por consiguiente, entrega sin temor a sus manos el cuidado de tu existencia: él la conducirá de la manera que sabe. No creas en la intención que hace relucir al sol, de corregirte, pues le interesas muy poco, por no decir nada; aunque aún no he aproximado a la verdad total la benevolente medida de mi verificación.

Pero a él le gusta hacerte daño, por la legítima persuasión de que te volverás tan malo como él, y así cuando llegue la hora le acompañarás hasta la honda gruta del infierno. Su lugar está marcado desde hace mucho tiempo en un paraje donde se distingue una horca de hierro, de la cual están suspendidas unas cadenas y unas argollas. Cuando el destino lo conduzca allá, el fúnebre embudo jamás habrá saboreado una presa más sabrosa, ni él contemplado una mansión más conveniente. Me parece que hablo de una manera intencionadamente paternal, y que la humanidad no tiene derecho a quejarse.

He tomado la pluma que va a construir el segundo canto… instrumento arrancado a las alas de algún pigargo rojo. Pero… ¿qué tienen mis dedos? Las articulaciones permanecen quietas desde el momento en que comienzo mi trabajo. Sin embargo, tengo necesidad de escribir… ¡Es imposible! Bien, repito que tengo necesidad de escribir mi pensamiento: tengo derecho, como cualquier otro, a someterme a esa ley natural… Pero no, no, ¡la pluma permanece inerte!… Mirad, a través de los campos como brilla el relámpago a lo lejos. La tormenta recorre el espacio. Llueve… Sigue lloviendo… ¡Cómo llueve!… El rayo estalla… se abata sobre mi ventana entreabierta y me derriba al suelo de un golpe en la frente. ¡Pobre muchacho! ¡Tu rostro estaba ya demasiado maquillado por las precoces arrugas y por la deformación de nacimiento, para necesitar además esa larga cicatriz sulfurosa! (Acabo de suponer que la herida está curada, cosa que no sucederá tan pronto). ¿Por qué esta tormenta y por qué la parálisis de mis dedos? ¿Es una advertencia de las alturas para impedirme que escriba y para que considere mejor a lo que me expongo, al destilar la baba de mi boca cuadrada? Pero esta tormenta no me ha causado temor. ¡Qué me importa a mí una legión de tormentas! Esos agentes de la policía celeste cumplen con celo su penoso deber, si he de juzgar brevemente por mi frente herida. No tengo que agradecer al Todopoderoso su notable destreza; envió el rayo con objeto de cortar mi rostro en dos, precisamente a partir de la frente, sitio en donde la herida ha sido más peligrosa: ¡que otro le felicite! Pero las tormentas atacan siempre a alguien más fuerte que ellas. Así, pues, horrible Eterno con faz de víbora, no contento con haber colocado mi alma entre las fronteras de la locura y los pensamientos furiosos que matan de un modo lento, ¿era preciso que creyeras además conveniente para tu majestad, después de un maduro examen, hacer brotar de mi frente una copa de sangre?… Pero, en fin, ¿quién te dice nada? Sabes que no te amo, y que, por el contrario, te odio: ¿por qué insistes? ¿Cuándo dejará tu conducta de adoptar las apariencias más extravagantes? Háblame con franqueza, como a un amigo: ¿no dudas acaso de que en tu odiosa persecución muestras un apresuramiento ingenuo cuyo ridículo más completo no se atrevería a hacer resaltar ninguno de tus serafines? ¿Qué clase de cólera te posee? Has de saber que si me dejas vivir lejos de tus persecuciones, tendrás mi reconocimiento… Vamos, Sultán, líbrame con tu lengua de esta sangre que mancha el pavimento. El vendaje

está terminado: mi frente restañada ha sido lavada con agua y sal y he cruzado las vendas a través de mi rostro. El resultado no es excesivo: cuatro camisas y dos pañuelos llenos de sangre. No se creería, a primera vista, que Maldoror contuviera tanta sangre en sus arterias, pues en su rostro sólo relucen los resplandores de un cadáver. Pero, en fin, ése es el asunto. Tal vez se trate de casi toda la sangre que pudo contener su cuerpo, y es probable que no le quede ya nada. Basta, basta, perro ávido, deja el pavimento como está, tienes el vientre lleno. No es preciso que continúes bebiendo, pues no tardarías en vomitar. Estás convenientemente repleto, vete a dormir a la perrera, hazte cuenta que nadas en la felicidad, pues no tendrás que pensar en el hambre durante tres inmensos días, gracias a los glóbulos que has hecho descender por tu gaznate, con una satisfacción solemnemente visible. Tú, Lemán, coge una escoba, yo también quisiera coger otra, pero no tengo fuerzas. ¿Es verdad que comprendes que no tengo fuerzas? Vuelve tus lágrimas a su funda; si no, creeré que no tienes el coraje de contemplar con sangre fría la gran cicatriz, consecuencia de un suplicio ya perdido para mí en la noche de los tiempos. Irás a la fuente a buscar dos cubos de agua. Una vez lavado el pavimento, pondrás esa ropa interior en la habitación próxima. Si la lavandera viene esta noche, como debe hacer, se la entregarás; Pero como ha llovido mucho desde hace una hora, y sigue lloviendo, no creo que salga de su casa; Entonces vendrá mañana por la mañana. Si te pregunta de dónde procede toda esa sangre, no estás obligado a responderle. ¡Oh qué débil estoy! No importa; tendré no obstante la fuerza de levantar la pluma y el coraje para profundizar en mi pensamiento. ¿Qué le ha reportado al Creador atormentarme, como si yo fuera un niño, con una tormenta que lanza rayos? No persisto menos por ello en mi resolución de escribir. Estas vendas me atontan, y la atmósfera de mi habitación respira sangre…

¡Qué no llegue el día en que Lohengrin y yo pasemos por la calle uno al lado del otro sin mirarnos, rozándonos los codos como dos transeúntes que tienen prisa! ¡Oh, que me dejen huir para siempre lejos de esta suposición! El Eterno ha creado el mundo tal como es: demostrará mucha sabiduría si durante el tiempo estrictamente necesario para romper de un martillazo la cabeza de una mujer, olvida su majestad sideral, a fin de revelarnos los misterios en medio de los cuales nuestra existencia se asfixia, lo mismo que un pez en el fondo de una barca. Pero él es grande y noble; nos supera por la fuerza de sus concepciones; si parlamentara con los hombres, todas las vergüenzas le salpicarían hasta el rostro. Pero… ¡qué miserable eres! ¿Por qué no enrojeces? No basta con que el ejército de dolores físicos y morales que nos rodea haya sido engendrado: el secreto de nuestro destino de andrajos no se nos ha señalado. Conozco al Todopoderoso… y él también debe conocerme a mí. Si, por azar, caminamos por el mismo sendero, su vista penetrante me ve llegar desde lejos: entonces toma por un camino transversal a fin de evitar el triple dardo de platino con que la naturaleza me

ha dotado a modo de lengua. Tú me concederás el placer, oh Creador, de dejar que difunda mis sentimientos. Manejando la terrible ironía con mano fría y firme, te advierto que mi corazón la contendrá en cantidad suficiente como para atacarte hasta el fin de mi existencia. Golpearé tu hueco armazón, con tal fuerza que me propongo hacer salir de él las restantes parcelas de inteligencia que no quisiste dar al hombre —porque habrías estado celoso al hacerlo igual a ti—, y que habías escondido desvergonzadamente en tus tripas, astuto bandido, como si no supieras que un día u otro las habría descubierto yo con mi ojo siempre avizor y te las habría arrebatado para compartirlas con mis semejantes. Lo he hecho como te digo, y ahora ya no te temen, tratan contigo de poder a poder. Dame la muerte para que me arrepienta de mi audacia: descubro mi pecho y espero con humildad. ¡Apareced, irrisorias envergaduras de los castigos eternos!… ¡despliegues enfáticos de atributos demasiado envanecidos! Ha manifestado su incapacidad para detener la circulación de mi sangre que lo provoca. Sin embargo, tengo pruebas de que no vacila en hacer extinguir, en la flor de la edad, el hálito de otros seres humanos, cuando apenas si han saboreado los goces de la vida. Lo que es sencillamente atroz, aunque solamente desde el punto de vista de la debilidad de mi opinión. He visto al Creador, estimulando su crueldad inútil, provocar incendios en los que perecían ancianos y niños. No soy el que comienza el ataque; es él quien me obliga a hacerle girar como un trompo con el látigo de cuerdas de acero. ¿No es él quien me suministra las acusaciones contra él mismo? ¡No agotará mi verbo temible! Mi verbo se nutre de las insensatas pesadillas que atormentan mis insomnios. Pero si ha sido a causa de Lohengrin el que se escribiera lo que antecede, volvamos entonces a él. Por temor de que más tarde no llegara a ser, yo había resuelto de antemano matarlo a cuchilladas, una vez que hubiera pasado la edad de la inocencia. Pero he reflexionado y sensatamente he abandonado mi resolución a tiempo. Él no sospecha que su vida ha estado en peligro durante un cuarto de hora. Todo estaba preparado y el cuchillo había sido comprado. Era un estilete precioso-pues me gusta la gracia y la elegancia hasta en los aparatos de la muerte—, aunque muy largo y puntiagudo. Una sola herida en el cuello, atravesando con precisión una de las arterias carótidas, creo que hubiera bastado. Estoy contento de mi conducta; más tarde me hubiera arrepentido. Por lo tanto, Lohengrin, haz lo que quieras, obra como te plazca, enciérrame toda la vida en una prisión oscura, con escorpiones como compañeros de mi cautividad, o arráncame un ojo y déjalo caer en el suelo, nunca te haré el menor reproche; soy tuyo, te pertenezco, ya no vivo para mí. El dolor que me causes no será comparable a la dicha de saber que aquel que me hiere con sus manos asesinas está impregnado de una esencia más divina que la de sus semejantes. Sí, todavía es hermoso dar la vida por un ser humano y conservar la esperanza de que todos los hombres no son malos, ya que al fin hay uno que ha sabido atraer con toda su fuerza hacia sí las repugnancias desconfiadas de mi amarga simpatía…

Es medianoche; no se ve un solo ómnibus desde la Bastilla a la Magdalena. Me equivoco: aquí aparece uno como si de súbito surgiera de debajo de la tierra. Los escasos transeúntes rezagados lo miran atentamente, pues no se asemeja a ningún otro. Hombres que tienen la mirada inmóvil, como la de un pez muerto, están sentados en la imperial. Se hallan apretujados unos contra otros y parece que hubieran perdido la vida; por lo demás, no sobrepasan el número reglamentario. Cuando el cochero da un latigazo a sus caballos, se diría que el látigo hace mover su brazo y no su brazo al látigo. ¿Qué representa este conjunto de seres extraños y mudos? ¿Son habitantes de la luna? Hay momentos en que uno se siente tentado de creerlo, pero más bien se asemejan a cadáveres. El ómnibus, con prisa por llegar a la última estación, devora el espacio y hace crujir el pavimento… ¡Se aleja!… Pero una masa informe lo persigue encarnizadamente, siguiendo sus huellas, en medio del polvo. «Deteneos, os lo ruego, deteneos… mis piernas están hinchadas por haber caminado durante toda la jornada… no he comido desde ayer… mis padres me han abandonado… ya no sé qué hacer… he decidido regresar a mi casa y podría llegar pronto si me concedierais una plaza… soy un niño de ocho años y confío en vosotros…». ¡Se aleja!… ¡Se aleja! Pero una masa informe lo persigue encarnizadamente, siguiendo sus huellas, en medio del polvo. Uno de aquellos hombres de mirada fría le da un codazo a su vecino, y parece expresarle su descontento por esos gemidos, de timbre argentino, que llegan hasta sus oídos. El otro baja la cabeza de manera imperceptible, a modo de asentimiento, y se hunde de nuevo en la inmovilidad de su egoísmo, como una tortuga en su caparazón. Todo indica en los rasgos de los demás viajeros el mismo sentimiento que en los dos primeros. Durante dos o tres minutos todavía se oyen los gritos, más penetrantes de segundo en segundo. Se ven abrirse algunas ventanas sobre el bulevar, y una figura asustada con una luz en la mano, después de arrojar una mirada sobre la calzada, vuelve a cerrar los postigos con ímpetu, para no reaparecer más… ¡Se aleja!… ¡Se aleja!… Pero una masa informe lo persigue encarnizadamente, siguiendo sus huellas, en medio del polvo. Sólo un muchacho, sumergido en sus sueños entre todos esos personajes de piedra, parece sentir piedad por la desgracia. No se atreve a elevar la voz en favor del niño, que cree poder alcanzarlo con sus piernecitas doloridas, pues los demás hombres le lanzan autoritarias y despreciativas miradas, y sabe que no puede hacer nada contra todos. Con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, se pregunta, estupefacto, si es en verdad eso lo que se llama *caridad humana*. Reconoce entonces que no es más que una palabra vacía, que ya ni siquiera se encuentra en el diccionario de la poesía, y confiesa con sinceridad su error. Se dice para sí: «En verdad, ¿por qué preocuparse por un niño? Démosle de lado». Sin embargo, una lágrima ardiente rueda por las mejillas del adolescente, que acaba de blasfemar. Se pasa penosamente la mano por la frente como para apartar una nube cuya opacidad oscurece su inteligencia. Se agita, aunque en vano, en ese siglo en el que ha sido arrojado; siente que no se halla en su lugar, y sin embargo no puede salir

de él. ¡Prisión terrible! ¡Fatalidad horrorosa! Lombano, desde esa día estoy contento contigo. No dejaba de observarte, mientras mi rostro respiraba la misma indiferencia que el de los otros viajeros. El adolescente se levanta, con un movimiento de indignación, y quiere retirarse, para no participar, ni siquiera involuntariamente, en una mala acción. Le hago una seña y vuelve a mi lado… ¡Se aleja!… ¡Se aleja!… Pero una masa informe lo persigue encarnizadamente, siguiendo sus huellas, en medio del polvo. Los gritos cesan súbitamente, pues el niño ha pegado con el pie contra un adoquín saliente y se ha hecho una herida en la cabeza al caer. El ómnibus ha desaparecido en el horizonte, y ya no se ve más que la calle silenciosa… ¡Se aleja! … ¡Se aleja!… Pero una masa informe lo persigue encarnizadamente, siguiendo sus huellas, en medio del polvo. Mirad ese trapero que pasa, encorvado sobre su farol mortecino; hay en él más corazón que en todos sus semejantes del ómnibus. Acaba de recoger al niño; estad seguros de que lo curará, y no lo abandonará, como hicieron sus padres. ¡Se aleja!… ¡Se aleja!… Pero, desde el lugar en que se encuentra, la mirada penetrante del trapero lo persigue encarnizadamente, siguiendo sus huellas, en medio del polvo… ¡Raza estúpida e idiota! Te arrepentirás de conducirte así. Te lo digo yo. Te arrepentirás, sí, te arrepentirás. Mi poesía sólo consistirá en atacar por todos los medios al hombre, esa bestia salvaje, y al Creador, que no debería haber engendrado semejante canalla. Los volúmenes se amontonarán sobre los volúmenes, hasta el fin de mi vida, y, sin embargo, en todos ellos no se verá más que esta única idea, siempre presente en mi conciencia.

Al dar mi paseo cotidiano, todos los días pasaba por una calle estrecha, y todos los días una esbelta muchacha de diez años me seguía a distancia, respetuosamente, a lo largo de esa calle, mirándome con ojos simpáticos y curiosos. Era muy alta para su edad y tenía el talle delgado. Abundantes cabellos negros, separados por una raya en medio de la cabeza, caían en forma de trenzas independientes sobre sus hombros marmóreos. Un día que me seguía como de costumbre, los brazos musculosos de una mujer la cogieron por los cabellos, lo mismo que un torbellino coge a una hoja, le administró dos brutales bofetadas sobre la mejilla altiva y muda, y se llevó a su casa a aquella conciencia extraviada. Aunque yo manifestara indiferencia, ella jamás dejaba de perseguirme con su presencia siempre inoportuna. Cuando a buen paso me metía por otra calle para continuar mi camino, ella se detenía, haciendo un violento esfuerzo sobre si misma, al final de aquella estrecha calle, inmóvil como la estatua del Silencio, y no dejaba de mirar hasta que yo desaparecía. Una vez, la muchacha me precedió en la calle y, delante de mí, acompasó su paso con el mío. Si yo me apresuraba, ella casi echaba a correr para mantener la misma distancia; pero si yo disminuía el paso, para que hubiera un intervalo mayor entre ella y yo, ella lo disminuía también, poniendo en ello la gracia de la infancia. Cuando hubo llegado el final de la calle, se volvió lentamente, de manera que me obstruía el paso. No tuve

tiempo de esquivarla, y me encontré frente a su rostro. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Fácilmente me di cuenta de que quería hablarme, pero no sabía cómo hacerlo. Poniéndose súbitamente pálida como un cadáver, me pregunto: «¿Tendría la bondad de decirme qué hora es?». Le dije que no llevaba reloj, y me alejé rápidamente. Desde ese día, niña de imaginación inquieta y precoz, no has vuelto a ver, en la calle estrecha, al joven misterioso que deambulaba arrastrando penosamente sus pesadas sandalias por las encrucijadas tortuosas. La aparición de ese cometa inflamado no brillará más, como un triste motivo de curiosidad fanática, sobre la fachada de tu observación decepcionada, y pensará a menudo, demasiado a menudo, quizás siempre, en aquel ser que no parecía inquietarse por los males ni por los bienes de la vida presente, y vagaba al azar, con un rostro horriblemente muerto, los cabellos erizados, el andar vacilante, y agitando los brazos ciegamente en las aguas irónicas del éter, como para buscar en ellas la presa sangrante de la esperanza, que hace rebotar continuamente, a través de las inmensas regiones del espacio, el quitanieves implacable de la fatalidad. ¡No me verás ni yo te veré más!… ¿Quién sabe? Acaso esa niña no fuera lo que parecía. Bajo una apariencia ingenua, es posible que ella escondiera una inmensa astucia, el peso de dieciocho años, y el encanto del vicio. Se ha visto a vendedoras de amor expatriarse con alegría de las Islas Británicas, atravesando el estrecho. Hacían brillar sus alas, girando en dorados enjambres, ante la luz parisiense, y cuando eran advertidas, os decíais: «Pero si son todavía niñas; no tienen más que diez o doce años». En realidad tenían veinte. ¡Oh, bajo esta suposición, malditos sean los meandros de esta calle oscura! ¡Horrible! ¡Horrible lo que pasa aquí! Creo que su madre le golpeó porque no ejercía su oficio con bastante habilidad. Es posible también que no fuera más que una niña, y entonces su madre sería aún más culpable. No quiero creer en esta suposición, que sólo es una hipótesis, y prefiero amar, en su carácter novelesco, a un alma que se revela prematuramente… ¡Ah!, lo ves, muchacha, te aconsejo que no vuelvas a aparecer ante mi vista, si alguna vez paso por esa calle estrecha. ¡Podría costarte caro! La sangre y el odio se me suben a la cabeza, en oleadas ardientes. ¡Que sea yo tan generoso como para amar a mis semejantes! ¡No, no! Lo he resuelto desde el día de mi nacimiento. ¡Ellos no me aman! Se verá a los mundos destruirse, y al granito deslizarse, como un cormorán, sobre la superficie del oleaje, antes de que yo estreche la mano infame de un ser humano. ¡Atrás… atrás esa mano!… Muchacha no eres un ángel, y llegarás a ser, en resumen, como las demás mujeres. No, no, te lo suplico, no vuelvas a aparecer ante mis cejas fruncidas y turbias. En un momento de extravío, podría cogerte los brazos, retorcerlos como ropa lavada a la que se exprime el agua, o quebrarlos con intrépido como dos ramas secas, y hacértelos comer a continuación, empleando la fuerza. Podría, tomando tu cabeza entre mis manos, con un aire dulce y acariciador, hundir mis dedos ávidos en los lóbulos de tu cerebro inocente, para extraer de él, con la sonrisa en los labios, una grasa eficaz que limpie mis ojos, doloridos por el insomnio eterno de la vida. Podría, cosiendo tus párpados con una aguja, privarte del

espectáculo del universo, ponerte en la imposibilidad de encontrar tu camino, y no ser yo quien te sirviera de guía. Podría, levantando tu cuerpo virgen con férreo brazo, asirte por las piernas, hacerte girar a mi alrededor como una honda, concentrar mis fuerzas al describir la última circunferencia, y arrojarte contra el muro. Cada gota de sangre salpicará sobre un pecho humano, para asombrar a los hombres, y poner ante ellos el ejemplo de mi perversidad. Se arrancarán sin tregua jirones y jirones de carne, pero la gota de sangre permanecerá imborrable, en el mismo sitio, y brillará como un diamante. Quédate tranquila, daré a media docena de criados la orden de guardar los restos venerados de tu cuerpo, y de preservarlos del hambre de los perros voraces. Sin duda, el cuerpo ha permanecido pegado al muro como una pera madura, y no ha caído al suelo; pero los perros saben dar saltos elevados, si no se toman precauciones.

¡Qué encantador es este niño que está sentado en un banco del jardín de las Tullerías! Sus audaces ojos taladran algún objeto invisible, allá lejos en el espacio. No debe tener más de ocho años, y, sin embargo, no se divierte como sería conveniente. Por lo menos debería reír y pasear con algún camarada, en lugar de quedarse solo, pero no es ése su carácter.

¡Qué encantador es ese niño que está sentado en un banco del jardín de las Tullerías! Un hombre, movido por un deseo oculto, acaba de sentarse a su lado en el mismo banco, con actitudes equívocas. ¿Quién es? No tengo necesidad de decíroslo, pues lo reconoceréis por su conversación tortuosa. Escuchémosles, no les molestemos:

—¿En qué pensabas, niño?

—Pensaba en el cielo.

—No es necesario que pienses en el cielo; ya es bastante con pensar en la tierra. ¿Estás cansado de vivir, tú que acabas apenas de nacer?

—No, pero todos prefieren el cielo a la tierra.

—Yo no. Y puesto que el cielo ha sido hecho por Dios, lo mismo que la tierra, ten por seguro que allí encontrarás los mismos males que aquí. Después de tu muerte, no tendrás ninguna recompensa por tus méritos, pues si se cometen injusticias en esta tierra (como comprobarás por experiencia más tarde), no hay razón para que en la otra vida no se cometan más. Lo mejor que puedes hacer es no pensar en Dios, y hacerte justicia tú mismo, puesto que te la niegan. Si uno de tus camaradas te ofendiera, ¿acaso no te haría feliz matarlo?

—Pero eso está prohibido.

—No está tan prohibido como crees. Se trata solamente de no dejarse atrapar. La justicia que suministran las leyes no vale nada; es la jurisprudencia del ofendido lo que cuenta. Si detestaras a uno de tus camaradas, ¿no serías desgraciado al pensar que en cada instante tienes su pensamiento ante tus ojos?

—Es verdad.

—He ahí entonces a un camarada que te haría desgraciado toda tu vida, pues, viendo que tu odio es sólo pasivo, no dejará de burlarse de ti y de causarte daño impunemente. No hay más que un medio de poner fin a ese situación: Desembarazarte del enemigo. Y aquí es a donde quería llegar, para hacerte comprender sobre qué bases está fundada la sociedad actual. Cada uno debe hacerse justicia por sí mismo, a no ser que sea un imbécil. El que obtiene la victoria sobre sus semejantes es el más astuto y el más fuerte. ¿Acaso no querrías un día dominar a tus semejantes?

—Sí, si.

—Entonces sé el más fuerte y el más astuto. Todavía eres demasiado joven para ser el más fuerte, pero desde hoy puedes emplear la astucia, el más bello instrumento de los hombres de genio. Cuando el pastor David alcanzó en la frente al gigante Goliath con una piedra lanzada con su honda, ¿no es admirable comprobar que solamente por la astucia David venció a su adversario y que, por el contrario, si hubiesen luchado cuerpo a cuerpo, el gigante lo hubiera aplastado como a una mosca? Igual hubiera sido contigo. En guerra abierta, jamás podrías vencer a los hombres, sobre los cuales deseas imponer tu voluntad; pero con la astucia, podrás luchar tú solo contra todos. ¿Deseas riquezas, hermosos palacios y gloria? ¿O me has engañado cuando me afirmaste esas nobles pretensiones?

—No, no, no te engañaba. Pero quisiera adquirir lo que deseo por otros medios.

—Entonces no conseguirás nada. Los medios virtuosos y bonachones no conducen a nada. Hay que poner en acción palancas más enérgicas y tramas más inteligentes. Antes de que llegues a ser célebre por tu virtud y alcances la meta, cientos de otros tendrán tiempo de hacer cabriolas encima de tu espalda y llegar al final de la carrera antes que tú, de tal manera que ya no habrá lugar para tus ideas limitadas. Hay que saber abarcar con más grandeza el horizonte del tiempo presente. ¿No has oído hablar nunca, por ejemplo, de la gloria inmensa que aportan las victorias? Y, sin embargo, las victorias no se realizan solas. Es preciso derramar sangre, mucha sangre, para engendrarías y depositarías a los pies de los conquistadores. Sin los cadáveres y los miembros esparcidos que observas en la llanura, donde se ha llevado a cabo sabiamente la carnicería, no habría guerra, y sin guerra no habría victoria. Ya ves que, cuando quiere uno hacerse célebre, es necesario sumergirse con gracia en los ríos de sangre alimentados por la carne de cañón. El fin justifica los medios. Para llegar a ser célebre, lo primero que hay que tener es dinero. Ahora bien, como tú no lo tienes, tendrías que asesinar para conseguirlo, pero como no eres lo bastante fuerte como para manejar el puñal, hazte ladrón, en espera de que tus miembros se desarrollen. Y para que se desarrollen más de prisa, te aconsejo que hagas gimnasia dos veces al día, una hora por la mañana y otra hora por la tarde. De este modo podrás intentar el crimen con cierto éxito, desde la edad de quince años, en lugar de esperar hasta los veinte. El amor por la gloria lo excusa todo, y acaso, más

tarde, dueño de tus semejantes, puedas hacerle casi tanto bien como mal le has hecho al comienzo…

Maldoror se da cuenta de que la sangre hierve en la cabeza de su joven interlocutor; sus narices están hinchadas y sus labios arrojan una leve espuma blanca. Le toma el pulso: las pulsaciones están aceleradas. La fiebre domina su delicado cuerpo. Teme las consecuencias de sus palabras; el infeliz se separa, contrariado por no haber podido conversar durante más tiempo con ese niño. Cuando en la edad madura es tan difícil dominar las pasiones, vacilando entre el bien y el mal, ¿qué no será en un espíritu todavía colmado de inexperiencia?, ¿y qué cantidad de energía relativa no ha de necesitar cada vez más? Al niño le bastará con guardar tres días de cama. ¡Ruego al cielo para que el contacto materno lleve la paz a esa flor sensible, frágil envoltura de un alma hermosa!

Allí, en un bosquecillo rodeado de flores, con profundo sopor, duerme el hermafrodita, sobre el césped mojado por sus lágrimas. La luna ha desprendido su disco de la masa de nubes, y acaricia con sus pálidos rayos el suave rostro de adolescente. Sus rasgos expresan la energía más viril, al mismo tiempo que la gracia de una virgen celestial. Nada parece natural en él, ni siquiera los músculos de su cuerpo, que se abren paso a través de los armoniosos contornos de formas femeninas. Tiene el brazo curvado sobre la frente, y la mano apoyada sobre el pecho, como para contener los latidos de un corazón cerrado a todas las confidencias y abrumado por él pesado fardo de un secreto eterno. Cansado de la vida y avergonzado de caminar entre seres que no se le asemejan, la desesperación ha alcanzado su alma, y va solo, como el mendigo del valle. ¿Cómo se procura los medios de existencia? Almas compasivas velan de cerca por él, sin que sospeche esta vigilancia, y no lo abandonan: ¡es tan bueno! ¡tan resignado! Con gusto habla a veces con aquellos que tienen un carácter sensible, sin estrecharles la mano, manteniéndose a distancia, temeroso de un peligro imaginario. Si se le pregunta por qué ha escogido la soledad por compañera, sus ojos se elevan al cielo, reteniendo con dificultad una lágrima de reproche a la Providencia; pero no responde a esa pregunta imprudente que esparce por la nieve de sus párpados el rubor de la rosa matinal. Si la conversación se prolonga, se vuelve inquieto, gira los ojos hacia los cuatro puntos del horizonte, como buscando la forma de huir de la presencia de un enemigo invisible que se aproxima, dice con la mano un adiós brusco, se aleja sobre las alas de su pudor en alerta, y desaparece en el bosque. Generalmente lo toman por un loco. Un día, cuatro hombres enmascarados que habían recibido órdenes, se arrojaron sobre él y lo sujetaron sólidamente, de manera que no pudiese mover más que las piernas. El látigo dejó caer sus rudas cuerdas sobre su espalda, y le dijeron que se encaminara sin dilación sobre la ruta que conduce a Bicetre. Cuando recibía los golpes, se puso a reír y a hablar con tanto sentimiento e inteligencia sobre las muchas ciencias humanas que había

estudiado, demostrando una gran instrucción en quien no había traspasado aún el umbral de la juventud, y sobre los destinos de la humanidad, revelando totalmente la nobleza poética de su alma, que sus guardianes, terriblemente espantados por la acción que acababan de cometer, soltaron sus miembros heridos, se arrastraron a sus pies, rogándole un perdón que les fue concedido, y se alejaron con el testimonio de una veneración que no se concede habitualmente a los hombres. Después de este acontecimiento, del que se habló mucho, su secreto fue adivinado por todos, aunque aparentaban ignorarlo para no aumentar sus sufrimientos; y el gobierno le concedió una pensión honorable para hacerle olvidar que por un momento se le quiso internar por la fuerza, sin previa verificación, en un hospicio de alienados. El emplea la mitad de su dinero, el resto se lo da a los pobres. Cuando ve a un hombre y una mujer paseando por alguna avenida de plátanos, siente que su cuerpo se parte en dos de arriba a abajo, y cada una de las nuevas partes va a abrazar a uno de los paseantes; pero no es más que una alucinación, y la razón no tarda en recobrar su imperio. Ésta es la causa por la cual no mezcla su presencia ni con los hombres ni con las mujeres, pues su pudor excesivo, que ha nacido con la idea de que sólo es un monstruo, le impide conceder su simpatía abrasadora a quienquiera que sea. Creería profanarse y profanar a los demás. Su orgullo le repite este axioma: «Que cada cual persista en su naturaleza». Su orgullo, dije, porque teme que uniendo su vida a un hombre o a una mujer, le reprochen tarde o temprano, como una falta enorme, la conformación de su organismo. Entonces se retrae en su amor propio, ofendido por esta suposición impía, que sólo vienen de él, y persevera en permanecer sólo en medio de los tormentos, sin consuelo. Allí, en un bosquecillo rodeado de flores, con profundo sopor, duerme el hermafrodita, sobre el césped mojado por sus lágrimas. Los pájaros, despiertos, contemplan encantados esa figura melancólica, a través de las ramas de los árboles, y el ruiseñor no quiere hacer oír sus cavatinas de cristal. El bosque se ha tornado augusto como una tumba por la presencia nocturna del infortunado hermafrodita. ¡Oh viajero perdido!, por tu espíritu aventurero, que te ha hecho abandonar a tu padre y a tu madre desde la más tierna edad; por los sufrimientos que te ha causado la sed en el desierto; por tu patria que acaso buscas, después de haber vagado proscrito largo tiempo, entre las comarcas extranjeras; por tu corcel, tu fiel amigo, que ha soportado contigo el exilio y la intemperie de los climas que te hacía recorrer tu humor vagabundo; por la dignidad que dan al hombre los viajes por tierras lejanas y mares inexplorados, en medio de los témpanos polares o bajo la influencia de un sol tórrido, no toques con tu mano, como si fuera un estremecimiento de la brisa, esos bucles esparcidos por el suelo que se mezclan con la verde hierba. Apártate unos pasos y será mejor. Esa cabellera es sagrada; el hermafrodita mismo así lo ha querido. No desea que unos labios humanos besen religiosamente sus cabellos perfumados por el aire de la montaña, ni tampoco su frente, que en ese momento resplandece como las estrellas del firmamento. Pero más vale creer que es una estrella que ha descendido de su órbita, atravesando el espacio, hasta su frente majestuosa, a la que rodea con su

luminosidad de diamante como una aureola. La noche, apartando con sus dedos la tristeza, se reviste de sus encantos para festejar el sueño de esa encarnación del pudor, de esa imagen perfecta de la inocencia de los ángeles: el ruido de los insectos es menos perceptible. Las ramas inclinan sobre él sus altas frondas, a fin de protegerlo del rocío, y la brisa, haciendo sonar las cuerdas de su arpa melodiosa, envía sus alegres acordes a través del silencio universal hacia sus párpados cerrados, que creen asistir inmóviles al concierto cadencioso de los mundos suspendidos. Sueña que es dichoso, que su naturaleza corporal ha cambiado, o que, por lo menos, vuela en una nube púrpura hacia otra esfera habitada por seres de su misma naturaleza. ¡Ay! ¡Que su ilusión se prolongue hasta el despertar de la aurora! Sueñas que las flores danzan en corro a su alrededor, como inmensas guirnaldas enloquecidas, y lo impregnan con sus perfumes suaves, mientras él canta un himno de amor entre los brazos de un ser humano de mágica belleza. Pero sus brazos sólo estrechan un vapor crepuscular, y cuando se despierte sus brazos no estrecharán nada. No te despiertes, hermafrodita, no te despiertes todavía, te lo suplico. ¿Por qué no quieres creerme? Duerme… duerme todavía. Que tu pecho se dilate, persiguiendo la quimérica esperanza de la dicha, te lo permito, pero no abras los ojos. ¡Ah, no abras los ojos! Quiero dejarte así, para no ser testigo de tu despertar. Acaso un día, con la ayuda de un libro voluminoso, en conmovedoras páginas, cuente tu historia, asombrado de lo que ella contiene y de las enseñanzas que de ella se desprenden. Hasta aquí no lo he podido hacer, pues cada vez que lo he intentado abundantes lágrimas caían sobre el papel y mis dedos temblaban, sin que fuera por vejez. Pero quiero tener por fin ese valor. Estoy indignado por no tener más nervios que una mujer, y por desmayarme como una damisela cada vez que reflexiono en tu enorme miseria. Duerme… duerme siempre; pero no abras tus ojos. ¡Ah, no abras tus ojos! ¡Adiós hermafrodita! Ningún día dejaré de rogar al cielo por ti (si fuese por mí, no rogaría). ¡Qué la paz sea en tu seno!

Cuando una mujer con voz de soprano emite sus notas vibrantes y melodiosas, ante la audición de esa armonía humana mis ojos se colman de una llama latente y despiden chispas dolorosas, mientras en mis oídos parece resonar el tronar de los cañones. ¿De dónde puede venir esa profunda repugnancia por todo lo que se refiere al hombre? Si los acordes se desprenden de las cuerdas de un instrumento, escucho con voluptuosidad esas notas perladas que se escapan cadenciosas a través de las ondas elásticas de la atmósfera. La percepción no transmite a mi oído más que la impresión de una dulzura capaz de derretir los nervios y el pensamiento; un adormecimiento inefable envuelve con sus adormideras mágicas, como por un velo que tamiza la luz del día, la potencia activa de mis sentidos y las fuerzas vivas de mi imaginación. ¡Cuentan que nací entre los brazos de la sordera! En las primeras épocas de mi infancia no oía lo que me decían. Cuando, con las más grandes dificultades

consiguieron enseñarme a hablar, solamente después de haber leído en una hoja lo que alguien escribió, podía yo comunicar a mi vez el hilo de mis razonamientos. Un día, día nefasto, crecí en belleza y en inocencia, y todos admiraron la inteligencia y la bondad del divino adolescente. Muchas conciencias enrojecían cuando contemplaban los rasgos límpidos en donde el alma había colocado su trono. Se aproximaban a él con veneración, porque descubrían en sus ojos la mirada de un ángel. Pero no, yo sabía muy bien que las rosas felices de la adolescencia no podían florecer perpetuamente, trenzadas en caprichosas guirnaldas, sobre su frente modesta y noble que besaban con frenesí todas las madres. Comenzaba a parecerme que el universo, con su bóveda estrellada de globos impasibles y molestos, no era acaso lo que yo había soñado como más grandioso. De modo que un día, cansado de marcar el paso por el sendero abrupto del viaje terrestre, y de alejarme, tambaleándome como un hombre ebrio, a través de las catacumbas oscuras de la vida, alcé con lentitud mis ojos esplénicos, rodeados de un cerco azulado, hacia la concavidad del firmamento, y me atrevía a penetrar, yo, tan joven, en los misterios del cielo. Al no encontrar lo que buscaba, levanté mis párpados asustados más arriba, aún más arriba, hasta que percibí un trono formado de excrementos humanos y de oro, sobre el cual se pavoneaba, con idiota orgullo, el cuerpo, envuelto en un sudario hecho con sábanas sin lavar de hospital, de aquel que se denominaba a sí mismo el Creador. Tenía en la mano el tronco podrido de un hombre muerto, y lo llevaba, alternativamente, de los ojos a la nariz y de la nariz a la boca; una vez en la boca, se adivina que hacía con él. Sus pies se hundían en un vasto charco de sangre en ebullición, en cuya superficie se alzaban bruscamente, como tenias a través del contenido de un orinal, dos o tres tímidas cabezas que volvían a sumergirse en seguida con la rapidez de una flecha: un puntapié bien aplicado en el hueso de la nariz era la conocida recompensa por incumplir el reglamento, dada la necesidad de respirar otro ambiente, pues, en modo alguno, esos hombres no eran peces. Anfibios, todo lo más, que nadaban entre dos aguas en ese líquido inmundo… hasta que, no teniendo ya nada en la mano, el Creador, con las dos primeras garras del pie, cogió a otro de los sumergidos por el cuello, como con unas tenazas, y lo alzó en el aire, fuera del fango rojizo, ¡exquisita salsa! Con éste hizo igual que con el otro. Le devoró primero la cabeza, las piernas y los brazos, y en último lugar el tronco, hasta que no le quedó nada, pues roía los huesos. Y así a continuación durante las demás horas de la eternidad. Algunas veces exclamaba: «Os he creado, y por lo tanto puedo hacer con vosotros lo que quiera. No me habéis hecho nada, no digo lo contrario. Os hago sufrir por mi propio placer». Y continuaba con su comida cruel, moviendo la mandíbula inferior, la cual, a su vez, movía su barba manchada de sesos. Oh lector, este último detalle, ¿no te hace la boca agua? No come quien quiere un seso semejante, tan bueno, tan fresco y que acaba de ser pescado no hace un cuarto de hora en el lago de los *peces*. Con los miembros paralizados y la garganta muda contemplé durante algún tiempo ese espectáculo. Por tres veces poco faltó para que me cayera de espalda, como un hombre que sufriera

una emoción demasiado fuerte; por tres veces conseguí mantenerme de pie. Ni una fibra de mi cuerpo permaneció inmóvil, pues temblaba como tiembla la lava interior de un volcán. Por fin, no pudiendo mi pecho oprimido expulsar con bastante rapidez el aire que da vida, los labios de mi boca se entreabrieron y lancé un grito… un grito tan desgarrador… ¡que yo mismo lo oí! Los obstáculos de mi oído se deshicieron de una manera brusca, el tímpano crujió por el choque de esa masa de aire sonoro expulsada con energía por mí, y se produjo un fenómeno nuevo en el órgano condenado por la naturaleza. ¡Acababa de oír un sonido! ¡Un quinto sentido se revelaba en mí! Pero ¿qué placer podría yo encontrar en semejante descubrimiento? Desde entonces el sonido humano no llegó a mi oído más que como el sentimiento del dolor que engendra la piedad por una gran injusticia. Cuando alguien me hablaba, yo recordaba lo que había visto un día por encima de las esferas visibles, y la traducción de mis sentimientos reprimidos en un grito impetuoso cuya timbre era idéntico al de mis semejantes. No podía responderle, pues los suplicios ejercidos sobre la debilidad del hombre en ese horroroso mar de púrpura, pasaban ante mi frente rugiendo como elefantes desollados, y rozaban con sus alas de fuego mis cabellos calcinados. Más tarde, cuando conocí mejor a la humanidad, a ese sentimiento de piedad se unió un furor intenso contra esa tigresa madrastra, cuyos hijos endurecidos no saben sino maldecir y hacer el mal. ¡Audacia de la mentira! ¡Dicen que entre ellos él mal es sólo una excepción!… Ahora todo acabó desde hace largo tiempo; desde hace largo tiempo no dirijo la palabra a nadie. Oh tú, quienquiera que seas, cuando estés a mi lado, que las cuerdas de tu glotis no dejen escapar ninguna entonación; que tu laringe inmóvil no tenga que esforzarse para superar al ruiseñor: y tú mismo no intentes inútilmente hacerme conocer tú alma con la ayuda del lenguaje. Guarda tu Silencio religioso que nada interrumpa; cruza humildemente tus manos sobre mi pecho, y dirige tus párpados hacia abajo. Ya os lo dije, desde aquella visión que me hizo conocer la suprema verdad, demasiado pesadillas me han chupado ávidamente la garganta, durante noches y días, para tener todavía el valor de renovar, siquiera por el pensamiento, los sufrimientos que padecí en aquella hora infernal, que sin cesar me persigue con su recuerdo. Oh, cuando oigas la avalancha de nieve caer desde la cima de la fría montaña, lamentarse a la leona en el árido desierto por la desaparición de sus cachorros, cumplir su destino a la tempestad, mugir al condenado en la prisión la víspera de que lo guillotinen, y relatar al pulpo feroz, entre las olas del mar, sus victorias sobre los nadadores y los náufragos, di, esas voces majestuosas, ¿no son más hermosas que la risa sarcástica del hombre?

Hay un insecto que los hombres alimentan a su costa. No le deben nada, pero le temen. Este insecto, a quien no le gusta el vino, sino que prefiere la sangre, si no se les satisfacen sus legítimas necesidades, sería capaz, gracias a un poder oculto, de hacerse tan grande como un elefante y aplastar a los hombres como espigas. Hay que

ver cómo se le respeta, cómo se le rodea de una veneración canina, cómo se le coloca en la más alta estima por encima de los demás animales de la creación. Sé le otorga la cabeza como trono, y él se aferra con sus garras a la raíz de los cabellos, con dignidad. Luego, cuando está gordo y entra en una edad avanzada, imitando la costumbre de un pueblo antiguo, se le mata, a fin de que no tenga que sufrir los ataques de la vejez. Se le hace grandiosos funerales, como a un héroe, y el ataúd que le conduce directamente hacia la tumba es llevado a hombros por los principales ciudadanos. Sobre la tierra húmeda que el sepulturero remueve con su diestra pala, se combinan frases multicolores sobre la inmortalidad del alma, sobre la inutilidad de la vida, sobre la voluntad inexplicable de la Providencia, y el mármol se cierra para siempre sobre esa existencia, laboriosamente cumplida, que ya no es más que un cadáver. La multitud se dispersa, y la noche no tarda en cubrir con sus sombras los muros del cementerio.

Pero consolaos, humanos, de su dolorosa pérdida. Ahí está su innumerable familia que avanza y con la cual os ha liberalmente gratificado, a fin de que vuestra desesperación sea menos amarga y se halle aliviada por la agradable presencia de esos engendros agresivos, que se convertirán más tarde en magníficos piojos, adornados de una notable belleza, monstruos con aspecto de sabios. Incubó infinitas docenas de queridos huevos, con su ala maternal, en vuestros cabellos, secos por la succión encarnizada de esos temibles forasteros. En seguida viene el período en el que los huevos estallan. No temáis nada, no tardarán en crecer esos adolescentes filósofos, a través de esta vida efímera. Crecerán de tal modo que os lo harán sentir con sus garras y sus succiones.

Vosotros no sabéis por qué no devoran los huesos de vuestra cabeza y sólo se contentan con extraer, con su bomba, la quintaesencia de vuestra sangre. Esperad un instante y os lo diré: porque no tienen fuerza. Estad seguros de que si su mandíbula estuviera conforme con la medida de sus ansias infinitas, el cerebro, la retina de vuestros ojos, la columna vertebral, todo vuestro cuerpo desaparecería. Sobre la cabeza de algún joven mendigo de la calle, observad, con un microscopio, a un piojo que trabaja, y ya me lo contaréis. Desgraciadamente esos bandidos de larga cabellera son pequeños. No serían buenos para ser reclutas, pues no dan la talla exigida por la ley. Pertenecen al mundo liliputiense de los paticortos, y los ciegos no vacilan en colocarlos entre los infinitamente pequeños. Desgraciado el cachalote que se batiera con un piojo. Sería devorado en un abrir y cerrar de ojos, a pesar de su talla. No quedaría ni la cola para ir a dar la noticia. El elefante se deja acariciar. El piojo no. No os aconsejo intentar esa prueba peligrosa. Tened cuidado si vuestra mano es peluda o se compone solamente de carne y huesos. No quedarán ni los dedos. Crujirán como si sufrieran la tortura. La piel desaparece como por un extraño encantamiento. Los piojos son incapaces de cometer tanto mal como su imaginación le incita. Si encontráis un piojo en vuestro camino, continuad, y no le lamáis las papilas de la lengua. Os sucedería algún incidente. Está visto. Pero no importa, estoy

contento por la cantidad de mal que te hace, oh raza humana, aunque me gustaría que te hiciera todavía más.

¿Hasta cuándo conservarás el culto carcomido de ese Dios insensible a las oraciones y a las ofrendas generosas que le ofreces en holocausto expiatorio? Mira, el horrible manitú no te agradece las grandes copas de sangre y de seso que tú derramas por sus altares, piadosamente adornados con guirnaldas de flores. No te lo agradece… pues los temblores de tierra y las tempestades continúan haciendo estragos desde el comienzo de las cosas. Y sin embargo, espectáculo digno de ser observado, mientras más indiferente se muestra, más lo admiras. Se ve que desconfías de los atributos que oculta, y tu razonamiento se apoya sobre esta consideración: que sólo una divinidad de una potencia extrema puede mostrar tanto desprecio hacia los fieles que obedecen a su religión. Por eso, en cada país, existen dioses distintos —aquí el cocodrilo, allá la vendedora de amor—, pero cuando se trata de un piojo, ante este nombre sagrado, inclinando universalmente las cadenas de su esclavitud, todos los pueblos se arrodillan juntos sobre el atrio augusto, ante el pedestal del ídolo deforme y sanguinario. El pueblo que no obedeciera a sus propios instintos de arrastrarse y diera señales de rebeldía, desaparecería tarde o temprano de la tierra, como hoja de otoño, aniquilado por la venganza del Dios inexorable.

Oh piojo de pupila torcida, en tanto que los ríos viertan la pendiente de sus aguas en los abismos del mar, en tanto que los astros graviten sobre el sendero de su órbita, en tanto que el mudo vacío carezca de horizonte; en tanto que la humanidad desgarre sus propios costados en guerras funestas, en tanto que la justicia divina vierta sus rayos vengadores sobre este globo egoísta, en tanto que el hombre desconozca a su creador y se burle de él, no sin razón, mezclando con ello su desprecio, tu reino estará asegurado sobre el un verso, y tu dinastía extenderá sus anillos de siglo en siglos. Yo te saludo, sol naciente, liberador celeste, a ti, enemigo invisible del hombre. Continúa diciendo a la suciedad que se una con él en impuros abrazos, y que le jure, con promesas no escritas en el polvo, que seguirá siendo su amante fiel hasta la eternidad. Besa de vez en cuando la túnica de esa gran impúdica, en memoria de los servicios importantes que nunca deja de prestarte. Si ella no sedujera al hombre con sus pechos lascivos, es probable que tú no podrías existir, tú, el producto de ese acoplamiento razonable y consecuente. ¡Oh hijo de la suciedad!, di a tu madre que si ella no se aparta del lecho del hombre, caminando por las rutas solitarias, sola y sin apoyo, verá su existencia comprometida. Que sus entrañas, que te llevaron nueve meses entre sus perfumadas paredes, se conmuevan un instante con el pensamiento de los peligros que corre, por lo demás, su tierno fruto, tan gentil y tranquilo, pero ya frío y feroz. Suciedad, reina de los imperios, conserva para los ojos de mi odio el espectáculo del crecimiento insensible de los músculos de tu prole hambrienta. Para alcanzar ese fin, sabes que sólo tienes que unirte estrechamente al costado del hombre. Puedes hacerlo, sin que el pudor sea un inconveniente, puesto que los dos estáis casados desde hace largo tiempo.

Por mi parte, si me está permitido agregar unas palabras a este himno de glorificación, diré que he hecho construir una fosa de cuarenta leguas cuadradas, y de relativa profundidad. Ahí yace, en su inmunda virginidad, una mina viviente de piojos. Colma el fondo de la fosa, y después serpentea en anchas y densas vetas en todas direcciones. He aquí cómo he construido esta mina artificial. Arranqué un piojo hembra de los cabellos de la humanidad. Me han visto acostarme con él durante tres noches consecutivas, y luego lo arrojé a la fosa. La fecundación humana, que hubiera sido nula en otros casos parecidos, fue aceptada esta vez por la fatalidad, y, al cabo de algunos días, millares de monstruos, bullendo en un nudo compacto de materia, nacieron a la luz. Ese nudo horroroso se hizo con el tiempo cada vez más inmenso, adquiriendo la propiedad líquida del mercurio y ramificándose en numerosos ramales, que se nutren, en la actualidad, devóranse entre ellos mismos (el nacimiento es mayor que la mortalidad), cuando no le arrojo como pasto un bastardo recién nacido cuya madre desea que muera, o un brazo que consigo cortar a alguna muchacha durante la noche, gracias al cloroformo. Cada quince años, las generaciones de piojos que se nutren del hombre disminuyen de una manera notable, y ellas mismas predicen, infaliblemente, la época cercana de su completa destrucción. Pues el hombre, más inteligente que su enemigo, llega a vencerlo. Entonces, con una pala infernal que aumenta mis fuerzas, extraigo de esta mina inagotables bloques de piojos, grandes como montañas, los corto a hachazos y los trasporto, durante las noches profundas, a las arterias de las ciudades. Allí, en contacto con la temperatura humana, se disuelven como en los primeros días de su formación en las galerías tortuosas de la mina subterránea, se fraguan un lecho en la grava, y se diseminan en arroyos por las habitaciones, como espíritus nocivos. El guardián de la casa ladra sordamente, pues le parece que una legión de seres desconocidos penetra por los poros de los muros y lleva el terror a la cabecera del sueño. Quizás hayáis oído, al menos una vez que la vida, esa clase de ladridos dolorosos y prolongados. Con sus ojos impotentes trata de traspasar la oscuridad de la noche, pues su cerebro de perro no comprende nada. Ese murmullo le irrita, y se siente traicionado. Millones de enemigos se abaten así, sobre cada ciudad, como nubes de langostas. Helos ahí por quince años. Combatirán al hombre, produciéndole heridas dolorosas. Después de ese lapso de tiempo, enviaré otros. Cuando triture los bloques de materia animada, puede suceder que un fragmento sea más denso que otro. Sus átomos se esfuerzan con rabia por separar su aglomeración para ir a atormentar a la humanidad, pero la cohesión resiste en su dureza. En una suprema convulsión, engendran tal esfuerzo, que la piedra, no pudiendo dispersar sus principios vivientes, se lanza ella misma hacia la altura en el aire, como por el efecto de la pólvora, y vuelve a caer, hundiéndose profundamente en el suelo. A veces, el campesino soñador percibe un aerolito que corta verticalmente el espacio y se dirige al caer hacia un campo de maíz. No sabe de dónde viene la piedra. Vosotros tenéis ahora, clara y sucinta, la explicación del fenómeno.

Si la tierra estuviera cubierta de piojos, como de granos de arena la orilla del mar, la raza humana sería aniquilada, presa de dolores terribles. ¡Qué espectáculo! Y yo, con alas de ángel, inmóvil en el aire, para contemplarlo.

Oh matemáticas severas, nunca os he olvidado, desde que vuestras sabias lecciones, más dulces que la miel, se filtraron en mi corazón, como una ola refrescante. Instintivamente aspiraba, desde la cuna, a beber en nuestra fuente, más antigua que el sol, y todavía conmigo, yo, el más fiel de vuestros iniciados, pisando el atrio sagrado de vuestro templo. Había algo vago en mi espíritu, un no sé qué denso como el humo, pero supe ascender los peldaños que conducen a vuestro altar, y habéis alejado ese velo oscuro, lo mismo que el viento aleja al petrel[9]. Habéis puesto en su lugar una frialdad excesiva, una prudencia consumada y una lógica implacable. Con ayuda de vuestra leche fortificante, mi inteligencia se ha desarrollado rápidamente y ha adquirido proporciones inmensas en medio de esa claridad encantadora de la que hacéis regalo con prodigalidad a los que os aman con sincero amor. ¡Aritmética! ¡Álgebra! ¡Geometría! ¡Trinidad grandiosa! ¡Triangulo luminoso! ¡El que no os ha conocido es un insensato! Merece que sufra los más grandes suplicios, pues en su descuido ignorante hay un ciego desprecio; pero aquel que os conoce y os aprecia, no quiere ya nada de los bienes de la tierra; se contenta con vuestros goces mágicos, y, llevado por vuestras alas sombrías, no desea más que elevarse, con un vuelo ligero, construyendo una hélice ascendente, hacia la bóveda esférica de los cielos. La tierra sólo le muestra ilusiones y fantasmagorías morales, pero vosotras, oh matemáticas concisas, por el encadenamiento riguroso de vuestras proporciones tenaces y la constancia de vuestras férreas leyes, hacéis brillar, en los ojos deslumbrados; un reflejo poderoso de esa verdad suprema cuya huella se advierte en el orden del universo. Pero el orden que os circunda, representado sobre todo por la regularidad perfecta del cuadrado, amigo de Pitágoras, es todavía más grande, pues el Todopoderoso se reveló completamente, él y sus atributos, en este trabajo memorable que consistió en hacer salir de las entrañas del caos los tesoros de vuestros teoremas y vuestros magníficos esplendores. En las épocas antiguas y en los tiempos modernos, más de una gran imaginación humana, con asombro vio a su genio contemplando vuestras figuras simbólicas trazadas sobre el papel ardiendo, como otros tantos signos misteriosos que anima un hálito latente, que no comprende el vulgar profano y que no eran más que las revelaciones resplandecientes de axiomas y jeroglíficos eternos, que existieron antes del universo y que subsistirán después de él. Ella se pregunta, inclinada sobre el precipicio de un punto de interrogación fatal, por qué las matemáticas contienen tantas imponentes grandezas y tanta verdad incontestable, en tanto que, si las compara con el hombre, en éste sólo encuentra mentira y falso orgullo. Entonces, ese espíritu superior entristecido, al que la noble familiaridad de vuestros consejos hace sentir aún más la pequeñez de la humanidad y su locura

incomparable, hunde su cabeza encanecida sobre una mano descarnada y permanece absorto en meditaciones sobrenaturales. Dobla sus rodillas ante vosotras, y su veneración rinde homenaje a vuestro divino rostro, como a la propia imagen del Todopoderoso. Durante mi infancia, os aparecisteis a mí una noche de mayo, a la luz de la luna, en una pradera verdeante, a orillas de un límpido arroyo, las tres iguales en gracia y en pudor, las tres llenas de majestad, como reinas. Disteis algunos pasos hacia mí, con vuestros largos vestidos, flotantes como vapor, y me atrajisteis hacia vosotros altivos pechos, como un hijo bendito. Entonces, acudí apresurado y mis manos se crisparon sobre vuestra blanca garganta. Me nutrí, con reconocimiento, de vuestro maná fecundo, y sentí que la humanidad crecía en mí y se volvía mejor. Desde entonces, ¡cuántos proyectos enérgicos, cuántas simpatías que yo creí haber grabado en las páginas de mi corazón como sobre mármol, no han borrado lentamente de mi razón desengañada sus líneas configurativas, lo mismo que el alba naciente borra las sombras de la noche! Desde entonces he visto la muerte, con la intención, evidentemente, de poblar las tumbas, asolar los campos de batalla, cebados con sangre humana, y hacer crecer las flores matutinas por encima de las fúnebres osamentas. Desde entonces he asistido a las revoluciones de nuestro globo; los temblores de tierra, los volcanes con su lava abrasante, el simún del desierto y los naufragios por la tempestad han tenido mi presencia como espectador impasible. Desde entonces he visto a numerosas generaciones humanas elevar por la mañana sus alas y sus ojos hacia el espacio, con la alegría inexperta de la crisálida que saluda a su última metamorfosis, y morir al atardecer, antes de la puesta de sol, con la cabeza inclinada, como flores marchitas que el silbido quejumbroso del viento balancea. Pero vosotras, vosotras permanecéis siempre iguales. Ningún cambio, ningún aire pestilente roza las rocas escarpadas y los valles inmensos de vuestra identidad. Vuestras modestas pirámides durarán más que las pirámides de Egipto, hormigueros elevados por la estupidez y de la esclavitud. El fin de los siglos verá, todavía de pie sobre las ruinas de los tiempos, vuestras cifras cabalísticas, vuestras ecuaciones lacónicas y vuestras líneas esculturales sentarse a la derecha vengadora del Todopoderoso, en tanto que las estrellas se hundirán, con desesperación, como trombas, en la eternidad de una noche horrible y universal, y la humanidad, gesticulante, pensará en ajustar sus cuentas con el juicio final. Gracias por los innumerables servicios que me habéis prestado. Gracias por las extrañas cualidades con que habéis enriquecido mi inteligencia. Sin vosotras, en mi lucha contra el hombre, quizás hubiera sido vencido. Sin vosotras, él me hubiera hecho rodar por la arena y besar el polvo de sus pies. Sin vosotras, una pérfida garra hubiera lacerado mis carnes y mis huesos. Pero siempre me he mantenido en guardia, como un atleta experimentado. Vosotras me disteis la frialdad que surge de vuestras concepciones sublimes, exentas de pasión. Me he servido de ella para rechazar con desdén los goces efímeros de mi corto viaje y para arrojar de mi puerta los ofrecimientos simpáticos, aunque engañosos, de mis semejantes. Vosotras me disteis la prudencia

tenaz que se descifra a cada paso en vuestros admirables métodos de análisis, de síntesis y de deducción. Me serví de ella para desconcertar a las perniciosas astucias de mi enemigo mortal, para atacarlo a mi vez con destreza y hundir en las vísceras del hombre un agudo puñal que permanecerá para siempre clavado en su cuerpo, pues es una herida de la que nunca se recuperará. Vosotras me disteis la lógica, que es como el alma misma de vuestras enseñanzas, llena de sabiduría; con sus silogismos, cuyo complicado laberinto se hace más comprensible, mi inteligencia sintió duplicarse sus audaces fuerzas. Con la ayuda de este terrible auxiliar, descubrí en la humanidad, nadando hacia los bajos fondos, frente a los escollos del odio, la maldad negra y horrorosa que se corrompía en medio de los miasmas deletéreos, de los que se admiraban el ombligo. Fue el primero que descubrió en las tinieblas de sus entrañas ese vicio nefasto, ¡el mal!, superior en él al bien. Con ese arma envenenada que me prestasteis, hice descender de su pedestal, construido por la cobardía del hombre, ¡al Creador mismo! Rechinó sus dientes y sintió esa injuria ignominiosa, pues tenía por adversario a alguien más fuerte que él. Pero lo dejaré a un lado, como un rollo de cuerdas, a fin de rebajar mi vuelo… El pensador Descartes hacía una vez la reflexión de que nada sólido se había edificado sobre vosotras. Era una manera ingeniosa de hacer comprender que el primero que llega no puede, por las buenas, descubrir vuestro inestimable valor. En efecto, ¿qué hay más sólido que las tres cualidades principales, ya mencionadas, que se elevan, entrelazadas como una corona única, sobre la cima augusta de vuestra arquitectura colosal? Monumento que crece sin cesar con los cotidianos descubrimientos en vuestras minas de diamante y con las exploraciones científicas en vuestros soberbios dominios. ¡Oh santas matemáticas, que podáis, con vuestro comercio perpetuo, consolar el resto de mis días de la maldad del hombre y de la injusticia del Gran Todo!

«Oh lámpara de mechero de plata, mis ojos te perciben en los aires, compañera de la bóveda de las catedrales, y buscan la razón de esa colgadura. Se dice que tus fulgores iluminan, durante la noche, la turba de los que llegan para adorar al Todopoderoso, y que muestras a los arrepentidos el camino que conduce al altar. Escucha, es muy posible… pero ¿acaso tienes necesidad de prestar semejantes servicios a quienes nada les debes? Deja hundidas en las tinieblas a las columnas de las basílicas, y, cuando una bocanada de la tempestad, sobre la cual el demonio, llevado por el espacio en forma de remolino, penetre con él en el sagrado lugar diseminando el terror, en lugar de luchar valientemente contra la ráfaga pestífera del príncipe del mal, extínguete de súbito bajo su hálito febril, para que él pueda, sin ser visto, escoger sus víctimas entre los creyentes arrodillados. Si haces eso, puedes decir que te deberé toda mi felicidad. Cuando brillas de esa manera, diseminando tus claridades indecisas, aunque suficientes, no me atrevo a entregarme a las sugestiones de mi carácter, y permanezco, bajo el pórtico sagrado, contemplando a través de la puerta entreabierta

a los que se escapan a mi venganza, en el seno del Señor. ¡Oh lámpara poética!, tú que serías mi amigo si pudieras comprenderme, cuando mis pies pisan el basalto de las iglesias, en las horas nocturnas, ¿por qué te pones a brillar de un modo que, lo confieso, me parece extraordinario? Tus reflejos se colorean entonces con las blancas tonalidades de la luz eléctrica; el ojo no puede mirarte con fijeza; y tú iluminas con una llama nueva y poderosa los menores detalles de la pocilga del Creador, como si estuviera preso de una santa cólera. Y cuando me retiro después de haber blasfemado, te haces de nuevo imperceptible, modesta y pálida, segura de haber cumplido un acto de justicia. Dime, ¿será porque conoces los recodos de mi corazón que, cuando aparezco yo donde tú velas, te apresuras a señalar mi presencia perniciosa y a atraer la atención de los adoradores hacia el lugar donde acaba de mostrarse el enemigo de los hombres? Me inclino hacia esta opinión, pues yo también comienzo a conocerte, y sé quién eres, vieja hechicera que velas también en las sagradas mezquitas, donde se pavonea, como la cresta de un gallo, tu curioso dueño. Vigilante guardiana, te has concedido una loca misión. Te advierto que la primera vez que me señales la prudencia de mis semejantes por el aumento de tus fulgores resplandecientes, como no me gusta ese fenómeno de óptica, que por otra parte no es mencionado en ningún libro de física, te agarraré por la piel de tu pecho, y clavando mis garras en las costras de tu nuca tiñosa, te arrojaré al Sena. No pretendo, cuando no te haga nada, que te comportes a sabiendas de una manera que me sea perjudicial. Allí te permitiré que brilles mientras me sea agradable; allí te burlarás de mí con una sonrisa inextinguible; allí convencida de la incapacidad de tu aceite criminal, lo orinarás con amargura». Después de haber hablado así, Maldoror no sale del templo, y permanece con los ojos fijos en la lámpara del santo lugar… Cree ver una especie de provocación en la actitud de esa lámpara, cuya presencia inoportuna le irrita en el más alto grado. Se dice que, si hay un alma encerrada en la lámpara, es cobarde al no responder con sinceridad a un ataque leal. Golpea el aire con sus brazos nerviosos y desearía que la lámpara se transformara en hombre; se promete que le haría pasar un mal rato. Pero no es natural que una lámpara se convierta en hombre. No se resigna, y va a buscar, en el atrio de la miserable pagoda, una piedra plana, de canto afilado. La lanza al aire con fuerza… la cadena se corta por la mitad, como la hierba por la guadaña, y el instrumento de culto cae al suelo, derramando su aceite sobre las losas… Coge la lámpara para llevarla fuera, pero ella se resiste y empieza a crecer. Le parece ver alas en sus costados y adquirir la parte superior la forma de un busto de ángel. El conjunto quiere elevarse en el aire para emprender su vuelo, pero él lo retiene con mano firme. Una lámpara y un ángel que forman un mismo cuerpo no se ve con frecuencia. Reconoce la forma de la lámpara, reconoce la forma del ángel, pero no los puede separar en su espíritu; en efecto, en realidad una y otra están pegadas, formando un solo cuerpo independiente y libre, pero él cree que alguna nube ha velado sus ojos, haciéndole perder algo de su excelente vista. A pesar de todo, se prepara con valentía para la lucha, pues su adversario no tiene miedo. La gente sencilla cuenta, a quienes

quieren creerlo, que la puerta sagrada se cerró por si misma, girando sobre sus afligidos goznes, para que nadie pudiera asistir a esa lucha impía, cuyas peripecias habrían de desarrollarse en el recinto del santuario violado. El hombre del manto, mientras recibe crueles heridas con una espada invisible, se esfuerza por aproximar su boca a la cara del ángel, sólo piensa en eso, y todos sus esfuerzos se dirigen a tal fin. Éste pierde su energía y parece presentir su destino. Lucha sólo débilmente y ve el momento en que su adversario podrá besarlo a su antojo, si es que quiere hacerlo. Bien, ha llegado el momento. Con sus músculos oprime la garganta del ángel, que ya no puede respirar, y le vuelve la cara, apoyándola sobre su odioso pecho. Por un instante se siente conmovido por la suerte que le espera a ese ser celestial, al que con gusto hubiera hecho su amigo. Pero cree que es el enviado del Señor, y no puede contener su ira. Todo se acabó, ¡algo horrible va a entrar en la jaula del tiempo! Se inclina y lleva la lengua empapada de saliva sobre esa mejilla angélica, que arroja miradas suplicantes. Pasea algún tiempo su lengua por esa mejilla. ¡Oh!… ¡Mirad!… ¡Mirad!… ¡La mejilla blanca y rosa se ha vuelto negra como el carbón! Exhala miasmas pútridos. Tiene gangrena, no se puede dudar. El mal corrosivo se extiende por toda su cara, y, desde allí, ejerce su furia sobre las partes bajas; en seguida todo el cuerpo no es sino una extensa haga inmunda. Él mismo, horrorizado (pues no creía que su lengua contuviera un veneno de tal violencia), recoge la lámpara y huye de la iglesia. Una vez fuera, percibe en el aire una forma negruzca, con las alas quemadas, que penosamente dirige su vuelo hacia las regiones celestes. Se miran los dos, mientras el ángel asciende hacia las alturas serenas del bien, y él, Maldoror, por el contrario, desciende hacia los abismos vertiginosos del mal… ¡Qué mirada! ¡Todo lo que la humanidad ha pensado durante sesenta siglos, y pensará durante los siglos venideros, podría estar fácilmente contenida en ella, tantas cosas se dijeron en ese adiós supremo! Se comprende que eran pensamientos más elevados que los que surgen de la inteligencia humana; primero a causa de los dos personajes, y luego a causa de la circunstancia. Esa mirada les unió en una amistad eterna. Se extraña de que el Creador pueda tener misioneros de alma tan noble. Por un momento cree haberse engañado, y se pregunta si debió seguir la ruta del mal, como hizo. Pero el desconcierto ha pasado, persevera en su resolución, pues es glorioso, piensa, vencer tarde o temprano al Gran Todo, a fin de reinar en su lugar sobre el universo entero y sobre legiones de ángeles tan bellos. Éste le ha hecho comprender sin hablar que recobrará su forma primitiva a medida que asciende hacia el cielo; deja caer una lágrima, que refresca la frente de aquel que le produjo la gangrena, y desaparece poco a poco, como un buitre, elevándose entre las nubes. El culpable mira la lámpara, causa de todo lo que precede. Corre como un loco por las calles, se dirige hacia el Sena, y arroja la lámpara por encima del barandal. La lámpara forma un remolino durante unos instantes y se hunde definitivamente en las aguas cenagosas. Desde ese día, cada noche, desde la caída de la tarde, se ve una lámpara brillante que surge y se mantiene, graciosamente, sobre la superficie del río, a la altura del puente Napoleón,

llevando, en vez de asas, dos pequeñas alas de ángel. Avanza lentamente sobre las aguas, pasa bajo los arcos del puente de la Estación y del puente de Austerlitz, y continúa su estela silenciosa sobre el Sena hasta el puente del Alma. Una vez en este lugar, remonta con facilidad el curso del río, y regresa al cabo de cuatro horas a su punto de partida. Y así sucesivamente durante toda la noche. *Sus destellos, blancos como la luz eléctrica*, anulan los de las farolas que bordean las dos orillas, entre los que avanza como una reina solitaria, impenetrable, *con una sonrisa inextinguible, sin que su aceite se derrame con amargura*. En un principio los barcos la perseguían, pero ella frustraba esos vanos esfuerzos, escapaba de todas las persecuciones sumergiéndose, como una coqueta, y reapareciendo más lejos, a una gran distancia. Ahora, los marinos supersticiosos, cuando la ven, reman en dirección contraria y reprimen sus canciones. Cuando paséis por un puente, durante la noche, prestad mucha atención: con seguridad veréis brillar la lámpara, aquí o allá, aunque se dice que no se le aparece a todo el mundo. Cuando pasa por el puente un ser humano que tiene cualquier cosa sobre la conciencia, ella apaga súbitamente sus reflejos, y el caminante, asombrado, registra en vano, con una mirada desesperada, la superficie y el légamo del río. Sabe lo que eso significa. Quisiera creer que ha visto el celeste resplandor, pero se dice que la luz venía de la proa de los barcos o del reflejo de las farolas, tiene razón… Sabe que esa desaparición la motiva él, y, hundido en tristes reflexiones, apresura el paso para llegar a su casa. Entonces la lámpara de mechero de plata reaparece en la superficie y prosigue su marcha a través de los arabescos elegantes y caprichosos.

Escuchad los pensamientos de mi infancia, cuando me despertaba, humanos, con la verga roja: «Acabo de despertarme, pero mi pensamiento está todavía entumecido. Todas las mañanas siento un peso en la cabeza. Es raro que halle reposo por la noche, pues unos sueños horrorosos me atormentan en cuanto logro dormirme. De día, mi pensamiento se fatiga en meditaciones estrafalarias, mientras mis ojos vagan al azar por el espacio, y de noche no puedo dormir. ¿Cuándo es preciso entonces que duerma? Sin embargo, la naturaleza tiene necesidad de reclamar sus derechos. Como la desdeño, ella hace que mi rostro palidezca y mis ojos brillen con la llama agria de la fiebre. Por lo demás, únicamente deseo agotar mi espíritu en una reflexión continua, pero, aunque yo no lo quisiera, mis sentimientos consternados me arrastran invenciblemente hacia esa pendiente. He advertido que los demás niños son como yo, aunque todavía más pálidos, y sus cejas están fruncidas, como las de los hombres, nuestros mayores. Oh Creador del universo, no dejaré de ofrecerte esta mañana el incienso de mi oración infantil. A veces la olvido, y he observado que, esos días me siento más feliz que de ordinario; mi pecho se ensancha, libre de toda sujeción, y respiro más fácilmente el aire perfumado de los campos; por el contrario, cuando cumplo con el penoso deber, ordenado por mis padres, de dirigirte cotidianamente un

cántico de alabanza, acompañado del tedio inseparable que me causa su laboriosa invención, entonces estoy triste e irritado todo el día, porque no me parece lógico y natural decir lo que no pienso, y busco el retiro de las inmensas soledades. Si les pido la explicación de ese extraño estado de mi alma, no me contestan. Quisiera amarte y adorarte, pero tú eres demasiado poderoso, y hay temor en mis himnos. Si con una sola manifestación de tu pensamiento puedes destruir o crear mundo, mis débiles oraciones no te serán útiles; si cuando te place envías el cólera para devastar las ciudades, o la muerte para llevar en sus garras, sin ninguna distinción, las cuatro edades de la vida, no quiero unirme con un amigo tan temible. No es que el odio conduzca el hilo de mis pensamientos, sino que tengo miedo, por el contrario de tu propio odio, que, por una orden caprichosa, puede salir de tu corazón y hacerse enorme, como la envergadura del cóndor de los Andes. Tus equívocas diversiones no están a mi alcance, y probablemente sería yo la primera víctima. Tú eres el Todopoderoso, no te discuto el título, puesto que tú sólo tienes derecho a llevarlo y porque tus deseos, de consecuencias funestas o felices, sólo en ti tienen término. He ahí por qué precisamente me sería doloroso marchar al lado de tu cruel túnica de zafiro, sin ser tu esclavo, aunque pudiendo serlo de un momento a otro. Es verdad que cuando desciendas en ti mismo, para escrutar tu conducta soberana, si el fantasma de una injusticia pasada, cometida contra esa desgraciada humanidad que siempre te ha obedecido, como tu amiga más fiel, yergue ante ti las vértebras inmóviles de una espina dorsal vengadora, tu ojo huraño deja caer la lágrima aterrada del remordimiento tardío, y entonces, con los cabellos erizados, tú mismo crees tomar sinceramente la resolución de suspender para siempre, en las malezas de la nada, los juegos inconcebibles de tu imaginación de tigre, que sería grotesca si no fuera lamentable; pero también sé que la constancia no ha clavado en tus huesos, como una médula tenaz, el arpón de su morada eterna, y que caes a menudo, tú y tus pensamientos, recubiertos por la lepra negra del error, en el lago fúnebre de las sombrías maldiciones. Quiero creer que éstas son inconscientes (aunque por ello no ocultan menos su veneno fatal), y que el bien y el mal, unidos los dos, se derraman en saltos impetuosos de tu real pecho gangrenado, como el torrente de las rocas, por el encanto secreto de una fuerza ciega; pero nada me sirve de prueba. He visto demasiado a menudo tus dientes inmundos rechinar de rabia, y tu augusto rostro, recubierto por el musgo de los tiempos, enrojecer como el carbón encendido, a causa de cualquier futilidad microscópica que los hombres habían cometido, para poder detenerme por más tiempo delante del poste indicador de esa hipótesis bonachona. Todos los días, con las manos unidas, elevaré hacia ti los acentos de mi humilde oración, puesto que es preciso, pero, te lo suplico, que tu providencia no piense en mí, déjame a un lado, como el gusanillo que se arrastra bajo tierra. Debes saber que antes preferiría alimentarme con avidez de las plantas marinas de las islas salvajes y desconocidas, que las olas tropicales arrastran en su seno espumoso en medio de esos parajes, que saber que me observas e introduces en mi conciencia tu sarcástico

escalpelo. Ella acaba de revelarte la totalidad de mis pensamientos, y espero que tu prudencia aplauda fácilmente el buen sentido cuya huella imborrable conservan. Aparte de estas reservas hechas sobre el género de relaciones más o menos intimas que debo mantener contigo, mi boca está dispuesta, en no importa qué hora del día, a exhalar, como un soplo artificial, el raudal de mentiras que tu vanagloria exige severamente de cada hombre, desde que nace la aurora azulada, buscando la luz en los repliegues de satén del crepúsculo, lo mismo que yo busco la bondad impulsado por el amor al bien. Mis años no son muchos, y, sin embargo, siento ya que la bondad no es más que una ensambladura de sílabas sonoras, pues no la encontré en ninguna parte. Dejas descubrir demasiado tu carácter, y es preciso que lo ocultes con más destreza. Por lo demás, acaso me equivoque y lo hagas a propósito, pues tú sabes mejor que nadie cómo debes conducirte. Los hombres esperan hallar su gloria al imitarte; por eso la santa bondad no reconoce su tabernáculo en sus ojos feroces: de tal padre, tal hijo. Se piense lo que se piense de tu inteligencia, yo sólo hablo de ella como critico imparcial. No pido nada más que haber sido introducido al error. No deseo mostrarte el odio que siento por ti y que cultivo con amor, como a un hijo querido, pues vale más ocultarlo a tus ojos y adoptar ante ti solamente el aspecto de un censor severo, encargado de controlar tus actos impuros. Dejarás así todo comercio activo con él, lo olvidarás, y destruirás completamente esa chinche ávida que roe tu hígado. Prefiero más bien hacerte oír palabras soñadas y dulces… Sí, tú eres quien ha creado el mundo y todo lo que el encierra. Eres perfecto. No te falta ninguna virtud. Eres muy poderoso, todo el mundo lo sabe. ¡Que el universo entero entone, a cada hora del tiempo, tu cántico eterno! Los pájaros te bendicen cuando emprenden su vuelo en el campo. Las estrellas te pertenecen… ¡Así sea!». ¡Después de estos comienzos, asombraos de encontrarme tal cual soy!

Yo buscaba un alma que se me asemejara, pero no pude encontrarla. Registré todos los rincones de la tierra; mi perseverancia fue inútil. Sin embargo, no podía permanecer solo. Necesitaba a alguien que aprobara mi carácter, necesitaba a alguien que tuviera las mismas ideas que yo. Era por la mañana, el sol se elevó en el horizonte con toda su magnificencia, y he aquí que ante mis ojos apareció también un joven cuya presencia engendraba flores a su paso. Se aproximó a mí y tendiéndome la mano: «He venido hasta ti, que me buscas. Bendigamos este día feliz». Pero yo: «Vete, no te he llamado, no necesito tu amistad…». Era al atardecer, la noche comenzaba a extender la negrura de su velo sobre la naturaleza. Una hermosa mujer, a la que apenas si podía distinguir, extendía también sobre mí su influencia encantadora, y me miraba con compasión; sin embargo, no se atrevía a hablarme. Yo dije: «Aproxímate para que pueda distinguir claramente los rasgos de tu rostro, pues la luz de las estrellas no basta para iluminarlo a esta distancia». Entonces, con paso lento y los ojos bajos, caminó sobre la hierba del césped, en dirección a mí. Cuando

la pude ver: “Ya veo que la bondad y la inteligencia han hecho su residencia en tu corazón: no podríamos vivir juntos. Ahora admiras mi belleza, que ha trastornado a más de una, pero tarde o temprano te arrepentirás de haberme consagrado tu amor, pues no conoces mi alma. No es que jamás te fuera infiel: a la que se entrega a mí con tanta confianza y abandono, con la misma confianza y abandono me entrego yo; pero métete esto en la cabeza y nunca lo olvides: los lobos y los corderos no se miran con buenos ojos”. ¡Qué me hacía falta entonces a mí, que rechazaba con tanta aversión lo que existía de más hermoso en la humanidad! Lo que me hacía falta nunca hubiera sabido decirlo. No estaba todavía acostumbrado a darme cuenta rigurosamente de los fenómenos de mi espíritu por medio de los métodos que recomienda la filosofía. Me senté en una roca, cerca del mar. Un navío acababa de desplegar todas sus velas para alejarse del lugar: un punto imperceptible acababa de aparecer en el horizonte, y se aproximaba poco a poco, impulsado por el viento, agradándose con rapidez. La tempestad iba a comenzar sus ataques, y el cielo se oscurecía, volviéndose de un color negro casi tan horrible como el corazón del hombre. El navío, que era un gran barco de guerra, acababa de echar todas sus anclas, para no ser barrido hacia las rocas de la costa. El viento silbaba con furor desde los cuatro puntos cardinales, y convertía a las velas en hilachas. Los truenos estallaban en medio de los relámpagos, pero no podían sobrepasar al ruido de los lamentos que se oían en la casa sin cimientos, sepulcro móvil. El bamboleo de las masas acuosas no había llegado a romper las cadenas de las anclas, pero sus golpes habían abierto una vía de agua en los flancos del navío. Brecha enorme, pues las bombas no eran suficientes para achicar las espumosas masas de agua salada que se abatían sobre el puente. El navío en peligro dispara unos cañonazos de alarma, pero zozobra con lentitud… con majestad. El que no haya visto zozobrar un barco en medio del huracán, de la intermitencia de los relámpagos y de la oscuridad más profunda, mientras los que están en él se sienten abrumados por esa desesperación que ya sabéis, ése no conoce los accidentes de la vida. Por último, se escapa un grito universal de inmenso dolor de entre los flancos del barco, mientras el mar redobla sus temibles ataques. Es el grito que ha hecho brotar el abandono de las fuerzas humanas. Cada uno se envuelve en el manto de la resignación y pone su suerte en las manos de Dios. Se acorralan como un rebaño de borregos. El navío en peligro dispara unos cañonazos de alarma, pero zozobra con lentitud… con majestad. Han hecho funcionar las bombas durante todo el día. Esfuerzos inútiles. La noche llegó, densa, implacable, para colmar ese espectáculo gracioso. Cada uno se dice que, una vez en el agua, ya no podrá respirar, pues, por muy lejos que haga regresar a su memoria, no reconoce a ningún pez como antepasado; pero se exhorta a contener la respiración el mayor tiempo posible, a fin de prolongar su vida dos o tres segundos más; es la ironía vengadora que quiere enviar a la muerte… El navío en peligro dispara unos cañonazos de alarma, pero zozobra con lentitud… con majestad. No sabe que el barco, al hundirse, ocasiona una poderosa circunvolución de olas en torno a sí mismas, que el limo cenagoso se

mezcla con las aguas turbias, y que una fuerza que viene de abajo, contragolpe de la tempestad que hace sus estragos arriba, imprime al elemento unos movimientos bruscos y nerviosos. Así, a pesar del acopio de sangre fría que previamente ha reunido el futuro ahogado, tras una reflexión más amplia, deberá sentirse feliz si prolonga su vida en los torbellinos del abismo, la mitad de una respiración normal, a fin de hacer un buen cálculo. Le será imposible, pues, burlarse de la muerte, su deseo supremo. El navío en peligro dispara unos cañonazos de alarma, pero zozobra con lentitud… con majestad. Es un error. No dispara ya cañonazos, no zozobra. La cáscara de nuez se hundió por completo. ¡Oh cielo!, ¡cómo se puede vivir después de haber experimentado tantas voluptuosidades! Acababa de ser testigo de las agonías mortales de muchos de mis semejantes. Minuto a minuto había seguido las peripecias de sus angustias. A veces, el bramido de alguna vieja, enloquecida de miedo, prevalecía en aquel mercado. Otras veces, sólo el gemido de un niño de pecho impedía oír las órdenes para las maniobras. El barco estaba demasiado lejos para percibir distintamente los gemidos que me atraían las ráfagas, pero yo los aproximaba por medio de la voluntad, y la ilusión óptica era completa. Cada cuarto de hora, cuando un golpe de viento, más fuerte que los demás, entregando sus lúgubres acentos a través del grito de los petreles asustados, dislocaba al navío con un crujido longitudinal, y aumentaban los lamentos de aquellos que iban a ser ofrecidos en holocausto a la muerte, yo me hundía en la mejilla la punta aguda de un hierro, y pensaba en mi interior: “¡Sufren aún más!”. De esta manera tenía, al menos, un término de comparación. Desde la orilla los apostrofaba, lanzándole imprecaciones y amenazas. Me parecía que debían oírme. Me parecía que mi odio y mis palabras, superando la distancia, anulaban las leyes físicas del sonido, y llegaban, inteligibles, a sus oídos, ensordecidos por los bramidos del océano encolerizado. Me parecía que debían estar pensando en mí, y exhalaban su venganza con una rabia impotente. De vez en cuando, echaba una mirada hacia las ciudades, dormidas en tierra firme, y al ver que nadie sospechaba que un barco iba a zozobrar a algunas millas de la costa, con una corona de aves de presa y un pedestal de gigantes acuáticos con el vientre vacío, yo recobraba el ánimo y volvía a tener esperanza: ¡estaba seguro de su pérdida! ¡No podrían escapar! Para aumentar la precaución, había ido a buscar mi escopeta de dos tiros, a fin de que, si algún náufrago intentara alcanzar las rocas a nado, para librarse de una muerte inminente, una bala en el hombro le destrozaría el brazo, impidiéndole cumplir su intención. En el momento más furioso de la tempestad, vi, sobrenadando en las aguas, con esfuerzos desesperados, una cabeza enérgica, con los cabellos erizados. Tragaba litros de agua y se hundía en el abismo, balanceándose como un corcho. Pero en seguida aparecía de nuevo, con los cabellos chorreantes, y, fijando la mirada en la orilla, parecía desafiar a la muerte. Era admirable su sangre fría. Una ancha herida sangrante, ocasionada por la arista de algún escollo oculto, cruzaba su rostro intrépido y noble. No debía tener más de dieciséis años, pues a través de los relámpagos que iluminaba la noche, apenas se notaba un vello de

melocotón sobre su labio. Ahora se hallaba a doscientos metros del acantilado, y yo lo divisaba fácilmente. ¡Qué coraje! ¡Qué espíritu indomable! ¡Cómo la estabilidad de su cabeza parecía burlarse del destino, hendiendo con vigor las olas, cuyos surcos se abrían con dificultad ante él!… Lo había decidido con anticipación. Debía mantenerme en mi promesa: la última hora había sonado para todos, nadie debía escapar. Ésta era mi resolución, nada la cambiaría… Se oyó un seco sonido, e inmediatamente después la cabeza se hundió para no reaparecer más. Esa muerte no me produjo tanto placer como podría creerse, precisamente porque estaba ya saciado de matar de continuo, lo que hacía de ahora en adelante por un simple hábito que uno no puede pasar por alto, pero que sólo procura un goce muy leve. Los sentidos se embotan, se endurecen. ¿Qué voluptuosidad podría sentir con la muerte de este ser humano, cuando había más de un centenar que iban a ofrecerme el espectáculo de su última lucha con las olas, una vez hundido el navío? Esta muerte no tenía para mí ni siquiera el atractivo del peligro, pues la justicia humana, mecida por el huracán de esta noche espantosa, dormitaba en las casas, a unos pasos de mí. Hoy que los años pesan sobre mi cuerpo, digo con sinceridad, como una verdad suprema y solemne: yo no era tan cruel como se ha dicho después entre los hombres; pero, a veces, la maldad ejercitaba sus perseverantes estragos durante años enteros. Entonces no conocía limites a mi furor, sufría accesos de crueldad, y me volvía terrible para aquel que se acercaba a mi mirada huraña, aunque perteneciera a mi raza. Si se trataba de un caballo o un perro, los dejaba ir: ¿habéis oído lo que acabo de decir? Desgraciadamente, la noche de esa tempestad yo me hallaba en uno de esos accesos, mi razón había volado (pues, de ordinario, yo era tan cruel, aunque más prudente), y todo lo que en aquella ocasión cayera en mis manos debía perecer; no pretendo excusarme de mis errores. Tampoco toda la culpa es de mis semejantes. No hago más que constatar el hecho, en espera del juicio final, que me hace rascar la nuca por anticipado… Pero ¡qué me importa el juicio final! Mi razón no vuela nunca, como he dicho para engañaros. Y cuando cometo un crimen, sé lo que hago: ¡no quería hacer otra cosa! De pie sobre la roca, mientras el huracán azotaba mis cabellos y mi manto, yo expiaba extasiado esa fuerza de la tempestad, encarnizándose con un navío, bajo un cielo sin estrellas. Seguí, con actitud triunfante, todas las peripecias de ese drama, desde el instante en que el barco echó anclas hasta el instante en que se hundió, hábito fatal que arrastró hacia las entrañas del mar a todos aquellos a quienes revestía como un manto. Pero se acercaba el instante en que yo mismo tenía que mezclarme como actor en aquellas escenas de la naturaleza trastornada. Cuando el lugar donde el barco había sostenido el combate mostró claramente que éste había ido a pasar el resto de sus días en el piso bajo del mar, entonces, una parte de los que habían sido arrastrados por las olas reaparecieron en la superficie. Disputaban cuerpo a cuerpo, dos a dos, tres a tres; era el medio de no salvar su vida, pues sus movimientos se hacían embarazosos y se iban al fondo como cántaros agujereados… ¿Qué es ese ejército de monstruos marinos que hiende las olas raudamente? Son seis, sus aletas

son vigorosas, y se abren paso a través de las olas embravecidas. Con todos esos seres humanos, que mueven los cuatro miembros de ese continente tan poco estable, los tiburones hacen muy pronto una tortilla sin huevos, y se la reparten de acuerdo con la ley del más fuerte. La sangre se mezcla con las aguas y las aguas se mezclan con la sangre. Sus ojos feroces iluminan suficientemente el escenario de la carnicería… Pero ¿qué es ese tumulto de las aguas, allá lejos, en el horizonte? Se diría una tromba que se acerca. ¡Qué golpes de remo! Percibo lo que es: una enorme hembra de tiburones que viene a tomar parte del pastel de hígado de pato y a comer el cocido frío. Llega furiosa, pues está hambrienta. Se entabla una lucha entre ella y los tiburones entonces, se disputan algunos miembros palpitantes que flotan por aquí y por allá, en silencio, sobre la superficie de la crema roja. A derecha e izquierda, lanza dentelladas que producen heridas mortales. Pero tres tiburones vivos le rodean y ella se ve obligada a girar en todos los sentidos para hacer fracasar su maniobra. Con creciente emoción, hasta entonces desconocida, el espectador, situado en la orilla, sigue esa batalla naval de nuevo género. Tiene la mirada clavada sobre esa valerosa hembra de tiburón, de dientes tan fuertes. No vacila más, se echa la escopeta al hombro, y, con su habitual destreza, aloja la segunda bala en las agallas de un tiburón, en el momento en que se mostraba por encima de una ola. Quedan dos tiburones que dan testimonio de un encarnizamiento mayor. Desde lo alto de la roca, el hombre de la saliva salobre se arroja al mar y nada hacia la alfombra agradablemente coloreada, sosteniendo en la mano ese cuchillo de acero que no le abandona jamás. Desde ahora, cada tiburón tiene que habérselas con un enemigo. Avanza hacia su adversario cansado, y, sin apresurarse, le hunde en el vientre la afilada hoja. La móvil ciudadela se desembaraza fácilmente del último adversario… Se encuentran cara a cara el nadador y la hembra del tiburón salvada por él. Se miran a los ojos durante unos minutos, y cada uno se asombra de encontrar tanta ferocidad en la mirada del otro. Dan vueltas en redondo nadando, sin perderse de vista, diciéndose para sí: “He estado engañado hasta ahora; he aquí uno que me gana en maldad”. Entonces, de común acuerdo, entre dos aguas, se deslizaron uno hacia el otro, con mucha admiración, la hembra de tiburón separando las aguas con sus aletas, Maldoror agitando las olas con sus brazos, y retuvieron su aliento con una veneración profunda, cada uno deseoso de contemplar, por primera vez, su vivo retrato. Cuando estaban a tres metros de distancia, súbitamente, cayeron el uno sobre el otro, como dos amantes, y se abrazaron con dignidad y reconocimiento, un abrazo tan tierno como el de un hermano o una hermana. Los deseos carnales siguieron de cerca a esa demostración de amistad. Dos muslos nerviosos se unieron estrechamente a la piel viscosa del monstruo como dos sanguijuelas, y con los brazos y las aletas entrelazadas alrededor del cuerpo del objeto amado, al que rodeaban con amor, mientras sus gargantas y sus pechos no formaban más que una masa glauca con las exhalaciones de las algas, en medio de la tempestad que continuaba haciendo estragos, a la luz de los relámpagos, teniendo por lecho nupcial las olas espumosas, llevados por una corriente submarina

como en una cuna, y rodando sobre sí mismos hacia las profundidades desconocidas del abismo, ¡se unieron en una cópula larga, casta y horrible!… ¡Por fin acababa de encontrar a alguien que se asemejara!

¡Desde ahora ya no estaría solo en la vida!… ¡Ella tenía las mismas ideas que yo! … ¡Estaba frente a mi primer amor!

El Sena arrastra un cuerpo humano. En esas circunstancias, adquiere una andadura solemne. El cadáver hinchado se mantiene sobre el agua, desaparece bajo el arco de un puente, para reaparecer de nuevo más lejos, girando lentamente sobre si mismo, como una rueda de molino, y hundiéndose a intervalos. El dueño de un barco, con ayuda de una pértiga, lo engancha al pasar y lo lleva a tierra. Antes de transportar el cuerpo al depósito de cadáveres, se le deja algún tiempo en la orilla, para intentar hacerle volver a la vida. La multitud compacta se reúne alrededor del cuerpo. Los que no pueden ver, porque están detrás, empujan todo lo que pueden a los que están delante. Cada uno se dice: «No soy yo quien se ahogaría». Al muchacho que se ha suicidado se le compadece, se le admira, pero no se le imita. Y, sin embargo, él ha encontrado muy natural haberse dado la muerte, al juzgar que no existe nada en la tierra capaz de contentarlo, pues aspira a algo más elevado. Su rostro es distinguido, y rica su vestimenta. ¿Tiene ya diecisiete años? ¡Eso es morir joven! La multitud paralizada continúa con los ojos clavados en él… Está anocheciendo. Cada uno se retira silenciosamente. Nadie se atreve a darle la vuelta al ahogado, para hacerle arrojar el agua que llena su cuerpo. Tienen miedo a pasar por sensibles, y nadie se mueve, atrincherado en el cuello de su camisa. Uno se va silbando una absurda canción tirolesa; otro hace restallar los dedos como castañuelas… Hostigado por sus sombríos pensamientos, Maldoror, sobre su caballo, pasa cerca del lugar, con la velocidad el relámpago. Percibe al ahogado; eso basta. En seguida detiene su corcel y echa pie a tierra. Levanta al muchacho sin asco, y le hace expulsar el agua con abundancia. El pensamiento de que ese cuerpo inerte pudiera volver a vivir bajo su mano, hace que sienta el corazón saltar, y, bajo esa excelente impresión, redobla su ánimo. ¡Vanos esfuerzos! Vanos esfuerzos, he dicho, y ésa es la verdad. El cadáver sigue inerte, y se deja girar en todos los sentidos. Él frota sus sienes, fricciona este o aquel miembro, sopla durante una hora en la boca, apretando sus labios contra los labios del desconocido. Por fin le parece sentir bajo su mano, aplicada contra el pecho, un ligero latido. ¡El ahogado vive! En ese instante supremo no pudo notar que numerosas arrugas desaparecieron de la frente del caballero y lo rejuvenecieron diez años. Pero ¡ay!, las arrugas volverán, quizás mañana, quizás en seguida, en cuanto se aleje de la orilla del Sena. Mientras tanto, el ahogado abre unos ojos turbios, y, con una sonrisa descolorida, da las gracias a su bienhechor; pero todavía está débil y no puede hacer ningún movimiento. Salvar la vida a alguien, ¡qué hermoso! ¡Y cómo esta acción redime de las culpas! El hombre de labios de bronce, ocupado hasta

entonces en arrancárselo a la muerte, mira al muchacho con más atención y sus rasgos no le parecen desconocidos. Piensa que entre el ahogado de rubios cabellos y Holzer, no hay mucha diferencia. ¡Vedlos como se abrazan efusivamente! ¡No importa! El hombre de la pupila de jaspe quiere conservar la apariencia de una actitud severa. Sin decir nada, coloca a su amigo en la grupa, y el corcel se aleja al galope. Oh tú, Holzer, que te creías tan razonable y fuerte, ¿no has visto, en tu propio ejemplo, lo difícil que es, en un acceso de desesperación, conservar esa sangre fría de la que te vanaglorias? Espero que no me causes más semejante disgusto, y yo, p9r mi parte, te prometo no atentar nunca contra mi vida.

Hay horas en la vida en que hombre de la cabellera piojosa lanza, con los ojos fijos, miradas salvajes sobre las membranas verdes del espacio, pues le parece oír ante silos irónicos abucheos de un fantasma. Mueve y baja la cabeza: lo que ha oído es la voz de la conciencia. Entonces sale de la casa con la velocidad de un loco, toma la primera dirección que se ofrece a su estupor, y devora las llanuras rugosas del campo. Pero el fantasma amarillo no le pierde de vista y lo persigue con la misma velocidad. Algunas veces, en una noche de tormenta, mientras legiones de pulpos alados, que desde lejos se parecen a cuervos, planean por encima de las nubes, dirigiéndose con inflexible remada hacia las ciudades de los hombres, con la misión de advertirles que cambien de conducta, el guijarro de mirada sombría ve pasar, uno tras otro, dos seres entre el resplandor del relámpago, y, enjugando una furtiva lágrima de compasión que se desliza de su párpado helado, exclama: «Ciertamente, lo merece, es de justicia». Después de haber dicho esto, recobra su actitud feroz, y continúa mirando, con un temblor nervioso, la caza del hombre, y los grandes labios de la vagina sombría, de donde se desprenden sin cesar, como un río, inmensos espermatozoides tenebrosos que toman su ímpetu en el éter lúgubre, escondiendo, con el vasto despliegue de sus alas de murciélago, la naturaleza entera, y las legiones solitarias de pulpos que se han vuelto taciturnos ante el aspecto de esas fulguraciones sordas e inexpresables. Pero durante ese tiempo el steeple-chase continúa entre los dos infatigables corredores, y el fantasma arroja por su boca torrentes de fuego sobre la espalda calcinada del antílope humano. Si, en el cumplimento de ese deber, encuentra en el camino a la piedad que quiere cerrarle el paso, cede a sus súplicas con repugnancia, y deja que el hombre se escape. El fantasma hace chasquear su lengua, como para decirse a sí mismo que va a dejar la persecución, y regresa a su pocilga hasta nueva orden. Su voz de condenado se extiende hasta el interior de los lechos más lejanos del espacio, y cuando su aullido espantoso penetra en el corazón humano, éste preferiría tener, se dice, a la muerte por madre antes que al remordimiento por hijo. Hunde la cabeza hasta los hombros en las complicaciones terrosas de un agujero, pero la conciencia volatiza esta astucia de avestruz. La excavación se evapora, gota de éter, la luz aparece con su cortejo de rayos, como una bandada de chorlitos que cae sobre el

espliego, y el hombre se encuentra frente a sí mismo con los turbios ojos abiertos. Lo he visto dirigirse hacia el mar, subir a un promontorio destrozado y batido por la ceja de la espuma, y, como una flecha, precipitarse en las olas. He aquí el milagro: el cadáver reaparecía al día siguiente en la superficie del océano, el cual devolvía a su vez el despojo de carne a la orilla. El hombre se despojaba del molde que su cuerpo había fraguado en la arena, exprimía el agua de sus cabellos mojados, y volvía a emprender, con la frente muda e inclinada, el camino de la vida. La conciencia juzga severamente nuestros pensamientos y nuestros actos más secretos, y no se engaña. Como es a menudo impotente para prevenir el mal, no cesa de acosar al hombre, como a un zorro, sobre todo durante la oscuridad. Ojos vengadores, que la ciencia ignorante llama *meteoros*, esparcen una llama lívida, pasan girando sobre sí mismos, y articulan palabras de misterio… ¡que él comprende! Entonces su cabezal queda triturado por las sacudidas de su cuerpo, abrumado por el peso del insomnio, y oye la siniestra respiración de los vagos rumores de la noche. El ángel del sueño mismo, mortalmente alcanzado en la frente por una piedra desconocida, abandona su tarea y asciende hacia los cielos. Pues bien, esta vez me presento para defender al hombre, yo, el censor de todas las virtudes, yo, el que no ha podido olvidar al Creador, desde el día glorioso en que, derribando de su pedestal los anales del cielo, donde no sé por medio de qué infame embrollo estaban consignados su dominio y su eternidad, le apliqué mis cuatrocientas ventosas debajo de la axila y le hice dar gritos terribles… Se convirtieron en víboras al salir de su boca y, fueron a esconderse entre las malezas, entre las murallas ruinosas, al acecho del día, al acecho de la noche. Esos gritos, que volvieron rampantes y dotados de innumerables anillos, con una cabeza pequeña y aplastada y ojos pérfidos, han jurado detener a la inocencia humana, y cuando ésta se pasea entre la maraña de los bosques, o al dorso de los taludes, o sobre las arenas de las dunas, no tarda en cambiar de idea. Sin embargo, siempre que esté a tiempo, pues en ocasiones el hombre percibe la penetración del veneno en las venas de su pierna, por una mordedura casi imperceptible, antes de que tenga tiempo de retroceder y largarse. Así es como el Creador, conservando una sangre fría admirable, hasta en los sufrimientos más atroces, sabe extraer de su propio seno gérmenes nocivos para los habitantes de la tierra. Cuál no sería su asombro cuando vio a Maldoror, convertido en pulpo, avanzar hacia su cuerpo con sus ocho patas monstruosas, cada una de las cuales, sólida correa, habría podido rodear fácilmente la circunferencia de un planeta. Cogido de sorpresa, se debatió algunos instantes contra ese abrazo viscoso, que se estrechaba cada vez más… Yo temía algún golpe dañino por su parte; después de haberme nutrido abundantemente con los glóbulos de esa sangre sagrada, me separé bruscamente de su cuerpo majestuoso, y me escondí en una caverna que desde entonces se convirtió en mi morada. Tras infructuosas búsquedas, no pudo encontrarme. Hace mucho tiempo de eso, pero creo que ahora ya sabe dónde está mi morada, aunque se guarda de entrar en ella; vivimos como dos monarcas vecinos que conocen sus respectivas fuerzas, y no pudiendo vencer uno a otro, están cansados de

las batallas inútiles del pasado. Él me teme y yo le temo; cada uno, sin haber sido vencido, hemos sentido los rudos golpes de su adversario, y así estamos. Sin embargo, estoy dispuesto a comenzar de nuevo la lucha cuando él quiera. Pero que no espere ningún momento favorable para sus ocultos designios. Estaré siempre en guardia, con la vista fija en él. Que no envíe más a la tierra la conciencia y sus torturas. He enseñado a los hombres las armas con que puede combatirla con ventaja. Todavía no están familiarizados con ella, pero sabes que para mí es como la paja que se lleva el viento. No le hago ningún caso. Si quisiera aprovechar la ocasión que se presenta de sutilizar estas discusiones poéticas, añadiría que incluso hago más caso de la paja que de la conciencia, pues la paja es útil para el buey que la rumia, mientras que, la conciencia sólo sabe mostrar sus garras de acero. Éstas sufrieron un penoso descalabro el día que se plantaron ante mí. Como la conciencia había sido enviada por el Creador, creí conveniente no dejarme cerrar el paso por ella. Si se hubiera presentado con la modestia y la humildad propias de su rango, y de las que jamás hubiera debido apartarse, yo la habría escuchado. No me gustaba su orgullo. Extendí una mano y con mis dedos trituré sus garras, que cayeron pulverizadas bajo la presión creciente de esa nueva clase de mortero. Extendí la otra mano y le arranqué la cabeza. A continuación arrojé de mi casa a latigazos a aquella mujer y no la volví a ver más. Conservé su cabeza en recuerdo de mi victoria… Con una cabeza en la mano, cuyo cráneo roía, me mantuvo sobre un pie, como la garza, al borde del precipicio fraguado en las laderas de la montaña. Me han visto descender al valle, mientras la piel de mi pecho estaba inmóvil y serena como la lápida de una tumba. Con una cabeza en la mano, cuyo cráneo roía, nadé entre los remolinos más peligrosos, atravesé los escollos mortales, y me sumergí bajo las corrientes para asistir, como un ser ajeno, a los combates de los monstruos marinos; me alejé de la costa hasta perderla de mi vista penetrante; y los horribles calambres, con su magnetismo paralizante, rondaban alrededor de mis miembros, que hendían las olas con movimientos vigorosos, sin atreverse a aproximarse. Me han visto regresar, sano y salvo, a la playa, mientras la piel de mi pecho estaba inmóvil y serena como la lápida de una tumba. Con una cabeza en la mano, cuyo cráneo roía, subí los peldaños que ascendían a una elevada torre. Llegué, con las piernas cansadas, a la plataforma vertiginosa. Contemplé el campo, el mar; contemplé el sol, el firmamento; empujando con el pie el granito, que no cedió, desafié a la muerte y a la venganza divina con un supremo abucheo, y me precipité, como un adoquín, en la boca del espacio. Los hombres oyeron el choque doloroso y resonante que resultó del encuentro del suelo con la cabeza de la conciencia, que había abandonado en mi caída. Me han visto descender, con la lentitud de un pájaro, llevado por una nube invisible, y recoger la cabeza, para forzarla a ser testigo de un triple crimen que yo debía cometer ese día, mientras la piel de mi pecho estaba inmóvil y serena como la lápida de una tumba. Con una cabeza en la mano, cuyo cráneo roía, me dirigí hacia el lugar donde se elevan los postes que sostienen la guillotina. Coloqué la gracia suave

del cuello de tres muchachas bajo la cuchilla. Como verdugo, solté el cordón con la aparente experiencia de toda la vida, y el hierro triangular, cayendo oblicuamente, cortó las tres cabezas que me miraban con dulzura. Puse en seguida la mía bajo la pesada navaja, y el verdugo se dispuso a cumplir con su deber. Tres veces la cuchilla descendió entre las ranuras con un renovado vigor, tres veces mi armazón material, sobre todo en el sitio del cuello, fue sacudido hasta sus cimientos, como cuando en sueños uno se figura ser aplastado por una casa que se desploma. El pueblo estupefacto me deja pasar para que me aleje de la fúnebre plaza; me ha visto abrir a codazos sus olas ondulantes, y desplazarme, lleno de vida, avanzando con la cabeza alta, mientras la piel de mi pecho estaba inmóvil y serena como la lápida de una tumba. Dije que quería defender al hombre esta vez, pero temo que mi apología no sea expresión de la verdad, y, en consecuencia, prefiero callarme. La humanidad aplaudirá esta medida con agradecimiento.

Es hora de poner freno a mi inspiración y de que me detenga un instante en mi camino, como cuando se contempla la vagina de una mujer; es bueno examinar el espacio recorrido, para a continuación, con los miembros descansados, dar un salto impetuoso. Dar un giro sin tomar aliento no es fácil, pues las alas se cansan mucho, en un vuelo elevado, sin esperanza y sin remordimiento. No… no conduzcamos a más profundidad la huraña jauría de las piochas y las exploraciones a través de las minas explosivas de este canto impío. El cocodrilo no cambiará una palabra del vómito salido del interior de su cráneo. Tanto peor, si alguna sombra furtiva, estimulada por el loable fin de vengar a la humanidad, injustamente atacada por mi, abre subrepticiamente la puerta de mi cuarto, y, rozando la pared como el ala de una gaviota, hunde su puñal en las costillas del saqueador de despojos celestiales. Lo mismo da que la arcilla disuelva sus átomos de esa manera que de otra.

CANTO TERCERO

RECORDEMOS los nombres de esos seres imaginarios, de naturaleza angelical, que mi pluma, durante el segundo canto, ha extraído de un cerebro que brilla con un fulgor emanado de ellos mismos. Mueren, desde su nacimiento, como esas chispas que, por su rápida desaparición, el ojo apenas puede seguir sobre el papel ardiendo. ¡Leman!… ¡Lohengrin!… ¡Lombano!

¡Holzer!… Aparecisteis un momento, recubiertos por las insignias de la juventud, en mi horizonte encantado, pero os dejé caer en el caos, como campanas de buzo. No saldréis más. Me basta con haber conservado vuestro recuerdo, pero tenéis que dejar el sitio a otras sustancias, acaso menos bellas, que dará a luz el desbordamiento tormentoso de un amor que ha resuelto no calmar su sed junto a la raza humana. Amor ávido que se devoraría a sí mismo si no buscara su alimento en las ficciones celestiales: creando, a la larga, una pirámide de serafines, más numerosos que los gérmenes que hormiguean en una gota de agua, para entrelazarlos en una elipse que hará arremolinar a su alrededor. Durante ese tiempo, el viajero, detenido frente al espectáculo de una catarata, si alza el rostro, verá, en la lejanía, a un ser humano arrastrado hacia la caverna del infierno por una guirnalda de camelias vivas. Pero… ¡silencio!, la imagen flotante del quinto ideal, se dibuja lentamente, como los indecisos repliegues de una aurora boreal, sobre el plano vaporoso de mi inteligencia y toma una consistencia cada vez más determinada… Mario y yo íbamos por la orilla de la costa.

Nuestros caballos, con los cuellos estirados, hendían las membranas del espacio y arrancaban chispas a los guijarros de la playa. El cierzo, que nos golpeaba en pleno rostro, se metía en nuestros mantos y hacía voltear hacia atrás los cabellos de nuestras cabezas gemelas. La gaviota, con sus gritos y sus aletazos, se esforzaba en vano por advertirnos de la posible proximidad de la tempestad, y exclamaba: «¿Adónde van con ese galope insensato?». No decíamos nada; sumergidos en el sueño, nos dejábamos llevar en alas de esa carrera furiosa; el pescador, al vernos pasar, veloces como el albatros, y creyendo percibir, huyendo ante él, a *los dos hermanos misteriosos*, como se les llamaba porque estaban siempre juntos, se apresuraba a persignarse, y se escondía, con su perro paralítico, bajo alguna roca profunda. Los habitantes de la costa habían oído contar cosas extrañas de estos dos personajes, que aparecían sobre la tierra, en medio de las grandes nubes, en las épocas de grandes calamidades, cuando una guerra horrorosa amenazaba plantar su arpón en el pecho de dos países enemigos, o cuando el cólera se disponía a lanzar con su honda la podredumbre y la muerte sobre ciudades enteras. Los más viejos saqueadores de restos de naufragios fruncían el ceño con aire grave, afirmando que los dos fantasmas, de quienes habían observado la vasta envergadura de sus alas negras, durante los huracanes, por encima de los bancos de arena y de los escollos, eran el genio de la tierra y el genio del mar que paseaban su majestad en medio de los aires,

durante las grandes revoluciones de la naturaleza, unidos por una amistad eterna cuya rareza y gloria ha engendrado el asombro de la cadena indefinida de las generaciones. Se decía que, volando uno al lado del otro como dos cóndores de los Andes, les gustaba planear, en círculos concéntricos, entre las capas de la atmósfera más próximas al sol, que se nutrían en esos parajes de las más puras esencias de la luz, y que sólo se decidían de mala gana a cambiar la inclinación de su vuelo vertical hacia la órbita aterrorizada en donde gira el globo humano en su delirio, habitado por espíritus crueles que se matan entre ellos en los campos donde ruge la batalla (cuando no se matan pérfidamente, en secreto, en el centro de las ciudades, con el puñal del odio y de la ambición), y que se alimentan de seres llenos de vida como ellos, colocados algunos grados más bajo en la escala de la existencia. O bien, cuando tomaban la firme resolución, a fin de animar a los hombres al arrepentimiento por las estrofas de sus profecías, de nadar, dirigiéndose a grandes brazadas hacia las regiones siderales en donde un planeta se desplazaba en medio de las espesas exhalaciones de avaricia, de orgullo, de imprecación y de burla que se desprendían como vapores pestilentes de su superficie horrible, y parecía pequeño como una bola, siendo casi invisible a causa de la distancia, no dejaban de encontrar ocasiones en que se arrepentían amargamente de su benevolencia desconocida y menospreciada, e iban a ocultarse en el fondo de los volcanes para conversar con el fuego vivo que hierve en las cubas de los subterráneos centrales, o en el fondo del mar, para descansar agradablemente su vista desilusionadora sobre los monstruos más feroces del abismo, que les parecían modelos de dulzura, en comparación con los bastardos de la humanidad. Cuando llegaba la noche, con su propicia oscuridad, se lanzaban desde los cráteres con cresta de pórfido y desde las corrientes submarinas, dejando tras ellos, muy lejos, el orinal rocoso donde se menea el ano estreñido de las cacatúas humanas, hasta que no pudiesen distinguir ya la silueta suspendida del planeta inmundo. Entonces, apenados por su infructuosa tentativa, en medio de las estrellas que se compadecían de su dolor, y bajo la mirada de Dios, se abrazaban llorando el ángel de la tierra y el ángel del mar… Mario y el que galopaba a su lado no ignoraba los vagos y supersticiosos rumores que propagaban los pescadores de la costa, durante las veladas, cuchicheando en torno al hogar con las puertas y las ventanas cerradas, mientras el viento de la noche, que deseaba calentarse, hacia oír sus silbidos alrededor de la cabaña de paja, y conmovía, por su vigor, esas frágiles paredes rodeadas en su base por fragmentos de conchas transportados por las ondulaciones moribundas de las olas. No hablábamos. ¿Qué pueden decirse dos corazones que se aman? Nada. Pero nuestros ojos lo expresaban todo. Le advertí que se ciñera más el manto alrededor de sí, y él me hizo observar que mi caballo se separaba demasiado del suyo: cada uno toma tanto interés por la vida del otro como por la propia vida; no nos reíamos. Se esfuerza por sonreírme, pero percibo que su rostro lleva el peso de las terribles impresiones que en él grabó la reflexión, constantemente pendiente de las esfinges que desconciertan con su mirada oblicua las grandes angustias de la

inteligencia de los mortales. Viendo inútiles sus maniobras, desvía los ojos, muerde su freno terrestre babeando de rabia, y mira el horizonte que huye al aproximarnos. A mi vez, me esfuerzo en recordarle su dorada juventud, que sólo pide entrar en los palacios de los placeres como una reina, pero él nota que mis palabras salen con dificultad de mi boca demacrada, y que los años de mi propia primavera han pasado, tristes y glaciales, como un sueño implacable que pasea, sobre las mesas de los banquetes y sobre los lechos de satén, donde dormita la pálida sacerdotisa del amor, pagada con los reflejos del oro, las voluptuosidades amargas del desencanto, las arrugas pestilentes de la vejez, las turbaciones de la soledad y las llamaradas del dolor. Viendo inútiles mis maniobras, no me extraño de no poder hacerle feliz; el Todopoderoso se me aparece revestido de sus instrumentos de tortura, con toda la aureola resplandeciente de su horror; desvío los ojos, y miro el horizonte que huye al aproximarnos… Nuestros caballos galopaban a lo largo de la costa, como si huyeran de la mirada humana… Mario es más joven que yo; la humedad del tiempo y la espuma salada que nos salpica, llevan el contacto del frío a sus labios. Le digo: «¡Ten cuidado!… ¡Ten cuidado!… Cierra tus labios, ¿no ves las garras afiladas de la grieta que surca tu piel de dolorosas heridas?». Mira con fijeza mi frente y me replica con los movimientos de su lengua: «Sí, veo esas garras verdes, pero no descompondré la situación natural de mi boca para hacerlas huir. Mira si miento. Puesto que parece es voluntad de la Providencia, quiero someterme a ella. Su voluntad podría haber sido mejor». Y yo exclamé: «Admiro esa noble venganza». Quise arrancarme los cabellos, pero me lo prohibió con una mirada severa, y le obedecí con respeto. Se hacia tarde, y el águila regresaba a su nido, excavado en las anfractuosidades de la roca. Me dijo: «Voy a prestarte mi manto para preservarte del frío: yo no lo necesito». Le repliqué: «Desdichado de ti si haces lo que dices. No quiero que otro sufra por mí, y sobre todo tú». No me respondió porque yo tenía razón pero me puse a consolarle a causa del acento demasiado imperioso de mis palabras… Nuestros caballos galopaban a lo largo de la costa, como si huyeran de la mirada humana. Levanté la cabeza como la proa de un barco levantada por una ola enorme, y le dije: «¿Estás llorando? Te lo pregunto, rey de las nieves y de las nieblas. No veo lágrimas en tu rostro, bello como la flor del cactus, y tus párpados están secos como el lecho del torrente, pero distingo en el fondo de tus ojos una tina llena de sangre donde burbujea tu inocencia, mordida en el cuello por un escorpión gigante. Un fuerte viento se arroja sobre el fuego que calienta la caldera y esparce las llamas oscuras hasta el exterior de tu órbita sagrada. He aproximado mis cabellos a tu frente rosada y he sentido un olor a chamusquina, porque se me quemaron. Cierra los ojos, pues de otro modo tu rostro, calcinado como la lava de un volcán, caerá hecho ceniza en el hueco de mis manos». Se volvió hacia mí, sin prestarle atención a las riendas que sostenía en su mano, y me contempló con tristeza, mientras lentamente abría y cerraba sus párpados de lirio, igual que el flujo y el reflujo del mar. Quiso responder a mi audaz pregunta, y he aquí como lo hizo: «No te preocupes por mí. Lo mismo que las brumas de los ríos escalan a lo largo de las

laderas de la colina, y, una vez alcanzada la cima, se lanzan a la atmósfera en forma de nubes, lo mismo tus inquietudes sobre mí han crecido insensiblemente, sin motivo razonable, y forman por encima de tu imaginación el cuerpo engañoso de un desolado espejismo. Te aseguro que no hay fuego en mis ojos, aunque sienta la misma impresión que si mi cráneo estuviera metido dentro de un casco de carbón ardiendo. ¿Cómo quieres que las carnes de mi inocencia burbujeen en la tina si sólo oigo unos gritos muy débiles y confusos que para mí no son más que los gemidos del viento que pasa por encima de nuestras cabezas? Es imposible que un escorpión haya fijado su residencia y sus agudas pinzas en el fondo de mi órbita destrozada; creo más bien que son vigorosas tenazas lo que pulverizan los nervios ópticos. Sin embargo, estoy de acuerdo contigo en que la sangre que colma la tina ha sido extraída de mis venas por un verdugo invisible, mientras dormía la última noche. Te he esperado mucho tiempo, hijo amado del océano, y mis brazos entumecidos han entablado un vano combate con Aquel que se había introducido en el vestíbulo de mi casa… Si siento que mi alma se halla asegurada con candado en el cerrojo de mi cuerpo, y no puede desprenderse para huir lejos de las costas que azota el mar humano y así dejar de ser testigo del espectáculo de la lívida jauría de las desgracias que persiguen sin tregua, a través de los barrancos y precipicios de la inmensa desolación, a las gamuzas humanas. Pero no me quejaré. He recibido la vida como una herida y he prohibido al suicidio que cure la cicatriz. Quiero que el Creador contemple, en cada hora de su eternidad, la grieta abierta. Es el castigo que le inflijo. Nuestros corceles disminuyen la velocidad de sus pies de bronce; sus cuerpos tiemblan como el cazador sorprendido por una manada de jabalíes. No es necesario que se pongan a escuchar lo que decimos. A fuerza de prestar atención su inteligencia se desarrollaría y podría tal vez comprendernos. ¡Desgraciados de ellos, pues sufrirían mucho más! Sólo tienes que pensar en los jabatos de la humanidad: el grado de inteligencia que les separa de los demás seres de la creación, ¿no parece que se les ha otorgado al precio irremediable de incalculables sufrimientos? Imita mi ejemplo, y que tu espuela de plata se hunda en los costados de tu corcel…». Nuestros caballos galopaban a lo largo de la costa, como si huyeran de la mirada humana.

He ahí a la loca que pasa bailando, mientras recuerda vagamente algo. Los niños la persiguen a pedradas como si fuera un mirlo. Blande un bastón y hace el simulacro de correr tras ellos, pero continúa su camino. Ha perdido un zapato en el recorrido, aunque no se da cuenta. Largas patas de araña corren por su nuca: no son otra cosa que sus cabellos. Su rostro no se parece ya a un rostro humano y lanza carcajadas como la hiena. Deja escapar fragmentos de frases en las cuales, aun ordenadas, muy pocos entrarían una clara significación. Su vestido, agujereado en más de un sitio, ejecuta bruscos movimientos en torno a sus piernas huesudas y llenas de barro. Marcha adelante, como la hoja del álamo, llevada —ella, la juventud, sus ilusiones y

su felicidad pasada que vuelve a ver a través de las brumas de una inteligencia destruida— por el torbellino de sus facultades inconscientes. Ha perdido su gracia y su belleza primitivas, su andar es innoble y su aliento huele a aguardiente. Si los hombres fueran felices en esta tierra, habría que extrañarse. La loca no hace ningún reproche, es demasiado orgullosa para quejarse, y morirá sin haber revelado su secreto a los que se interesan por ella, aunque les ha prohibido para siempre que le dirijan la palabra. Los niños la persigue a pedradas como si fuera un mirlo. Ha dejado caer de su seno un rollo de papel. Un desconocido lo recoge, se encierra en su casa toda la noche, y lee el manuscrito, que contiene lo que sigue: «Después de muchos años estériles, la Providencia me envió una hija. Durante tres días me arrodillé en las iglesias y no cesé de dar las gracias al nombre de Aquel que al fin había atendido mis súplicas. Con mi propia leche alimenté a aquella que era más que mi vida y que yo veía crecer rápidamente, dotada de todas las cualidades del alma y del cuerpo. Ella me decía: “Quisiera tener una hermanita para jugar con ella, pídele a Dios que me envíe una, y para recompensarlo tejeré para él una guirnalda de violetas, mentas y geranios”. Por cada respuesta, yo la alcé hasta mi seno y la besé con amor. Ella, que había aprendido ya a interesarse por los animales, me preguntaba por qué la golondrina se contenta sólo con rozar con su ala las chozas de los hombres, sin atreverse a entrar. Pero yo ponía un dedo en mi boca, como para decirle que guardara silencio sobre esa grave cuestión, cuyos fundamentos no quería aún hacerle comprender, a fin de no herir con una impresión desmedida su imaginación infantil, y me apresuraba a desviar la conversación sobre ese asunto, penoso de tratar para todo ser perteneciente a la raza que ha desplegado una dominación injusta sobre los demás animales de la creación. Cuando ella me hablaba de las tumbas del cementerio, diciéndome que en esa atmósfera se respiraba los agradables perfumes de los cipreses y de las siemprevivas, me guardaba de contradecirla, pero le decía que era la ciudad de los pájaros, que allí cantaban desde la aurora hasta el crepúsculo, y que las tumbas eran sus nidos, donde descansaban de noche con sus familias, levantando la lápida. Todos los bonitos vestidos que llevaba, los había cosido yo, así como los encajes de mil arabescos que reservaba para el domingo. En invierno, tenía su sitio fijo alrededor de la gran chimenea, pues se creía una persona seria, y en verano, la pradera reconocía la suave presión de sus pasos, cuando se aventuraba, con su red de seda atada al extremo de un junco, tras los colibríes, plenos de independencia, y las mariposas, de sesgos molestos. “¿Qué haces, pequeña vagabunda, cuando la sopa te espera, desde hace una hora, con la cuchara que se impacienta?”. Pero ella, saltando a mi cuello, exclamaba que no volvería a suceder más. Al día siguiente se escapaba de nuevo a través de las margaritas y las resedas, entre los rayos del sol y el vuelo atolondrado de los insectos efímeros; sólo conocía la copa prismática de la vida, pero no la hiel; era feliz de ser mayor que el abejaruco; se burlaba de la curruca que no canta tan bien como el ruiseñor; le sacaba solapadamente la lengua al villano cuervo, que la miraba paternalmente; y era graciosa como un gatito. Poco tiempo habría yo de

gozar de su presencia; se aproximaba la hora en que debía, de una manera inesperada, decir adiós a los encantos de la vida, abandonando para siempre la compañía de las tórtolas, de las gallinetas y de los verderones, el parloteo del tulipán y de la anémona, los consejos de las hierbas del pantano, el espíritu incisivo de las ranas y el frescor de los arroyos. Me contaron lo que había sucedido, pues no estuve en el suceso que tuvo como consecuencia la muerte de mi hija. Si lo hubiese estado habría defendido a aquel ángel a costa de mi sangre… Maldoror pasaba con su alano, ve a una muchacha que duerme a la sombra de un plátano, y la confunde con una rosa. No podría decirse qué surgió primero en su espíritu, si la vista de aquella niña o si la resolución que tomó luego. Se desnuda rápidamente, como un hombre que sabe lo que va a hacer. Desnudo como una piedra, se arroja sobre el cuerpo de la muchacha y le levanta el vestido para cometer un atentado al pudor… ¡a la luz del sol! ¡No se anda por las ramas, vamos!… No insistamos sobre esa acción impura. Con el espíritu descontento, se vuelve a vestir precipitadamente, arroja una mirada de cautela sobre el camino polvoriento, por donde nadie pasa, y ordena al dogo que estrangule con un movimiento de sus quijadas a la muchacha sangrante. Indica al perro de la montaña el lugar por donde respira y grita la víctima sufriente, y se aparta para no ser testigo de la penetración de los dientes puntiagudos en las venas rosadas. El cumplimiento de esa orden pudo parecerle severo al dogo. Creyó que le pedían lo que ya había hecho, y se limitó, ese lobo de hocico monstruoso, a violar a su vez la virginidad de la delicada niña. Desde su vientre desgarrado, la sangre corre de nuevo a lo largo de sus piernas, a través de la pradera. Sus lamentos se unen a los aullidos del animal. La muchacha le presenta la cruz de oro que adorna su cuello, a fin de que se aparte; ella no se había atrevido a ponerlas ante los salvajes ojos de aquel que en primer lugar había tenido la intención de aprovecharse de la debilidad de sus años. Pero el perro no ignoraba que, si desobedecía a su dueño, un cuchillo sacado de debajo de una manga le abriría repentinamente las entrañas sin decir ni Pío. Maldoror (¡cómo repugna pronunciar este nombre!) oía los dolores la agonía y se asombraba de que la víctima resistiera tanto y no estuviera muerta. Se aproxima al altar de sacrificio y ve la conducta de su dogo que, entregado a sus bajos instintos, levantaba la cabeza por encima de la muchacha, igual que náufrago eleva la suya por encima de las olas encolerizadas. Le da un puntapié y le salta un ojo. El perro, lleno de ira, huye hacia el campo, arrastrando tras sí durante un espacio que siempre es demasiado largo, por corto que sea, el cuerpo de la muchacha suspendido, que sólo se desprende gracias a las sacudidas de la fuga, pero teme atacar a su dueño, que no volverá a verle. Éste saca de su bolsillo un cortaplumas americano, compuesto de diez o doce hojas que sirven para distintos usos. Abre las patas angulosas de esa hidra de acero, y, armado de semejante escalpelo, viendo que el césped no había aún desaparecido bajo el color de tanta sangre vertida, se dispone, sin palidecer, a registrar animosamente la vagina de la desgraciada niña. Desde ese orificio, ampliado, extrae sucesivamente los órganos internos: los intestinos, los pulmones, el hígado, y, finalmente, el corazón

mismo, son arrancados de sus ligamentos y llevados a la luz del día a través de la espantosa abertura. El sacrificador percibe que la muchacha, pollo vaciado, ha muerto hace tiempo, cesa en la perseverancia creciente de sus estragos y deja al cadáver dormir a la sombra del plátano. El cortaplumas abandonado se encontró a unos pasos de distancia. Un pastor, testigo del crimen cuyo autor no había sido descubierto, lo relató mucho tiempo después, cuando estuvo seguro de que el criminal se encontraba a salvo tras la frontera y no tenía que temer la evidente venganza proferida contra él, en caso de revelarlo. Me compadecí del insensato que había cometido ese delito, que no había previsto el legislador, y carecía de precedentes. Me compadecí porque es probable que hubiera perdido la razón cuando manejó el puñal de hoja cuatro veces triple, lacerando de arriba a abajo las paredes de las vísceras. Me compadecí porque, si no estaba loco, su conducta vergonzosa debía abrigar un odio muy grande contra sus semejantes, para ensañarse de esa manera con las carnes y las arterias de la niña inofensiva que fue mi hija. Asistí al entierro de esos escombros humanos con muda resignación, y todos los días voy a rezar ante la tumba». Al terminar esta lectura, el desconocido no puede conservar sus fuerzas y se desmaya. Recobra sus sentidos y quema el manuscrito. Había olvidado ese recuerdo de su juventud (la costumbre embota la memoria), y, después de veinte años de ausencia, regresaba a aquel país fatal. ¡No comprará dogos!… ¡No conversará con los pastores!… ¡No se dormirá bajo la sombra de los plátanos!… Los niños la persiguen a pedradas como si fuera un mirlo.

Tremdall ha estrechado por última vez la mano de aquel que se ausenta voluntariamente, siempre huyendo hacia adelante, siempre con la imagen del hombre que le persigue. El judío errante piensa que si el cetro de la tierra perteneciera a la raza de los cocodrilos no huiría de esa manera. Tremdall, de pie en el valle, ha puesto una mano ante sus ojos, para concentrar los rayos solares y hacer su vista más penetrante, mientras la otra palpa el seno del espacio, con el brazo horizontal e inmóvil. Inclinado hacia adelante, estatua de la amistad, mira con ojos misteriosos como el mar como escalan por la pendiente de la costa las polainas del viajero, que se ayuda de su férreo bastón. Le parece que le falta la tierra bajo los pies, y, aunque lo quisiera, no podría contener sus lágrimas y sus sentimientos: «Él se halla lejos, veo su silueta caminar por un estrecho sendero. ¿Adónde va con ese paso tan lento? Ni él mismo lo sabe… Sin embargo, estoy persuadido de que no sueño: ¿qué se acerca y va al encuentro de Maldoror? ¡Qué grande es el dragón… mucho más que un roble! Se diría que sus alas blancuzcas, fijadas por fuertes ligaduras, tienen nervios de acero, por la soltura con que hienden el aire. Su cuerpo comienza con un busto de tigre y termina con una larga cola de serpiente. Yo no estaba habituado a ver esas cosas. ¿Qué tiene en la frente? Veo escrito en ella en una lengua simbólica, una palabra que no puedo descifrar. Con un último aletazo, se traslada junto a aquél cuyo timbre de

voz conozco. Le ha dicho: “Te esperaba, y tú también a mi. Ha llegado la hora, aquí estoy. Lee en mi frente mi nombre escrito con signos jeroglíficos”. Pero él, apenas ha visto llegar al enemigo, se ha convertido en una inmensa águila y se prepara para el combate haciendo chasquear de contento su pico encorvado, queriendo decir con ello que él sólo se encarga de devorar la parte posterior del dragón. Ahí están, trazando círculos concéntricos que disminuyen cada vez más, espiando sus recíprocos medios, antes del combate, y hacen bien. El dragón me parece más fuerte, y me gustaría que consiguiera la victoria sobre el águila. Voy a sentir grandes emociones con este espectáculo en el que una parte de mi ser está comprometida. Poderoso dragón, te animaré con mis gritos si es necesario, pues es de interés que el águila sea vencida. ¿Qué esperan para atacarse? Siento una angustia mortal. Veamos, dragón, comienza, tú el primero, el ataque. Acabas de darle un golpe seco con tu garra: no está demasiado mal. Te aseguro que el águila lo habrá sentido: el viento se lleva la belleza de sus plumas manchadas de sangre. ¡Ah!, el águila te arranca un ojo con su pico, y tú, tú no le arrancaste más que piel; debiste poner cuidado en eso. Bravo, tómate la revancha y rómpele un ala; no hay nada que decir, tus dientes de tigre son muy buenos. ¡Si pudieras acercarte al águila, mientras da vueltas en el espacio, lanzado en picado sobre el campo! Observo que este águila te inspira precaución, incluso cuando cae. Ya está en tierra, no podrá elevarse. El aspecto de todas esas heridas abiertas me embriaga. Vuela a ras de tierra a su alrededor, y, con los golpes de tu cola escamosa de serpiente, remátala, si puedes. Ánimo, hermoso dragón, húndele tus garras vigorosas, y que la sangre se mezcle con la sangre para formar arroyos que no contengan agua. Es fácil decirlo, pero no hacerlo. El águila acaba de preparar un nuevo plan estratégico de defensa, condicionado por la suerte aciaga de esa lucha memorable; es prudente. Se ha sentado sólidamente, en una posición inmutable, sobre el ala restante, sus dos muslos y su cola, que antes le servía de timón. Desafía esfuerzos más extraordinarios que los que hasta ahora se le han opuesto. Tan pronto gira con la rapidez del tigre, sin dar muestras de cansancio, tan pronto se acuesta sobre el lomo, con sus dos fuertes patas en el aire, y, con sangre fría, mira irónicamente a su adversario. Será preciso, a fin de cuentas, que yo sepa quién será el vencedor, pues el combate no puede eternizarse. ¡Pienso en las consecuencias del resultado! El águila es terrible, y da enormes saltos que hacen temblar la tierra, como si fuera a emprender su vuelo, aunque sabe que eso es imposible. El dragón no se fía, cree a cada instante que el águila le va a atacar por el lado en que le falta el ojo. ¡Qué desgraciado soy! Esto es lo que me sucede. ¿Cómo se ha dejado el dragón agarrar por el pecho? Es en vano que use la fuerza y la astucia: veo que el águila, pegada a él con todos sus miembros, como una sanguijuela, a pesar de las nuevas heridas que recibe, hunde cada vez más su pico, hasta la raíz del cuello en el vientre del dragón. No se le ve más que el cuerpo. Parece estar cómoda y no tiene prisa en salir. Busca sin duda algo, mientras el dragón con cabeza de tigre lanza bramidos que despiertan los bosques. Y he ahí al águila, que sale de esa caverna. ¡Águila, qué horrible eres! ¡Eres

más roja que un charco de sangre! Aunque tienes en tu pico un corazón palpitante, estás tan cubierta de heridas que apenas puedes sostenerte sobre tus patas emplumadas y sin abrir el pico te balanceas, al lado del dragón que muere en medio de una horrorosa agonía. La victoria ha sido difícil, no importa, pero tú la has logrado: al menos hay que decir la verdad… De acuerdo con las normas de la razón, procede a despojarte de la forma de águila, mientras te alejas del cadáver del dragón. Así pues, Maldoror, ¡fuiste vencedor! Así pues, Maldoror, ¡venciste a la *Esperanza*! ¡De ahora en adelante, la desesperación se nutrirá de tu substancia más pura! A pesar de que estoy, por así decirlo, extenuado por el sufrimiento, el último golpe que has dado al dragón no he dejado de sentirlo yo. ¡Juzga tú mismo si sufro! Pero me das miedo. Mirad, mirad en la lejanía a ese hombre que huye. Sobre él, tierra excelente, la maldición ha hecho brotar su espeso follaje: está maldito y maldice. ¿Adónde llevas tus sandalias? ¿Adónde vas, vacilante como un sonámbulo, por encima del tejado? ¡Qué tu perverso destino se cumpla! ¡Adiós Maldoror! ¡Adiós, hasta la eternidad, donde no volveremos a encontrarnos!».

Era un día de primavera. Los pájaros derramaban sus cánticos en trinos, y los seres humanos, entregados a sus diferentes deberes, se bañaban en la santidad del cansancio. Todo trabajaba en su destino: los árboles, los planetas, los escualos. ¡Todo, excepto el Creador! Estaba tendido en el camino con los vestidos destrozados. Su labio inferior colgaba como una cuerda somnífera, sus dientes no estaban lavados y el polvo se mezclaba con las ondas rubias de sus cabellos. Amodorrado por un denso sopor, machacado por los guijarros, su cuerpo hacía inútiles esfuerzos para levantarse. Sus fuerzas le había abandonado, y yacía allí, débil como la lombriz de tierra, impasible como la corteza. Oleadas de vino llenaban las huellas creadas por los sobresaltos nerviosos de sus hombros. La brutalidad de jeta de cerdo lo cubría con sus alas protectoras y le arrojaba una mirada amorosa. Sus piernas, con los músculos relajados, barrían el suelo, como dos mástiles ciegos. La sangre manaba de sus narices: en su caída el rostro se había golpeado contra un poste… ¡Estaba borracho! ¡Horriblemente borracho! ¡Borracho como una chinche que ha chupado durante la noche tres toneles de sangre! Llenaba el eco de palabras incoherentes, que me guardaré de repetir aquí; si no se respeta al borracho supremo, yo debo respetar a los hombres. ¿Sabíais que el Creador… se emborrachaba? ¡Piedad para ese labio manchado en las copas de la orgía! El erizo que pasaba le hundió sus púas en la espalda y dijo: «Eso para ti. El sol está en la mitad de su carrera; trabaja, holgazán, y no te comas el pan de los demás. Espera un poco y me vas a ver, si llamo a la cacatúa de pico ganchudo». El picoverde y la lechuza que pasaban le hundieron el pico entero en el vientre y dijeron: «Eso para ti. ¿Qué vienes a hacer a esta tierra? ¿Es para ofrecer esta lúgubre comedia a los animales? Ni el topo, ni el castor, ni el flamenco te imitarán, te lo juro». El asno que pasaba le dio una coz en la sien y dijo: «Eso para ti.

¿Qué te hice yo para me dieras unas orejas tan largas? Hasta el grillo me desprecia». El sapo que pasaba le lanzó un chorro de baba a la frente y dijo: «Eso para ti. Si no me hubieras hecho el ojo tan grande, no te hubiera visto en el estado en que estás, y habría ocultado castamente la belleza de tus miembros bajo una lluvia de ranúnculos, de nomeolvides y de camelias, para que nadie te viera». El león que pasaba inclinó su real rostro y dijo: «Yo lo respeto, aunque su esplendor nos parezca por el momento eclipsado. Vosotros, que pasáis por orgullosos y no sois más que cobardes, puesto que lo habéis atacado mientras dormía, ¿os alegraría si puestos en su lugar tuvierais que soportar, por parte de los que pasan, las injurias que no le habéis ahorrado?». El hombre que pasaba se detuvo ante el Creador desconocido, y, con los aplausos de la ladilla y de la víbora, ¡defecó durante tres días sobre su rostro augusto! ¡Desgraciado sea el hombre a causa de esta injuria, pues no ha respetado al enemigo caído en la mezcla de barro, sangre y vino, indefenso y casi inanimado!… Entonces, el Dios soberano, despertado al fin por todos estos mezquinos insultos, se levantó como pudo; tambaleándose, fue a sentarse en una piedra, con los brazos colgando como los dos testículos de un tuberculoso, y lanzó una mirada vidriosa, apagada, sobre toda la naturaleza, que le pertenecía. Oh humanos, sois niños terribles, pero os lo suplico, perdonemos a esta gran existencia que aún no ha terminado de incubar el licor inmundo, y no habiendo conservado suficiente fuerza para mantenerse erguido, ha vuelto a caer pesadamente sobre esta roca en la que está sentado, como un viajero Prestad atención a ese mendigo que pasa: ha visto que el faquir extendía un brazo hambriento, y, sin saber a quien daba limosna, ha dejado un trozo de pan en esa mano que implora misericordia. El Creador le ha expresado su agradecimiento con un movimiento de cabeza. ¡Oh, nunca sabréis qué difícil es sostener constantemente las riendas del universo! A veces la sangre se sube a la cabeza cuando uno se dedica a sacar de la nada un último cometa con una nueva raza de almas. La inteligencia, demasiado removida de arriba abajo, se retira como un vencido, y puede caer, una vez en la vida, en los delirios de que habéis sido testigos.

Un farol rojo, bandera del vicio, suspendido del extremo de un listón, balanceaba su armadura, azotada por todos los vientos, sobre una puerta maciza y carcomida. Un corredor sucio, que olía a nalga humana, daba sobre un patio, donde algunos gallos y gallinas, más flacos que sus propias alas, buscaban su comida. Sobre el muro que servía de cerco al patio, en el lado oeste, se había practicado pacientemente diversas aberturas, cerradas por ventanillas enrejadas. El musgo recubría ese cuerpo de edificio que, sin duda, había sido un convento y servía en la hora actual, con el resto del caserón, como vivienda de todas esas mujeres que muestran día a día, a los que entran, el interior de su vagina, a cambio de un poco de dinero. Yo estaba sobre un puente cuyos pilares se hundían en el agua fangosa de un foso circular. Desde su superficie elevada, contemplaba aquella construcción agobiada por la vejez en medio

del campo y los más pequeños detalles de su arquitectura interior. A veces, la reja de la ventanilla se alzaba rechinando, como por el impulso ascendente de una mano que violentaba la naturaleza del hierro: un hombre asomaba la cabeza por la abertura despejada a medias, sacaba sus hombros, sobre los que caía el yeso desconchado, y, tras esa extracción, hacía salir su cuerpo cubierto de telarañas. Poniendo sus manos como una corona sobre las inmundicias de toda clase que comprimían el suelo con su peso, mientras tenía aún una pierna enganchada en los hierros retorcidos de la reja, recobraba su posición natural e iba a mojar sus manos en un balde rojo, cuya agua jabonosa había visto levantarse y caer a generaciones enteras, para alejarse después lo más aprisa posible de esas callejuelas de suburbio e ir a respirar el aire puro en el centro de la ciudad. Cuando el cliente había salido, una mujer completamente desnuda salía a su vez de la misma manera y se dirigía hacia el mismo balde. Entonces, los gallos y gallinas acudían a bandadas desde diversos puntos del patio, atraídos por el olor seminal, la tiraban al suelo, a pesar de sus vigorosos esfuerzos, pisoteaban la superficie de su cuerpo como un estercolero, y despedazaban a picotazos, hasta hacer brotar sangre, los labios fláccidos de su hinchada vagina. Las gallinas y los gallos, con el buche saciado, volvían a escarbar en la hierba del patio; la mujer, ya limpia, se levantaba, temblorosa, cubierta de heridas, como el que se despierta de una pesadilla. Dejaba caer el estropajo que había llevado para enjuagar sus piernas, y no teniendo ya necesidad del balde común, se volvía a su guardia de la misma manera que había salido, a la espera de otro cliente. ¡Ante ese espectáculo yo también quise penetrar en la casa! Iba a descender del puente cuando vi en la cornisa de un pilar esta inscripción en caracteres hebreos: «Tú, que pasas por este puente, no vayas a ese lugar. El crimen y el vicio tienen en él su morada. Un día en vano esperaron sus amigos a un muchacho que había franqueado la puerta fatal». La curiosidad se impuso sobre el temor, y al cabo de unos instantes llegué ante la ventanilla cuya reja poseía unos sólidos barrotes que se entrecruzaban estrechamente. Quise mirar al interior a través de este espeso tamiz. Al principio no pude ver nada, pero no tardé en distinguir los objetos que había en la habitación oscura, gracias a los rayos del sol que aminoraba su luz, pues pronto iba a desaparecer por el horizonte. La primera y única cosa que atrajo mi vista fue un bastón rubio, compuesto de cuernos que penetraban unos en otros. ¡Ese bastón se movía! ¡Andaba por la habitación! Sus sacudidas eran tan fuertes que el piso temblaba, y con sus dos extremos producía enormes boquetes en la pared, a semejanza de un ariete que se lanza contra la puerta de una ciudad sitiada. Sus esfuerzos eran inútiles, los muros estaban construidos con piedra tallada, y, cuando chocaba con la pared, lo veía encorvarse como una lámina de acero y rebotar como una pelota. ¡Ese bastón no era por lo tanto de madera! Noté a continuación que se enrollaba y se desenrollaba con facilidad, lo mismo que una anguila. Aunque tenía la altura de un hombre no se mantenía erguido. A veces lo intentaba y mostraba uno de sus extremos delante de la reja de la ventanilla. Daba imperiosos saltos y volvía a caer en tierra sin que pudiera vencer el obstáculo. Me

puse a mirarlo cada vez con mayor atención y vi que era ¡un cabello! Tras una gran lucha con la materia que lo rodeaba como una cárcel, fue a apoyarse en la cama que había en la habitación, con la raíz descansando sobre una alfombra y la punta adosada a la cabecera. Después de algunos instantes de silencio, durante los cuales oí unos sollozos entrecortados, alzó la voz y dijo así: «Mi dueño me ha olvidado en esta habitación y no viene a buscarme. Se levantó de esta cama en la que estoy apoyado, se peinó la perfumada cabellera y no se acordó más de que yo había caído al suelo. Sin embargo, si me hubiera recogido, yo no habría encontrado extraño ese sencillo acto de justicia. Me abandonó en esta habitación emparedada, después de haberse envuelto en los brazos de una mujer. ¡Y qué mujer! Las sábanas están todavía húmedas de su cálido contacto y conservan en su desorden la huella de una noche de amor…». ¡Y yo me preguntaba quién podría ser su dueño! ¡Y mis ojos se pegaban a la reja cada vez con más energía!… «Mientras la naturaleza entera dormitaba en su castidad, él se acopló con una mujer degradada, entre abrazos lascivos e impuros. Se rebajó hasta dejar que aproximara a su augusta faz unas mejillas marchitas despreciables por su habitual impudicia. Él no se avergonzaba, pero yo me avergonzaba por él. Es cierto que se sentía feliz por dormir con semejante esposa de una noche. La mujer extrañada del aspecto majestuoso del huésped, parecía sentir voluptuosidades incomparables y le besaba en el cuello con frenesí». ¡Y yo me preguntaba quién podía ser su dueño! ¡Y mis ojos se pegaban a la reja cada vez con más energía!… «Yo, durante ese tiempo, sentía que unas pústulas venenosas, cuyo número crecía en razón de su insólito ardor por los goces de la carne, rodeaban mi raíz con su hiel mortal y absorbían con sus ventosas la sustancia generatriz de mi vida. Mientras más se olvidaban ellos entre sus insensatos movimientos, más sentía yo decaer mis fuerzas. En el momento en que los deseos corporales alcanzaron el paroxismo del furor, me di cuenta de que mi raíz se retorcía sobre sí misma, como un soldado herido por una bala. Habiéndose apagado en mí la antorcha de la vida, me desprendí de su cabeza ilustre como una rama seca y caí al suelo sin rabia, sin fuerza, sin vitalidad, pero con una profunda piedad por aquél a quien pertenecía y con un eterno dolor por su voluntario extravío…». ¡Y yo preguntaba quién podía ser su dueño! ¡Y mis ojos se pegaban a la reja cada vez con más energía…! «¡Si al menos hubiera rodeado con su alma el seno inocente de una virgen! Ella hubiera sido más digna de él, y la degradación habría sido menos grande. ¡Sus labios besan esa frente cubierta de barro, que los hombres han pisoteado con su tacón lleno de polvo!… ¡Aspira con su desvergonzada nariz las emanaciones de esas dos axilas húmedas!… Vi contraerse de vergüenza la piel de esas últimas, mientras, por su lado, la nariz se negaba a esa aspiración infame. Pero ni él ni ella prestaban la menor atención a las advertencias solemnes de las axilas, a la repulsa lúgubre y pálida de la nariz. Ella levantaba cada vez más los brazos, y él, con mayor empuje, hundía su rostro en sus oquedades. Estaba obligado a ser cómplice de esa profanación. Estaba obligado a ser espectador de ese contorneo inaudito, a asistir a la forzada alianza de esos dos seres

cuyas distintas naturalezas estaban separadas por un abismo inconmensurable…». ¡Y yo me preguntaba quién podía ser su dueño! ¡Y mis ojos se pegaban a la reja cada vez con más energía!… «Cuando se sació de aspirar a esa mujer, quiso arrancarle los músculos uno a uno, pero como era una mujer, la perdonó, y prefirió hacer sufrir a un ser de su mismo sexo. Llamó, en la celda vecina, a un muchacho que había llegado a aquella casa para pasar algunos momentos de indiferencia con una de aquellas mujeres y le ordenó que viniera a colocarse a un paso de sus ojos. Hacía mucho tiempo que yo yacía en el suelo. Al no tener fuerzas para incorporarme sobre mi raíz abrasadora, no pude ver lo que hicieron. Sólo sé que apenas el muchacho estuvo al alcance de su mano, unos jirones de carne cayeron a los pies del lecho y vinieron a colocarse a mi lado. Me contaron en voz baja que las garras de mi dueño los había arrancado de los hombros del adolescente. Éste, al cabo de algunas horas, durante las cuales había luchado contra una fuerza muy superior, se levantó del lecho y se retiró majestuosamente. Estaba literalmente desollado de los pies a la cabeza y arrastraba por las losas de la habitación su piel desprendida. Se decía que su carácter estaba lleno de bondad, que le gustaba creer que sus semejantes eran también buenos, y que por eso había accedido al deseo del distinguido extranjero que lo había llamado a su lado, pero que nunca, nunca hubiera esperado ser torturado por un verdugo. Por un verdugo semejante, añadió después de una pausa. Por último, se dirigió hacia la ventanilla, que se hundió con piedad hasta el nivel del suelo, en presencia de ese cuerpo desprovisto de epidermis. Sin abandonar su piel, que todavía podía servirle, tal vez como manto, intentó desaparecer de ese sitio peligroso, y, una vez lejos de la habitación, yo no pude ver ya si había tenido fuerzas para llegar a la puerta de salida. ¡Oh, con cuánto respeto se apartaban los gallos y gallinas, a pesar de su hambre, de ese largo rastro de sangre que empapaba la tierra!». ¡Y yo me preguntaba quién podía ser su dueño! ¡Y mis ojos se pegaban a la reja cada vez con más energía!… «Entonces, aquel que hubiera debido pensar más en su dignidad y en su justicia, se incorporó penosamente sobre su codo cansado. ¡Sólo, sombrío, asqueado y horrible! … Se vistió lentamente. Las monjas, sepultadas desde hacía siglos en las catacumbas del convento, después de haber sido despertadas de sobresalto por los ruidos de aquella horrible noche, que chocaban entre sí en una celda situada encima de las criptas, se cogieron de la mano para formar un corro fúnebre alrededor de él. Mientras él buscaba los escombros de su antiguo esplendor, y se lavaba las manos con gargajos, secándoselas a continuación en sus cabellos (es mejor lavarlas con gargajos que no lavarlas con nada, después de pasar toda una noche entre el vicio y el crimen), las monjas entonaron las plegarias de lamento por los muertos cuando alguien es bajado a la tumba. En efecto, el muchacho no debía sobrevivir a ese suplicio ejecutado sobre él por una mano divina, y su agonía terminó durante el canto de las monjas…». Me acordé de la inscripción del pilar, y comprendí lo que había sucedido con el púber soñador que todavía esperaban sus amigos todos los días desde el momento de su desaparición… ¡Y yo me preguntaba quién podía ser su dueño! ¡Y

mis ojos se pegaban a la reja cada vez con más energía!… «Los muros se separaron para dejarlo pasar; las monjas, viéndole emprender el vuelo por los aires con alas que hasta entonces había ocultado entre sus ropas esmeralda, volvieron a introducirse en silencio bajo la lápida de la tumba. Él partió hacia su celestial morada, dejándome aquí, lo que no es justo. Los demás cabellos continúan en su cabeza, y yo yazgo en esta habitación lúgubre, sobre el suelo cubierto de sangre coagulada y jirones de carne seca; esta habitación ha quedado condenada desde que él penetró en ella; nadie entra ya, y por lo tanto yo sigo aquí encerrado. ¡Todo se acabó! Ya no volveré a ver las legiones de ángeles marchar formando densas falanges, ni a los astros pasearse por los jardines de la armonía. Bien, sea… sabré soportar mi desgracia con resignación. Pero no dejaré de decir a los hombres lo que ha sucedido en esta celda. Le daré permiso para rechazar su dignidad, como un vestido inútil, puesto que tienen el ejemplo de mi dueño; le aconsejaré que chupen la verga del crimen, puesto que *otro* ya lo ha hecho…». El cabello se calló… ¡Y yo me preguntaba quién podía ser su dueño! ¡Y mis ojos se pegaban a la reja cada vez con más energía!… Muy pronto estalló el trueno y un destello fosfórico penetró en la habitación. Retrocedí, a pesar mío, por no sé qué instinto de advertencia, y, aunque estaba alejado de la ventanilla, percibí otra voz, pero lenta y baja por temor de que se le oyera: «¡No des esos saltos! ¡Cállate… cállate… si alguien te oyera! Te volveré a colocar entre mis otros cabellos, pero deja primero que el sol se duerma en el horizonte, a fin de que la noche encubra tus pasos… no te he olvidado, pero te hubieran visto salir, y yo me hubiera visto comprometido. ¡Oh, si supieras como he sufrido desde aquel momento! De regreso al cielo, mis arcángeles me rodearon con curiosidad; no quisieron preguntarme el motivo de mi ausencia. Ellos, que no se habían atrevido nunca a levantar la vista sobre mí, esforzándose por descifrar el enigma, echaban miradas estupefactas a mi rostro abatido, aunque no percibían el fondo del misterio, y se comunicaban en voz baja pensamientos que dudaban de algún cambio desacostumbrado en mí. Derramaban silenciosas lágrimas; vagamente sentían que yo no era ya el mismo, que me había vuelto inferior a mi identidad. Hubiesen querido conocer qué funesta resolución me había hecho franquear las fronteras del cielo, para luego bajar a la tierra y gozar de las voluptuosidades efímeras que ellos mismos despreciaban profundamente. Notaron en mi frente una gota de esperma, una gota de sangre. ¡La primera había saltado desde las nalgas de la cortesana! ¡La segunda había saltado desde las venas de los mártires! ¡Odiosos estigmas! ¡Rosetones inquebrantables! Mis ángeles encontraron, colgados en los matorrales del espacio, los restos resplandecientes de mi túnica de ópalo que flotaban sobre los pueblos atónicos. No pudieron reconstruirla, y mi cuerpo permanece desnudo ante su inocencia, memorable castigo por la virtud abandonada. Mira los surcos que se han trazado un lecho en mis descoloridas mejillas: son la gota de esperma y la gota de sangre que se filtran lentamente a lo largo de mis secas arrugas. Llegadas al labio superior, hacen un esfuerzo inmenso y penetran en el santuario de mi boca, atraídas como por un

imán, por las fauces irresistibles. Me ahogan esas dos gotas implacables. Yo, hasta ahora, me había creído el Todopoderoso, pero no, tengo que bajar la cabeza ante el remordimiento que me grita: ¡Sólo eres un miserable! ¡No des esos saltos! ¡Cállate, cállate… si alguien te oyera! Te volveré a colocar entre mis otros cabellos, pero deja primero que el sol se duerma en el horizonte, a fin de que la noche encubra tus pasos… Vi a Satán, el gran enemigo, recomponer el enredo óseo del esqueleto, por encima de su letargo de larva, y de pie, triunfante, sublime, arengar a sus tropas reunidas, y, como me merezco, hacer que se burlaran de mí. Dijo que se asombraba mucho de que su orgulloso rival, sorprendido en flagrante delito por el éxito, al fin realizado, de un espionaje perpetuo, hubiera podido rebajarse hasta el punto de besar el vestido de la corrupción humana, tras un largo viaje a través de los arrecifes del éter, y hacer peligrar entre sufrimientos a un miembro de la humanidad. Dijo que ese muchacho, triturado en el engranaje de mis refinados suplicios, acaso hubiera llegado a ser una inteligencia genial y consolar así a los hombres en esta tierra por medio de admirable cánticos de poesía y de ánimo contra los golpes del infortunio. Dijo que las monjas del convento-lupanar no pueden recobrar el sueño, vagan por el patio, gesticulando como autómatas, aplastando con el pie los ranúnculos y las lilas, se han vuelto locas de indignación, pero no lo bastante como para no recordar la causa que engendra esa enfermedad de su cerebro… (Vedlas ahí avanzar revestidas de un blanco sudario, sin hablar, cogidas de la mano. Sus cabellos caen en desorden sobre los hombros desnudos, y llevan un ramillete de flores negras inclinado sobre el seno. Monjas, volved a vuestras criptas, aún no ha llegado del todo la noche, sólo es el crepúsculo de la tarde… ¡Oh cabello, lo ves tú mismo, desde todos lados me asalta el desatado sentimiento de mi depravación!). Dijo que el Creador, que se vanagloriaba de ser la Providencia de todo lo que existe, se ha conducido con mucha ligereza, por no decir otra cosa, al ofrecer un espectáculo semejante a los mundos estelares, y afirmó claramente su deseo de ir a relatar a los planetas orbiculares cómo mantengo, con mi propio ejemplo, la virtud y la bondad en la vastedad de mis reinos. Dijo que la gran estima que sentía por un enemigo tan noble, se había desvanecido de su imaginación, y que prefería llevar la mano al seno de una muchacha, aunque éste fuera un acto de execrable maldad, antes que esculpir sobre mi rostro, recubierto de tres capas de sangre y esperma mezclados, a fin de no ensuciar su baboso gargajo. Dijo que se consideraba, con justo título, superior a mí, no por el vicio, sino por la virtud y el pudor; no por el crimen, sino por la justicia. Dijo que habría que arrastrarme por el lodo, a causa de mis innumerables faltas; hacerme quemar a fuego lento en un brasero encendido, para arrojarme luego al mar, siempre que el mar quisiera recibirme. Que, puesto que me vanagloriaba de ser justo, yo, que lo había condenado a las penas eternas por una ligera rebeldía que no había tenido consecuencias graves, debía dictar una justicia severa contra mí mismo, y juzgar imparcialmente mi conciencia cargada de iniquidades… ¡No des esos saltos! ¡Cállate… cállate… si alguien te oyera! Te volveré a colocar entre mis otros cabellos,

pero deja primero que el sol se duerma en el horizonte, a fin de que la noche encubra tus pasos…». Se detuvo un instante, y aunque no lo viese, comprendí, por esa parada necesaria, que una oleada de emoción levantaba su pecho igual que un ciclón giratorio levanta a una familia de ballenas. ¡Pecho divino un día manchado por el amargo contacto de las tetas de una mujer impúdica! ¡Alma regia entregada en un momento de olvido al cangrejo del libertinaje, al pulpo de la debilidad de carácter, al tiburón de la abyección individual, a la boa de la inmoralidad, y al caracol monstruoso de la idiotez! El cabello y su dueño se abrazaron estrechamente como dos amigos que se vuelven a ver después de una larga ausencia. El Creador prosiguió, como un acusado que reaparece ante su propio tribunal: «Y los hombres, ¡qué pensarán de mí, ellos que tenían una opinión tan elevada, cuando lleguen a saber los yerros de mi conducta, la marcha vacilante de mi sandalia por los laberintos fangosos de la materia, y la dirección de mi ruta tenebrosa a través de las aguas estancadas y de los húmedos juncos de la charca donde, envuelto en niebla, azulea y ruge el crimen de pata sombría!… Comprendo que es preciso que en el futuro trabaje mucho en mi rehabilitación, a fin de reconquistar su estima. ¡Soy el Gran Todo, y sin embargo, por un lado, permanezco inferior a los hombres que he creado con un poco de arena! Cuéntale una mentira audaz y diles que nunca he salido del cielo, donde estoy constantemente encerrado con las preocupaciones del trono, entre los mármoles, las estatuas y los mosaicos de mi palacio. Me presenté ante los hijos celestiales de la humanidad y les dije: “Arrojad el mal de vuestras chozas y dejad que entre en vuestro hogar el manto del bien. Aquel que lleve la mano sobre uno de sus semejantes, haciéndole en el seno una herida mortal con el hierro homicida, que no espere los efectos de mi misericordia y que tema los balances de la justicia. Irá a ocultar su tristeza en los bosques, pero el murmullo de las hojas a través de los calveros cantará en sus oídos la balada del remordimiento, y huirá de esos parajes pinchado en la cadera por la zarza, el espino y el cardo azul, entorpecidos sus rápidos pasos por la flexibilidad de las lianas y las mordeduras de los escorpiones. Se dirigirá hacia los guijarros de la playa, pero la marea ascendente, con sus salpicaduras y su aproximación peligrosa, le contará que no ignora su pasado y se precipitará en su ciega carrera hacia la cima del acantilado, mientras los vientos estridentes del equinoccio, al penetrar en las grutas naturales del golfo y en las canteras excavadas en la muralla de las rocas resonantes, mugirán como las inmensas manadas de búfalos en las pampas. Los faros de la costa lo perseguirán con sus destellos sarcásticos hasta los límites del septentrión y los fuegos fatuos de las marismas, simples vapores en combustión, con sus danzas fantásticas, harán estremecer los pelos de sus poros y verdecer el iris de sus ojos. Que el pudor asiente en vuestras cabañas y esté seguro a la sombra de vuestros campos. De esa manera vuestros hijos serán hermosos y se inclinarán ante sus padres con reconocimiento; si no, enfermizos y encogidos como el pergamino de las bibliotecas, avanzarán a grandes pasos, conducidos por la rebeldía, contra el día de su nacimiento y el clítoris de su madre impura. ¿Cómo los hombres

van a obedecer a esas leyes severas, si es el legislador mismo el primero que se niega a ceñirse a ellas?… ¡Y mi vergüenza es inmensa como la eternidad!”. Oí al cabello que le perdonaba humildemente su secuestro, puesto que su dueño había procedido con prudencia y no con ligereza, y el último pálido rayo de sol que iluminaba mis párpados se retiró de los barrancos de la montaña. Vuelto hacia él, le vi plegarse como un sudario… ¡No des esos saltos! ¡Cállate… cállate… si alguien te oyera! Te volveré a colocar entre mis otros cabellos. Y ahora que el sol ya se ha ocultado en el horizonte, viejo cínico y cabello afable, arrastraos los dos muy lejos del lupanar, mientras la noche, extendiendo su sombra sobre el convento, encubre el alargamiento de vuestros pasos furtivos por la llanura… Entonces, el piojo, saliendo súbitamente de detrás de un promontorio, me dijo, erizando sus garras: “¿Qué piensas tú de esto?”. Pero yo no quise responderle. Me alejé de allí y llegué al puente. Borré la inscripción que había y la reemplacé por ésta: “Doloroso es guardar, como un puñal, un secreto en el corazón, pero juro no revelar jamás aquello de lo que fui testigo cuando penetré por primera vez en ese temible torreón”. Arrojé por encima del barandal el cortaplumas que me había servido para grabar las letras, y, haciendo algunas rápidas reflexiones sobre el carácter del Creador que chocheaba, el cual, ¡ay!, debía aún durante mucho tiempo hacer sufrir a la humanidad (la eternidad es larga), sea por las crueldades ejercidas, sea por el espectáculo innoble de los chancros que ocasiona un gran vicio, cerré los ojos, como un hombre ebrio, ante el pensamiento de tener a semejante ser por enemigo, y proseguir con tristeza mi camino, a través del dédalo de calles».

CANTO CUARTO

Es un hombre o una piedra o un árbol el que va a comenzar el cuarto canto[10]. Cuando el pie resbala sobre una rana, se tiene una sensación de repugnancia, pero cuando se roza apenas el cuerpo humano con la mano, la piel de los dedos se agrieta, como las escamas de un bloque de mica que se rompe a martillazos; y lo mismo que el corazón de un tiburón que ha muerto hace una hora palpita todavía con tenaz vitalidad sobre el puente, lo mismo nuestras entrañas se agitan en su totalidad mucho tiempo después del contacto. ¡Tanto horror le inspira el hombre a sus propios semejantes! Puede ser que al decir esto me equivoque, pero puede ser también que diga la verdad. Conozco, concibo una enfermedad más terrible que los ojos hinchados por largas meditaciones sobre el extraño carácter del hombre, pero aunque la busco todavía… ¡no he podido encontrarla! No me creo menos inteligente que otros, y sin embargo, ¿quién se atrevería a afirmar que he acertado en mis investigaciones? ¡Qué mentira saldrá de su boca! El antiguo templo de Denderah está situado a hora y media de la orilla izquierda del Nilo. Hoy innumerables falanges de avispas se han apropiado de las atarjeas y de las cornisas. Revolotean alrededor de las columnas como densas ondas de una negra cabellera. Únicos habitantes del frío pórtico, vigilan la entrada de los vestíbulos, tal un derecho hereditario. Comparo el bordoneo de sus alas metálicas con el choque incesante de los témpanos que se precipitan unos contra otros durante el deshielo de los mares polares.

Pero si considero la conducta de aquél a quien la providencia concedió el trono en esta tierra, ¡las tres aletas de mi dolor hacen oír un murmullo más intenso! Cuando durante la noche un cometa aparece súbitamente en una región del cielo, después de ochenta años de ausencia, muestra a los habitantes terrestres y a los grillos su cola brillante y vaporosa. Sin duda no tiene conciencia de ese largo viaje; no sucede lo mismo conmigo: acodado en la cabecera de mi cama, mientras los dentículos de un horizonte árido y lúgubre se elevan con vigor sobre el fondo de mi alma, me abstraigo en sueños de compasión y me avergüenzo por el hombre. Partido en dos por el cierzo, el marinero, después de haber hecho su guardia nocturna, se apresura a regresar a su hamaca: ¿por qué no se me ha ofrecido a mí este consuelo? La idea de que he caído voluntariamente tan bajo como mis semejantes, y de que tengo menos derecho que cualquier otro a lamentarse sobre la suerte que nos mantiene encadenados a la corteza endurecida de un planeta, y sobre la esencia de nuestra alma perversa, me penetra como un clavo de herradura. Se ha visto que explosiones de grisú han aniquilado familias enteras, pero sólo conocieron una corta agonía, porque la muerte es casi súbita, en medio de los escombros y de los gases deletéreos: yo… ¡existo siempre como el basalto! Tanto al comienzo como a la mitad de la vida los ángeles se parecen a sí mismos; ¡yo, en cambio, hace mucho tiempo que no me parezco! El hombre y yo, emparedados en los límites de nuestra inteligencia, como a

menudo un lago en un cinturón de islas de coral, en lugar de unir nuestras fuerzas respectivas para defendernos del azar y del infortunio, nos separamos con el estremecimiento del odio, tomando dos caminos opuestos, como si nos hubiéramos recíprocamente herido con la punta de una daga. Se diría que uno comprende el desprecio que le inspira el otro; empujados por el móvil de una relativa dignidad, nos apresuramos a no inducir a error a nuestro adversario; cada uno permanece en su sitio y no ignora que la paz proclamada será imposible conservar. Bien, ¡sea!, que mi guerra contra el hombre se eternice, ya que cada uno reconoce en el otro su propia degradación… ya que los dos somos enemigos mortales. Y lo mismo si alcanzo una victoria desastrosa como si sucumbo, el combate será hermoso: yo solo contra la humanidad. No me serviré de armas construidas con madera o hierro; rechazaré con el pie las capas de minerales extraídas de la tierra: la sonoridad poderosa y seráfica del arpa se convertirá bajo mis dedos en un talismán terrible. En más de una emboscada, el hombre, ese mono sublime, ha atravesado ya mi pecho con su lanza de pórfido, pero un soldado no muestra sus heridas, por muy gloriosas que sean. Esta guerra terrible arrojará el dolor sobre las dos partes: dos amigos que intentan obstinadamente destruirse, ¡qué drama!

Dos pilares, que no era difícil y aún menos imposible tomar por baobabs, se distinguían en el valle, algo mayores que dos alfileres. En efecto, eran dos torres enormes. Y aunque dos baobabs, al primer golpe de vista, no se parecen a dos alfileres, ni incluso a dos torres, Sin embargo, empleando con habilidad los hilos de la prudencia, se puede afirmar, sin temor a equivocarse (pues si esta afirmación estuviera acompañada de una mínima parcela de temor, ya no sería una afirmación; aunque un mismo nombre exprese esos dos fenómenos del alma que presentan caracteres bastante nítidos para que se les pueda confundir ligeramente), que un baobab no difiere tanto de un pilar como para que la comparación sea inconcebible entre esas formas arquitecturales… o geométricas… o una y otra… o ni una ni otra… o más bien formas elevadas y masivas. Acabo de encontrar, no tengo la pretensión de decir lo contrario, los epítetos propios para los sustantivos pilar y baobab: entiéndase bien que es con una alegría mezclada de orgullo como hago la observación a aquellos que, después de haber abierto sus párpados, han tomado la muy loable resolución de recorrer estas páginas, mientras la vela arde, si es de noche, o mientras brilla el sol, si es de día. Y aún más, incluso cuando una potencia superior nos ordenara, en los términos más claramente precisos, arrojar a los abismos del caos, la juiciosa comparación que cada uno ciertamente ha podido saborear con impunidad, incluso entonces, y sobre todo entonces, no hay que perder de vista este axioma principal, los hábitos adquiridos por los años, los libros, el contacto con sus semejantes y el carácter inherente a cada uno que se desarrolla en una rápida florescencia, impondría al espíritu humano el irreparable estigma de la recidiva en el empleo criminal

(criminal, colocándose momentáneamente y espontáneamente en el punto de vista de la potencia superior) de una figura retórica que muchos desprecian pero que otros muchos alaban. Si el lector encuentra esta frase demasiado larga, que acepte mis excusas, pero que no espere bajezas por mi parte. Puedo confesar mis faltas, pero no las agravaré con mi cobardía. Mis razonamientos chocan a veces contra los cascabeles de la locura y la apariencia seria de lo que en resumen sólo es grotesco (aunque, según ciertos filósofos, sea muy difícil distinguir al bufón del melancólico, ya que la vida misma es un drama cómico o una comedia dramática); sin embargo, a todo el mundo le está permitido matar moscas, e incluso rinocerontes, a fin de descansar de vez en cuando de un trabajo demasiado escabroso. Para matar moscas, he aquí la manera más expeditiva, aunque no sea la mejor: se les aplasta entre los dos primeros dedos de la mano. La mayor parte de los escritores que han tratado este asunto a fondo, han calculado, con mucha verosimilitud, que es preferible, en muchos casos, cortarle la cabeza. Si alguien me reprocha el hablar de alfileres como de un asunto radicalmente frívolo, que observe, sin prejuicios, que los más grandes efectos han sido a menudo producidos por las causas más pequeñas. Y para no alejarme demasiado del marco de esta hoja de papel, ¿no se ve que el laborioso fragmento de literatura que estoy por componer, desde el comienzo de esta estrofa, sería acaso menos gustado si tomara su punto de apoyo en una cuestión espinosa de química o de patología interna? Por lo demás, todos los gustos están en la naturaleza, y, cuando al principio comparé los pilares a los alfileres con tanta precisión (la verdad, no creí que llegaría un día en que se me reprochara), me basé en las leyes de la óptica, las cuales establecen que mientras más alejado esté el rayo visual de un objeto, más diminuta es la imagen que se refleja en la retina.

De esta manera ocurre que la inclinación de nuestro espíritu a la farsa toma por una agudeza lo que no es la mayor parte de las veces, en el pensamiento del autor, más que una verdad importante proclamada majestuosamente. ¡Oh, ese filósofo insensato que estalla de risa al ver un asno comiéndose un higo! No invento nada: los libros antiguos han contado, con los más amplios detalles, ese voluntario y vergonzoso despojo de la nobleza humana. Yo no sé reír. Jamás he podido reír, aunque algunas veces he intentado hacerlo. Es muy difícil aprender a reír. O más bien, creo que un sentimiento de repugnancia a esa monstruosidad forma una marca esencial de mi carácter. Pues bien, he sido testigo de algo más fuerte: ¡he visto a un higo comerse a un asno! Y, sin embargo, no me he reído; francamente, ninguna parte de mi boca se ha movido. La necesidad de llorar se apoderó de mí con tanta fuerza que mis ojos dejaron caer una lágrima. «¡Naturaleza, naturaleza!», exclamaba yo sollozando, «¡el gavilán desgarra al gorrión, el higo se come al asno y la tenia devora al hombre!». Sin tomar la resolución de ir más lejos, me pregunto a mí mismo si he hablado ya de la manera de cómo se matan las moscas. Sí, ¿no es cierto? ¡No es menos cierto que no he hablado de la destrucción de los rinocerontes! Si algunos amigos pretendiesen lo contrario, no les escucharía, y recordaría que la alabanza y la

adulación son dos grandes obstáculos. Sin embargo, a fin de contentar en lo posible a mi conciencia, no puedo negarme a hacer notar que esta disertación sobre el rinoceronte me arrastraría fuera de las fronteras de la paciencia y de la sangre fría, y, por otro lado, desanimaría probablemente (tengamos incluso la audacia de decir ciertamente) a las generaciones presentes. ¡No haber hablado del rinoceronte después de la mosca! Por lo menos, como excusa mediana, debería haber mencionado rápidamente (¡y no lo he hecho!) esa omisión no premeditada que no asombrará a aquellos que han estudiado a fondo las contradicciones reales e inexplicables que habitan en los lóbulos del cerebro humano. Nada es indigno para una inteligencia grande y sencilla: el más mínimo fenómeno de la naturaleza, si en él hay misterio, se convertirá para el sabio en inagotable materia de reflexión. Si alguien ve a un asno comerse un higo o a un higo comerse a un asno (estas dos circunstancias no se presentan a menudo, a no ser en poesía), ¡estad seguros que después de haber reflexionado dos o tres minutos, para saber qué conducta adoptar, abandonará el sendero de la virtud y se pondrá a reír como un gallo! Además, no está completamente probado que los gallos abran expresamente el pico para imitar al hombre y hacer una mueca atormentada. ¡Llamo mueca en las aves a lo que lleva el mismo nombre que en los humanos! El gallo no escapa a su naturaleza, menos por incapacidad que por orgullo. Enseñadles a leer y se sublevarán. ¡No es un loro quien se extasiaría así ante su debilidad, ignorante o imperdonable! ¡Oh execrable envilecimiento!, ¡cómo se asemeja uno a la cabra cuando ríe! La serenidad de la frente ha desaparecido para hacer espacio a dos enormes ojos de pez que (¿no es deplorable?)… que… que se ponen a brillar como faros. A menudo, cuando se me ocurre anunciar, con solemnidad, las proposiciones más bufonescas… no encuentro que eso se convierta en un motivo perentoriamente suficiente como para ensanchar la boca. No puedo contener la risa, me responderéis, y acepto esa explicación absurda, en tanto sea una risa melancólica. Reíd, pero llorad al mismo tiempo. Si no podéis llorar con los ojos, llorad con la boca. Y si es todavía imposible, orinad, pues he advertido que un líquido cualquiera es aquí necesario para atenuar la sequía que lleva en sus flancos la risa, de rasgos hendidos hacia atrás. En cuanto a mi, no me dejaré desconcertar por los ridículos cloqueos y los originales mugidos de quienes encuentran siempre algo que rechazar en un carácter que no se asemeja a ellos, porque es una de las innumerables modificaciones intelectuales que Dios, sin apartarse de un tipo primordial, creó para gobernar el armazón óseo. Hasta nuestros tiempos, la poesía hizo una falsa ruta; elevándose hasta el cielo o arrastrándose por la tierra, ha desconocido los principios de su existencia, y ha sido no sin razón, constantemente encanecida por la gente honesta. No ha sido humilde… ¡la más bella cualidad que debe existir en un ser imperfecto! ¡Yo quiero mostrar mis cualidades, pero no soy lo bastante hipócrita para ocultar mis vicios! La risa, el mal, el orgullo la locura, aparecerán, alternativamente, con la sensibilidad y el amor a la justicia, y servirán de ejemplo a la estupefacción humana: cada uno se reconocerá, no tal como

debería ser, sino tal como es. Y quizás esa sencilla idea, concebida por mi imaginación, sobrepase sin embargo todo lo que la poesía ha encontrado hasta ahora de más grandioso y sagrado. Pues si dejo a mis vicios transpirar en estas páginas, se creerá más en las virtudes que hago resplandecer, y cuya aureola colocaré a tanta altura que los más grandes genios del futuro me testimoniarán un sincero reconocimiento. Así, pues, la hipocresía será expulsada sin titubeos de mi morada. En mis cantos existirá una imponente prueba de fortaleza, al despreciar de esa manera las opiniones aceptadas. El canta para él solo, y no para sus semejantes. El no coloca la medida de su inspiración en la balanza humana. Libre como la tempestad, ha venido a encallar, un día, en las playas indómitas de su terrible voluntad. ¡No teme a nada, sino a si mismo! En sus combates sobrenaturales, atacará con ventaja al hombre y al Creador, como cuando el pez espada hunde su estoque en el vientre de la ballena: ¡maldito sea, por sus hijos y por mi mano descarnada, aquel que persiste en no comprender los canguros implacables de la risa y los piojos audaces de la caricatura!

Dos torres enormes se percibían en el valle, ya lo dije al principio. Multiplicándolas por dos, el producto era cuatro… pero yo no distinguía bien la necesidad de esa operación aritmética. Continué mi camino, con fiebre en el rostro, y exclamé sin cesar: «¡No… no… no distingo muy bien la necesidad de esa operación aritmética!». Había oído un rechinar de cadenas y unos gemidos dolorosos. ¡Que nadie, cuando pase por estos lugares, encuentre posible multiplicar las torres por dos para que el producto sea cuatro! Algunos sospechan que amo a la humanidad como si yo fuera su propia madre y la hubiese llevado nueve meses en mis perfumadas entrañas; ¡por eso no volveré a pasar más por el valle donde se alzan las dos unidades del multiplicando!

Una horca se levantaba sobre el suelo; a un metro de éste, estaba suspendido por los cabellos un hombre, con los brazos atados a la espalda. Sus piernas habían sido dejadas libres para acrecentar sus torturas y hacerle desear más no importa qué si era contrario a la atadura de los brazos. La piel de la frente estaba de tal forma tirante por el peso de la colgadura, que su rostro, condenado por la circunstancia a la ausencia de expresión natural, se asemejaba a la concreción pétrea de una estalactita. Desde hacía tres días sufría ese suplicio. Gritaba «¿Quién me desatará los brazos? ¿Quién me desatará los cabellos? Me disloco con movimientos que sólo hacen separar más de mi cabeza las raíces de los cabellos; ni la sed ni el hambre son las principales causas que me impiden dormir. Es imposible que mi existencia se prolongue más allá de los límites de una hora. ¡Que alguien me abra la garganta con un guijarro acerado!». Cada palabra era precedida y seguida de intensos aullidos. Me lancé desde el matorral tras el cual estaba oculto y me dirigí hacia el bufón o trozo de tocino que se hallaba atado al madero. Pero he aquí que desde el lado opuesto llegaron bailando dos mujeres borrachas. Una sostenía un saco y dos látigos con cuerdas de plomo, y la

otra, un barril lleno de brea y dos pinceles. Los cabellos grisáceos de la más vieja flotaban al viento, como los jirones de una vela desgarrada, y los tobillos de la otra crujían entre si como los coletazos de un atún en la toldilla de un barco. Sus ojos brillaban con una llama tan negra y tan fuerte, que al principio no creí que esas dos mujeres pertenecieran a mi especie. Se reían con un aplomo tan egoísta y sus rasgos inspiraban tanta repugnancia, que no dudé un solo instante de que me hallaba ante los ojos de los dos especímenes más horribles de la raza humana. Me escondí de nuevo tras el matorral, y me mantuve inmóvil, como el acantophorus serraticornis, que sólo muestra la cabeza fuera de su nido. Ellas se acercaban con la celeridad de la marea, y, aplicando la oreja contra el suelo, el sonido, claramente percibido, me traía la lírica conmoción de su marcha. Cuando las dos hembras de orangután llegaron bajo la horca, resoplaron durante unos segundos, y mostraron, por sus gestos absurdos, la cantidad verdaderamente notable de estupefacción que resultó de su experiencia, al apercibirse de que nada había cambiado en esos lugares: el desenlace de la muerte, conforme a sus deseos, no había sobrevenido. Ellas ni se dignaron en alzar la cabeza para saber si la mortadela estaba aún en el mismo lugar. Una dijo: «¿Es posible que todavía respires? Tienes la vida dura, querido esposo». Lo mismo que cuando dos chantres en una catedral entonan alternativamente los versículos de un salmo, la segunda respondió: «¿No quieres entonces morir, oh hijo amable? ¿Dime qué has hecho (seguramente a causa de algún maleficio) para ahuyentar a los buitres? ¡En verdad tu osamenta se ha vuelto tan escuálida! El céfiro la balancea como un farol». Cada una de ellas cogió un pincel y untó de alquitrán el cuerpo del colgado… cada una de ellas cogió un látigo y levantó el brazo… Yo admiraba (era absolutamente imposible no hacer como yo) con qué enérgica exactitud las tiras de metal, en vez de resbalar por la superficie, como cuando se lucha con un negro y se hacen inútiles esfuerzos, propios de una pesadilla, para cogerlo por los cabellos, penetraban gracias al alquitrán hasta el interior de su carne, marcada por surcos tan hondos como el impedimento de los huesos podían razonablemente permitir. Evité la tentación de encontrar voluptuosidad en ese espectáculo excesivamente curioso, pero menos profundamente cómico de lo que era posible esperar. Y, sin embargo, a pesar de las buenas decisiones tomadas de antemano, ¿cómo no reconocer la fuerza de esas mujeres, los músculos de sus brazos? Su destreza, que consistía en golpear las partes más sensibles, como el rostro y el bajo vientre, no será mencionada por mi, a no ser que aspire a la ambición de narrar toda la verdad. A menos que, aplicando mis labios uno contra otro, sobre todo en dirección horizontal (nadie ignora que es la manera ordinaria de engendrar esta presión), prefiera guardar un silencio lleno de lágrimas y de misterios, cuya penosa manifestación sería impotente para esconder, no solamente tan bien sino mejor que mis palabras (pues no creo engañarme, aunque no sea en verdad conveniente negar en principio, so pena de faltar a las reglas más elementales de la habilidad, las posibilidades hipotéticas de error), los funestos resultados ocasionados por el furor que determinan los secos metacarpos y las robustas

articulaciones: incluso cuando no se colocara en el punto de vista del observador imparcial y del moralista experimentado (es casi tan importante que yo sepa que no admito, al menos totalmente, esa restricción más o menos falaz), la duda, a este respecto, no tendría la facultad de extender sus raíces, pues, por el momento, no la supongo entre las manos de una potencia sobrenatural, y perecería seguramente, acaso no de forma repentina, por falta de una savia que colme las condiciones simultáneas de nutrición y de ausencia de materias venenosas. Ya se sabe, si no, no me leáis, que sólo pongo en escena la tímida personalidad de mi opinión: lejos de mí, sin embargo, el pensamiento de renunciar a derechos que son incontestables. En verdad, mi intención no es combatir esa afirmación, en donde brilla el criterio de la certeza, de que existe un medio más sencillo de entenderse; consistiría, lo traduzco con algunas palabras solamente, aunque valen más de mil, en no discutir: es mucho más difícil de poner en práctica de lo que pueda creer generalmente el común de los mortales. Discutir es la palabra gramatical, y muchas personas encontrarán que no habría que contradecir, sin un voluminoso dossier de pruebas, lo que acabo de sentar en el papel; pero la cosa difiere notablemente, si está permitido conceder que el instinto propio emplea una rara sagacidad al servicio de la circunspección, cuando formula juicios que parecerían de otro modo, estad persuadidos, de una osadía que roza las orillas de la fanfarronada. Para cerrar este pequeño incidente, que se ha despojado a si mismo de su ganga por una ligereza tan irremediablemente deplorable como fatalmente llena de interés (lo que cada uno no habrá dejado de verificar, a condición de que haya auscultado los recuerdos más recientes), es bueno, si posee facultades en equilibrio perfecto, o mejor, si la balanza del idiotismo no cede mucho en el platillo donde descansan los nobles y magníficos atributos de la razón, es decir, para ser más claros (pues hasta aquí he sido sólo conciso, lo que muchos no admitirán a causa de mi prolijidad, que es únicamente imaginaria, puesto que cumplen con su finalidad de perseguir, con el escalpelo del análisis, a las fugitivas apariciones de la verdad, hasta en sus últimas trincheras), si la inteligencia predomina suficientemente sobre los defectos bajo el peso de los cuales se han reprimido en parte la costumbre, la naturaleza y la educación, es bueno, repito por segunda y última vez, pues, a fuerza de repetir, se acabaría, lo que a menudo no es falso, por no extenderse más, regresar con la cola baja (si es verdad que tengo una cola) al asunto dramático cimentado en esa estrofa. Es útil beber un vaso de agua antes de emprender la continuación de mi trabajo. Prefiero beber dos, en vez de ninguno. Así, en la caza de un negro cimarrón, a través de la selva, en un momento convenido, cada miembro de la banda cuelga su fusil en las lianas, y se reúnen en común, a la sombra de un macizo, para apagar la sed y calmar el hambre. Pero la parada sólo dura unos segundos, la persecución se reanuda con encarnizamiento y el toque de caza no tarde en resonar. Y lo mismo que el oxígeno es reconocible por la propiedad que posee, sin orgullo, de avivar una cerilla que presenta algunos puntos de ignición, así se reconocerá el cumplimiento de mi deber en la prisa que muestro por volver a la cuestión. Cuando las mujeres se

vieron en la imposibilidad de sostener el látigo, que el cansancio hacía caer de sus manos, pusieron juiciosamente fin al trabajo gimnástico que habían emprendido durante cerca de dos horas, y se retiraron con una alegría que no estaba desprovista de amenazas para el porvenir. Yo me dirigí hacia aquel que me pedía socorro con un ojo glacial (pues la pérdida de su sangre era tan grande que la debilidad le impedía hablar, y mi opinión era, aunque no soy médico, que la hemorragia se había declarado en el rostro y en el bajo vientre) y corté sus cabellos con unas tijeras, después de haber librado sus brazos. Me contó que su madre, una noche, le llamó a su habitación y le ordenó que se desnudara para pasar la noche con ella en la cama, y que, sin esperar ninguna respuesta, la maternidad se despojó de todos sus vestidos, combinando ante ellos gestos más impúdicos. Que entonces él se retiró y que, además, por sus negativas constantes, se había atraído la cólera de su mujer, que tenía la esperanza de una recompensa, si hubiera podido conseguir que su marido prestara su cuerpo para las pasiones de la vieja. Ellas resolvieron, conjurándose, colgarlo de una horca, preparada de antemano, en algún paraje no frecuentado, y dejarlo perecer insensiblemente, expuesto a todas las miserias y a todos los peligros. Después de numerosas y maduras reflexiones, llenas de dificultades casi insuperables, llegaron por fin a dirigir su elección hacia el refinado suplicio que sólo encontró su término en el socorro inesperado de mi intervención. Las más vivas señales de agradecimiento subrayaban cada gesto y no daban a sus confidencias el menor valor. Lo lleve a la choza más próxima, pues acababa de desmayarse, y no abandoné a los labradores hasta que les dejé mi bolsa para que cuidaran al herido, haciéndoles prometer que prodigarían al desgraciado, como a su propio hijo, las muestras de una simpatía perseverante. A mi vez, les conté el suceso y me acerqué a la puerta para regresar al camino, pero he aquí que tras haber andado un centenar de metros, volví maquinalmente mis pasos, entré de nuevo en la choza, y dirigiéndome a sus ingenuos propietarios, exclamé: «¡No, no… no creáis que todo esto me sorprende!». Luego, esta vez si, me alejé definitivamente; Pero la planta del pie no podía apoyarla de una manera segura: ¡otro ni siquiera lo habría advertido! El lobo ya no pasa bajo la horca que levantaron, un día de primavera, las manos coordinadas de una esposa y de una madre, como cuando él hacia tomar, en su imaginación encantada, el camino de una comida ilusoria. Cuando ve en el horizonte esa cabellera negra, balanceaba por el viento, no estimula su fuerza de inercia, y emprende la huida con una velocidad incomparable. ¿Es necesario ver, en ese fenómeno psicológico, una inteligencia superior al instinto ordinario de los mamíferos? Sin certificar nada e incluso sin prever nada, me parece que el animal ha comprendido lo que es el crimen. ¡Cómo no habría de comprenderlo, si los seres humanos mismos han rechazado, hasta un punto indescriptible, el imperio de la razón, para no dejar subsistir, en lugar de esa reina destronada, más que una venganza feroz!

Soy sucio. Los piojos me corroen. Los cerdos cuando me miran vomitan. Las costras y las escaras de la lepra han descamado mi piel, cubierta de pus amarillento. No conozco el agua de los nos ni el rocío de las nubes. En mi nuca, como en un estercolero, crece un enorme hongo, de pedúnculos umbelíferos. Sentado en un mueble deforme, no he movido mis miembros desde hace cuatro siglos. Mis pies han echado raíces en el suelo, y componen, hasta la altura de mi vientre, una especie de vegetación vivaz, llena de innobles parásitos, que no deriva aún de la planta, y tampoco es ya carne. Sin embargo mi corazón late. Pero ¿cómo latiría si la podredumbre y las exhalaciones de mi cadáver (no me atrevo a decir cuerpo) no lo nutrieran abundantemente? Bajo mi axila izquierda una familia de sapos ha fijado su residencia, y, cuando uno de ellos se mueve, me hace cosquillas. Tened cuidado de que no se escape uno y vaya a arañar con su boca el interior de vuestro oído: sería capaz de penetrar a continuación en vuestro cerebro. Bajo mi axila derecha hay un camaleón que les da caza perpetuamente para no morirse de hambre: es preciso que cada uno viva. Pero cuando una parte hace que fracase la astucia de la otra, al no encontrar nada mejor con que molestarse, chupan la grasa delicada que recubre mis costillas: ya estoy acostumbrado. Una víbora perversa ha devorado mi verga y ha ocupado su lugar: la infame me ha convertido en un eunuco. Oh, si hubiera podido defenderme con mis brazos paralíticos; aunque creo más bien que se han transformado en dos leños. Sea lo que sea, lo que importa es constatar que la sangre ya no llega hasta ellos para pasear su rubor. Dos pequeños erizos, que no crecen más, arrojaron a un perro, que no lo rechazó, el interior de mis testículos: lavada cuidadosamente la epidermis, ellos se alojaron dentro. El ano ha sido obstruido por un cangrejo; animado por mi inercia, custodia la entrada con sus pinzas y me hace mucho daño. Dos medusas atravesaron los mares, súbitamente atraídas por una esperanza que no les ha defraudado. Examinaron con cuidado las dos partes carnosas que forman el trasero humano, y, asiéndose con fuerza a su contorno convexo, las han aplastado de tal forma por medio de una presión constante, que los dos trozos de carne han desaparecido, quedando dos monstruos surgidos del reino de la viscosidad, iguales en color, forma y ferocidad. ¡De mi columna vertebral no habléis, pues es una espada! Sí, si… no le prestaba atención… vuestra demanda es justa. ¿Deseáis saber, no es cierto, cómo se encuentra implantada verticalmente entre mis riñones? Yo mismo no lo recuerdo muy bien; sin embargo, si me decido a tomar por un recuerdo lo que acaso no es más que un sueño, sabed que el hombre, cuando supo que yo había hecho votos de vivir enfermo e inmóvil hasta haber vencido al Creador, caminó detrás de mí, de puntillas, pero no tan suavemente como para que yo no lo oyese. Después no percibía nada durante un breve instante. El agudo estoque se hundió hasta la empuñadura entre las paletillas del toro de la fiesta, y su osamenta se estremeció lo mismo que un temblor de tierra. La hoja quedó adherida tan fuertemente al cuerpo

que nadie, hasta ahora, ha podido extraería. Los atletas, los mecánicos, los filósofos, los médicos han intentado sucesivamente los procedimientos más diversos. ¡No sabían que el daño que hace el hombre no puede deshacerse! Les perdoné la profundidad de su innata ignorancia y les saludé con mis párpados. Viajero, cuando pases cerca de mí, no me dirijas, te lo ruego, ni una palabra de consuelo: debilitarías mi audacia. Déjame avivar mi tenacidad en la llama del martirio voluntario. Vete… que no te inspire ninguna piedad. El odio es más altivo de lo que crees; su conducta es inexplicable, como la aparente quebradura de un bastón sumergido en el agua. Tal como me ves, yo puedo hacer todavía excursiones hasta las murallas del cielo, a la cabeza de una legión de asesinos, y regresar para adquirir esta postura y meditar de nuevo sobre los nobles proyectos de la venganza. Adiós, no te retendré por más tiempo, y, para instruirte y preservarte, reflexiona en la suerte fatal que me ha conducido a la rebeldía, cuando acaso yo había nacido siendo bueno. Contarás a tu hijo lo que has visto, y, tomándolo de la mano, hazle admirar la belleza de las estrellas y las maravillas del universo, el nido del petirrojo y los templos del Señor. Te extrañarás de verlo tan dócil a los consejos de la paternidad, y lo recompensarás con una sonrisa. Pero, cuando él crea que no es observado, échale una mirada, y lo verás escupir su baba sobre la virtud; te ha engañado el que es descendiente de la raza humana, pero no te engañará más: tú sabrás en adelante lo que llegará a ser. Oh padre infortunado, prepara, para acompañar los pasos de tu vejez, el cadalso indeleble que cortará la cabeza de un criminal precoz, y el dolor que te mostrará el camino que conduce a la tumba.

En la pared de mi cuarto, ¿qué sombra dibuja, con una fuerza incomparable, la fantasmagórica proyección de su silueta encogida? Cuando coloco sobre mi corazón esta pregunta delirante y muda, menos por la majestad de la forma que por el cuadro de la realidad, la sobriedad del estilo se conduce de esa manera. Quienquiera que seas, defiéndete, pues voy a dirigir hacia ti la honda de una terrible acusación: esos ojos no te pertenecen… ¿dónde los has cogido? Un día vi pasar ante mi una mujer rubia; ella los tenía parecidos a los tuyos: tú se los has arrancado. Veo que quieres hacer creer en tu belleza, pero a nadie engañarás, y a mí menos que a nadie. Te lo digo para que no me tomes por tonto. Toda una serie de aves de rapiña, aficionadas a la carne ajena y defensoras de la utilidad de la persecución, bellas como esqueletos que deshojan panoccos del Akansas, revolotean alrededor de tu frente, como servidores sumisos y aceptados. Pero ¿es una frente? No es difícil tener mucha vacilación en creerlo. Es tan estrecha, que resulta imposible verificar las pruebas, numéricamente exiguas, de su existencia equívoca. Si te digo esto no es para divertirme. Puede ser que no tengas frente, tú, que paseas por la pared, como el símbolo mal reflejado de una danza fantástica, el febril balanceo de tus vértebras lumbares. ¿Quién te ha arrancado el cuero cabelludo? Si fue un ser humano, porque

lo encerraste durante veinte años en una prisión, de la que se ha escapado para preparar una venganza digna de sus represalias, hizo lo que debía, y lo aplaudo; solamente, hay un solamente, no fue bastante severo. Ahora te pareces a un piel roja prisionero, al menos (señalémoslo previamente) por la falta expresiva de cabellera. No es que no pueda brotar de nuevo, puesto que los fisiólogos han descubierto que incluso los cerebros extirpados reaparecen a la larga en los animales; pero mi pensamiento, deteniéndose en una sencilla constatación, que no está desprovista, según lo poco que percibo, de una enorme voluptuosidad, no llega, aún en sus consecuencias más osadas, hasta las fronteras de un voto por tu curación, y queda, por el contrario, resuelta por el uso de una neutralidad más que sospechosa, a contemplar (o al menos desear) como presagio de desgracias mayores, lo que no puede ser para ti más que una privación momentánea de la piel que recubre la parte superior de tu cabeza. Espero que me hayas comprendido. E incluso, si el azar te permitiese, por un milagro absurdo, pero que algunas veces es razonable, volver a encontrar esa preciosa piel que ha conservado la religiosa vigilancia de tu enemigo, como recuerdo embriagador de su victoria, es casi extremadamente posible que, aunque no se hubiera estudiado la ley de las probabilidades más que bajo el aspecto de las matemáticas (se sabe que la analogía transporta fácilmente la aplicación de esta ley a los demás dominios de la inteligencia), tu legítimo temor, aunque un poco exagerado, de un resfriado parcial o total, no rechazaría la ocasión importante y hasta única, que se presentaría de manera tan oportuna, si bien de forma brusca, de preservar las diversas partes de tu cerebro del contacto con la atmósfera, sobre todo durante el invierno, por medio de un peinado que, con todo derecho, te pertenece, puesto que es natural, y que te seria permitido además (sería incomprensible que lo negaras) conservar constantemente en la cabeza, sin correr los riesgos, siempre desagradables, de infringir las reglas más simples de una elemental conveniencia. ¿No es verdad que me escuchas con atención? Si me escuchas por más tiempo, no podrá desprenderse tu tristeza del interior de tus rojas narices. Pero como soy muy imparcial, y no te detesto tanto como debería (si me equivoco, dímelo), prestas, a pesar tuyo, oídos a mis discursos, como empujado por una fuerza superior. No soy tan malo como tú: he aquí por qué tu genio se indina ante el mío… En efecto, ¡no soy tan malo como tú! Acabas de arrojar una mirada sobre la ciudad edificada en la falda de la montaña. Y ahora ¿qué veo?… ¡Tus habitantes están muertos! Tengo tanto orgullo como cualquier otro, y es un vicio más tenerlo acaso demasiado. Pues bien, escucha… escucha, si la confesión de un hombre que recuerda haber vivido medio siglo bajo la forma de un tiburón en las corrientes submarinas que bañan las costas de África, te interesa tan vivamente como para que le prestes tu atención, si no con amargura, por lo menos sin el error irreparable demostrar el asco que te inspiro. No arrojaré a tus pies la máscara de la virtud, para aparecer ante tus ojos tal como soy, pues nunca la he llevado (en todo caso esto es una excusa), y, desde los primeros momentos, si examinas mis rasgos atentamente, me reconocerás como un respetuoso

discípulo en la perversidad, pero no como un temible rival. Puesto que no te disputo la palma del mal, no creo que ningún otro lo haga: antes tendría que igualarse a mí, lo que no es fácil… Escucha, a menos que no seas la débil condensación de una niebla (ocultas tu cuerpo en alguna parte y no puedo encontrarlo): una mañana vi a una niña que se inclinaba sobre un lago para coger un loto rosa, aseguraba sus pies con una experiencia precoz, se inclinaba sobre las aguas cuando sus ojos encontraron mi mirada (es verdad que por mi parte fue una premeditación). Inmediatamente vaciló, como el remolino que engendra la marea en torno a una roca, sus piernas cedieron, y, cosa maravillosa de ver, fenómeno que se cumplió con la misma veracidad con que hablo contigo, cayó al fondo del lago: extraña consecuencia, no cogió ninguna ninfácea más. ¿Qué hace ella ahí abajo? Nunca me he enterado. ¡Sin duda, su voluntad, enrolada bajo las banderas de la redención, libra encarnizados combates con la podredumbre! Respecto a ti, oh dueño mío, bajo tu mirada, los habitantes de las ciudades son súbitamente destruidos, como un túmulo de hormigas que aplasta el talón de un elefante. ¿No acabo de ser testigo de un ejemplo que lo demuestra? Mira… la montaña ya no está alegre… se queda sola como un anciano. Es verdad, las casas existen, pero no es una paradoja afirmar, en voz baja, que no podría decir otro tanto de aquellos que ya no existen en ellas. Las emanaciones de los cadáveres llegan hasta mí. ¿No las hueles? Contempla a esas aves de presa, que esperan que nos alejemos para empezar su gigantesco banquete; llegan en interminables nublados desde las cuatro esquinas del horizonte. ¡Ay!, ya habían llegado, puesto que había visto sus alas rapaces trazar, por encima de ti, el monumento de espirales, como incitándote a apresurar el crimen. ¿No recibe tu olfato el menor efluvio? No eres más que un impostor… Tus nervios olfativos al fin están trastornados por la percepción de los átomos aromáticos: éstos ascienden desde la ciudad aniquilada, aunque no tenga necesidad de decírtelo… Quisiera besar tus pies, pero mis brazos sólo abrazan un vapor transparente. Busquemos ese cuerpo inencontrable, que sin embargo mis ojos perciben: merece, por mi parte, las mayores muestras de una admiración sincera. El fantasma se burla de mí: me ayuda a buscar su propio cuerpo. Si le hago señas para que se quede en su lugar, he aquí que me devuelve las mismas señas… El secreto está descubierto, pero, y lo digo con franqueza, no a mi entera satisfacción. Todo está explicado, lo mismo los grandes que los pequeños detalles, y muestran indiferencia en poner ante el espíritu, por ejemplo, el arrancamiento de los ojos de la mujer rubia: ¡es tan poca cosa!… ¿No recordaba yo que también había sufrido el arrancamiento de la cabellera, aunque sólo fue durante cinco años (el número exacto de años lo había olvidado), que encerré a un ser humano en una prisión, para ser testigo del espectáculo de sus sufrimientos, porque me había rechazado con justo título, una amistad que no se concede a seres como yo? Puesto que simulo ignorar que mi mirada puede causar la muerte, incluso a los planetas que giran en el espacio, no se equivocará aquel que pretenda que no poseo la facultad de recordar. Sólo me queda romper este espejo con ostentación, con la ayuda de una piedra… No es la primera

vez que la pesadilla de la pérdida momentánea de la memoria establece su morada en mi imaginación, cuando, por las inflexibles leyes de la óptica, sucede que me encuentro situado frente al desconocimiento de mi propia imagen.

Me había dormido en el acantilado. Aquel que durante todo el día persiguió al avestruz a través del desierto, sin poderle alcanzar, no tuvo tiempo de tomar alimento ni de cerrar los ojos. Si es él quien me lee, será capaz de adivinar, con exactitud, qué sueño hizo hincapié en mí. Pero cuando la tempestad empuja verticalmente un barco, con la palma de la mano, hasta el fondo del mar, y, sobre la balsa, no queda más que un hombre de toda la tripulación, agotado por la fatiga y las privaciones de toda clase; si el oleaje lo bambolea, como un despojo, durante horas más prolongadas que la vida humana; y, si una fragata, que surca más tarde esos parajes de desolación con el casco partido, percibe al desgraciado que pasea por el océano su osamenta descarnada, y le presta un socorro que ha faltado poco para ser tardío, creo que ese náufrago adivinará mejor aún a qué grado llegó el adormecimiento de mis sentidos. El magnetismo y el cloroformo, cuando se toman la pena, saben a veces engendrar semejantes catalepsias letárgicas. No tienen ningún parecido con la muerte: sería una gran mentira decirlo. Pero vayamos en seguida al sueño, a fin de que los impacientes, hambrientos de esta clase de lecturas, no se pongan a rugir, como un banco de cachalotes macrocéfalos que combaten entre sí por una hembra preñada. Yo soñaba que había penetrado en el cuerpo de un cerdo, que no me resultaba fácil salir de él, y que revolcaba mi pelo en los pantanos más fangosos. ¿Era como una recompensa? ¡Objeto de mis deseos, ya no pertenecía a la humanidad! En ese sentido hice la interpretación, y sentí una alegría mucho más que profunda. Sin embargo, yo buscaba diligentemente qué acto de virtud había realizado para merecer, por parte de la Providencia, este insigne favor. Ahora que he repasado en mi memoria las diversas fases de aquel aplanamiento espantoso contra el vientre de granito, durante el cual la marea, sin que yo lo advirtiera, pasó dos veces sobre aquella mezcla irreductible de materia muerta y de carne viva, no carece tal vez de utilidad proclamar que esa degradación sólo fue, probablemente, un castigo que me impuso la justicia divina. Pero ¿quién conoce sus necesidades íntimas o la causa de sus pestilenciales alegrías? La metamorfosis no pareció nunca a mis ojos sino como el alto y magnánimo estruendo de una dicha perfecta, que esperaba desde hacia mucho tiempo. ¡Al fin había llegado el día en que era un cerdo! Probaba mis dientes en la corteza de los árboles y contemplaba a mi hocico con delicadeza. No quedaba ya en mí la más mínima partícula de divinidad: supe elevar mi alma hasta la excelsa altura de esa inefable voluptuosidad. Escuchadme, pues, y no os avergoncéis, inagotables caricaturas de lo bello, que tomáis en serio el risible rebuzno de vuestra alma, soberanamente despreciable, y que no comprendéis por qué el Todopoderoso, en un extraño momento de excelente bufonería, que por cierto no alcanza a las grandes

leyes generales de lo grotesco; se dio un día el mirífico placer de que un planeta sea habitado por seres singulares y microscópicos, a los que se llama *humanos*, y cuya materia es semejante a la del coral bermejo. En verdad tenéis razón para avergonzaos, hueso y grasa, pero escuchadme. No invoco a vuestra inteligencia, pues le haríais vomitar sangre por el horror que os testimonia: olvidadla, y sed consecuentes con vosotros mismos… Vamos, basta ya de apuros. Cuando quería matar, mataba, lo cual me sucedía a menudo, y nadie me lo impedía. Las leyes humanas me perseguían con su venganza, aunque yo atacase a la raza que había abandonado tan tranquilamente; pero mi conciencia no me hacía ningún reproche. Durante la jornada yo me batía con mis nuevos semejantes, y el suelo quedaba sembrado de numerosas capas de sangre coagulada. Yo era el más fuerte y conseguía todas las victorias. Heridas penetrantes cubrían mi cuerpo, aunque aparentaba no darme cuenta. Los animales terrestres se alejaban de mí, y me quedé solo en medio de mi resplandeciente grandeza. ¡Cuál no sería mi asombro, cuando, tras haber atravesado un río a nado, para alejarme de las comarcas que mi cólera había despoblado, y alcanzar otros campos para implantar en ellos mis costumbres de asesinato y matanza, intenté caminar por esa florida ribera! Mis pies estaban paralizados; ningún movimiento llegaba a traicionar la verdad de esa inmovilidad forzada. En medio de esfuerzos sobrenaturales para continuar mi camino, me desperté, y sentí que volvía a ser hombre. La Providencia me hacía así comprender, de una manera que no es inexplicable, que ella no quería que, ni siquiera en sueños, mis proyectos sublimes se cumplieran. Regresar a mi forma primitiva supuso para mí un dolor tan grande que por las noches lloro todavía. Mis sábanas están constantemente mojadas, como si las hubiera metido en agua, y todos los días necesito cambiarlas. Si no lo creéis, venid a verme, y controlaréis, con vuestra propia experiencia, no la verosimilitud, sino, además, la verdad misma de mi aserción. ¡Cuántas veces, después de aquella noche pasada al raso en un acantilado, me he mezclado con piaras de cerdos para recobrar, como un derecho, mi metamorfosis destruida! Ya es hora de abandonar esos gloriosos recuerdos que sólo dejan tras sí la pálida vía láctea de los eternos lamentos.

No es imposible ser testigo de una desviación anormal en el funcionamiento latente o visible de las leyes de la naturaleza. Efectivamente, si cada uno se tomara la ingeniosa molestia de interrogar a las diversas fases de su existencia (sin olvidar una sola, pues esa podría ser acaso la que estaba destinada a suministrar la prueba de lo que adelanto), recordaría, sin cierta extrañeza, que en otras circunstancias, sería cómico que, un día concreto, por hablar en primer lugar de cosas objetivas, fue testigo de algún fenómeno que parecía sobrepasar, y sobrepasaba positivamente, las conocidas nociones suministradas por la observación y la experiencia, como por ejemplo la lluvia de sapos, espectáculo mágico que no debió ser al principio comprendido por los sabios. Y que otro día concreto, por hablar en segundo y último

lugar de las cosas subjetivas, su alma presentó a la mirada investigadora de la sicología, no voy a decir una aberración de la razón (que, sin embargo, no sería menos curioso, sino al contrario, lo sería mucho más), pero al menos, por no ser considerado difícil ante ciertas personas frías, que no me perdonarían nunca las lucubraciones flagrantes de mi exageración, un estado inhabitual, bastante a menudo muy grave, que indica que el límite concedido por el buen sentido a la imaginación es a veces, a pesar del pacto efímero convenido entre esas dos potencias, desgraciadamente sobrepasado por la presión enérgica de la voluntad, pero también, la mayor parte del tiempo, por la ausencia de su colaboración efectiva: citemos en su apoyo algunos ejemplos, cuya oportunidad no es difícil apreciar, si en todo caso se toma por compañera una atenta moderación. Presento dos: los arrebatos de cólera y las enfermedades del orgullo. Advierto al que me lee que tenga cuidado con no formarse una idea vaga, y, con mayor razón, falsa, de las bellezas literarias que deshoje en el desarrollo excesivamente rápido de mis frases. ¡Ay! quisiera exponer mis razonamientos y mis comparaciones lentamente y con mucha magnificencia (pero ¿quién dispone de tanto tiempo?), para que todos comprendiesen mejor, si no mi espanto, por lo menos mi estupefacción, cuando, una tarde de verano, como el sol parecía descender por el horizonte, vi nadar en el mar, con anchas patas de ánade en vez de extremidades, brazos y piernas, y portador de una aleta dorsal, proporcionalmente tan larga y tan afilada como la de los delfines, a un ser humano, de músculos vigorosos, al que numerosos bancos de peces (vi, en ese cortejo, entre otros habitantes de las aguas, el torpedo, el anarnak groenlandés y la horrible escorpena) seguían con muestras muy ostensibles de la mayor admiración. Algunas veces se sumergía, y su cuerpo viscoso reaparecía casi de inmediato a doscientos metros de distancia. Las marsopas, que no han robado, según mi opinión, su reputación de buenas nadadoras, apenas podían seguir de lejos a ese anfibio de nueva especie. Yo no creo que el lector tenga ocasión de arrepentirse si presta a mi narración, no el nocivo obstáculo de una credulidad estúpida, sino el supremo favor de una confianza profunda, que discuta legalmente, con secreta simpatía, los misterios poéticos, demasiado poco numerosos, según su propia opinión, que me encargo de revelarle, cada vez que se presenta la oportunidad, como la que hoy inopinadamente se ha presentado, íntimamente impregnada por los tonificantes olores de las plantas acuáticas, que la brisa refrescante transporta a esta estrofa, que encierra a un monstruo que se ha apropiado de los signos distintivos de la familia de las palmípedas. ¿Quién habla aquí de apropiación? Sépase bien que el hombre, por su naturaleza múltiple y compleja, no desconoce los medios de ensanchar aún más las fronteras: vive en el agua como el hipocampo, en las capas superiores del aire como el quebrantahuesos, y bajo la tierra como el topo, la cochinilla y la humilde lombriz. Tal es en su forma, más o menos concisa (mejor más que menos), el exacto criterio del consuelo extremadamente fortificante que me esforzaba a hacer surgir dé mi espíritu, cuando pensé que el ser humano que percibía a una gran distancia nadar con

sus cuatro miembros en la superficie de las olas, como jamás lo hizo el más soberbio cormorán, no había acaso adquirido el nuevo cambio de las extremidades, de sus brazos y de sus piernas, sino como castigo expiatorio de algún crimen desconocido. No era necesario que me atormentase la cabeza para fabricar de antemano las melancólicas píldoras de la piedad, pues no sabía que ese hombre, cuyos brazos golpeaban alternativamente la onda amarga, mientras sus piernas, con una fuerza semejante a la que poseen las retorcidas defensas del narval, engendraban el retroceso de las capas acuáticas, no se había apropiado voluntariamente de esas extraordinarias formas, y tampoco le habían sido impuestas como suplicio. Según lo que supe más tarde, he aquí la simple verdad: la prolongación de la existencia, en ese fluido elemento, había insensiblemente aportado al ser humano, exilado él mismo de los continentes pedregosos, los cambios importantes, aunque no esenciales, que había observado en un objeto, que una mirada medianamente confusa me había hecho tomar en los momentos primordiales de su aparición (por una incalificable ligereza cuyos desvaríos engendran ese sentimiento tan penoso que fácilmente comprenderán los psicólogos y los amantes de la prudencia) por un pez de forma extraña, aún no descrito en las clasificaciones de los naturalistas, pero acaso descrito en sus obras póstumas, aunque no tenga la excusable pretensión de inclinarme hacia esta última suposición, imaginada en condiciones demasiado hipotéticas. En efecto, ese anfibio (puesto que era anfibio, sin que se pueda afirmar lo contrario) sólo era visible para mí, abstracción hecha de los peces y de los cetáceos, pues percibí que algunos campesinos que se habían detenido a contemplar mi rostro, turbado por ese fenómeno natural, y que inútilmente intentaban explicarse por qué mis ojos estaban constantemente fijos, con una perseverancia que parecía invencible, y que en realidad no lo era, en un lugar del mar donde ellos no distinguían más que una cantidad apreciable y limitada de bancos de peces de todas las especies, distendían la abertura de sus grandes bocas, casi tanto como las de las ballenas. «Eso les hacia sonreír, pero no, como a mi, palidecer», decían ellos en su pintoresco lenguaje, «y no eran tan bestias como para no darse cuenta de que yo precisamente no miraba las evoluciones campestres de los peces, sino que mi vista alcanzaba mucho más lejos». De tal manera que, en lo que a mí concierne, girando maquinalmente los ojos hacia el lado de la notable envergadura de esas potentes bocas, me decía a mi mismo que, a menos que se encontrara en la totalidad del universo un pelicano grande como una montaña o por lo menos como un promontorio (admirad, os lo ruego, la finura de la restricción que no pierde una pulgada de terreno), ningún pico de ave de presa o quijada dé animal salvaje sería nunca capaz de superar, ni siquiera igualar, cada uno de esos cráteres abiertos, pero demasiado lúgubres. Y, sin embargo, aunque reserve una buena parte al simpático empleo de la atmósfera (esta figura retórica presta muchos más servicios a las aspiraciones humanas hacia el infinito de lo que ordinariamente puedan figurarse aquellos que están imbuidos de prejuicios o de ideas falsas, lo que es una misma cosa), no es menos cierto que la boca risible de esos campesinos

resultaba bastante grande como para tragarse tres cachalotes. Achiquemos más nuestro pensamiento, seamos serios, y conformémonos con tres pequeños elefantes que apenas acaban de nacer. De una sola brazada, el anfibio dejaba atrás un kilómetro de estela espumosa. Durante el cortísimo momento en que el brazo extendido hacia adelante quedaba suspendido en el aire, antes de hundirse de nuevo, con sus dedos separados y unidos por un repliegue de la piel en forma de membrana, parecía lanzarse hacia las alturas del espacio y coger las estrellas. De pie en la roca, me serví de mis manos de bocina y grité, mientras los cangrejos de mar y de río huían hacia la oscuridad de las grietas más profundas: «Oh tú, cuya natación aventaja al vuelo de las largas alas de la fragata, si comprendes todavía la significación de los grandes clamores que, como fiel interpretación de su pensamiento íntimo, lanza con fuerza la humanidad, dígnate detenerte un instante en tu veloz marcha y cuéntame sumariamente las fases de tu verídica historia. Pero te advierto de que no tienes necesidad de dirigirme la palabra, si tu audaz deseo es hacer que nazca en mí la amistad y la veneración que sentí por ti desde que te vi por primera vez cumpliendo, con la gracia y la fuerza del tiburón, tu peregrinación indómita y rectilínea». Un suspiro, que me heló los huesos e hizo tambalear la roca sobre la cual descansaba la planta de mis pies (a menos que fuese yo mismo quien me tambaleara por la ruda penetración de las ondas sonoras que llevaban a mi oído semejante grito de desesperación), se oyó hasta en las entrañas de la tierra: los peces se sumergieron bajo las olas con el ruido de una avalancha. El anfibio no se atrevió a avanzar demasiado hacia la orilla, pero cuando estuvo seguro de que su voz llegaba bastante clara hasta mis tímpanos, redujo el movimiento de sus miembros palmeados, de forma que pudiera sostener su busto, cubierto de algas, por encima de las olas mugientes. Le vi inclinar su frente, como para invocar, por una orden solemne, la jauría errante de los recuerdos. No me atrevía a interrumpirle en esa ocupación santamente arqueológica: sumergido en el pasado, se asemejaba a un escollo. Tomó al fin la palabra en estos términos: «La escolopendra no carece de enemigos, y la fantástica belleza de sus innumerables patas, en vez de atraer la simpatía de los animales, no es quizás para ellos más que el poderoso estímulo de una celosa exasperación. Y no me asombraría saber que ese insecto es el blanco de los odios más intensos. Te ocultaré el lugar de mi nacimiento, que no importa para mi relato, pues la vergüenza que recae sobre mi familia sólo me importa a mí. Mi padre y mi madre (¡qué Dios les perdone!), después de un año de espera, vieron que el cielo atendió sus súplicas: dos gemelos, mi hermano y yo, vieron la luz. Razón de más para amarse. Pero no fue de la manera que digo. Porque como yo era el más bello y el más inteligente de los dos, mi hermano me tomó odio y no se molestó en ocultar sus sentimientos: por eso, mi padre y mi madre hicieron recaer sobre mi la mayor parte de su amor, mientras que, por mi amistad sincera y constante, me forzaba por apaciguar un alma que no tenía derecho a rebelarse contra quien había sido extraído de la misma carne. Entonces, mi hermano no puso límites a su furor, y me mató, en el

corazón de nuestros comunes padres, por medio de las calumnias más inverosímiles. Viví durante quince años en un calabozo, con larvas y agua fangosa por todo alimento. No te contaré con detalles los inauditos tormentos que sufrí en ese largo secuestro injusto. Algunas veces, en un momento de la jornada, uno de los tres verdugos, según su turno, entraba bruscamente, cargado de pinzas, de tenazas y de diversos instrumentos de suplicio. Los gritos que me arrancaban las torturas les dejaban inmutables, y la pérdida abundante de mi sangre les hacía sonreír. ¡Oh hermano mío, tú, causa primera de todos mis males, ya te he perdonado! ¡Es posible que una ciega rabia no pueda al fin abrirle sus ojos! Mucho he reflexionado en mi prisión eterna. Adivina en qué se convirtió mi odio contra toda la humanidad. La progresiva caquexia y la soledad del cuerpo y del alma no me llevaron a perder toda la razón, hasta el punto de sentir resentimiento contra aquéllos a quienes no había dejado de amar: triple argolla de quien era esclavo. ¡Conseguí, por medio de la astucia, recobrar mi libertad! Asqueado de los habitantes del continente, que, aunque se llamasen mis semejantes, no parecía asemejarse a mí en nada hasta el momento (si ellos me consideraban su semejante, ¿por qué me hacían daño?), dirigí mis pasos hacia los guijarros de la playa, con la firme resolución de darme la muerte, si el mar llegaba a ofrecerme las anteriores reminiscencias de una existencia fatalmente vivida. ¿Creerás a tus propios ojos? Desde el día que huí de la casa paterna, no me lamento tanto como crees de habitar el mar y sus grutas de cristal. La Providencia, como ves, me ha concedido, en parte, un organismo de cisne. Vivo en paz con los peces, y ellos me procuran el alimento que necesito, como si yo fuera su monarca. Voy a lanzar un silbido particular, en caso de que te contraríe, y verás cómo ellos reaparecen». Sucedió como él predijo. Reanudó su regia natación, rodeado de su cortejo de súbditos. Y, aunque al cabo de algunos segundos hubo desaparecido completamente de mi vista, con un anteojo pude todavía distinguirlo en los últimos límites del horizonte. Nadaba con una mano y con la otra se enjuagaba los ojos, que estaban inyectados de sangre por la violencia de haberse aproximado a la tierra firme. Había obrado así para complacerme. Arrojé el instrumento revelador contra el escarpe cortado a pico; rebotó de roca en roca y sus fragmentos dispersos fueron recibidos por las olas: tales fueron la última demostración y el supremo adiós, con los que me incliné, como en un sueño, ante una noble e infortunada inteligencia. Sin embargo, fue real todo lo que pasó durante esa tarde de verano.

Todas las noches, sumergiendo la envergadura de mis alas en mi memoria agonizante, evocaba el recuerdo de Falmer… todas las noches. Sus cabellos rubios, su rostro oval, sus rasgos majestuosos estaban aún impresos en mi imaginación… indestructiblemente… sobre todo sus cabellos rubios. Alejad, alejad por tanto esa cabeza sin cabellera, lisa como el caparazón de la tortuga. Él tenía catorce años, y yo sólo tenía un año más. Que se calle esa lúgubre voz. ¿Por qué viene a denunciarme?

Pero soy yo mismo quien habla. Sirviéndome de mi propia lengua para emitir mi pensamiento, compruebo que mis labios se mueven y que soy yo mismo quien habla. Y soy yo mismo quien está relatando una historia de mi propia juventud y sintiendo el remordimiento penetrar en mi corazón… soy yo mismo, a menos que me engañe… soy yo mismo quien habla. Yo sólo tenía un año más. ¿Quién es ése al que hago alusión? Es un amigo que tenía en los tiempos pasados, creo. Sí, sí, ya he dicho cómo se llama… No quiero deletrear de nuevo esas seis letras, no, no. Tampoco es útil repetir que yo tenía un año más. ¿Quién lo sabe? Repitámoslo, sin embargo, pero con un penoso murmullo: yo sólo tenía un año más. Aún entonces, la preeminencia de mi fuerza física era más un motivo para sostener, a través del rudo sendero de la vida, a aquel que se había entregado a mi, que para maltratar a un ser visiblemente más débil. Pues, en efecto, creo que era más débil… Incluso entonces. Es un amigo que tuve en los tiempos pasados, creo. La preeminencia de mi fuerza física… cada noche… Sobre todo sus cabellos rubios. Existe más de un ser humano que ha visto cabezas calvas: la vejez, la enfermedad, el dolor (los tres juntos o separados), explican ese fenómeno negativo de una manera satisfactoria. Tal es, al menos, la respuesta que me daría un sabio, si le preguntara sobre el asunto. La vejez, la enfermedad, el dolor. Pero no ignoro (yo también soy un sabio) que un día, porque había detenido mi mano en el momento en que levantaba mi puñal para clavarlo en el seno de una mujer, lo cogí por los cabellos con brazo de hierro y lo hice girar en el aíre con tal velocidad que su cabellera se quedó en mi mano, y su cuerpo, lanzado por la fuerza centrífuga, fue a estrellarse contra el tronco de un roble… No ignoro que un día su cabellera se quedó en mi mano. Yo también soy un sabio. Sí, sí, ya he dicho cómo se llama. No ignoro que un día realicé un acto infame, mientras su cuerpo era lanzado por la fuerza centrífuga. Tenía catorce años. Cuando, en un acceso de alienación mental, corro a través de los campos, llevando, comprimido contra mi corazón, una cosa sangrante que conservo desde hace mucho tiempo como una reliquia venerada, los chiquillos que me persiguen… los chiquillos y las viejas que me persiguen a pedradas, lanzan estos gemidos lamentables: «Ésa es la cabellera de Falmer». Alejad, alejad esa cabeza calva, lisa como el caparazón de la tortuga… Una cosa sangrante. Pero soy yo quien habla. Su rostro oval, sus rasgos majestuosos. Pues, en efecto, creo que era más débil. Las viejas y los chiquillos. Pues, en efecto, creo… ¿qué quería decir?… pues, en efecto, creo que era más débil. Con brazo de hierro. Ese choque, ese choque, ¿lo mató? ¿Sus huesos se destrozaron contra el árbol… irremediablemente? ¿Lo mató ese choque engendrado por el vigor de un atleta? ¿Ha conservado la vida, aunque sus huesos se hayan destrozado irremediablemente… irremediablemente? Ese choque, ¿lo mató? Temo saber aquello de lo que mis ojos cerrados no fueron testigos. En efecto… Sobre todos sus cabellos rubios. En efecto, huí lejos con una conciencia desde entonces implacable. Tenía catorce años. Con una conciencia desde entonces implacable. Todas las noches. Cuando un muchacho, que aspira a la gloria, en un quinto piso, inclinado sobre la mesa de trabajo, a la hora silenciosa de la media

noche, percibe un murmullo que no sabe a qué atribuir, vuelve hacia todos los lados su cabeza, agobiada por la meditación y los polvorientos manuscritos; pero nada, ningún indicio sorprendido le revela la causa de lo que oye tan débilmente, aunque sin embargo lo oye. Percibe, al final, que el humo de su vela, emprendiendo su vuelo hacia el techo, ocasiona, a través del aire ambiente, las vibraciones casi imperceptibles de una hoja de papel colgada de un clavo fijado en la pared. En un quinto piso. Lo mismo que un muchacho, que aspira a la gloria, oye un murmullo que no sabe a qué atribuir, lo mismo yo oigo una voz melodiosa que pronuncia en mi oído: «¡Maldoror!». Pero antes de poner fin a su desprecio, creía oír las alas de un mosquito… inclinado sobre su mesa de trabajo. Sin embargo, no sueño. ¿Qué importa que esté acostado en mi lecho de satén? Con sangre fría, hago la perspicaz observación de que tengo los ojos abiertos, aunque sea la hora de los dominós rosa y de los bailes de máscaras. ¡Jamás!… ¡oh! no, ¡jamás!… ¡una voz mortal hizo oír esos acentos seráficos, pronunciando, con tan dolorosa elegancia, las sílabas de mi nombre! Las alas de un mosquito… ¡Qué benevolente es su voz! ¿Entonces me ha perdonado? Su cuerpo fue a estrellarse contra el tronco de un roble… «¡Maldoror!».

CANTO QUINTO

QUE el lector no se enfade conmigo si mi prosa no tiene la dicha de agradarle. Por lo menos mantienes que mis ideas son singulares. Lo que dices, hombre respetable, es la verdad, pero es una verdad parcial. Por otra parte, ¡qué fuente abundante de errores y de desprecios no es una verdad parcial! Las bandadas de estorninos[11] tienen una manera de volar que es propia, y parece estar sometida a una táctica uniforme y regular, como sería la de una tropa disciplinada que obedece con precisión a la voz de un solo jefe. Es la voz del instinto a quien obedecen los estorninos, y su instinto les lleva a aproximarse siempre al centro del pelotón, mientras que la rapidez de su vuelo les lleva sin cesar a alejarse de él, de manera que es multitud de pájaros, reunidos por una tendencia común hacia el mismo punto imantado, al ir y venir de continuo, al circular y cruzarse y cruzarse en todos los sentidos, forma una especie de torbellino agitadísimo, cuya masa completa, sin seguir una dirección muy determinada parece tener un movimiento general de evolución sobre sí misma, resultante de los movimientos particulares de circulación propios de cada una de sus partes, y en el cual el centro, tendiendo perpetuamente a amplificarse, pero sin cesar presionado, empujado por el esfuerzo contrario de las líneas envolventes que pesan sobre él, se halla constantemente más apretado que ninguna de esas líneas, las cuales lo son más cuanto más próximas están del centro. A pesar de esa singular manera de formar remolinos, los estorninos no dejan por eso de hendir menos, con una velocidad rara, el aire ambiente, y de ganar sensiblemente, en cada segundo, un terreno preciso para el término de sus fatigas y el fin de su peregrinación. Tú, por lo mismo, no prestes atención a la manera extraña en que canto cada una de estas estrofas. Pero persuádete de que los acentos fundamentales de la poesía no por eso conservan menos su intrínseco derecho sobre mi inteligencia. No generalicemos hechos excepcionales, no pido nada mejor: sin embargo mi carácter se halla dentro del orden de las cosas posibles. Sin duda, entre los dos términos de tu literatura, tal como tú la entiendes, y de la mía, existe una infinidad de intermediarios y sería fácil multiplicar las divisiones; pero carecería de toda utilidad y existiría el peligro de conferir algo estrecho y falso a una concepción eminentemente filosófica, que deja de ser racional, desde el momento en que no es comprendida como ha sido imaginada, es decir, con amplitud. Sabes aliar el entusiasmo y la frialdad interior, observador de un humor concentrado; en fin, por mí, te encuentro perfecto… ¡Y tú no quieres comprenderme! Si no tienes buena salud, sigue mi consejo (lo mejor que poseo, a tu disposición), y vete a dar un paseo por el campo. Triste compensación, ¿qué dices? Cuando hayas tomado el aire, ven de nuevo a buscarme: tus sentidos se habrán ya calmado. No llores más, no quería causarte pena. ¿No es verdad, amigo mío, que hasta cierto punto mis cantos han despertado tu simpatía? ¿Quién te impide entonces salvar los otros escalones? La frontera entre tu gusto y el mío es invisible, jamás podrás encontrarla:

lo que prueba que esa frontera no existe. Reflexiona entonces (no hago más que rozar la cuestión) que no sería imposible que hubieras firmado un tratado de alianza con la obstinación, esa agradable hija del mulo, fuente tan rica de intolerancia. Si yo no supiera que no eres un necio, no te haría semejante reproche. No es útil para ti que te enquistes en el cartilaginoso caparazón de un axioma que crees inconmovible. Hay otros axiomas inconmovibles que caminan paralelamente al tuyo. Si tienes una inclinación marcada por los caramelos (admirable farsa de la naturaleza), nadie lo concebirá como un crimen, pero aquéllos cuya inteligencia, más enérgica y más capaz de grandes cosas, prefiere la pimienta y el arsénico, tienen buenas razones para obrar de esa forma, sin tener la intención de imponer su pacífica dominación a los que tiemblan de miedo ante una musaraña o ante la expresión parlante de las caras de un cubo. Hablo por experiencia, y no vengo a representar aquí el papel de provocador. Pues así como los rotíferos y los tardígrados pueden ser calentados hasta una temperatura próxima a la ebullición, sin que pierdan necesariamente su vitalidad, así sucederá contigo, si sabes asimilar, con precaución, la áspera serosidad purulenta que se desprende lentamente de la irritación que causan mis interesantes lucubraciones. ¡Y qué! ¿No se ha conseguido injertar en el lomo de una rata viva la cola separada del cuerpo de otra rata? Prueba, pues, de forma parecida a transportar a tu imaginación las diversas modificaciones de mi razón cadavérica. Pero sé prudente. A la hora en que escribo, nuevos estremecimientos recorren la atmósfera intelectual: no se trata sino de tener el valor de mirarlos de frente. ¿Por qué haces esa mueca? E incluso la acompañas de un gesto que sólo podría imitar después de un largo aprendizaje. Persuádete de que el hábito es necesario en todo, y, puesto que la repulsión instintiva que se había declarado desde las primeras páginas, ha disminuido notablemente de profundidad, en razón inversa de la aplicación a la lectura, como un forúnculo que se saja, es preciso esperar, aunque tu cabeza se halle todavía enferma, que tú curación no tarde en entrar con seguridad en su último periodo. Para mí es indudable que ya bogas en plena convalecencia; sin embargo tu rostro ha quedado muy delgado, ¡ay! Pero… ¡ánimo!, hay en ti un espíritu poco común, te amo, y no desespero de tu completa liberación, con tal de que tomes algunas substancias medicamentosas que no harán más que apresurar la desaparición de los últimos síntomas del mal. Como alimento astringente y tónico, arrancarás primero los brazos a tu madre (si vive todavía), la despedazarás en pequeños trozos y te los comerás a continuación, en un sólo día, sin que ningún rasgo de tu cara traicione tu emoción. Si tu madre fuera demasiado vieja, elige Otro personaje quirúrgico más joven y más tierno, sobre el cual pueda obrar la legra, y cuyos huesos tarsianos, cuando camine, encuentren fácilmente un punto de apoyo para hacer de palanca: tu hermana, por ejemplo. No puedo dejar de compadecer su suerte, y no soy de aquéllos en los cuales un entusiasmo muy frío no hace sino atacar a la bondad. Tú y yo verteremos por ella, por esa virgen amada (aunque no tenga pruebas para establecer que sea virgen), dos lágrimas incoercibles, dos lágrimas de plomo. Eso será todo. La porción más lenitiva,

que te aconsejo, es un bacín lleno de pus blenorrágico con nódulos, en el cual se haya previamente disuelto un quiste piloso de ovario, un chancro folicular, un prepucio inflamado, reinvertido hacia atrás del glande por una parafimosis, y tres babosas rojas. Si sigues mis prescripciones, mi poesía te recibirá con los brazos abiertos, como un piojo reseco recibe con sus besos a la raíz de un cabello.

Veía delante de mí un objeto de pie sobre un Otero. No distinguía con claridad su cabeza, pero, pese a ello, adivinaba que no tenía una forma corriente, sin precisar desde luego la proporción exacta de sus contornos. No me atrevía a acercarme a esa columna inmóvil, y, aun cuando hubiera tenido a mi disposición las patas ambulatorias de más de tres mil cangrejos (no hablo siquiera de las que sirven para la aprehensión y para la masticación de los alimentos), hubiera permanecido en el mismo lugar, si un acontecimiento, muy nimio en sí, no hubiese inferido un pesado tributo a mi curiosidad, que hacía estallar sus diques. Un escarabajo, que hacía rodar por el suelo con sus mandíbulas y sus antenas una bola, cuyos principales elementos estaban compuestos por materias excrementicias, avanzaba con rápido paso hacia el Otero señalado, poniendo gran empeño en hacer evidente su voluntad de tomar aquella dirección. ¡El animal articulado no era mucho mayor que una vaca! Si alguien duda de lo que digo, que venga a mí, y haré que quede satisfecho el más incrédulo con la aseveración de buenos testigos. Lo seguí de lejos, ostensiblemente intrigado. ¿Qué quería hacer con aquella enorme bola negra? Oh lector, tú que te vanaglorias continuamente de tu perspicacia (y sin razón), ¿serías capaz de decírmelo? Pero no quiero someter a una ruda prueba tu conocida pasión por los enigmas. Bástete saber que el más suave castigo que puedo inflingirte es hacerte observar que ese misterio no te será revelado (te será revelado) sino más tarde, al final de tu vida, cuando entables discusiones filosóficas con la agonía al borde de tu cabecera… e incluso, tal vez, al final de esta estrofa. El escarabajo había llegado a la base del otero. Yo había adelantado mi paso a sus huellas y me hallaba todavía a una gran distancia del lugar de la escena, pues así como los estercorarios, aves inquietas como si estuvieran siempre hambrientas, lo pasan bien en los mares que bañan los dos polos, y no penetran sino accidentalmente en las zonas templadas, así yo tampoco estaba tranquilo y hacía avanzar mis piernas con mucha lentitud. Pero ¿hacia qué sustancia corporal avanzaba yo? Sabía que la familia de los pelícanos comprende cuatro géneros distintos: el pájaro bobo, el pelícano, el cormorán y la fragata. La forma grisácea que se hallaba ante mí no era un bobo. El bloque plástico que percibía no era una fragata. La carne cristalizada que observaba no era un cormorán. ¡Veía ahora al hombre con encéfalo desprovisto de protuberancia anular! Buscaba vagamente, entre los repliegues de mi memoria, en qué comarca tórrida o helada había visto ya ese pico larguísimo, ancho, convexo, abovedado, de arista marcada, unguiculado, abultado y muy ganchudo en su extremidad; esos bordes dentados, rectos; esa

mandíbula inferior, de ramas separadas hasta cerca de la punta; ese intervalo relleno por una piel membranosa; esa ancha bolsa, amarilla y sacciforme, que ocupa toda la garganta y puede distenderse considerablemente; y esas narices tan estrechas, longitudinales, casi imperceptibles, abiertas en un surco basal ~ Si ese ser viviente, de respiración pulmonar simple, de cuerpo guarnecido de pelos, hubiera sido un pájaro completo hasta la planta de los pies, y no solamente hasta los hombros, no me hubiera sido tan difícil reconocerlo: cosa muy fácil de hacer, como vais a ver vosotros mismos. Sólo que esta vez me dispenso de ello, pues para la claridad de mi demostración necesitaría que uno de esos pájaros se hallara sobre mi mesa de trabajo, aunque fuera disecado. Pero no soy lo bastante rico como para procurármelo. Siguiendo paso a paso una hipótesis anterior, habría citado en seguida su verdadera naturaleza, y luego encontrado un Sitio en los cuadros de la historia natural, a aquél cuya nobleza de aspecto enfermizo admiraba. ¡Con qué satisfacción, de no ser del todo ignorante de los secretos de su doble organismo, y con qué avidez por saber aún más, lo contemplaba yo en su perdurable metamorfosis! ¡Aunque no poseía un rostro humano, me parecía bello como dos largos filamentos tentaculiformes de un insecto, o mejor, como una inhumación precipitada, o mejor todavía, como la ley de la reconstitución de los órganos mutilados, y, sobre todo, como un líquido eminentemente putrescible! Pero sin prestar ninguna atención a lo que sucedía a su alrededor, el extranjero miraba siempre ante sí, con su cabeza de pelicano. Otro día contaré el final de esta historia. Sin embargo, continuaré mi narración con triste apresuramiento, pues si por parte vuestra os impacientáis por saber adónde quiere ir mi imaginación (¡ruego al cielo que en efecto esto no sea más que imaginación!), por la mía he tomado la resolución de terminar de una vez (¡y no de dos!) lo que tenía que decir. No obstante nadie tiene derecho a acusarme de falta de valor. Porque cuando se halle en presencia de semejantes circunstancias, más de uno sentirá latir en la palma de la mano las pulsaciones de su corazón. Acaba de morir, casi desconocido, en un pequeño puerto de Bretaña, un patrón de cabotaje, viejo marino que fue héroe de una terrible historia. Por entonces era capitán de largas travesías y viajaba para un armador de Saint-Malo. Después de una ausencia de trece meses, regresó al hogar conyugal en el momento en que su mujer, todavía en cama, acababa de darle un heredero, al cual no se consideraba con ningún derecho a reconocer. El capitán no hizo el menor gesto de sorpresa ni de cólera; rogó fríamente a su mujer que se vistiera y que le acompañara a dar un paseo por la murallas de la ciudad. Era el mes de enero. Las murallas de Saint-Malo son elevadas, y, cuando sopla el viento del norte, los más intrépidos retroceden. La desdichada obedeció, tranquila y resignada; al volver, deliraba. Expiró esa misma noche. No era más que una mujer. Mientras que yo, que soy un hombre, en presencia de un drama no menos grande, no sé si conservaré bastante dominio sobre mí mismo como para que los músculos de mi rostro permanezcan inmóviles. En cuanto al escarabajo llegó a la base del Otero, el hombre elevó sus brazos hacia el Oeste (precisamente en esa dirección un buitre de corderos

y un búho de Virginia entablaban un combate en el aire), enjugó en su pico una larga lágrima que presentaba un sistema de coloración diamantino, y dijo al escarabajo: «¡Desgraciada bola!, ¿no la has hecho rodar bastante tiempo? Tu venganza no está aún saciada, y ya, esa mujer, a quien habías atado con collares de perlas las piernas y los brazos, de manera que formara un poliedro amorfo, a fin de arrastrarla con tus patas a través de los valles y los caminos, sobre las zarzas y las piedras (¡déjame que me aproxime a ver si es todavía ella!), ha visto sus huesos llenarse de heridas, sus miembros pulirse por la ley mecánica del frotamiento rotatorio, confundirse en la unidad de la coagulación, y su cuerpo presentar, en vez de las delineaciones primordiales y de las curvas naturales, la apariencia monótona de un todo homogéneo que se parece demasiado, por la confusión de sus diversos elementos triturados, a la masa de una esfera. Hace mucho tiempo que está muerta; deja esos despojos a la tierra y ten cuidado de aumentar, en proporciones irreparables, la rabia que te consume: eso no es ya justicia, pues el egoísmo escondido en los tegumentos de tu frente, levanta lentamente, como un fantasma, los paños que lo cubren». El buitre de corderos y el búho de Virginia, llevados insensiblemente por las peripecias de su lucha, se había aproximado a nosotros. El escarabajo tembló ante esas palabras inesperadas, y, lo que en Otra ocasión hubiera sido un movimiento insignificante, esa vez se convirtió en la señal distintiva de un furor que no conocía límites, pues frotó terriblemente sus patas traseras contra el borde de los élitros, haciendo oír un ruido agudo: «¿Quién eres tú, ser pusilánime? Parece que has olvidado ciertos acontecimientos extraños de los tiempos pasados; no los conservas en tu memoria, hermano. Esa mujer nos ha traicionado, a uno después de otro. A ti primero, y a mí después. Me parece que esa injuria no debe (¡no debe!) desaparecer del recuerdo tan fácilmente. ¡Tan fácilmente! A ti, tu magnánima naturaleza te permite perdonar. Pero ¿sabes tú si a pesar de la situación anormal de los átomos de esa mujer, reducida a pasta de amasado (no es cuestión ahora de saber si no se creería, a la primera investigación, que ese cuerpo haya aumentado su densidad en una cantidad notable más bien por el engranaje de dos fuertes ruedas que por los efectos de mi fogosa pasión), existe todavía? Cállate, y permíteme vengarme». Reanudó sus maniobras, y se alejó, empujando la bola hacia adelante. Cuando estuvo lejos, el pelicano exclamó: «Esa mujer, por su poder mágico, me ha dado una cabeza de palmípedo, y ha convertido a mi hermano en un escarabajo: puede ser que merezca incluso peores tratamientos que los que acabo de enumerar». Y yo, que no estaba seguro de soñar, al adivinar, por lo que había oído, la naturaleza de las relaciones hostiles que unían, por encima de mí, en un combate sangriento, al buitre de corderos y al búho de Virginia, eché atrás mi cabeza, como un capuchón, a fin de dar al juego de mis pulmones la soltura y la elasticidad susceptibles, y, dirigiendo mi vista hacia lo alto, les grité: «Vosotros, cesad en vuestra discordia. Tenéis razón los dos, pues ella había prometido su amor a ambos, y por lo tanto os ha engañado a los dos. Pero no sois los únicos. Además, os despojó de vuestra forma humana, realizando un juego cruel con vuestros

dolores más sagrados. ¡Y vacilaríais en creerme! Por otra parte, ella está muerta, y el escarabajo le ha hecho sufrir un castigo de rastro imborrable, a pesar de la piedad del primer traicionado». Estas palabras pusieron fin a su querella y no se arrancaron más plumas ni más trozos de carne: tenían razón de obrar así. El búho de Virginia, bello como un recuerdo sobre la curva que describe un perro al correr tras su dueño, se introdujo en las grietas de un convento en ruinas. El buitre de corderos, bello como la ley que detiene el desarrollo del pecho de los adultos cuya propensión al crecimiento no está en relación con la cantidad de moléculas que su organismo asimila, se perdió en las altas capas de la atmósfera. El pelícano, cuyo generoso perdón me había impresionado mucho, porque no lo encontraba natural, recobrando en su otero la impasibilidad majestuosa de un faro, como para advertir a los navegantes humanos de que presten atención a su ejemplo, y preservarlos del amor de las hechiceras sombrías, miraba siempre ante si. El escarabajo, bello como el temblor de las manos en el alcoholismo, desapareció en el horizonte. Cuatro existencias más que se podían tachar del libro de la vida. Me arranqué un músculo entero del brazo izquierdo, pues no sabía lo que hacía, de tan emocionado como me encontraba ante ese cuádruple infortunio. Y yo que creía que eran materias excrementicias. ¡Qué necio más grande soy!

El aniquilamiento intermitente de las facultades humanas: cualquiera que sea vuestro pensamiento, no se trata sólo de palabras. Por lo menos, no se trata de palabras como las demás. Que levante la mano quien crea cumplir un acto justo al rogar a un verdugo que lo desuelle vivo. Que levante la cabeza, con la voluptuosidad de la sonrisa, quien voluntariamente ofrezca su pecho a las balas de la muerte. Mis ojos buscarán la marca de las cicatrices; mis diez dedos concentrarán la totalidad de su atención en palpar cuidadosamente la carne de ese excéntrico; verificaré si las salpicaduras del cerebro han manchado el satén de mi frente. ¿No es verdad que un hombre, amante de semejante martirio, no se encontraría en todo el universo? No sé qué es la risa, cierto, pues no la he experimentado nunca por mí mismo. Sin embargo, ¿qué imprudencia no sería sostener que mis labios jamás se distenderán, si me fuera dado ver a quien pretendiera que existe en alguna parte ese hombre? Lo que nadie desearía para su propia existencia, me ha tocado a mí por una suerte desigual. No es que mi cuerpo nade en el lago del dolor; pudiera pasar. Pero el espíritu se deseca por una reflexión condensada y continuamente tensa; croa como las ramas de un pantano, cuando una bandada de flamencos voraces y de garzas hambrientas se abate sobre los juncos de las orillas. Dichoso aquel que duerme apaciblemente en un lecho de plumas, arrancadas al pecho del eider, sin darse cuenta de que se traiciona a sí mismo. He aquí que hace más de treinta años que no he dormido. Desde el impronunciable día de mi nacimiento he consagrado a las tablas somníferas un odio irreconciliable. Soy yo quien lo ha querido; que no se acuse a nadie. Pronto, que se le despoje de la

malograda sospecha. ¿Distinguías en mi frente esa pálida corona? La tejió la tenacidad con sus dedos delgados. En tanto que un resto de savia abrasadora corra por mis huesos, como un torrente de metal fundido, no dormiré. Todas las noches obligo a mis ojos lívidos a mirar las estrellas, a través de los cristales de mi ventana. Para estar más seguro de mí, una astilla de madera separa mis párpados hinchados. Cuando nace la aurora, me encuentra en la misma postura, con el cuerpo apoyado verticalmente y de pie contra el yeso de la fría pared. Sin embargo, algunas veces me sucede que sueño, pero sin perder un solo instante el vivo sentimiento de mi personalidad y la libre facultad de moverme: sabed que a la pesadilla que se oculta en los ángulos fosfóricos de la sombra, a la fiebre que palpa mi rostro con su muñón, a cada animal impuro que levanta su garra sangrienta, pues bien, es mi voluntad quien, para dar un alimento estable a su actividad perpetua, les hace girar en corro. En efecto, átomo que se venga en su extrema debilidad, el libre albedrío no teme afirmar, con enérgica autoridad, que el embrutecimiento no cuenta entre el número de sus hijos: aquel que duerme es menos que un animal castrado la víspera. Aunque el insomnio arrastre hacia la profundidad de la fosa a esos músculos que ya despiden un olor a ciprés, jamás la blanca catacumba de mi inteligencia abrirá sus santuarios a los ojos del Creador. Una secreta y noble justicia, hacia cuyos brazos tendidos me arrojo por instinto, me ordena perseguir sin tregua ese innoble castigo. Enemigo temible de mi alma imprudente, a la hora en que se enciende un farol en la costa, prohíbo a mis infortunados costados que se tiendan sobre el rocío del césped. Vencedor, rechazo las emboscadas de la hipócrita adormidera. En consecuencia, es cierto que a causa de esa extraña lucha de mi corazón ha encerrado sus designios, como un hambriento que se come a sí mismo. Impenetrable como los gigantes, sin cesar he vivido con los ojos completamente abiertos. Por lo menos, está comprobado que, durante el día, todo el mundo puede oponer una resistencia eficaz al Gran Objeto Exterior (¿quién no conoce su nombre?) pues entonces la voluntad vigila en su propia defensa con notable tenacidad. Pero en cuanto al velo de los vapores nocturnos se extiende, incluso sobre los condenados a quienes se va a colgar, ¡oh, ver su intelecto entre las manos sacrílegas de un extranjero! Un escalpelo implacable escudriña la espesa maleza. La conciencia exhala un prolongado estertor de maldición, pues el velo de su pudor sufre crueles desgarraduras. ¡Humillación!, nuestra puerta está abierta a la curiosidad feroz del Celestial Bandido. ¡No merecí ese suplicio infame, tú, horrible espía de mi causalidad! Si existo, no soy otro. No admito en mi esa equívoca pluralidad. Quiero residir sólo en mi íntimo razonamiento. La autonomía… o si no, que me conviertan en hipopótamo. Sumérgete bajo tierra, oh estigma anónimo, y no aparezcas ante mi huraña indignación. Mi subjetividad y el Creador es demasiado para un cerebro. Cuando la noche oscurece el curso de las horas, ¿quién no ha luchado contra la influencia del sueño en su lecho mojado por un sudor glacial? Ese lecho, que atrae a su seno las facultades que mueren, no es más que un sepulcro de tablas de pino hecho a escuadra. La voluntad se retira insensiblemente, como en

presencia de una fuerza invisible. Una pez viscosa enturbia el cristalino de los ojos. Los párpados se buscan como dos amigos. El cuerpo es sólo es cadáver que respira. Por último, cuatro enormes estacas clavan al colchón la totalidad de los miembros. Y observad, os lo ruego, cómo en suma las sábanas no son sino sudarios. He ahí el pebetero donde arde el incienso de las religiones. La eternidad brama como un mar lejano y se aproxima a grandes pasos. La morada ha desaparecido: ¡prosternáos, humanos, en la capilla ardiente! Algunas veces, esforzándose inútilmente por vencer las imperfecciones del organismo, en medio del sueño más profundo, el sentido magnetizado percibe con asombro que sólo es un bloque sepulcral, y, apoyado en una incomparable sutilidad, admirablemente razona: «Salir de este lecho es un problema más difícil de lo que se piensa. Sentado en la carreta, me arrastran hacia la binaridad de los postes de la guillotina. Cosa curiosa, mi brazo inerte ha asimilado sabiamente la rigidez de la cepa. Es muy molesto soñar que se marcha hacia el cadalso». La sangre corre a grandes oleadas a través del rostro. El pecho sufre repetidos sobresaltos y se hincha con silbidos. El peso de un obelisco sofoca la expansión del delirio. ¡Lo real ha destruido los sueños de la somnolencia! ¿Quién no sabe que cuando se prolonga la lucha entre el yo, pleno de soberbia, y el crecimiento terrible de la catalepsia, el espíritu alucinado pierde el juicio? Roído por la desesperación, se complace en su mal, hasta que haya vencido a la naturaleza, y el sueño, viendo escaparse su presa, huya para no volver, lejos de su corazón, con un ala furiosa y avergonzada. Echad un poco de ceniza en mi órbita en llamas. No miréis mis ojos que no se cierran jamás. ¿Comprendéis los sufrimientos que soporto (aun cuando el orgullo esté satisfecho)? Desde que la noche exhorta a los humanos al reposo, un hombre que conozco camina a grandes pasos por el campo. Temo que mi determinación sucumba a los ataques de la vejez. ¡Que llegue el día fatal en que he dormirme! Cuando me despierte, mi navaja de afeitar, abriéndose paso a través del cuello, probará que nada era, en efecto, más real.

—¿Pero quién… quién se atreve aquí, como un conspirador, a arrastrar los anillos de su cuerpo hacia mi negro pecho? Quienquiera que seas, excéntrica pitón, ¿con qué pretexto disculpas tu ridícula presencia? ¿Te atormenta un vasto remordimiento? Pues mira, boa, tu majestad salvaje no tiene, supongo, la exorbitante pretensión de sustraerse a la comparación que hago entre ella y los rasgos del criminal. Esa baba espumosa y blancuzca es para mí el signo de la rabia. Escúchame: ¿sabes que tu ojo está lejos de beber un rayo celeste? No olvides que si tu presuntuoso cerebro me ha creído capaz de ofrecerte algunas palabras de consuelo, el motivo no puede ser otro que una ignorancia totalmente desprovista de conocimientos fisiognómicos. Durante un tiempo suficiente, entendámonos, dirige el fulgor de tus ojos hacia lo que tengo derecho a llamar, como cualquier otro, mi rostro. ¿No ves cómo llora? Te has engañado, basilisco. Es preciso que busques en otra parte la triste razón de alivio que

mi impotencia radical te suprime, a pesar de las numerosas protestas de mi buena voluntad. ¡Oh!, ¿qué fuerza, expresable en frases, te arrastra fatalmente hacia tu perdición? Es casi imposible que me acostumbre a este razonamiento que tú no comprendes, pues aplastando en el césped enrojecido, de un taconazo, las curvas fugitivas de tu cabeza triangular, podría amasar una incalificable almáciga con la hierba de la llanura y la carne del aplastado.

— ¡Desaparece lo más pronto posible de mi vista, culpable de rostro pálido! ¡El espejismo falaz del horror te ha mostrado tu propio espectro! Disipa tus injuriosas sospechas, si no quieres que te acuse a mi vez y presente contra ti una recriminación que sería seguramente aprobada por el juicio del serpentario reptilívoro. ¡Qué monstruoso desvarío de la imaginación te impide reconocer me! ¿No recuerdas ya los importantes servicios que te he prestado, al gratificarte con una existencia que hice emerger del caos, y, por tu parte, el voto para siempre inolvidable de no desertar de mi bandera y serme fiel hasta la muerte? Cuando eras niño (tu inteligencia se hallaba entonces en su más bella fase) escalabas el primero por la colina, con la velocidad del rebeco, para saludar con un gesto de tu mano a los multicolores rayos de la aurora naciente. Las notas de tu voz brotaban de tu laringe sonora lo mismo que perlas diamantinas, y resolvían sus personalidades colectivas en la adición vibrante de un largo himno de adoración. Ahora arrojas a tus pies, como un harapo sucio de barro, la longanimidad de la que di prueba durante mucho tiempo. El reconocimiento ha visto secarse sus raíces como el lecho de un pantano, pero en su lugar ha crecido la ambición en unas proyecciones que me seria penoso calificar. ¿Quién es el que me escucha, para tener tanta confianza en el abuso de su propia debilidad?

—¿Y quién eres tú, tú misma, sustancia audaz? ¡No!… ¡No!… No me engaño, y, a pesar de las múltiples metamorfosis a que has recurrido, tu cabeza de serpiente siempre brillará ante mis ojos como un faro de eterna injusticia y de cruel dominación. Ha querido tomar las riendas del mando, pero no sabe reinar. Ha querido convertirse en objeto de horror para todos los seres de la creación, y ha fracasado. Ha querido probar que él sólo es el monarca del universo, y en eso se ha equivocado. ¡Oh miserable!, ¿has esperado hasta este momento para oír los murmullos y las conspiraciones que, elevándose simultáneamente de la superficie de las esferas, vienen a rozar con ala feroz los bordes papiláceos de tu destructible tímpano? No está lejos el día en que mi brazo te arroje al polvo, envenenado por tu respiración, y, arrancando de tus entrañas una vida nociva, deje en el camino tu cadáver, acribillado de contorsiones, para enseñar al viajero consternado que esa carne palpitante, que llena su vista de asombro y clava en su palacio su muda lengua, no debe ser ya comparada, si conserva su sangre fría, más que con el tronco podrido de un roble que se desplomó de vejez. ¿Qué idea de piedad me retiene ante tu presencia? Tú mismo, retrocede ya ante mí, te lo digo, y ve a lavar tu inconmensurable vergüenza en la sangre de un niño que acaba de nacer: he ahí cuáles son tus costumbres. Son dignas de ti. Vete… camina siempre hacia adelante. Te condeno a ser errante. Te condeno a

permanecer solo y sin familia. Camina continuamente, a fin de que tus piernas te nieguen su sostén. Atraviesa las arenas de los desiertos hasta que el fin del mundo sumerja a las estrellas en la nada. Cuando pases cerca de la guarida del tigre, se apresurará a huir, por no ver, como en un espejo, su carácter enaltecido sobre el pedestal de la perversidad ideal. Pero cuando el imperioso cansancio te ordene detener tu marcha ante las losas de mi palacio, recubiertas de zarzas y de cardos, presta atención a tus sandalias hechas jirones, y atraviesa, de puntillas, la elegancia de los vestíbulos. No es una recomendación inútil. Podrías despertar a mi joven esposa y a mi hijo de corta edad, que duermen en los sótanos de plomo que se extienden a lo largo de los cimientos del antiguo castillo. Si no tomaras tus precauciones de antemano, podrían hacerte palidecer con sus aullidos subterráneos. Cuando tu impenetrable voluntad les quitó la existencia, no ignoraban que tu poder es temible, y no tenían dudas a este respecto, pero no esperaban en modo alguno (y su supremo adiós me confirmó su creencia) que tu Providencia se mostraría implacable hasta ese punto. Sea como sea, cruza rápidamente esas salas abandonadas y silenciosas, de zócalos de esmeralda, pero con armarios ajados, donde descansan las gloriosas estatuas de mis antepasados. Esos cuerpos de mármol están irritados contigo; evita sus vidriosas miradas. Es un consejo que te da la lengua de su único y último descendiente. Mira cómo su brazo está levantado en actitud de provocativa defensa, la cabeza altivamente echada hacia atrás. Seguramente han adivinado el mal que me has hecho, y, si pasas al alcance de los helados pedestales que sostienen esos bloques esculpidos, te espera la venganza. Si tu defensa tiene necesidad de objetarme algo, habla. Ahora es demasiado tarde para llorar. Habría que haber llorado en momentos más convenientes, cuando la ocasión era propicia. Si por fin has abierto los ojos, juzga tú mismo cuáles han sido las consecuencias de tu conducta. ¡Adiós!, me voy a respirar la brisa de los acantilados, pues mis pulmones, medio ahogados, piden a gritos un espectáculo más tranquilo y más virtuoso que el tuyo.

¡Oh pederastas incomprensibles!, no seré yo quien lance injurias contra vuestra gran degradación, no seré yo quien venga para arrojar mi desprecio sobre vuestro ano infundibuliforme. Basta con que las enfermedades vergonzosas y casi incurables que os asedian lleven consigo su infalible castigo. Legisladores de instituciones estúpidas, inventores de una moral estrecha, alejaos de mi, pues soy un alma imparcial. Y vosotros, jóvenes adolescentes, o mejor, jóvenes muchachas, explicadme cómo y por qué (pero manteneos a una conveniente distancia, pues yo tampoco sé resistir a mis pasiones) germinó la venganza en vuestros corazones para haber prendido en el costado de la humanidad semejante corona de heridas. Habéis hecho enrojecer a vuestros hijos con vuestra conducta (que yo venero); vuestra prostitución, al ofreceros al primero que llega, ejerce la lógica de los pensadores más profundos, mientras que vuestra exagerada sensibilidad colma la medida de la estupefacción de

la mejor misma. ¿Sois de naturaleza menos o más terrestre que la de vuestros semejantes? ¿Poseéis un sexto sentido, que a nosotros nos falta? No mintáis, y decid lo que pensáis. No es un interrogatorio lo que os propongo, pues desde que frecuento como observador la sublimidad de vuestras grandiosas inteligencias, sé a qué atenerme. Que mi mano izquierda os bendiga, que mi mano derecha os bendiga, ángeles protegidos por mi amor universal. Beso vuestro rostro, beso vuestro pecho, beso con mis labios suaves las diversas partes de vuestro cuerpo armonioso y perfumado. ¿Por qué no me dijisteis en seguida que erais cristalizaciones de una belleza moral superior? Ha sido necesario que adivinara por mí mismo los innumerables tesoros de ternura y de castidad que encubrían los latidos de vuestro corazón oprimido. Pecho ornado de guirnaldas de rosas y de espicardo. Ha sido necesario que entreabriese vuestras piernas para conoceros y que mi boca se suspendiera de las insignias de vuestro pudor. Pero (cosa importante de presentar) no olvidéis lavar todos los días la piel de vuestras partes con agua caliente, pues, de otro modo, los chancros venéreos brotarían infaliblemente en las comisuras hendidas de mis labios insaciables. ¡Oh!, si en lugar de ser un infierno, el universo no hubiera sido más un inmenso ano celestial, mirad el gesto que hago con la parte de mi bajo vientre: si, yo hubiera metido mi verga a través de su esfínter sangrante, destrozando, con mis movimientos impetuosos, las propias paredes de su bacín. La desgracia no habría soplado entonces, sobre mis ojos ciegos, dunas enteras de arena movediza; habría descubierto el lugar subterráneo donde yace la verdad dormida, y los ríos de mi esperma viscoso habrían encontrado salida al océano donde precipitarse. Pero ¿por qué me sorprendo hasta el punto de lamentar un imaginario estado de cosas que nunca recibirá el sello para su ulterior cumplimiento? No nos demos el trabajo de construir fugitivas hipótesis. Mientras tanto, que aquel que arde en el deseo de compartir mi lecho venga a mi encuentro; pero pongo una condición rigurosa a mi hospitalidad: es necesario que no tengo más de quince años. Por su parte, que no crea que yo tengo treinta: ¿qué interés tiene eso? La edad no disminuye la intensidad de los sentimientos, lejos de ello, y aunque mis cabellos se han vuelto blancos como la nieve, no es a causa de la vejez: es, al contrario, por el motivo que ya sabéis. ¡A mí no me gustan las mujeres! ¡Ni siquiera los hermafroditas! Necesito seres que se me parezcan, en cuya frente la nobleza humana se haya grabado con los caracteres más nítidos e imborrables. ¿Estáis seguros de que aquellas que llevan largos cabellos son de una naturaleza igual a la mía? No lo creo, y no cambiaré de opinión. Una saliva salobre resbala de mi boca, no sé por qué. ¿Quién quiere succionaría, a fin de que me libre de ella? Crece… crece de continuo. Sé lo que es. He observado que, cuando bebo sangre de la garganta de los que se acuestan conmigo (es un error que me crean un vampiro, porque se les llama así a los muertos que salen de sus tumbas, y yo estoy vivo), al día siguiente devuelvo parte por la boca: he aquí la explicación de la saliva infecta. ¿Qué queréis que haga, silos órganos, debilitados por el vicio, se niegan a cumplir las funciones de la nutrición? Pero no reveléis mis confidencias a nadie. No

es por mi por lo que digo esto, es por vosotros mismos y por los demás, a fin de que el prestigio del secreto se mantenga en los límites del deber y de la virtud de aquellos que, imantado por la electricidad de lo desconocido, tendrían la tentación de imitarme. Tened la bondad de mirar mi boca (por el momento, no tengo tiempo de emplear una fórmula de cortesía más larga); ella os llama la atención desde el primer instante por la apariencia de su estructura, sin acudir a la serpiente en vuestras comparaciones; se trata de que contraigo el tejido hasta su última reducción, a fin de hacer creer que poseo un carácter frío. Aunque vosotros no ignoráis que es diametralmente opuesto. Siento no poder mirar a través de estas páginas el rostro del que me lee. Si no ha pasado de la pubertad, que se aproxime. Apriétame contra ti y no temas hacerme daño; encogeremos progresivamente los lazos de nuestros músculos. Todavía más. Siento que es inútil insistir; la opacidad, notable por más de un motivo, de esta hoja de papel, es uno de los impedimentos más considerables para nuestra completa conjunción. Yo he experimentado siempre un infame capricho por la pálida juventud de los colegios y por los niños descoloridos de los talleres. Mis palabras no son la reminiscencia de un sueño, y tendría que desenredar demasiados recuerdos, si se me impusiera la obligación de hacer pasar ante vuestros ojos los acontecimientos que podrían afirmar con su testimonio la veracidad de mi dolorosa aseveración. La justicia humana no me ha sorprendido en flagrante delito, a pesar de la incontestable habilidad de sus agentes. He incluso asesinado (¡no hace mucho tiempo!) a un pederasta que no se prestaba suficientemente a mi pasión; arrojé su cadáver a un pozo abandonado, y no existen pruebas decisivas contra mí. ¿Por qué te estremeces de miedo, adolescente que me lees? ¿Crees que quiero hacer otro tanto contigo? Te muestras soberanamente injusto… Tienes razón: desconfía de mí, sobre todo si eres hermoso. Mis partes ofrecen eternamente el espectáculo lúgubre de la turgescencia; nadie puede sostener (¡y cuántos no se han aproximado!) que los han visto en estado de tranquilidad normal, ni siquiera el limpiabotas que tiró una cuchillada en un momento de delirio. ¡Ingrato! Me cambio de ropa dos veces por semana, aunque no sea la limpieza el principal motivo de mi determinación. Si no hiciera así, los miembros de la humanidad desaparecerían al cabo de algunos días en medio de prolongados combates. En efecto, en cualquier comarca que me encuentre, ellos me molestan continuamente con su presencia y se acercan hasta lamer la superficie de mis pies. ¡Pero qué potencia poseen mis gotas seminales para atraer todo lo que respira por medio de nervios olfativos! Vienen desde las orillas del Amazonas, atraviesan los valles que riegan el Ganges, abandonan el liquen polar, para realizar largos viajes en mi busca, preguntando a las ciudades inmóviles si han visto pasar, un instante, a lo largo de sus murallas, a aquél cuyo esperma sagrado perfuma las montañas, los lagos, las malezas, las selvas, los promontorios y la vastedad de los mares. La desesperación por no poder encontrarme (me escondo secretamente en los lugares más inaccesible, a fin de alimentar su ardor) les lleva a los actos más deplorables. Se colocan trescientos mil a cada lado, y el bramido de los cañones sirve

de preludio a la batalla. Todas las alas se mueven a la vez, como un solo guerrero. Los cuadros se forman y en seguida caen para no levantarse. Los caballos espantados huyen en todas las direcciones. Los obuses surcan el suelo, como meteoros implacables. El teatro del combate no es más que un vasto campo de matanza cuando la noche revela su presencia y la luna silenciosa aparece entre las desgarraduras de una nube. Mostrándome con el dedo un espacio de muchas leguas cubierto de cadáveres, el creciente vaporoso de ese astro me ordena meditar un instante, como sujeto de meditabundas reflexiones, las consecuencias funestas que arrastra, tras sí, el inexplicable talismán que me concedió la Providencia. Desgraciadamente, ¡cuántos siglos no serán necesarios todavía antes de que la raza humana perezca completamente en mi pérfida trampa! Es así como un espíritu hábil, que no se vanagloria, emplea, para alcanzar sus fines, los mismos medios que parecerían, en un principio, constituir un obstáculo invencible. Siempre mi inteligencia se eleva hacia esa imponente cuestión y vosotros sois testigos de que ya no me es posible limitarme al modesto tema que al principio tenía intención de tratar. Una última palabra… era un noche de invierno. Mientras el viento silbaba entre los abetos, el Creador abrió su puerta en medio de las tinieblas e hizo que entrara un pederasta.

¡Silencio!, pasa un cortejo fúnebre a vuestro lado. Inclinad la binaridad de vuestras rótulas hacia la tierra y entonad un canto de ultratumba. (Si consideráis mis palabras más bien como una simple fórmula imperativa que como una orden formal desplazada de su sitio, daréis una muestra de talento, y del mejor). Es posible que lleguéis de ese modo a gozar extremadamente del alma del muerto que va a descansar de la vida en una fosa. Además, el hecho es, para mí, cierto. Observad que no digo que vuestra opinión no pueda hasta cierto punto ser contraria a la mía, pero lo que importa ante todo es poseer unas nociones justas sobre las bases de la moral, de tal manera que cada uno deba compenetrarse con el principio que manda hacer a otro lo que acaso quisiera que le hiciesen a él mismo. El sacerdote de las religiones abre en primer lugar la marcha, sosteniendo en una mano una bandera blanca, signo de paz, y en la otra en emblema de oro que representa las partes del hombre y de la mujer, como para indicar que esos miembros carnales son la mayor parte del tiempo, abstracción hecha de toda metáfora, instrumentos muy peligrosos en las manos de quienes se sirven de ellos, cuando los manipulan ciegamente para fines diversos que se contradicen entre sí, en lugar de engendrar una Oportuna reacción contra la pasión conocida que causa casi todos nuestros males. Debajo de su espalda lleva adherida (artificialmente, claro) una cola de caballo de espesas crines, que barre el polvo del suelo. Significa que debemos tener cuidado de no rebajar con nuestra conducta el rango de los animales. El ataúd conoce su ruta y marcha tras la túnica flotante del consolador. Los padres y los amigos del difunto, como manifiestan por su posición, han decidido cerrar la marcha del cortejo. Este avanza con majestad, como un barco

que surca el pleno mar y no teme el fenómeno del hundimiento, pues en ese instante las tempestades y los escollos no se hacen notar por cosa alguna que no sea su explicable ausencia. Los grillos y los sapos siguen a algunos pasos la fiesta mortuoria; ellos tampoco ignoran que su modesta presencia en los funerales de alguien se le tendrá un día en cuenta. Hablan en voz baja en su pintoresco lenguaje (no seáis demasiado presuntuosos, permitidme daros un consejo desinteresado para creer que vosotros solos poseéis la preciosa facultad de traducir los juicios de vuestro pensamiento) de aquel que vieron más de una vez correr a través de las reverdecidas praderas y sumergir el sudor de sus miembros en las azuladas olas de los golfos arenosos. Al comienzo, la vida parecía sonreírle sin segundas intenciones, y, magníficamente, la coronó de flores; pero, puesto que vuestra inteligencia misma advierte, o mejor, adivina, que se ha detenido en los límites de la infancia, no tengo necesidad, hasta la aparición de una retractación verdaderamente imprescindible, de continuar los prolegómenos de mi rigurosa demostración. Diez años. Número exactamente calcado, hasta el punto de equivocarse, sobre el de los dedos de la mano. Es poco y es mucho. En el caso que nos preocupa, sin embargo, me apoyaré sobre vuestro amor a la verdad para que digáis conmigo, sin tardar un segundo más, que es poco. Y cuando reflexiono someramente sobre esos tenebrosos misterios por los cuales un ser humano desaparece de la tierra, tan fácilmente como una mosca o una libélula, sin conservar la esperanza de regresar a ella, me sorprendo incubando el vivo lamento de no poder probablemente vivir bastante tiempo como para explicaros bien lo que no tengo la pretensión de comprender yo mismo. Pero, puesto que está probado que por un extraordinario azar aún no he perdido la vida desde el tiempo lejano en que comencé, lleno de terror, la frase precedente, calculo mentalmente que no será inútil reconstruir la confesión completa de mi impotencia radical, cuando se trata sobre todo, como ahora, de esa imponente e inabordable cuestión. Resulta, hablando generalmente, algo singular que la tendencia atractiva que nos empuja a buscar (para a continuación expresarlas) las semejanzas y las diferencias que ocultan, en sus naturales propiedades, los objetos más opuestos entre sí, y a veces los menos aptos, en apariencia, para prestarse a ese género de combinaciones simpáticamente curiosas, y que, mi palabra de honor, confieren benevolentemente al estilo del escritor, que se da esa personal satisfacción, el imposible e inolvidable aspecto de un búho serio hasta la eternidad. Sigamos en consecuencia la corriente que nos arrastra. El milano real tiene las alas proporcionalmente más largas que el cernícalo, y el vuelo más cómodo: por eso se pasa la vida en el aire. No descansa casi nunca y recorre cada día distancias enormes; y ese gran movimiento no es en modo alguno un ejercicio de caza, ni la persecución de una presa, ni siquiera de exploración, pues no caza; parece como que el vuelo sea su estado natural, su situación favorita. No se puede evitar admirarle la manera de cómo lo ejecuta. Sus largas y estrechas alas parecen inmóviles; la cola es quien parece dirigir todas las evoluciones, y la cola no se equivoca: se mueve *sin* cesar. Se eleva sin ningún esfuerzo, desciende como si se

deslizara por un plano inclinado, más bien parece nadar que volar, acelera su vuelo, lo aminora, se detiene y permanece suspendido o fijo en el mismo sitio durante horas enteras. No puede advertirse ningún movimiento en sus alas: aunque abrierais los ojos como la puerta de un horno, sería inútil. Cada uno tiene el buen sentido de confesar sin dificultad (aunque un poco de mala gana) que no percibe, en un primer momento, la relación, por lejana que sea, que yo señalo entre la belleza del vuelo del milano real y la de la cara del niño que se eleva dulcemente, por encima del ataúd descubierto, como un nenúfar que horada la superficie del agua; y he ahí precisamente en qué consiste la imperdonable falta que arrastra a la inconmovible situación de una carencia de arrepentimiento, que impresiona a la ignorancia voluntaria en la cual uno se corrompe. Esa relación de serena majestad entre los dos términos de mi maliciosa comparación, es ya demasiado común, y de un símbolo bastante comprensible como para que me asombre ante lo que no puede tener, como única excusa, más que ese mismo carácter de vulgaridad que hace llamar, sobre todo objeto o espectáculo que la sufre, un profundo sentimiento de injusta indiferencia. ¡Cómo silo que se ve a diario debiera despertar menos la solicitud de nuestra admiración! Cuando llega a la entrada del cementerio, el cortejo se apresura a detenerse; su intención no es ir más lejos. El sepulturero termina de excavar la fosa, y en ella se deposita el ataúd con todas las precauciones que vienen al caso; unas imprevistas paletadas de tierra acaban por recubrir el cuerpo del niño. El sacerdote de las religiones, en medio de los asistentes conmovidos, pronuncia unas palabras para enterrar más aún al muerto en la imaginación de los presentes. «Dice que le extraña mucho que derramen tantas lágrimas por un acto tan insignificante. Textual. Pero teme no calificar suficientemente lo que pretende debe ser una felicidad incuestionable. Si hubiera creído en su ingenuidad que la muerte era tan poco simpática, habría renunciado a su cometido, para no aumentar el legitimo dolor de los numerosos parientes y amigos del difunto; pero una secreta voz le advirtió de que les diera algunos consuelos, que no serían inútiles, aunque sólo fuera aquel que hiciera entrever la esperanza de un próximo encuentro en el cielo del que murió y de los que sobreviven». Maldoror huía a galope, y al parecer dirigía su carrera hacia los muros del cementerio. Los cascos de su corcel levantaban alrededor de su dueño una falsa corona de polvo espeso. Vosotros no podéis saber el nombre del caballero, pero yo lo sé. Se aproximaba cada vez más; su rostro de platino comenzaba a hacerse perceptible, aunque estuviese completamente envuelto en un manto que el lector se abstuvo de borrar de su memoria y que sólo dejaba ver los ojos. En medio de su discurso, el sacerdote de las religiones se puso súbitamente pálido, pues su oído reconoció el galope irregular de ese célebre caballo blanco que no abandonó jamás a su dueño. «Si, añadió de nuevo, mi confianza es grande en ese próximo encuentro; entonces se comprenderá, mejor que ahora, qué sentido habría que conceder a la separación del alma y el cuerpo. Como quien cree vivir en esta tierra y se mece en una ilusión cuya evaporación le importa acelerar». El ruido del galope se acrecentaba

cada vez más, y como el caballero, reduciendo la línea del horizonte, se hizo visible en el campo óptico que abarcaba la portada del cementerio, rápido como un ciclón giratorio, el sacerdote de las religiones continuó con más gravedad: «No parecéis dudar que éste, a quien la enfermedad forzó a no conocer más que las primeras fases de la vida, y a quien la fosa acaba de recibir en su seno, es indudablemente el vivo; pero sabed al menos que aquél cuya equívoca silueta percibís llevada por un nervioso caballo, y sobre el cual os aconsejo que fijéis lo más pronto posible los ojos, pues no es ya más que un punto y muy pronto desaparecerá entre los brezos, aunque haya vivido mucho, es el único verdadero muerto».

«Cada noche, a la hora en que el sueño alcanza su más alto grado de intensidad, una vieja araña de una especie gigante saca lentamente su cabeza de un agujero situado en el suelo, en una de las intersecciones de los ángulos de la habitación. Ella escucha atentamente si algún ruido mueve todavía sus mandíbulas en la atmósfera. Vista su conformación de insecto, no puede hacer otra cosa, si pretende aumentar de brillantes personificaciones los tesoros de la literatura, que atribuir mandíbulas al ruido. Cuando está segura de que el silencio reina a su alrededor, retira sucesivamente, de las profundidades de su nido, sin el socorro de la meditación, las diversas partes del cuerpo, y avanza muy despacio hacia mi cama. ¡Cosa notable!, yo, que hago retroceder al sueño y a las pesadillas, siento que se me paraliza la totalidad del cuerpo, cuando trepa a lo largo de los pies de ébano de mi lecho de satén. Me aprieta la garganta con las patas y me chupa la sangre con su vientre. ¡Todo sencillamente! ¡Cuántos litros de un licor purpúreo, cuyo nombre no ignoráis, habrá bebido desde que cumple la misma maniobra con una persistencia digna de mejor causa! No sé qué le habré hecho para que se conduzca de tal manera conmigo. ¿Le rompí una pata inadvertidamente? ¿Le arrebaté a sus hijos? Esas dos hipótesis, sujetas a caución, no son capaces de sostener un serio examen; ni siquiera merecen la pena de provocar un encogimiento de mis hombros o una sonrisa de mis labios, aunque uno no deba burlarse de nadie. Ten cuidado tú, tarántula negra; si tu conducta no tiene como excusa un silogismo irrefutable, una noche me despertaré de un sobresalto, por un último esfuerzo de mi voluntad agonizante, romperé el encanto con que mantienes mis miembros inmovilizados, y te aplastaré entre los huesos de mis dedos, como un trozo de materia blanducha. Sin embargo, recuerdo vagamente que te he dado permiso para que permitieras a tus patas trepar sobre la abertura de mi pecho, y desde ahí hasta la piel que recubre mi rostro; por lo tanto, no tengo derecho a reprimirte. ¡Oh, quién desenredará mis confusos recuerdos! Le doy como recompensa lo que me queda de sangre: contando incluso la última gota, hay para llenar por lo menos la mitad de una copa de orgia». Mientras habla no deja de desnudarse. Apoya una pierna sobre el colchón, e impulsándose con otra sobre el suelo de zafiro para elevarse, termina acostado en una posición horizontal. Ha resuelto no cerrar los ojos,

a fin de esperar a su enemigo a pie firme. Pero ¿no toma cada vez la misma resolución y no es siempre destruida por la inexplicable imagen de su fatal promesa? Ya no dice nada y se resigna con dolor, pues para él un juramento es sagrado. Se envuelve majestuosamente en los pliegues de seda, desdeña entrelazar las borlas doradas de sus cortinas, y, apoyando los bucles ondulados de sus largos cabellos en las franjas del cojín de terciopelo, toca con las manos la ancha herida de su cuello, dentro de la cual la tarántula ha cogido la costumbre de alojarse, como en un segundo nido, mientras su rostro respira satisfacción. Él espera que esa misma noche (¡esperad con él!) verá la última representación de la succión inmensa, pues su único deseo seria que el verdugo acabara con su existencia: la muerte, y quedará contento. Mirad a esa vieja araña de una especie gigante que saca lentamente su cabeza de un agujero situado en el suelo, en una de las intersecciones de los ángulos de la habitación. Ya no estamos en el relato. Ella escucha atentamente si algún ruido mueve todavía sus mandíbulas en la atmósfera. ¡Ay!, ahora hemos llegado a lo real en lo que afecta a la tarántula, y, aunque podría romperse un signo de exclamación al final de cada frase, ¿no es acaso ésa una razón para no hacerlo? Cuando está segura de que el silencio reina a su alrededor, he aquí que retira sucesivamente de las profundidades de su nido, sin el socorro de la meditación, las diversas partes de su cuerpo, y avanza muy despacio hacia la cama del hombre solitario. Se detiene un instante, pero ese momento de vacilación es corto. Ella se dice que aún no es hora de dejar de torturar y que antes es preciso dar al condenado las posibles razones que determinaron la perpetuidad del suplicio. Trepa hasta la oreja del dormido. Si no queréis perder una sola palabra de lo que va a decir, haced abstracción de las extrañas ocupaciones que obstruyen el pórtico de vuestro espíritu y sed por lo menos agradecidos por el interés que os manifiesto, al hacer acto de presencia en las escenas teatrales que me parecen dignas de producir una verdadera atención de vuestra parte, pues ¿quién me impediría guardar para mí sólo los acontecimientos que relato? «Despiértate, llama amorosa de los viejos días, esqueleto descarnado. Ha llegado el momento de detener la mano de la justicia. No te haremos esperar mucho tiempo la explicación que deseas. Nos escuchas, ¿no es verdad? Pero no muevas tus miembros, hoy estás aún bajo nuestro magnético poder, y la atonía encefálica persiste: es la última vez. ¿Qué impresión causa a tu entendimiento la figura de Elsenor? ¡Lo has olvidado! Y aquel Reginaldo, de altivo caminar, ¿has grabado sus rasgos en tu fiel cerebro? Míralo escondido entre los repliegues de las cortinas; su boca está inclinada hacia tu frente, pero no se atreve a hablarte, pues es más tímido que yo. Voy a contarte un episodio de tu juventud, para ponerte de nuevo en el camino de la memoria…». Hacía mucho tiempo que la araña había abierto su vientre, del que emergieron dos adolescentes vestidos de azul, con una espada resplandeciente en la mano, que se colocaron a los lados del lecho, como para custodiar en lo sucesivo el santuario del sueño. «Éste, que no ha dejado de mirarte, pues te amó mucho, fue el primero de nosotros dos a quien diste tu amor. Pero lo hiciste sufrir a menudo por las brusquedades de tu carácter. Él no cesaba de

hacer esfuerzos para no darte ningún motivo de queja: un ángel no lo hubiera conseguido. Un día le preguntaste si quería ir a bañarse contigo a la orilla del mar. Los dos, como dos cisnes, os lanzasteis al mismo tiempo desde una roca cortada a pico. Buceadores excelentes, os deslizasteis en la masa acuosa con los brazos extendidos sobre la cabeza y las manos juntas. Durante algunos minutos nadasteis entre dos corrientes. Reaparecisteis a una gran distancia con los cabellos enredados y chorreando líquido salado. Pero ¿qué misterio había tenido lugar bajo el agua para que un largo rastro de sangre se percibiera entre las olas? De nuevo en la superficie, tú continuaste nadando y simulaste no darte cuenta de la debilidad creciente de tu compañero. Él perdía sus fuerzas rápidamente, y tú no reducías tus largas brazadas hacia el horizonte brumoso, que se esfumaba ante ti. El herido lanzaba gritos de angustia y tú te hiciste el sordo. Reginaldo llamó tres veces al eco de las sílabas de tu nombre y las tres veces tú respondiste con un grito de voluptuosidad. Se encontraba demasiado lejos de la orilla para regresar y en vano se esforzaba por seguir la estela de tu paso, a fin de alcanzarte y posar un instante su mano sobre tu hombro. La persecución negativa se prolongó durante una hora, él perdiendo sus fuerzas y tú sintiendo aumentar las tuyas. Desesperando de igualar tu velocidad, dijo una breve plegaria al Señor para encomendarle su alma, se colocó de espalda, como cuando se hace la plancha, de tal manera que se percibía al corazón latir violentamente bajo su pecho, y, sin otra esperanza, aguardó la llegada de la muerte. En ese momento, tus miembros vigorosos seguían alejándose y se perdían de vista, rápidos como una sonda que se deja ir. Una barca, que regresaba de echar sus redes en alta mar, pasó por el lugar. Los pescadores tomaron a Reginaldo por un náufrago y lo recogieron, desvanecido, en su embarcación. Constataron la existencia de una herida en el costado derecho; cada uno de aquellos expertos marineros emitieron su opinión de que ninguna punta de escollo o fragmento de roca era susceptible de producir un orificio tan microscópico y al mismo tiempo tan profundo. Una arma cortante, tal vez un estilete muy agudo, podía únicamente arrogarse los derechos a la paternidad de tan fina herida. El no quiso nunca relatar las diversas fases de la inmersión a través de las entrañas de las olas, y hasta ahora ha guardado el secreto. Unas lágrimas corren en este instante por sus mejillas un tanto descoloridas y caen sobre tus sábanas: el recuerdo es a veces más amargo que la realidad. Pero no sentiré piedad: sería mostrarte demasiado estima. No hagas girar en su órbita esos ojos furibundos. Permanece más bien tranquilo. Sabes que no puedes moverte. Además, no he terminado mi narración. —Recoge tu espada, Reginaldo, y no olvides con tanta facilidad tu venganza. ¿Quién sabe? Acaso llegue un día en que ella te haga reproches —. Más tarde, sentiste remordimientos cuya existencia debía ser efímera; decidiste redimir tu culpa con la elección de otro amigo a quien bendecir y honrar. Por ese medio expiatorio, borrabas las manchas del pasado, y hacías recaer sobre el que vino a ser la segunda víctima la simpatía que no habías sabido mostrar al otro. Vana esperanza, el carácter no se modifica de un día para otro, y tu voluntad siguió siendo

idéntica a sí misma. Yo, Elsenor, te vi por primera vez, y desde entonces no he podido olvidarte. Nos miramos unos instantes y tú sonreíste. Yo bajé los ojos porque vi en los tuyos una llama sobrenatural. Me preguntaba si, al amparo de una noche oscura, te habrías dejado caer hasta nosotros desde la superficie de alguna estrella, pues, lo confieso, hoy que no es necesario fingir, no te parecías a los jabatos de la humanidad, ya que una aureola resplandeciente envolvía la periferia de tu frente. Hubiera deseado tener relaciones íntimas contigo; mi presencia no se atrevía a aproximarse a la sorprendente novedad de esa nobleza extraña, y un obstinado terror vagaba a mi alrededor. ¿Por qué no escuché las advertencias de la conciencia? Presentimientos fundados. Al darte cuenta de mi vacilación, enrojeciste y adelantaste el brazo. Mi mano, estrechó amistosamente la tuya, y, después de esta acción, me sentí más fuerte; un hálito de tu inteligencia había penetrado en mi. Con los cabellos al viento y respirando el aliento de la brisa, caminamos unos instantes a través de los bosques espesos de lentiscos, jazmines, granados y naranjos, cuyos aromas nos embriagaban. Un jabalí rozó nuestras ropas a todo correr, y, cuando me vio contigo, dejó caer una lágrima: no me explicaba su conducta. A la caída de la noche llegamos a las puertas de una ciudad populosa. Los perfiles de las cúpulas, las flechas de los minaretes y las esferas de mármol de los belvederes recortaban vigorosamente sus perfiles, a través de las tinieblas, sobre el azul intenso del cielo. Pero no quisiste descansar en aquel sitio, aunque estábamos agotados por la fatiga. Bordeamos la parte baja de las fortificaciones externas, como dos chacales nocturnos, evitamos el encuentro de los centinelas, y conseguimos alejarnos, por la puerta posterior, de aquella reunión solemne de animales racionales, civilizados como los castores. El vuelo de la portalinterna, el crujido de la hierba seca, el aullido intermitente de algún lobo lejano, acompañaban la oscuridad de nuestra marcha incierta a través del campo. ¿Qué válidos motivos tenías para huir de las colmenas humanas? Me hacia esta pregunta con cierta turbación; por otra parte, mis piernas comenzaban a negarme un servicio demasiado tiempo prolongado. Al final alcanzamos la orilla de un espeso bosque, cuyos árboles se entrelazaban entre sí por medio de una maraña inextricable de altas lianas, plantas parásitas y cactus de monstruosas espinas. Te detuviste ante un abedul. Me dijiste que me arrodillara y me preparara a morir; me concedías un cuarto de hora para abandonar esta tierra. Algunas miradas furtivas durante nuestra larga marcha, arrojadas a hurtadillas sobre mí, cuando yo no te observaba, ciertos gestos que noté por la irregularidad de su medida y de su movimiento, se presentaron de súbito ante su memoria, como las páginas de un libro abierto. Mis sospechas se habían confirmado. Demasiado débil para luchar contra ti, me tiraste al suelo, como el huracán abate la hoja del álamo. Con una de tus rodillas sobre mi pecho y con la otra apoyada en la hierba húmeda, mientras una de tus manos detenía la binaridad de mis brazos en su torno, vi cómo la otra sacaba un cuchillo de la vaina que colgaba de tu cinto. Mi resistencia era casi nula, y cerré los ojos: el pataleo de una manada de bueyes se escuchó en la distancia, traído por el viento. Avanzaba como una

locomotora, azuzado por el cayado de un vaquero y las quijadas de un perro. No había tiempo que perder, y así lo comprendiste; temiendo no poder cumplir tus fines, pues la proximidad de un socorro inesperado había duplicado mi potencia muscular, y dándote cuenta de que sólo podías inmovilizar uno de mis brazos, te conformaste, imprimiendo un rápido movimiento a la lámina de acero, con cortarme el puño derecho. El trozo, limpiamente seccionado, cayó a tierra. Emprendiste la huida, mientras yo quedaba aturdido por el dolor. No te relataré cómo el vaquero vino en mi ayuda, ni cuánto tiempo fue necesario para la curación. Confórmate con saber que esa traición, inesperada para mí, me dio el deseo de buscar la muerte. Llevé mi presencia al combate, para ofrecer mi pecho a las balas. Adquirí gloria en los campos de batalla; mi nombre se hizo temible incluso para los más intrépidos, por la matanza y la destrucción que mi artificial mano de hierro originaba en las filas enemigas. Sin embargo, un día en que los obuses tronaban mucho más fuerte que de costumbre y los escuadrones, sacados de su base, se arremolinaban como pajas bajo la influencia del ciclón de la muerte, un caballero, con audaz paso, avanzó hacia mí, para disputarme la palma de la victoria. Los dos ejércitos se detuvieron, inmóviles, para contemplarnos en silencio. Combatimos largo tiempo, acribillados de heridas, y con los cascos destrozados. De común acuerdo, hicimos un alto en la lucha, para descansar, y reanudaría después con más energía. Lleno de admiración por su adversario, cada uno levantó su visera. “¡El señor!… ¡Reginaldo!”… tales fueron las simples palabras que pronunciaron al mismo tiempo nuestras gargantas jadeantes. Este último, caído en la desesperación de una tristeza inconsolable, había abrazado, como yo, la carrera de las armas, y las balas no le habían perdonado. ¡En qué circunstancias volvíamos a encontrarnos! ¡Pero tu nombre no fue pronunciado! Él y yo nos juramos amistad eterna, pero de distinto modo de aquellas dos primeras veces en las que tú habías sido el actor principal. Un arcángel, que bajó del cielo y era mensajero del Señor, nos ordenó que nos convirtiéramos en una araña única y fuéramos a chuparte la sangre todas las noches, hasta que una orden llegada de arriba detuviera el curso del castigo. Durante casi diez años hemos frecuentado tu cama. Desde hoy estás libre de nuestra persecución. La vaga promesa de que hablabas no la hiciste a nosotros, sino al Ser que es más fuerte que tú: comprendiste tú mismo que valía más someterse a ese decreto irrevocable. ¡Despiértate, Maldoror! El encanto magnético que ha pesado sobre tu sistema cerebroespinal, durante las noches de dos lustros, se evapora». Él se despierta, como se le ha ordenado, y ve dos formas celestiales desaparecer en los aires con los brazos enlazados. No intenta volver a dormirse. Saca lentamente, uno tras otro, sus miembros de la cama. Va a calentar su piel helada en los tizones encendidos de la chimenea gótica. Sólo la camisa cubre su cuerpo. Busca con los ojos la garrafa de cristal para humedecer su paladar reseco. Abre los postigos de la ventana. Se apoya en el alféizar. Contempla la luna que vuelca sobre su pecho un cono de rayos extáticos en los que palpitan, como falenas, átomos de plata de una dulzura inefable. Espera que el crepúsculo de la mañana le traiga, con

el cambio de decoración, un irrisorio alivio a su corazón trastornado.

CANTO SEXTO

VOSOTROS, cuya envidiable calma sólo puede hacer que se embellezca vuestro aspecto, no creáis que se trata de seguir lanzando, en estrofas de catorce o quince líneas, como un alumno de cuarto curso, exclamaciones que se estimarán inoportunas, y cacareos sonoros de gallina conchinchinesa, tan grotescos como uno sea capaz de imaginar, por poca molestia que se tome; pero es preferible probar con hechos las proposiciones que se adelantan. ¿Pretendíais quizás que por haber insultado, como jugando, al hombre, al Creador y a mí mismo, en mis explicables hipérbolas, mi misión habría terminado? No: la parte más importante de mi trabajo no subsiste por ello menos, como tarea que falta por realizar. Desde ahora, las cuerdas de la novela moverán a los tres personajes más arriba citados: se les comunicará así una fuerza menos abstracta. La vitalidad se extenderá magníficamente en el torrente de su aparato circulatorio, y veréis cómo os asombrará encontrar, allí donde al principio sólo habíais creído ver, por una parte, vagas entidades que pertenecían al dominio de la especulación pura, el organismo corporal con sus ramificaciones de nervios y membranas mucosas, y por otra, el principio espiritual que preside las funciones fisiológicas de la carne. Son seres dotados de una enérgica vida que, con los brazos cruzados y el pecho quieto, posarán prosaicamente (aunque estoy seguro de que el efecto será muy poético) ante vuestro rostro, situado solamente a algunos pasos de vosotros, de manera que los rayos solares, golpeando primero las tejas de los tejados y las tapas de las chimeneas, irán luego a reflejarse visiblemente sobre sus cabellos terrestres y materiales. Pero ya no serán anatemas poseedores de la especialidad de provocar risa, ni personalidades ficticias que hubiera sido mejor que permanecieran en el cerebro del autor, ni pesadillas situadas muy por encima de la existencia ordinaria. Daos cuenta de que por eso mismo mi poesía será más bella. Tocaréis con vuestras manos ramas ascendentes de la aorta y de las cápsulas adrenales, y, además, ¡sentimientos! Los cinco primeros relatos no han sido inútiles; eran el frontispicio de mi obra, el fundamento de la construcción, la explicación previa de mi poética futura: y me debía a mí mismo, antes de cerrar mi maleta y ponerme en marcha por las comarcas de la imaginación, advertir a los sinceros amantes de la literatura, con el esbozo rápido de una generalización clara y precisa, del fin que me había propuesto perseguir. En consecuencia, mi opinión es que ahora la parte sintética de mi obra está completa y suficientemente parafraseada. Por ella habéis sabido que me he propuesto atacar al hombre y a Aquel que lo creó. Por el momento y para más adelante no tenéis necesidad de saber nada más. Nuevas consideraciones me parecen superfluas, pues no harían más que repetir, bajo una u otra forma, más amplia, es verdad, pero idéntica, el enunciado de la tesis cuyo primer desarrollo verá el final de este día. Resulta entonces de las observaciones que preceden, que mi intención es emprender, de ahora en adelante, la parte analítica; esto es tan cierto como que hace solamente unos minutos expresé el ardiente deseo de que fueseis apresados en las glándulas sudoríparas de mi

piel, para comprobar la lealtad de lo que afirmo con conocimiento de causa. Y sé que es preciso apuntalar con un gran número de pruebas el argumento incluido en mi teorema; pues bien, esas pruebas existen, y sabéis que no ataco a nadie sin tener serios motivos. Me río a carcajadas cuando pienso que me reprocháis difundir amargas acusaciones contra la humanidad, de la que soy uno de sus miembros (¡este reparo me daría la razón!), y contra la Providencia: no me retractaré de mis palabras, pero, contando lo que he visto, no me será difícil, sin otra ambición que la verdad, justificarlas. Hoy voy a hacer una novela corta, de unas treinta páginas, extensión que permanecerá en lo sucesivo más o menos estacionaria. En espera de ver pronto, un día u otro, la consagración de mis teorías aceptadas por tal o cual forma literaria, creo haber encontrado al fin, después de algunos tanteos, mi fórmula definitiva. Es la mejor: ¡puesto que es la novela! Este prefacio híbrido ha sido expuesto de una manera que acaso no parezca muy natural, en el sentido de que sorprende, por así decirlo, al lector, que no ve claro a dónde se le quiere conducir; pero ese sentimiento de notable estupefacción, del cual uno debe generalmente intentar sustraer a aquellos que pasan su tiempo leyendo libros o folletos, yo hice todos los esfuerzos por producirlo. En efecto, me era imposible hacer menos, a pesar de mi buena voluntad: será sólo más tarde, cuando algunas novelas hayan aparecido, cuando comprenderéis mejor el prefacio del renegado de rostro fuliginoso.

Antes de entrar en materia, me parece estúpido que sea necesario (pienso que nadie compartirá mi opinión, si no me engaño) que coloque a mi lado un tintero abierto y algunas hojas de papel, no acartonado[12]. De esa manera, me será posible empezar, con amor, por este canto sexto, la serie de poemas instructivos que me impaciento por producir. ¡Dramáticos episodios de una implacable utilidad! Nuestro héroe se dio cuenta de que frecuentando las cavernas y tomando como refugio los lugares inaccesibles, trasgredía las reglas de la lógica y se aventuraba a un círculo vicioso. Pues, si por un lado, favorecía así su repugnancia por los hombres, a causa de la indemnización de la soledad y del alejamiento, y circunscribía pasivamente su horizonte limitado, entre arbustos enclenques, zarzas y labruscas, por el otro, su actividad no encontraba ningún alimento para nutrir al minotauro de sus perversos instintos. En consecuencia, resolvió aproximarse a las aglomeraciones humanas, persuadido de que entre tantas víctimas ya preparadas, sus distintas pasiones encontrarían ampliamente con qué satisfacerse. Sabía que la policía, ese escudo de la civilización, lo buscaba con perseverancia desde hacía muchos años, y que un verdadero ejército de agentes y de espías lo perseguían de continuo. Sin llegar, sin embargo, a encontrarlo. Tanta era su asombrosa habilidad para, con suprema elegancia, despistar las mafias más indiscutibles desde el punto de vista del éxito, y la ordenanza de la meditación más sabia. Tenía la facultad especial de adoptar formas irreconocibles por los ojos más adiestrados. ¡Disfraces excelentes, si hablo como

artista! Vestimentas de un efecto realmente mediocre, si pienso en lo moral. En este aspecto, casi rozaba lo genial. ¿No habéis advertido la gracilidad de un bonito grillo, de movimientos ágiles, en las alcantarillas de París? ¡No podía ser otro que Maldoror! Magnetizando las florecientes capitales con un fluido pernicioso, los lleva a un estado letárgico en donde son incapaces de la necesaria vigilancia. Estado tanto más peligroso cuanto que nadie lo sospecha. Ayer se encontraba en Pekín, hoy se halla en Madrid, mañana estará en San Petersburgo. Pero confirmar exactamente el lugar que en este momento llenan las hazañas de este poético Rocambole, es un trabajo superior a las posibles fuerzas de mi denso raciocinio. Este bandido puede estar a setecientas leguas de este país o sólo a algunos pasos de vosotros. No es fácil hacer morir a la totalidad de los hombres, y ahí están las leyes, pero con paciencia se puede exterminar, una a una, a las hormigas humanitarias. Ahora bien, desde los días de mi nacimiento, en que yo vivía con los primeros abuelos de nuestra raza, todavía inexperto en el tendido de mis emboscadas; desde los tiempos remotos, situados más allá de la historia, en que, por medio de sutiles metamorfosis, yo asolaba, en diversas épocas, las comarcas del globo por las conquistas y las matanzas, y propagaba la guerra civil entre los ciudadanos ¿no he aplastado ya con mis tacones, miembro a miembro o colectivamente, generaciones enteras, cuya cifra innumerable no sería difícil concebir? El radiante pasado ha hecho brillantes promesas al futuro: las mantendrá. Para el desbrozo de mis frases emplearé forzosamente el método natural, retrocediendo hasta los salvajes, a fin de que me den lecciones. Sencillos y majestuosos *gentlemen*, su agraciada boca ennoblece todo lo que fluye de sus labios tatuados. Acabo de probar que nada es irrisorio en este planeta. Planeta ridículo, pero soberbio. Apoderándome de un estilo que algunos encontrarán ingenuo (cuando es tan profundo), lo utilizaré para interpretar ideas que, desgraciadamente, quizás no parezcan grandiosas. Por eso mismo, despojándome de los aspectos banales y escépticos de la conversación común, y bastante prudente para no darme importancia… ya no sé lo que intentaba decir, pues no recuerdo el comienzo de la frase. Pero sabed que la poesía se encuentra en todas partes donde no esté la sonrisa estúpidamente burlona del hombre con cara de pato. Antes quiero sonarme, porque tengo necesidad de ello, y después, poderosamente ayudado por mi mano, volveré a tomar el portaplumas que mis dedos habían dejado caer. ¡Cómo el puente del Carrusel pudo conservar la constancia de su neutralidad después de oír los desgarradores gritos que parecía lanzar la bolsa!

I

Los comercios de la calle Vivienne muestran sus riquezas ante los ojos maravillados. Bajo la luz de los numerosos faroles de gas, los cofres de caoba y los reloj es de oro esparcen a través de los escaparates haces de deslumbrante luminosidad. Han dado las ocho en el reloj de la Bolsa: ¡no es tarde! Apenas el último golpe de martillo se dejo oír, la calle cuyo nombre ha sido citado se pone a temblar y sacude sus cimientos desde la plaza Royal hasta el bulevar Montmartre. Los transeúntes apresuran el paso y se retiran pensativos a sus casas. Una mujer se desmaya y cae sobre el asfalto. Nadie la levanta: todos tienen prisa en alejarse del lugar. Los postigos se cierran con ímpetu y los habitantes se sumergen bajo los cobertores. Se diría que la peste asiática ha hecho acto de presencia. Así, mientras la mayor parte de la ciudad se prepara a nadar en las diversiones de las fiestas nocturnas, la calle Vivienne se encuentra de súbito helada por una especie de petrificación. Lo mismo que un corazón que deja de amar, ve su vida apagada. Pero muy pronto la noticia del fenómeno se extiende a las otras capas de la población y un silencio lúgubre se cierne sobre la augusta capital. ¿Adónde han ido los faroles? ¿Qué se ha hecho de las vendedoras de amor? Nada… ¡soledad y oscuridad! Una lechuza, volando en dirección rectilínea, con una pata quebrada, pasa por encima de la Magdalena y dirige su vuelo hacia la barrera del Trono, gritando: «Se acerca una desgracia». Ahora bien, en ese lugar que mi pluma (ese verdadero amigo que me sirve de compinche) acaba de hacer misterioso, si miráis hacia el lado donde la calle Colbert desemboca en la calle Vivienne, veréis, en el ángulo formado por el cruce de las dos vías, a un personaje que muestra su silueta y se dirige con paso apresurado hacia los bulevares. Pero si uno se acerca más, de manera que no atraiga sobre sí la atención de ese transeúnte, percibe, con agradable sorpresa, que es joven. Desde lejos, en efecto, se le hubiera tomado por un hombre maduro. La suma de los días no cuenta cuando se trata de apreciar la capacidad intelectual de un rostro serio. Yo sé leer la edad en las líneas fisionómicas de la frente: ¡tiene dieciséis años y cuatro meses! Es bello como la retractilidad de las garras de las aves rapaces, o también, como la incertidumbre de los movimientos musculares en las llagas de las partes blandas de la región cervical posterior; o mejor, como esa ratonera perpetua, siempre estirada por el animal apresado, que puede cazar sola infinidad de roedores y funciona incluso escondida bajo la paja; y sobre todo, como el encuentro fortuito de una mesa de disección de una máquina de coser y un paraguas. Mervyn, ese hijo de la rubia Inglaterra, acaba de tomar en casa de su profesor una lección de esgrima, y, envuelto en su tartán escocés, regresa a casa de sus padres. Son las ocho y media y espera llegar a su casa a las nueve: por su parte, es una gran presunción fingir estar seguro de conocer el porvenir. ¿Qué obstáculo imprevisto puede dificultarle su camino? Y esa circunstancia, ¿sería tan poco frecuente que debiera considerarla como una excepción? ¿Por qué no considera mejor, como un hecho anormal, la posibilidad que ha tenido hasta ahora de sentirse

desprovisto de inquietud y, por así decirlo, dichoso? ¿Con qué derecho, en efecto, pretende llegar indemne a su morada, cuando alguien lo espía y le sigue de cerca como a su futura presa? (Sería conocer muy poco la profesión de escritor de sensaciones, si al menos no pusiera de relieve las restrictivas preguntas tras las cuales llega inmediatamente la frase que estoy a punto de terminar). ¡Habréis reconocido el héroe imaginario que desde hace mucho tiempo destroza con la presión de su individualidad mi desdichada inteligencia! En cuanto Maldoror se acerca a Mervyn, para grabar en su memoria los rasgos de ese adolescente, él, con el cuerpo echado hacia atrás, retrocede sobre sí, como el boomerang de Australia, en el segundo período de su trayecto o más bien, como una máquina infernal. Está indeciso sobre lo que debe hacer. Pero su conciencia no sufre ninguno de los síntomas de una emoción embriogénica, como equivocadamente pudierais suponer. Le vi alejarse un instante en dirección opuesta; ¿estaba abrumado por el remordimiento? Pero regresó con renovada crueldad. Mervyn no sabe por qué sus arterias temporales laten con fuerza, y apresura el paso, atormentado por un terror cuya causa vosotros y él buscáis en vano. Es preciso tenerle en cuenta por su aplicación en descubrir el enigma. ¿Por qué no se vuelve? Lo comprendería todo. Pero ¿se piensa nunca en los medios más simples para hacer que cese un estado de alarma? Cuando un merodeador atraviesa una barriada de suburbio, con una ensaladera de vino blanco en el gaznate y la blusa hecha jirones si en el hueco de un poste ve un viejo gato musculoso, contemporáneo de aquellas revoluciones a las que asistieron nuestros padres, contemplando melancólicamente los rayos de luna que descienden sobre la llanura dormida, avanza tortuosamente en línea curva y hace una señal a un perro patizambo, que se precipita. El noble animal de la raza felina espera a su adversario con valentía y vende a muy alto precio su vida. Mañana algún trapero comprará una piel electrizable. ¿Por qué no huiría? ¡Era tan fácil! Pero en el caso que nos preocupa actualmente, Mervyn complica todavía más el peligro por su propia ignorancia. Tiene como unos destellos, excesivamente raros, es cierto, pero no me detendré a demostrar la vaguedad que los recubre, aunque le es imposible adivinar la realidad. No es profeta, no digo lo contrario, y no se reconoce la facultad de serlo. Cuando llega a la gran arteria, gira a la derecha y atraviesa el bulevar Poissonniére y el bulevar Bonne Nouvelle. En este punto de su camino, avanza por la calle del arrabal Saint-Denis, deja atrás el embarcadero del ferrocarril de Estrasburgo y se detiene delante de una fachada elevada, antes de alcanzar la superposición perpendicular de la calle Lafayette. Puesto que me aconsejáis que concluya en este sitio la primera estrofa, quiero, por esta vez, acceder a vuestro deseo. ¿Sabéis que cuando pienso en la sortija de hierro oculta bajo la piedra por la mano de un maniaco un invencible escalofrío me recorre el cabello?

II

Tira de la aldaba de cobre y el portón del moderno palacio gira sobre sus goznes. Atraviesa el patio, cubierto de fina arena, y sube los ocho peldaños de la escalinata. Las dos estatuas, situadas a derecha e izquierda como guardianes de la aristocrática mansión, no le cortan el paso. Aquel que ha renegado de todo, padre, madre, Providencia, amor, ideal, a fin de pensar sólo en sí mismo, se ha cuidado muy bien de no seguir los pasos que le precedían. Lo ha visto entrar en un amplio salón del piso bajo, de paredes de ágata. El hijo de familia se arroja en un sofá, y la emoción le impide hablar. Su madre, con largo vestido de cola, se muestra afectuosa con él y lo rodea con sus brazos. Sus hermanos, más jóvenes, se agrupan en torno al mueble cargado con un fardo; no conocen la vida de modo suficiente como para hacerse una idea de la escena que se desarrolla. Por último, el padre alza su bastón y dirige a los asistentes una mirada llena de autoridad. Apoyando el puño sobre el brazo del sillón, se levanta de su sitio habitual y avanza con inquietud, aunque debilitado por los años, hacia el cuerpo inmóvil de su primogénito. Habla una lengua extranjera y cada uno lo escucha con un recogimiento respetuoso: «¿Quién ha puesto al muchacho en este estado? El brumoso Támesis arrastrará todavía una gran cantidad de limo antes de que mis fuerzas estén del todo agotadas. En esa comarca inhóspita no parece que existan leyes protectoras. Si llegara a conocer el culpable, probaría el vigor de mi brazo. Aunque me halle en situación de retiro, alejado de los combates marítimos, mi espada de comodoro, colgada de la pared, aún no está enmohecida. Por otra parte, es fácil afilaría. Mervyn, tranquilízate; daré órdenes a mis criados para que encuentren el rastro de aquél a quien desde ahora en adelante buscaré para hacer que muera por mi propia mano. Mujer, quítate de ahí y ve a acurrucarte a un rincón; tus ojos me enternecen, y sería mejor que cerraras el conducto de tus glándulas lacrimales. Hijo mío, te lo suplico, recobra tus sentidos y reconoce a tu familia; es tu padre quien te habla…». La madre se aparta, y, para obedecer las órdenes de su dueño, toma un libro entre las manos y se esfuerza en permanecer tranquila, en presencia del peligro que corre aquel que engendró su matriz. «… Hijos, id a jugar al parque, y tened cuidado al admirar cómo nadan los cisnes de no caer en el estanque…». Los hermanos, con las manos caídas, permanecen mudos; con la gorra coronada por una pluma arranca al ala del chotacabras de la Carolina, el pantalón de terciopelo hasta las rodillas, y las medias de seda roja, se toman de la mano y salen del salón, teniendo cuidado de no pisar el suelo de ébano sino con la punta del pie. Estoy seguro de que no se divertirán y se pasearán con gesto serio por las avenidas de plátanos. Su inteligencia es precoz. Mejor para ellos. «… cuidados inútiles, te acuno en mis brazos y eres insensible a mis súplicas. ¿Quieres levantar la cabeza? Abrazaré tus rodillas si es preciso. Pero no… vuelve a caer inerte». —«Dulce dueño mío, si se lo permites a tu esclava, iré a mi cuarto a buscar un frasco de esencia de trementina, que uso habitualmente cuando la jaqueca invade mis sienes después de regresar del teatro, o cuando la lectura de un

relato emocionante, consignado e~ los anales británicos de la historia caballeresca de nuestros antepasados, arroja mi pensamiento soñador en las turberas del adormecimiento». —«Mujer, no te había concedido la palabra y no tenías derecho a tomarla. Desde nuestra legítima unión, ninguna nube ha venido a interponerse entre nosotros. Estoy satisfecho de ti, jamás he tenido que reprocharte nada: y recíprocamente. Ve a tu cuarto a buscar el frasco de esencia de trementina. Sé que se halla en uno de los cajones de tu cómoda, y no acabas de hacérmelo saber. Apresúrate en subir los peldaños de la escalera de caracol, y vuelve aquí con un rostro alegre». Pero apenas la sensible londinense ha llegado a los primeros escalones (no corre tan apresuradamente como una persona de las clases inferiores) cuando una de las doncellas de cámara desciende del primer piso, las mejillas enrojecidas y sudorosas, con el frasco que tal vez contiene el vital licor entre sus paredes de cristal. La doncella se inclina con gracia al presentar el encargo, y la madre, con su paso real, se dirige hacia los flecos que guarnecen el sofá, único objetivo que preocupa a su ternura. El comodoro, con un gesto altivo, aunque afable, acepta el frasco de las manos de su esposa. Moja en el líquido un pañuelo de la India y rodea la cabeza de Mervyn con los meandros orbiculares de la seda. Respira sales; mueve un brazo. La circulación se reanima, y se oyen los gritos jubilosos de una cacatúa de Filipinas, posada en el alféizar de la ventana. «¿Quién va ahí? No me detengáis… ¿Dónde estoy? ¿Es un ataúd lo que soporta mis torpes miembros?, las tablas me parecen gratas… El medallón que contiene el retrato de mi madre, ¿está aún colgado de mi cuello?… Atrás, malhechor de cabeza desgreñada. No ha podido prenderme, y he dejado entre sus dedos un palmo de mi jubón. Soltad la cadena de los dogos, pues esta noche un reconocido ladrón puede introducirse en nuestra casa mientras estamos sumergidos en el sueño. Padre mío y madre mía, os reconozco y os agradezco vuestros cuidados. Llamad a mis hermanitos. Para ellos había comprado garrapiñadas, y quiero abrazarlos». Después de estas palabras cae en un profundo sueño letárgico. El médico, a quien se ha llamado a toda prisa, se frota las manos y exclama: «La crisis ha pasado. Todo va bien. Mañana vuestro hijo se despertará sano. Marchaos todos a vuestras respectivas camas, lo ordeno, a fin de que me quede solo con el enfermo hasta la aparición de la aurora y el canto del ruiseñor». Maldoror, escondido tras la puerta, no ha perdido ni una palabra. Ahora conoce el carácter de los habitantes de la mansión y obrará en consecuencia. Sabe dónde reside Mervyn y no desea saber más. Ha anotado en un cuadernillo el nombre de la calle y el número de la casa. Es lo principal. Está seguro de que no lo olvidará. Avanza, como una hiena, sin ser vista, bordeando los lados del patio. Escala la verja con agilidad y se traba un instante en las puntas de hierro; de un salto se pone en la calzada. Se aleja son sigilo: «Me tomó por un malhechor, exclama, es un imbécil. Quisiera encontrar a un hombre exento de la acusación que el enfermo arrojó sobre mí. No le arranqué un trozo de su jubón, como ha dicho. Simple alucinación hipnagógica causada por el terror. Mi intención no era apoderarme hoy de él, pues tengo ulteriores proyectos

sobre ese adolescente tímido». Dirigíos al lugar donde se halla el lago de los cisnes, y os diré más tarde por qué hay uno completamente negro entre el grupo, cuyo cuerpo, sosteniendo un yunque, sobre el que hay el cadáver en putrefacción de un cangrejo ermitaño, inspira, con todo derecho, desconfianza a los otros camaradas acuáticos.

III

Mervyn está en su habitación; ha recibido una carta. ¿Quién le escribe una carta? Su inquietud le ha impedido dar las gracias al agente postal. El sobre tiene los bordes en negro, y las palabras han sido escritas de manera apresurada. ¿Le llevará esa carta a su padre? ¿Y si el firmante se lo prohíbe expresamente? Lleno de angustia, abre la ventana para respirar los aromas de la atmósfera; los rayos de sol reflejan sus prismáticas irradiaciones sobre los espejos de Venecia y las cortinas de damasco. Deja la misiva a un lado, entre los libros de cantos dorados y álbumes con cubierta de nácar esparcidos sobre el cuero repujado que recubre la superficie de su pupitre escolar. Abre el piano y hace correr sus afilados dedos sobre las teclas de marfil. Las cuerdas de latón no suenan. Este aviso indirecto le induce a recoger el papel vitela: pero éste retrocede, como si hubiera sido ofendido por la vacilación del destinatario. Preso de esa trampa, la curiosidad de Mervyn crece y abre el trozo de papel preparado. Hasta ese momento sólo había visto su propia escritura. «Muchacho, me intereso por usted, quiero hacer su felicidad. Le tomaré como compañero y realizaremos largas peregrinaciones a las islas de Oceanía. Mervyn, sabes que te amo y no tengo necesidad de probártelo. Me concederás tu amistad, estoy persuadido de ello. Cuando me conozcas más, no te arrepentirás de la confianza que me hayas testimoniado. Yo te preservaré de los peligros a que te lleve tu inexperiencia. Seré para ti un hermano y no te faltarán los buenos consejos. Para más largas explicaciones, hállate pasado mañana por la mañana, a las cinco, en el puente del Carrusel. Si no hubiera llegado yo, espérame, aunque espero llegar a la hora exacta. Haz tú lo mismo. Un inglés no perderá fácilmente la ocasión de ver claro en sus asuntos. Muchacho, te saludo, y hasta pronto. No enseñes esta carta a nadie». —«Tres estrellas en vez de firma», exclama Mervyn, «y una mancha de sangre en la parte inferior de la hoja». Abundantes lágrimas corren sobre las curiosas frases que sus ojos han devorado y abren a su espíritu el campo ilimitado de los horizontes inciertos y nuevos. Le parece (sólo después de acabar la lectura) que su padre es un tanto severo y su madre demasiado majestuosa. Posee razones que no han llegado a mi

conocimiento y, por lo tanto, no os podré transmitir, para insinuar que tampoco está de acuerdo con sus hermanos. Esconde la carta en su pecho. Sus profesores observaron que ese día no parecía el mismo: sus ojos estaban desmesuradamente ensombrecidos, y el velo de la reflexión excesiva había descendido sobre la región periorbitaria. Cada una de los profesores enrojeció, por miedo a no encontrarse a la altura intelectual de su alumno, y, sin embargo, éste, por primera vez, descuidó sus deberes y no trabajó. Por la noche, la familia se reunió en el comedor, decorado con retratos antiguos. Mervyn admira las fuentes repletas de viandas suculentas y las frutas aromáticas, pero no come; los chorros policromos de los vinos del Rhin y el espumoso rubí del champán, engastándose en las estrechas y altas copas de cristal de Bohemia, permanecen incluso indiferentes a su vista. Apoya su codo en la mesa y queda absorto en sus pensamientos, como un sonámbulo. El comodoro, de rostro curtido por la espuma de los mares, se inclina al oído de su esposa: «El mayor ha cambiado de carácter desde el día de la crisis, se dejaba llevar demasiado por las ideas absurdas; hoy está mucho más ensimismado que de costumbre. Desde luego, yo no era así cuando tenía su edad. Haz como si no te dieras cuenta de nada. Ahora es cuando un remedio eficaz, material o moral, sería de fácil empleo. Mervyn, tú que gustas de la lectura de libros de viaje y de historia natural, voy a leerte un relato que no te disgustará. Escuchadme con atención, y cada uno sacará provecho, yo el primero. Y vosotros, niños, por la atención que sabréis prestad a mis palabras, aprended a perfeccionar el diseño de vuestro estilo, y a daros cuentas de las menores intenciones de un autor». ¡Cómo si aquella nidada de adorables chiquillos hubiera podido comprender lo que era la retórica! Dice, y, a un gesto de su mano, uno de los hermanos se dirige hacia la biblioteca paterna y vuelve con un volumen bajo el brazo. Mientras tanto, habían quitado los cubiertos y la platería, y el padre tomó el libro. A la palabra electrizante, viajes, Mervyn alzó la cabeza y se esforzó en poner término a sus meditaciones inoportunas. El libro fue abierto hacia la mitad, y la voz metálica del comodoro dio pruebas de que aún era capaz, como en los días de su gloriosa juventud, de dominar el furor de los hombres y de las tempestades. Mucho antes de que terminara la lectura, Mervyn recayó sobre sus codos, ante la imposibilidad de seguir por más tiempo el razonado desarrollo de las frases de trámite y la saponificación de las obligadas metáforas. El padre exclama: «Esto no le interesa, leamos otra cosa. Lee tú, mujer, serás más feliz que yo si alejas la tristeza diaria de nuestro hijo». La madre ya no tiene esperanza; sin embargo, se apodera de otro libro, y el timbre de su voz de soprano suela melodiosamente en los oídos del producto de su concepción. Pero, después de algunas palabras, el desaliento le invade y, por sí misma, deja la interpretación de la obra literaria. El primogénito exclama: «Voy a acostarme». Se retira, los ojos bajos con una fría fijeza, sin añadir nada más. El perro comienza a lanzar un lúgubre ladrido, pues no encuentra esa conducta natural, y el viento del exterior, penetrando desigualmente por la fisura longitudinal de la ventana, hace vacilar la llama, disminuida por las dos cúpulas de cristal rosado de la lámpara

de bronce. La madre apoya las manos en su frente, y el padre eleva los ojos al cielo. Los hijos arrojan miradas azoradas al viejo marino. Mervyn cierra la puerta de su cuarto con doble vuelta de llave y su mano resbala rápidamente sobre el papel: «He recibido su carta a mediodía y espero me perdone si le he hecho esperar la respuesta. No tengo el honor de conocerle personalmente y no sabía si debía escribirle. Pero como la descortesía no se aloja en esta casa, he resuelto tomar la pluma para agradecerle calurosamente el interés que se toma por un desconocido. Dios me guarde de no mostrar reconocimiento por la simpatía con que me colma. Conozco mis imperfecciones y eso no me hace ser más orgulloso. Pero si es conveniente aceptar la amistad de una persona mayor, también lo es hacerle comprender que nuestros caracteres no son iguales. En efecto, usted parece ser de más edad que yo, puesto que me llama muchacho, pero aun así conservo dudas sobre su verdadera edad. Entonces ¿cómo conciliar la frialdad de sus silogismos con la pasión que de ellos se desprende? Es cierto que no abandonaré el lugar que me ha visto nacer para acompañarle por comarcas lejanas; eso sería posible a condición de pedirle antes a los autores de mis días un permiso impacientemente esperado. Pero como me ha ordenado que guarde secreto (en el sentido elevado al cubo de la palabra) sobre este asunto espiritualmente tenebroso, me apresuraré a obedecer su incontestable prudencia. Por lo que parece, no afrontaría con placer la claridad de la luz. Puesto que da a entender su deseo de que yo tenga confianza en su persona (deseo que no está fuera de lugar, me agrada confesarlo), le ruego que tenga la bondad de testimoniar, por lo que me toca, una confianza análoga, y de no tener la pretensión de creer que estoy tan alejado de su opinión como que para que pasado mañana por la mañana, a la hora indicada, no acuda puntualmente a la cita. Saltaré el muro que rodea el parque, pues la verja estará cerrada, y nadie será testigo de mi partida. Para hablar con franqueza, qué no haría yo por usted, cuyo inexplicable afecto ha sabido en seguida revelarse ante mis deslumbrados ojos, sobre todo asombrados de tal prueba de bondad, la cual estoy seguro nunca habría esperado. Porque no le conocía. Ahora le conozco. No olvide la promesa que me ha hecho de pasear por el puente del Carrusel. En el caso de que yo pase por allí, tengo la absoluta certeza de que le encontraré y le estrecharé la mano, con tal de que esa inocente manifestación de un adolescente que todavía ayer se inclinaba ante el altar del pudor no le ofenda con su respetuosa familiaridad. Por otra parte, ¿no es confesable la familiaridad en el caso de una fuerte y ardiente intimidad, cuando el extravío es serio y convicto? ¿Y qué mal existiría después de todo, se lo pregunto, en que le diga adiós de paso, cuando pasado mañana, llueva o no, hayan dado las cinco? Apreciará, *gentleman*, el tacto con que he concebido mi carta, pues no me permito, en una simple hoja, apta para perderse, decirle algo más. Su dirección al final de la página es un jeroglífico. He necesitado casi un cuarto de hora para descifrarlo. Creo que ha hecho bien en trazar las palabras de una manera microscópica. Me dispenso de firmar, y en esto le imito: vivimos en un tiempo demasiado excéntrico como para asombrarse un instante de lo que podría

ocurrir. Sería curioso saber cómo ha averiguado el lugar en donde mora mi glacial inmovilidad, rodeada de una larga hilera de salas desiertas, inmundos osarios de mis horas de hastío. ¿Cómo lo diría? Cuando pienso en usted, mi pecho se agita, resonante como el derrumbamiento de un imperio en decadencia, pues la sombra de su amor acusa una sonrisa que tal vez no exista: ¡es una sombra tan vaga y mueve sus escamas tan tortuosamente! En sus manos dejo mis impetuosos sentimientos, piezas de mármol completamente nuevas, y vírgenes aún de todo contacto mortal. Tengamos paciencia hasta los primeros fulgores del crepúsculo matinal, y, en espera del momento que me arrojará en el entretejido horroroso de sus brazos pestíferos, me inclino humildemente ante sus rodillas, que abrazo». Después de haber escrito esta carta culpable, Mervyn la lleva al correo y vuelve a meterse en la cama. No penséis encontrar en ella a su ángel guardián. La cola de pez sólo volará durante tres días, es verdad, pero ¡ay!, por eso la viga no estará menos quemada, y una bala cilindro cónica atravesará la piel del rinoceronte, a pesar de la muchacha de nieve y el mendigo. El loco coronado habrá dicho la verdad sobre la fidelidad de los catorce puñales.

IV

¡Percibí que sólo tenía un ojo en medio de la frente! ¡Oh espejos de plata, incrustados en los paneles de los vestíbulos, cuántos servicios me habéis prestado con vuestro poder reflector! Desde el día en que un gato de angora me royó durante una hora la protuberancia parietal, lo mismo que un trépano que perfora un cráneo, lanzándose bruscamente sobre mi espalda, porque yo había hecho hervir a sus crías en un barreño lleno de alcohol, no he dejado de lanzar contra mí mismo la flecha del tormento. Hoy, bajo la impresión de las heridas que mi cuerpo ha recibido en diversas circunstancias, sea por la fatalidad de mi nacimiento, sea por el hecho de mi propia culpa; abrumado por las consecuencias de mi caída moral (algunas han sido cumplidas, ¿quién preverá las demás?); espectador impasible de las monstruosidades adquiridas o naturales, que decoran las aponeurosis y el intelecto de quien habla, arrojo una larga mirada de satisfacción sobre la dualidad que me compone… ¡y me encuentro hermoso! Hermoso como el vicio congénito de conformación de los órganos sexuales del hombre, consistente en la brevedad relativa del canal de la uretra y la división o ausencia de su pared inferior, de tal manera que el canal se abre a una distancia variable del glande y por debajo del pene; o también como la carúncula carnosa, de

forma cónica, surcada por arrugas transversales bastante profundas, que se eleva en la base del pico superior del pavo, o mejor como la verdad siguiente: «El sistema de las gamas, de los modos y de su encadenamiento armónico no descansa sobre leyes naturales invariables, sino, por el contrario, es la consecuencia de los principios estéticos que han cambiado con el desarrollo progresivo de la humanidad, y que cambiarán todavía»; y sobre todo, como una corbeta acorazada de torreones. Sí, mantengo la exactitud de mi aserción. Me vanaglorio de no sufrir ninguna ilusión presuntuosa, y no obtendría ningún provecho de la mentira; así que, sobre lo que he dicho, no debéis tener ninguna vacilación en creerlo. Pues, ¿por qué habría de inspirarme horror a mí mismo, frente a los testimonios elogiosos que parten de mi conciencia? No le envidio nada al Creador, pero que me deje descender por el río de mi destino, a través de una serie creciente de crímenes gloriosos. Si no, elevando a la altura de su frente una mirada irritada de todo obstáculo, le haré comprender que no es el único dueño del universo; que numerosos fenómenos que provienen directamente de un conocimiento más profundo de la naturaleza de las cosas, declaran en favor de la opinión contraria, y oponen un formal desmentido a la viabilidad de la unidad del poder. Somos dos para contemplarnos las pestañas de los párpados, ya lo ves… y sabes que más de una vez ha resonado, en mi boca sin labios, el clarín de la victoria. Adiós, guerrero ilustre; tu valor entre la desgracia inspira la estimación de tu enemigo más encarnizado; pero Maldoror te encontrará de nuevo muy pronto para disputarte la presa denominada Mervyn. Así se cumplirá la profecía del gallo, cuando vislumbró el porvenir en el fondo del candelabro. ¡Ruego al cielo que el cangrejo ermitaño alcance a tiempo la caravana de peregrinos y le haga saber en cuatro palabras la narración del trapero del Clignancourt!

V

En un banco del Palais-Royal, al lado izquierdo y no lejos del estanque, un individuo que desembocó de la calle de Rívoli, vino a sentarse. Tenía el cabello en desorden, y sus ropas revelaban la acción corrosiva de una miseria prolongada. Hizo en el suelo un agujero con un trozo puntiagudo de madera y llenó de tierra el hueco de su mano. Se llevó ese alimento a la boca y la arrojó con precipitación. Se levantó, y, apoyando su cabeza contra el banco, dirigió las piernas hacia arriba. Pero como esta actitud funambulesca está fuera de las leyes de la gravitación que rigen el centro de gravedad, volvió a caer pesadamente sobre el banco, con los brazos caídos, la gorra

ocultándole la mitad del rostro, y las piernas golpeando la grava en una situación de equilibrio inestable, cada vez más inseguro. Permaneció largo tiempo en esa posición. Hacia la entrada medianera del norte, junto a la rotonda que contiene un salón de café, el brazo de nuestro héroe se apoyó en la verja. Su mirada recorrió la superficie del rectángulo, a fin de no dejar escapar ninguna perspectiva. Sus ojos se volvieron sobre sí, después de acabada la investigación, y percibió, en medio del jardín, a un hombre que hacía gimnasia oscilante con un banco sobre el cual se esforzaba por sostenerse, cumpliendo unos milagros de fuerza y de habilidad. Pero ¿qué puede hacer la mejor de las intenciones, llevada al servicio de una causa justa, contra los desarreglos de la alienación mental? Se dirigió hacia el loco, le ayudó benévolamente a que su dignidad tomara de nuevo una posición normal, le tendió la mano y se sentó a su lado. Notó que la locura era sólo intermitente, el acceso había pasado, y su interlocutor respondía lógicamente a todas las preguntas. ¿Es preciso comunicar el sentido de las palabras? ¿Por qué volver a abrir, por una página cualquiera, con un apresuramiento blasfematorio, el infolio de las miserias humanas? Nada hay que sea de una enseñanza más fecunda. Aunque no tuviera ningún acontecimiento verdadero que haceros oír, inventaría relatos imaginarios para trasvasarlos a vuestros cerebros. Pero el enfermo no ha llegado a serlo por su propio placer, y la sinceridad de sus relaciones se alía de maravilla con la credulidad del lector. «Mi padre era un carpintero de la calle de la Verrerie… ¡Que la muerte de las tres Margaritas caiga sobre su cabeza y que el pico del canario le roa eternamente el eje del bulbo ocular! Había adquirido la costumbre de emborracharse; en esos momentos, cuando regresaba a casa, después de haber recorrido los mostradores de los bares, su furor se volvía casi inconmensurable, y golpeaba indistintamente los objetos que se presentaban a su vista. Pero muy pronto, ante los reproches de los amigos, se corrigió completamente y se volvió de un humor taciturno. Nadie se le podía aproximar, ni siquiera nuestra madre. Conservaba un secreto resentimiento contra la idea del deber que le impedía conducirse a su antojo. Yo había comprado un canario para mis tres hermanas; era para mis tres hermanas para quienes había comprado un canario. Ellas lo encerraron en una jaula, encima de la puerta, y los que pasaban se detenían siempre para escuchar los cantos del pájaro, admirar su gracia fugitiva y estudiar sus sabias formas. Más de una vez mi padre había dado la orden de que se hiciera desaparecer la jaula y su contenido, pues se figuraba que el canario se burlaba de su persona arrojándole el ramo de aéreas cavatinas de su talento de vocalista. Fue a descolgar la jaula del clavo y, ciego de cólera, resbaló de la silla. Una ligera excoriación en la rodilla fue el trofeo de su empresa. Después de haber permanecido durante unos segundos presionándose la parte hinchada con un viruta, bajó el pernil del pantalón, con las cejas fruncidas, tomó mayores precauciones, colocó la jaula bajo el brazo y se dirigió hacia el fondo del taller. Allí, a pesar de los gritos y las súplicas de la familia (estimábamos mucho a aquel pájaro, que era para nosotros como el genio de la casa), aplastó con sus tacones guarnecidos de hierro la jaula de mimbre, mientras una

garlopa, que hacía girar en torno a su cabeza, mantenía a distancia a los asistentes. El azar hizo que el canario no muriera por el golpe; ese copo de plumas vivía aún, a pesar de la mancha de sangre. El carpintero se alejó y cerró la puerta con ruido. Mi madre y yo nos esforzamos por retener la vida del pájaro, dispuesto a escaparse; alcanzaba a su fin y el movimiento de sus alas sólo se ofrecía a la vista como el espejo de la suprema convulsión de agonía. Durante este tiempo, las tres Margaritas, cuando advirtieron que toda esperanza estaba perdida, se cogieron de la mano, de común acuerdo, y la cadena viviente fue a acurrucarse, después de haber empujado unos pasos a un barril de grasa, detrás de la escalera, junto a la casa de nuestra perra. Mi madre no cesaba en su tarea, y mantenía al canario entre los dedos para calentarlo con su aliento. Yo corría enloquecido por todas las habitaciones, tropezando con los muebles y demás objetos. De vez en cuando, una de mis hermanas asomaba la cabeza tras el bajo de la escalera para informarse de la suerte del desdichado pájaro, y volvía a esconderla con tristeza. La perra había salido de su casucha, y, como si hubiera comprendido el alcance de nuestra pérdida, lamía con la lengua del estéril consuelo el vestido de las tres Margaritas. Al canario sólo le quedaban unos instantes de vida. Una de mis hermanas (era la más joven) a su vez mostró su cabeza entre la penumbra formada por la rarefacción de luz. Vio que mi madre palidecía y que el pájaro, después de levantar el cuello durante un destello, como última manifestación de su sistema nervioso, volvía a caer entre sus dedos, inerte para siempre. Ella anunció la noticia a sus hermanas. No hicieron oír el ruido de ninguna queja, ningún murmullo. El silencio reinaba en el taller. Sólo se distinguía el crujido de las sacudidas de los fragmentos de la jaula que, en virtud de la elasticidad de la madera, cobraba de nuevo en parte la posición primordial de su construcción. Las tres Margaritas no derramaron ninguna lágrima y su rostro no perdió nada de su purpúrea frescura; no… solamente permanecieron inmóviles. Se arrastraron hacia el interior de la perrera y se tendieron sobre la paja, una al lado de la otra, mientras la perra, testigo pasivo de su maniobra, las observaba asombrada. Varias veces mi madre las llamó, pero no emitieron el sonido de ninguna respuesta. Fatigadas por las emociones precedentes, probablemente dormían. Ella registró todos los rincones de la casa sin encontrarlas. Siguió a la perra, que le tiraba de la falda, hasta la perrera. La mujer se agachó y colocó la cabeza en la entrada. El espectáculo del que tuvo la posibilidad de ser testigo, dejando aparte las exageraciones malsanas del pavor maternal, no podía ser sino lastimoso, según los cálculos de mi espíritu. Encendí una vela y se la ofrecí; de esa manera no se le escaparía ningún detalle. Retiro la cabeza, cubierta de briznas de paja, de la prematura tumba y me dijo: “Las tres Margaritas están muertas”. Como no podíamos sacarlas de ese lugar, retened bien esto, pues estaban estrechamente abrazadas las tres juntas, fui al taller a buscar un martillo para romper la morada canina. Me puse en seguida a la obra de demolición, y~ los transeúntes pudieron creer, por poca imaginación que tuviesen, que el trabajo no cesaba en nuestra casa. Mi madre, impaciente por ese retardo que, sin embargo, era indispensable, se rompía

las uñas contra las tablas. Por fin, la operación del rescate terminó; la perrera hecha pedazos se abrió por todos lados y retiramos de los escombros, una tras otra, después de haberlas separado con dificultad, a las hijas del carpintero. Mi madre abandonó el país. No he vuelto a ver a mi padre. En cuanto a mí, dicen que estoy loco e imploro la caridad pública. Lo que sé es que el canario no canta más». El oyente aprueba en su interior ese nuevo ejemplo aportado con el apoyo de sus repugnantes teorías. Como si a causa del hombre, en otro tiempo curda, se tuviera el derecho a acusar a la humanidad entera. Tal es al menos la paradójica reflexión que intenta introducir en su espíritu, pero no consigue expulsar de él las importantes enseñanzas de la grave experiencia. Consuela al loco con una fingida compasión y le enjuga las lágrimas con su propio pañuelo. Le lleva a un restaurante y comen en la misma mesa. Van a casa de un sastre de moda y viste al protegido como a un príncipe. Llaman en la casa del portero de una gran mansión de la calle Saint-Honoré y el loco se instala en un rico apartamento del tercer piso. El bandido le obliga a aceptar su bolsa, y, tomando el orinal de debajo de la cama, lo pone sobre la cabeza de Aghone. «Te corono rey de las inteligencias, exclama con un énfasis premeditado; acudiré a la menor llamada; coge a manos llenas de mis cofres; te pertenezco en cuerpo y alma. De noche, colocarás de nuevo la corona de alabastro en su sitio de costumbre, con el permiso para usarla; pero de día, desde que la aurora ilumine las ciudades, colócala sobre tu frente, como símbolo de tu poderío. Las tres Margaritas revivirán en mi, sin contar que yo seré tu madre». Entonces, el loco retrocedió algunos pasos, como si estuviera preso de una insultante pesadilla; las líneas de la felicidad se pintaron en su rostro, arrugado por las penas; se arrodilló, lleno de humildad, a los pies de su protector. ¡El agradecimiento había penetrado, como un veneno, en el corazón del loco coronado! Quiso hablar y su lengua se paralizó. Inclinó su cuerpo hacia adelante y cayó sobre el pavimento. El hombre de labios de bronce se retiró. ¿Cuál era su fin? Adquirir un amigo a toda prueba, lo bastante ingenuo como para obedecer todos sus mandatos. No podía haber encontrado a nadie mejor, y el azar lo había favorecido. El que ha encontrado, acostado en un banco, no sabe ya, después de un acontecimiento de su juventud, distinguir el bien del mal. Es Aghone mismo a quien precisaba.

VI

El Todopoderoso había enviado a la tierra a alguno de sus arcángeles, a fin de salvar al adolescente de una muerte segura. ¡Se verá obligado a bajar él mismo! Pero no

hemos llegado todavía a esa parte de nuestro relato, y me veo en la obligación de cerrar la boca, porque no puedo decirlo todo a la vez: cada truco de efecto aparecerá en su lugar, cuando la trama de esta ficción no tenga inconveniente. Para no ser reconocido, el arcángel había tomado la forma de un cangrejo ermitaño, grande como una vicuña. Se mantenía en la punta de un escollo, en medio del mar, y esperaba el momento favorable de la marea para bajar a la orilla. El hombre de labios de jaspe, oculto detrás de una sinuosidad de la playa, espiaba al animal con un bastón en la mano. ¿Quién hubiera deseado leer en el pensamiento de esos dos seres? Al primero no se le ocultaba que tenía una misión difícil de cumplir: «¿Y cómo tener éxito, exclamaba, mientras las olas crecientes golpeaban su refugio temporal, allí donde mi señor ha visto más de una vez fracasar su fuerza y su valor? Yo no soy más que una sustancia limitada, mientras que el otro nadie sabe de dónde viene y cuál su meta final. A su nombre, los ejércitos celestiales tiemblan, y más de uno cuenta, en las regiones que he abandonado, que ni Satán mismo, Satán, la encarnación del mal, es tan temible». El segundo hacía las siguientes reflexiones, que encontraron eco en la cúpula azulada que ensuciaron: «Tiene un aspecto de total inexperiencia; le arreglaré las cuentas en seguida. Viene sin duda de las alturas, enviado por aquel que tanto teme venir él mismo. Veremos, por la obra, si es tan imperioso como parece; no es un habitante del albaricoque terrestre; traiciona su origen seráfico por sus ojos errantes e indecisos». El cangrejo ermitaño, que desde hacía algún tiempo paseaba su mirada por un espacio delimitado de la costa, percibió a nuestro héroe (éste se levantó entonces en toda la altura de su talla hercúlea), y le apostrofó en los términos que van a renglón seguido: «No intentes luchar y ríndete. Soy enviado por alguien que es superior a nosotros dos para cargarte de cadenas y poner los dos miembros cómplices de tu pensamiento en la imposibilidad de moverse. Coger cuchillos y puñales con tus manos es algo que desde ahora te está prohibido, créeme, tanto por tu propio interés como por el de los demás. Vivo o muerto, te tendré, aunque tengo orden de llevarte vivo. No me pongas en el compromiso de tener que recurrir al poder que me ha sido conferido. Me conduciré con delicadeza; por tu lado, no opongas ninguna resistencia. Y así reconoceré con complacencia y alegría, que has dado el primer paso hacia el arrepentimiento». Cuando nuestro héroe oyó esa arenga, marcada de una sal tan profundamente cómica, le costó trabajo mantener la seriedad sobre la rudeza de sus rasgos curtidos. Pero, en fin, nadie se extrañará si añado que acabó por estallar de risa. ¡Era más fuerte que él! ¡No había en ello mala intención! ¡En verdad no quería atraerse los reproches del cangrejo ermitaño! ¡Cuántos esfuerzos no hizo por poner fin a la hilaridad! ¡Cuántas veces no apretó sus labios uno contra otro para no parecer que ofendía a su desconcertado interlocutor! Desgraciadamente, su carácter participaba de la naturaleza humana, y se reía como las ovejas. Por fin se detuvo. ¡Ya era hora! ¡Había estado a punto de reventar! El viento llevó esta respuesta al arcángel del escollo: «Cuando tu señor no envíe más caracoles y cangrejos para arreglar sus asuntos, y se digne parlamentar personalmente conmigo, encontrará, estoy seguro, el

medio de entendernos, puesto que soy inferior al que te envió, como has dicho con tanta precisión. Hasta ahora, las ideas de reconciliación me parecen prematuras, y aptas solamente para producir un resultado quimérico. Estoy muy lejos de desconocer lo que hay de sensato en cada una de tus silabas, y, como podríamos cansar inútilmente nuestras voces, al hacerles recorrer tres kilómetros de distancia, me parece que actuarías con talento si descendieras de tu fortaleza inexpugnable y alcanzaras la tierra firme a nado: discutiríamos más cómodamente las condiciones de una rendición que, por legítima que fuese, no dejaría de ser para mi a fin de cuentas una perspectiva desagradable». El arcángel, que no esperaba esa buena voluntad, asomó un punto su cabeza de las profundidades de la grieta, y respondió: «¡Oh Maldoror, por fin ha llegado el día en que tus abominables instintos verán apagarse la antorcha de injustificable orgullo que les conduce a la condenación eterna! Seré el primero en relatar ese loable cambio a las falanges de querubines, felices por encontrar de nuevo a uno de ellos. Ya sabes, y no lo has olvidado, que hubo una época en que no ocupabas el primer lugar entre nosotros. Tu nombre iba de boca en boca, y actualmente es el tema de nuestras solitarias conversaciones. Ven pues… ven a firmar una paz duradera con tu antiguo señor; te recibirá como a un hijo perdido y no advertirá la enorme cantidad de culpa que posees, como una montaña de cuernos de alce levantada por los indios, amontonada sobre tu corazón». Dijo esto, y sacó todas las partes de su cuerpo del fondo de la oscura abertura. Se mostró radiante sobre la superficie del escollo, lo mismo que un sacerdote de las religiones cuando tiene la certeza de recuperar una oveja extraviada. Se decidió a saltar sobre el agua, para dirigirse a nado hacia el perdonado. Pero el hombre de labios de zafiro calculó hace mucho tiempo un pérfido golpe. Lanzó su bastón con fuerza, y, después de muchos rebotes sobre las olas, fue a golpear en la cabeza del arcángel bienhechor. El cangrejo, mortalmente alcanzado, cayó al agua. La marea llevó a la orilla el despojo flotante. Esperó a la marea para efectuar más fácilmente el descenso. Pero cuando llegó la marea, lo meció con sus cantos, y lo depositó blandamente en la playa, ¿quedó el cangrejo contento? ¿Qué más quería? Y Maldoror, inclinado sobre la arena de la playa, recibió en sus brazos a sus dos amigos, inseparablemente reunidos por el azar del oleaje: ¡el cadáver del cangrejo ermitaño y el bastón asesino! «Aún no he perdido mi destreza, exclama, que sólo reclama ejercicio; mi brazo conserva su fuerza y mi ojo su precisión». Contempló al animal inanimado. Temía que le pidieran cuentas de la sangre derramada. ¿Dónde escondería al arcángel? Y, al mismo tiempo, se preguntaba si la muerte fue instantánea. Se echó a la espalda un yunque y un cadáver y se dirigió hacia un vasto estanque, cuyas orillas estaban cubiertas y como amuralladas por una inextricable maraña de grandes juncos. Quiso primero tomar un martillo, pero éste es un instrumento demasiado ligero, mientras que con un objeto más pesado, si el cadáver da señales de vida, lo depositará en el suelo y lo hará polvo a golpe de yunque. No es vigor lo que le falta a su brazo, vaya, ésa es la menor de las dificultades. Cuando tuvo a la vista el lago, lo vio poblado de cisnes. Pensó en un

retiro seguro para él; con ayuda de una metamorfosis, sin abandonar su carga, se mezcló con la bandada de aves. Notad la mano de la Providencia allí donde uno está tentado de verla ausente, y sacad buen provecho del milagro del que voy a hablaros. Negro como el ala de un cuervo, nadó tres veces entre el grupo de palmípedas de blancura deslumbrante, y tres veces conservó ese color distintivo que lo asemejaba a un bloque de carbón. Y es que Dios, en su justicia, ni siquiera permitió que su astucia pudiera engañar a una bandada de cisnes. De tal manera que permaneció ostensiblemente en el interior del lago, aunque todos se mantuvieron alejados y ningún ave se acercó a su plumaje vergonzoso para hacerle compañía. Entonces circunscribió sus inmersiones en un lugar apartado, al extremo del estanque, sólo entre los habitantes del aire, como lo estaba entre los hombre. ¡Así se preludiaba el increíble acontecimiento de la plaza Vendôme!

VII

El corsario de cabellos de oro recibió la respuesta de Mervyn. Sigue en esta página singular el rastro de las inquietudes intelectuales de quien la escribió, abandonado a las débiles fuerzas de su propia sugestión. Hubiera sido mejor consultar con sus padres, antes de responder a la amistad del desconocido. No le reportará ningún beneficio mezclarse, como principal actor, en esa equívoca intriga. Pero, en fin, él lo ha querido. A la hora indicada, Mervyn, desde la puerta de su casa, se fue derecho, siguiendo el bulevar Sebastopol, hasta la fuente de Saint-Michel. Tomó el muelle de los Grands-Augustins y atravesó el muelle Conti; en el instante en que pasaba por el muelle Malaquais, vio caminar por el muelle del Louvre, paralelamente a su propia dirección, a un individuo que llevaba un saco bajo el brazo y que parecía mirarlo con atención. Las brumas de la mañana se habían disipado. Los dos caminantes desembocaron al mismo tiempo a cada lado del puente del Carrusel. ¡Aunque no se habían visto nunca se reconocieron! En verdad, era emocionante ver a esos dos seres, separados por la edad, aproximar sus almas por la grandeza de sus sentimientos. Al menos esa hubiera sido la opinión de los que se hubieran detenido ante ese espectáculo, que más de uno, incluso con un espíritu matemático, habría encontrado conmovedor. Mervyn, con el rostro lleno de lágrimas, pensó que había encontrado, por así decir, al comienzo de su vida, un precioso sostén para las futuras adversidades. Estad persuadidos de que el otro no decía nada. He aquí lo que hizo: desplegó el saco que llevaba, ensanchó la abertura, y, cogiendo al adolescente por la

cabeza, hizo pasar el cuerpo entero dentro de la envoltura de tela. Anudó con su pañuelo el extremo que servía de entrada. Como Mervyn lanzara agudos gritos, alzó el saco como si fuera un paquete de ropa blanca y lo golpeó varias veces contra el pretil del puente. Entonces, el paciente, tras haber percibido el crujido de sus huesos, se calló. ¡Escena única, que ningún novelista volverá a encontrar! Pasó un carnicero, sentado sobre la carne de su carro. Un individuo corrió hacia él, le obligó a detenerse, y le dijo: «Lleva un perro encerrado en ese saco; tiene sarna: acabe con él lo más pronto». El interpelado se mostró complacido. El interruptor, al alejarse, percibió a una muchacha harapienta que le tendió la mano. ¿Hasta dónde llega el colmo de la audacia y de la impiedad? ¡Le dio una limosna! Decidme si queréis que os introduzca, unas horas más tarde, por la puerta de un matadero apartado. El carnicero estaba de vuelta y dijo a sus camaradas, arrojando a tierra un fardo: «Apresuraos a matar ese perro sarnoso». Eran cuatro y cada uno de ellos empujaba el martillo de costumbre. Y, sin embargo, vacilaban porque el saco se movía con fuerza. «¿Qué emoción se apodera de mí?», gritó uno de ellos dejando caer lentamente su brazo. «Ese perro lanza gemidos de dolor como un niño, dijo otro; se diría que comprende la suerte que le espera». «Es su costumbre, respondió un tercero, incluso cuando no están enfermos, como en este caso, basta que su dueño se aleje unos días de la casa, para que se pongan a dar aullidos, verdaderamente penosos de soportar». «¡Deteneos! … ¡Deteneos!…», gritó el cuarto, antes de que todos los brazos se hubiesen levantado a compás para golpear resueltamente esta vez sobre el saco. «Deteneos, os digo, aquí hay algo que no está claro. ¿Quién os dice que en esta tela hay un perro? Quiero asegurarme». Entonces, a pesar de las burlas de sus compañeros, desató el paquete y extrajo, uno tras otro, los miembros de Mervyn. Estaba casi ahogado por la molestia de la postura. Se desmayó, al ver de nuevo la luz. Unos instantes después dio indudables muestras de vida. El salvador dijo: «Aprended para otra vez a tener prudencia en vuestro oficio. Habéis estado a punto de comprobar por vosotros mismos que de nada sirve practicar la inobservancia de esta ley». Los carniceros se fueron. Mervyn, con el corazón oprimido y lleno de presentimientos funestos, regresó a su casa y se encerró en su habitación. ¿Tengo que insistir sobre esta estrofa? ¡Ah, quién no deplorará los acontecimientos en ella consumados! Esperemos al final para emitir un juicio todavía más severo. El desenlace va a precipitarse, y en esta clase de relatos, donde una pasión, sea del género que sea, se abre sin miedo paso en medio de todo obstáculo, no hay razón para diluir en un recipiente la goma laca de cuatrocientas páginas banales. Lo que pueda ser dicho en media docena de estrofas, hay que decirlo, y después callarse.

VIII

Para construir mecánicamente el núcleo de un cuento soporífero, no basta con disecar tonterías y embrutecer a tope, con dosis renovadas, la inteligencia del lector, de tal manera que haga que sus facultades se paralicen para el resto de su vida, a causa de la ley infalible de la fatiga; es preciso, además, por medio de un buen fluido magnético, colocarlo ingeniosamente en la imposibilidad sonambúlica de moverse, forzándolo a que sus ojos se oscurezcan, en contra de su naturaleza, por la fijeza de los vuestros. Quiero decir, no para hacerme comprender mejor, sino para desarrollar mi pensamiento que interesa y molesta al mismo tiempo por una de las armonías más penetrantes, que no creo sea necesario, para alcanzar la meta propuesta, inventar una poesía totalmente al margen de la marcha ordinaria de la naturaleza, y cuyo hálito pernicioso parece trastornar incluso las verdades absolutas; pero alcanzar semejante resultado (conforme, por otra parte, con las reglas de la estética, si uno lo piensa bien), no es tan fácil como se cree: he aquí lo que quería decir. ¡Por eso haré todos los esfuerzos por conseguirlo! Si la muerte detiene la fantástica delgadez de los dos largos brazos de mis hombros, utilizados en el lúgubre aplastamiento de mi espejuelo literario, quiero al menos que el enlutado lector pueda decir: «Hay que hacerle justicia. Me ha cretinizado mucho. ¡Qué no habría hecho, si hubiera vivido más tiempo! ¡Es el mejor profesor de hipnotismo que conozco!». Grabarán estas conmovedoras palabras en el mármol de mi tumba, y mis manes quedarán satisfechos. Continúo. Había una cola de pez que se movía al fondo de un agujero, junto a mi bota sin tacón. No era natural preguntarse: «Dónde está el pez? No veo más que la cola que se mueve». Puesto que, precisamente, al reconocer de modo implícito que no veía al pez, era que en realidad el pez no estaba allí. La lluvia había dejado caer algunas gotas de agua en el fondo de ese embudo, excavado en la arena. En cuanto a la bota sin tacón, alguien ha pensado más tarde que provenía de algún abandono voluntario. El cangrejo ermitaño, por el poder divino, debía renacer de sus átomos disociados. Sacó del pozo la cola del pez y le prometió que la uniría a su cuerpo perdido, si anunciaba al Creador la impotencia de su mandatario para dominar las olas enfurecidas del mar maldororiano. Le prestó dos alas de albatros, y la cola de pez emprendió el vuelo. Voló hacia la morada del renegado para contarle lo que sucedía, y traicionar al cangrejo ermitaño. Éste adivinó el propósito del espía, y, antes de que el tercer día llegara a su fin, atravesó a la cola de pez con una flecha envenenada. La garganta del espía dejó escapar una débil exclamación, que rindió el último suspiro antes de tocar la tierra. Entonces, una viga secular, situada en el tejado de un castillo, se alzó en toda su altura, saltando sobre sí misma, y pidió venganza a grandes gritos. Pero el Todopoderoso, convertido en rinoceronte, le hizo vez que aquella muerte era merecida. La viga se calmó, fue a situarse al fondo del castillo, recobró su posición horizontal, y llamó a las arañas asustadas, para que continuaran, como anteriormente, tejiendo su tela en los rincones. El hombre de labios de azufre

conoció la debilidad de su aliada, y ordenó al loco coronado quemar la viga y reducirla a cenizas. Aghone ejecutó la severa orden. «Ya que, según usted, ha llegado el momento», exclamó, «he ido a recoger el anillo que había enterrado bajo la piedra, y lo he atado a uno de los extremos de la cuerda. He aquí el paquete». Y le enseñó una gruesa cuerda de sesenta metros de longitud enrollada sobre si misma. Su dueño le preguntó qué significaban los catorce puñales. Respondió que permanecían fieles y estaban dispuestos para cualquier incidente, si fuera necesario. El esforzado inclinó la cabeza en señal de satisfacción. Demostró sorpresa, e incluso inquietud, cuando Aghone añadió que había visto a un gallo partir con su pico un candelabro por la mitad, hundir alternativamente la mirada en cada una de las partes, y exclamar, batiendo sus alas con un frenético movimiento: «No hay tanta distancia como se cree desde la calle de la Paix hasta la plaza del Panthéon. ¡Pronto tendrán la lamentable prueba!». El cangrejo ermitaño, montado en un fogoso caballo, corría a rienda suelta en dirección al escollo, testigo del lanzamiento del bastón por un brazo tatuado, asilo desde el primer día de su descenso a la tierra. Una caravana de peregrinos estaba en marcha para visitar el lugar, desde ahora consagrado por una muerte augusta. Esperaba alcanzarles para pedir socorro urgente contra la trama que se preparaba y de la que había tenido conocimiento. Veréis algunas líneas más adelante, con ayuda de mi silencio glacial, que no llegó a tiempo para contarles lo que le había referido un trapero escondido tras el andamiaje próximo de una casa en construcción, el día en que el puente del Carrusel, todavía cubierto del húmedo rocío nocturno, percibió con horror que el horizonte de su pensamiento se ensanchaba confusamente en círculos concéntricos ante la aparición matinal de la rítmica paliza de un saco icosaédrico contra el pretil calcáreo. Antes de que estimule su compasión por el recuerdo de ese episodio, sería bueno destruir en ellos la semilla de la esperanza… Para cortar vuestra pereza, usas los recursos de una buena voluntad, marchad a mi lado y no perdáis de vista a ese loco con la cabeza coronada por un orinal, que empuja por delante de él, con la mano armada de un bastón, a aquel que os costaría trabajo reconocer, si yo no me hubiese cuidado de advertiros y de recordar a vuestro oído la palabra que se pronuncia Mervyn. ¡Cómo ha cambiado! Con las manos atadas a la espalda avanza ante él, como si fuera al cadalso, y, sin embargo, no es culpable de ningún crimen. Han llegado al recinto circular de la plaza Vendôme. Sobre la cornisa de la firme columna, apoyado contra la balaustrada cuadrangular, a más de cincuenta metros de altura, un hombre lanza y desenrolla una cuerda, que cae a tierra a sólo unos pasos de Aghone. Con el hábito se hace pronto una cosa, pero puedo decir que éste no empleó mucho tiempo en atar los pies de Mervyn al extremo de la cuerda. El rinoceronte sabía ya lo que iba a suceder. Cubierto de sudor, apareció jadeante por la esquina de la calle Castiglione. Ni siquiera tuvo la satisfacción de entablar combate. El individuo, que desde lo alto de la columna examinaba los alrededores, amartilló su revólver, apuntó con cuidado y apretó el gatillo. El comodoro que mendigaba por las calles desde el día en que había comenzado lo que creyó era la locura de su hijo, y la

madre a quien había llamado *la hija de la nieve* a causa de su extremada palidez, colocaron su pecho por delante para proteger al rinoceronte. Inútil precaución. La bala agujereó su piel como una barrena; se hubiese podido creer, con una lógica apariencia, que la muerte se produciría infaliblemente. Pero nosotros sabíamos que en ese paquidermo se había introducido la sustancia del Señor. Se retiró entristecido. Si no estuviera probado que no fue demasiado bueno para una de sus criaturas, compadecería al hombre de la columna. Éste, con un golpe seco de muñeca, atrajo hacia él la cuerda de ese modo lastrada. Colocada fuera de lo normal, sus oscilaciones balancean a Mervyn, con la cabeza hacia abajo. Agarra fuertemente con sus manos una larga guirnalda de siemprevivas que une dos ángulos contiguos de la base, contra la cual estrella su frente. Se lleva consigo por los aires lo que no era un punto fijo.

Después de haber amontonado a sus pies, bajo forma de elipses superpuestas, una gran parte de la cuerda, de modo que Mervyn quedara suspendido a mitad de la altura del obelisco de bronce, el forzado evadido, con su mano derecha, hace que el adolescente adquiera un movimiento de rotación uniformemente acelerado, en un plano paralelo al eje de la columna, mientras recoge con su mano izquierda los enrollamientos serpentinos de la cuerda, que yacen a sus pies. La honda silba en el espacio; el cuerpo que Mervyn la sigue por todas partes, siempre alejado del centro por la fuerza centrífuga, siempre conservando su posición móvil y equidistante, en una circunferencia aérea, independiente de la materia. El salvaje civilizado suelta poco a poco, hasta el otro extremo, que retiene con metacarpo firme, lo que se asemeja equivocadamente a una barra de acero. Se pone a correr alrededor de la balaustrada, asiéndose a la rampa con una mano. Esta maniobra tiene por objeto cambiar el plano primitivo de revolución de la cuerda y aumentar su fuerza de tensión, ya tan considerable. En adelante, gira majestuosamente en un plano horizontal, después de haber pasado sucesivamente, con una marcha insensible, a través de numerosos planos oblicuos. ¡El ángulo recto formado por la columna y la cuerda vegetal tienen sus lados iguales! El brazo del renegado y el instrumento asesino se confunden en la unidad lineal, como los elementos atomísticos de un rayo de luz que penetra en una habitación oscura. Los teoremas de la mecánica me permiten hablar así; ¡ay! se sabe que una fuerza añadida a otra fuerza engendra una resultante compuesta de las dos fuerzas primitivas. ¿Quién se atrevería a sostener que la cuerda lineal no se habría ya roto sin el vigor del atleta y sin la buena calidad del cáñamo? El corsario de cabellos de oro, bruscamente y al mismo tiempo, detiene la velocidad adquirida, abre la mano y suelta la cuerda. El contragolpe de esta operación, tan distinta a las precedentes, hace crujir las juntas de la balaustrada. Mervyn, seguido de la cuerda, parece un cometa arrastrando tras sí su resplandeciente cola. El anillo de hierro del nudo corredizo, reflejando los rayos del sol, obliga a completar la ilusión. En el recorrido de su parábola, el condenado a muerte hiende la atmósfera hasta la orilla izquierda, la sobrepasa en virtud de la fuerza de impulsión que supongo infinita, y su cuerpo va a chocar contra el domo del Panthéon, mientras

la cuerda rodea en parte con sus repliegues la pared superior de la inmensa cúpula. Sobre su esférica y convexa superficie, que no se parece a una naranja más que por la forma, se ve, a cualquier hora del día, un esqueleto desecado que ha quedado suspendido. Cuando el viento lo balancea, se dice que los estudiantes del Barrio Latino, temerosos de una suerte parecida, rezan una breve oración: son insignificantes rumores a los que no hay que creer, propios sólo para asustar a los niños. Entre sus manos crispadas tiene como una gran cinta de viejas flores amarillas. Es preciso tener en cuenta la distancia, por lo que nadie puede afirmar, a pesar de que lo atestigüe su buena vista, que sean ésas en realidad las siemprevivas de que os hablé, y que una lucha desigual, entablada cerca de la nueva Opera, vio arrancar de un grandioso pedestal. No es menos cierto que las colgaduras en forma de luna creciente no reciben ya la expresión de su simetría definitiva en el número cuaternario: id a verlo vosotros mismos, si no me queréis creer.

POESÍAS

A Georges DAZET, Henri MUE, Pedro ZURMARAN, Louis DURCOUR,
Joseph BLEUMSTEIM, Joseph DURAND;
A mis condiscípulos, LESPES, Georges MINVIELLE, Auguste DELMAS;
A los directores de revistas, Alfred SIRCOS, Frédéric DAMÉ;
A los amigos pasados, presentes y futuros;
Al señor HINSTIN, mi antiguo profesor de retórica;
están dedicados, de una vez para siempre, los prosaicos fragmentos que escribiré en la sucesión de las edades, el primero de los cuales comienza a ver la luz hoy, tipográficamente hablando.

I

LOS gemidos poéticos de este siglo son sólo sofismas. Los primeros principios deben estar fuera de discusión.

Acepto a Eurípides y a Sófocles, pero no acepto a Esquilo.

No deis muestra de carecer de la más elemental decencia y del mal gusto hacia el Creador.

Rechazad la incredulidad: me causaréis placer.

No existen dos clases de poesía; sólo hay una.

Existe una convención poco tácita entre el autor y el lector, por la cual el primero se denomina enfermo, y acepta al segundo como enfermero. ¡El poeta es quien consuela a la humanidad! Los papeles están arbitrariamente invertidos.

No quiero ser mancillado con el calificativo de presuntuoso.

No dejaré memorias.

La poesía no es la tempestad, tampoco el ciclón. Es un río majestuoso y fértil.

Solamente admitiendo la noche físicamente, se le ha llegado a aceptar moralmente. *¡Oh Noches de Young!*, ¡cuántas jaquecas me habéis causado!

Se sueña sólo cuando se duerme. Son palabras como sueño, nada de la vida, paso por la tierra, la preposición tal vez, el trípode desordenado, quienes han infiltrado en vuestras almas esa poesía húmeda de languideces, semejante a la podredumbre. De las palabras a las ideas sólo hay un paso.

Las perturbaciones, las ansiedades, las depravaciones, la muerte, las excepciones en el orden físico o moral, el espíritu de negación, los embrutecimientos, las alucinaciones servidas por la voluntad, los tormentos, la destrucción, los trastornos, las lágrimas, las insaciabilidades, los servilismos, las imaginaciones penetrantes, las novelas, lo inesperado, lo que no hay que hacer, las singularidades químicas del buitre misterioso que acecha la carroña de alguna ilusión muerta, las experiencias precoces y abortadas, las oscuridades con caparazón de chinche, la monomanía terrible del orgullo, la inoculación de los estupores profundos, las oraciones fúnebres, las envidias, las traiciones, las tiranías, las impiedades, las irritaciones, las acrimonias, los despropósitos agresivos, la demencia, el spleen, los espantos razonados, las inquietudes extrañas que el lector preferiría no sentir, las muecas, las neurosis, las hileras sangrantes por las cuales se hace pasar la lógica acorralada, las exageraciones, la ausencia de sinceridad, las burlas, las vulgaridades, lo sombrío, lo lúgubre, los partos peores que los crímenes, las pasiones, el clan de los novelistas de tribunales, las tragedias, las odas, los melodramas, los extremos presentados a perpetuidad, la razón impunemente silbada, los olores de los cobardes, las desazones, las ranas, los pulpos, los tiburones, el simún del desierto, lo sonámbulo, turbio, nocturno, somnífero, noctámbulo, viscoso, foca parlante, equívoco, tuberculoso,

espasmódico, afrodisiaco, anémico, tuerto, hermafrodita, bastardo, albino, pederasta, fenómeno de acuario y mujer barbuda, las horas borrachas de desencanto taciturno, las fantasías, las acritudes, los monstruos, los silogismos desmoralizadores, las basuras, lo que no reflexiona como el niño, la desolación, el manzanillo intelectual, los chancros perfumados, las nalgas con camelias, la culpabilidad de un escritor que rueda por la pendiente de la nada y se desprecia a sí mismo con gritos alegres, los remordimientos, las hipocresías, las perspectivas vagas que os trituran con sus engranajes imperceptibles, los serios escupitajos sobre los axiomas sagrados, los piojos y sus cosquilleos insinuantes, los prefacios insensatos, como los de Cromwell, la señorita de Maupim y de Dumas hijo, las caducidades, las impotencias, las blasfemias, las asfixias, los ahogos, las rabias ante esos osarios inmundos que hacen que enrojezca al nombrarlos, es hora de reaccionar ya contra lo que nos lastima y nos doblega tan soberanamente.

Vuestro espíritu es arrastrado continuamente fuera de sus casillas y, sorprendido en la trampa de las tinieblas, construido con arte grosero por el egoísmo y el amor propio.

El gusto es la cualidad fundamental que resume a todas las demás cualidades. Es el *nec plus ultra* de la inteligencia. A él sólo se debe que el genio sea la salud suprema y el equilibrio de todas las facultades. Villemain es treinta y cuatro veces más inteligente que Eugene Sue y Frédéric Soulié. Su prefacio al *Diccionario de la Academia* verá la muerte de las novelas de Walter Scott, de Fenimore Cooper, de todas las novelas posibles e imaginables. La novela es un género falso, porque describe las pasiones por sí mismas: la conclusión moral está ausente. Describir las pasiones no es nada; basta con nacer un poco chacal, un poco buitre, un poco pantera. No nos interesa nada. Describirías, para someterlas a una elevada moralidad, como Corneille, es otra cosa. El que se abstenga de hacer lo primero, siendo capaz de admirar y comprender a quienes les es dado hacer lo segundo, sobrepasa, con toda la superioridad de las virtudes sobre los vicios, al que hace lo primero.

Es suficiente que un profesor de segundo curso se diga: «Aunque me dieran todos los tesoros del universo, no querría haber escrito novelas parecidas a las de Balzac y Alejandro Dumas», para que, por eso sólo, sea más inteligente que Alejando Dumas y Balzac. Es suficiente que un alumno de tercero se haya convencido de que no hay que cantar las deformidades físicas e intelectuales, para que, por eso sólo, sea más fuerte, más capaz, más inteligente que Victor Hugo, si sólo hubiera escrito novelas, dramas y cartas.

Alejandro Dumas hijo jamás pronunciará un discurso de distribución de premios en un liceo. No sabe lo que es la moral. Ésta no transige. Si la pronunciara, antes tendría que tachar de un plumazo todo lo que ha escrito hasta ahora, comenzando por sus absurdos prefacios. Reunid un jurado de hombres competentes: sostengo que un buen alumno de segundo es más fuerte que él en no importa qué, incluso en la *sucia* cuestión de las cortesanas.

Las obras maestras de la lengua francesa son los discursos de distribución en los liceos y los discursos académicos. En efecto, la instrucción de la juventud es la más bella expresión del deber, y una buena apreciación de las obras de Voltaire (profundizad en la palabra apreciación) es preferible a las obras mismas. ¡Naturalmente!

Los mejores autores de novelas y de dramas desnaturalizarían a la larga la famosa idea del bien, si los cuerpos docentes, conservadores de lo justo, no mantuvieran a las generaciones jóvenes y viejas en el camino de la honestidad y el trabajo.

En su propio nombre, y a su pesar, si es preciso, vengo a renegar, con voluntad indómita y férrea tenacidad, del horrible pasado de la llorona humanidad. Si: quiero proclamar lo bello en una lira de oro, excepción hecha de las tristezas escrofulosas y de las jactancias estúpidas que descomponen, en su frente, a la poesía cenagosa de este siglo. Pisotearé con mis pies las estrofas agrias del escepticismo, que no tiene razón de ser. El juicio, una vez introducido en la eflorescencia de su energía, imperioso y resuelto, sin oscilar un segundo en las incertidumbres irrisorias de una piedad mal situada, como un procurador general, fatídicamente las condena. Ray que velar sin descanso sobre los insomnios purulentos y las pesadillas atrabiliarias. Desprecio y execro el orgullo y las voluptuosidades infames de una ironía, convertida en rémora, que desplaza la exactitud del pensamiento.

Algunos caracteres excesivamente inteligentes, no hay por qué invalidarlos con palinodias de dudoso gusto, se han arrojado a ciegas en los brazos del mal. El ajenjo, que no creo sabroso, sino nocivo, mató moralmente al autor de *Rolla*. ¡Ay de los golosos! Apenas había entrado en la edad madura el aristócrata inglés, cuando su arpa se quebró bajo los muros de Missolonghi, después de haber recogido a su paso las flores que encubren el opio de los tristes aniquilamientos.

Aunque superior a los genios corrientes, si hubiera encontrado en su tiempo a otro poeta, dotado como él de similares dosis de una inteligencia excepcional, y capaz de presentarse como su rival, habría sido el primero en confesar la inutilidad de sus esfuerzos para producir maldiciones disparatadas, y que el bien exclusivo sólo es declarado digno de apropiarse de nuestra estima por la voz de la totalidad de los mundos. El hecho es que no existió nadie que lo combatiera con ventaja. Esto es lo que nunca se ha dicho. ¡Cosa extraña!, incluso al hojear los libros y cuadernos de su época, a ningún crítico se le ocurrió poner de relieve el riguroso silogismo que precede. Y no es sino aquel que lo supere quien pueda haberlo inventado. Tan llenos estaban de estupor y de inquietud, más que de reflexiva admiración, ante obras escritas por una mano pérfida, pero que sin embargo revelaban las imponentes manifestaciones de un alma que no pertenecía al común de los hombres, y que se encontraba cómoda entre las últimas consecuencias de uno de los dos problemas menos oscuros que interesan a los corazones no solitarios: el bien, el mal. A cualquiera no le es dado abordar los extremos, sea en un sentido, sea en otro. Esto explica por qué —aunque se elogie, sin segunda intención, la inteligencia maravillosa

que de-nota a cada instante, él, uno de los cuatro o cinco faros de la humanidad— se hacen en silencio numerosas reservas sobre las aplicaciones y el empleo injustificables que de ella se ha hecho a sabiendas. No hubiera debido recorrer los dominios satánicos.

La rebelión feroz de los Troppmann, de los Napoleón 1, de los Papavoine, de los Byron, de los Victor Noir y de las Charlotte Corday será mantenida a distancia de mi severa mirada. A esos grandes criminales, de títulos tan diversos, los aparto con un gesto. ¿A quién creen engañar aquí?, pregunto con una lentitud que se interpone. ¡Oh caballitos de presidio! ¡Pompas de jabón! ¡Muñecos de tripa! ¡Cordones usados! Que se aproximen los Konrad, los Manfred, los Lara, los marinos que se parecen al Corsario, los Mefistófeles, los Werther, los Don Juan, los Fausto, los Yago, los Rodin, los Calígula, los Cain, los Iridion, las arpías a la manera de Colomba, los Ahrimán, los manitúes maniqueos, embadurnados de sesos, que guardan la sangre de sus víctimas en las pagodas sagradas del Indostán, la serpiente, el sapo y el cocodrilo, divinidades consideradas como anormales del antiguo Egipto, los hechiceros y las potencias demoniacas de la Edad Media, los Prometeo, los Titanes de la mitología fulminados por los Júpiter, los Dioses Malignos vomitados por la imaginación primitiva de los pueblos bárbaros —toda la serie escandalosa de los diablos de cartón —. Con la certeza de vencerlos, tomo la fusta de la indignación y de la concentración que sopesa, y espero a esos monstruos a pie firme, como su previsto domador.

Hay escritores denigrados, peligrosos bufones, truhanes de tres al cuarto, sombríos mistificadores, verdaderos alienados, que merecerían poblar Bicetre. Sus cabezas cretinoides, de las que se ha quitado una teja, crean fantasmas gigantescos que descienden en lugar de subir. Ejercicio escabroso; gimnasia especiosa. Pasa, pues, grotesco petimetre. Por favor, alejaos de mi presencia, fabricantes al por mayor de acertijos prohibidos, en los cuales no percibía antes, al primer golpe, como hoy, el secreto de la solución frívola. Caso patológico de un egoísmo formidable. Autómatas fantásticos: señalaos con el dedo uno a otro, hijos míos, el epíteto que los vuelva a su lugar.

Si existiesen, bajo una plástica realidad, en alguna parte, a pesar de su inteligencia probada, aunque engañosa, serían el oprobio, la hiel de los planetas que habitarían, la vergüenza. Imagináoslos, por un instante, reunidos en sociedad con substancias que fueran sus semejantes. Sería una sucesión ininterrumpida de combates que no hubiera soñado los dogos, prohibidos en Francia, los tiburones y los cachalotes macrocéfalos. Serían torrentes de sangre en esas regiones caóticas llenas de hidras y de minotauros, de donde la paloma, asustada siempre, huye a todo vuelo. Sería un amontonamiento de bestias apocalípticas que no ignoran lo que hacen. Serían choques de pasiones, de irreconciliabilidades y de ambiciones, a través de los aullidos de un orgullo que no se deja leer, que se contiene, y cuyos escollos y bajos fondos nadie puede, ni siquiera aproximadamente, sondear.

Pero no se me impondrán más. Sufrir es una debilidad, cuando uno puede

impedirlo y hacer algo mejor. Exhalar los sufrimientos de un esplendor no equilibrado, es demostrar, ¡oh moribundos de las marismas perversas!, todavía menos resistencia y valor. Con mi voz y mi solemnidad de los grandes días, te llamo de nuevo en mis desiertos hogares, gloriosa esperanza. Ven a sentarte junto a mí, envuelta en tu manto de ilusiones, sobre el trípode razonable de los apaciguamientos. Como un muelle que se desecha, te arrojé de mi morada, con un látigo de cuerdas de escorpiones. Si deseas que esté persuadido de que has olvidado, al regresar a mi casa, las penas que, bajo el indicio de los arrepentimientos, te causé en otro tiempo, trae contigo entonces, cortejo sublime —¡sostenedme, que me desmayo!—, las virtudes ofendidas y sus imperecederas reparaciones.

Constato, con amargura, que no quedan más que algunas gotas de sangre en las arterias de nuestras tísicas épocas. Desde los lloriqueos odiosos y especiales, patentados sin garantía de un punto de referencia, de los Jean-Jacques Rousseau, de los Chateaubriand y de las nodrizas con bragas de niño de pecho Obermann, a través de los demás poetas que se han revolcado en el fango impuro, hasta el sueño de Jean-Paul, el suicidio de Dolores de Veitemilla, el Cuervo de Alían, la Comedia Infernal del polaco, los ojos sanguinarios de Zorrilla, y el inmortal cáncer. Una Carroña, que pintó antaño, con amor, el amante mórbido de la Venus hotentote, los dolores inverosímiles que este siglo ha creado para sí mismo, en su querer monótono y repugnante, lo han vuelto tísico. ¡Larvas absorbentes en su letargo insoportable!

Vamos, música.

Sí, buenas gentes, soy yo quien ordena quemar, sobre una badila enrojecida al fuego, con un poco de azúcar amarilla, el pato de la duda con labios de vermut, que derramando, en una lucha melancólica entre el bien y el mal, lágrimas que no llegan del corazón, sin máquina neumática, hace en todas partes el vacío universal. Es lo mejor que podéis hacer.

La desesperación, nutriéndose con un propósito decidido de sus fantasmagorías, conduce imperturbablemente al literato a la abrogación en masa de las leyes divinas y sociales, y a la perversidad teórica y práctica. En una palabra, hacer que predomine el trasero humano en los razonamientos. ¡Vamos, dadme la palabra! Uno se vuelve malo, lo repito, y los ojos toman el tinte de los condenados a muerte. No retiraré lo que adelanto. Quiero que mi poesía puede ser leída por una muchacha de catorce años.

El verdadero dolor es incompatible con la esperanza. Por muy grande que sea ese dolor, la esperanza aún se alza a cien codos más arriba. Por tanto, dejadme tranquilo con los buscadores. ¡Abajo las patas, abajo, perras ridículas, pretenciosos, presumidos! Lo que sufre, lo que diseca los misterios que nos rodean, ya no espera. La poesía que discute las verdades necesarias es menos bella que la que no las discute. Indecisiones a ultranza, talento mal empleado, pérdida de tiempo: nada será tan fácil de comprobar.

Cantar a Adamastor, Jocelyn, Rocambole, es pueril. No porque el autor espere

que el lector sobreentienda que perdonará a sus héroes, sino porque se traiciona a sí mismo y se apoya sobre el bien para hacer pasar la descripción del mal. En nombre de esas mismas virtudes que Frank ha desconocido, nosotros queremos soportarlo, oh saltimbanquis de los malestares incurables.

¡No hagáis como esos exploradores sin pudor, espléndidos de melancolía a sus ojos, que encuentran cosas desconocidas en sus espíritus y en sus cuerpos!

La melancolía y la tristeza son ya el comienzo de la duda; la duda es el comienzo de la desesperación; la desesperación es el comienzo cruel de los diferentes grados de la maldad. Para que os convenzáis de ello, leed la *Confesión de un hijo del siglo*. La pendiente es fatal, una vez que uno se arroja por ella. Es seguro que se llaga a la maldad. Desconfiad de la pendiente. Extirpad el mal de raíz. No estimuléis el culto de adjetivos tales como indescriptible, inenarrable, rutilante, incomparable, colosal, que mienten desvergonzadamente a los sustantivos que desfiguran: son perseguidos por la lubricidad.

Las inteligencias de segunda clase, como Alfredo de Musset, pueden llevar tenazmente una o dos de sus facultades mucho más lejos que las facultades correspondientes de las inteligencias de primera clase, Lamartine, Hugo. Estamos en presencia del descarrilamiento de una locomotora fatigada. Es una pesadilla que sostiene la pluma. Sabed que el alma se compone de una veintena de fácultades. ¡Habladme de esos mendigos que llevan un sombrero estupendo junto a sus sórdidos harapos!

He aquí un medio de constatar la inferioridad de Musset frente a los dos poetas. Leed delante de una muchacha, *Rolla* o *Las Noches, Los Locos* de Cobb, o si no, los retratos de Gwynplaine y Dea, o el relato de Terámenes de Eurípides, traducido en versos franceses por Racine padre. La muchacha se sobresalta, frunce las cejas, alza y baja las manos, sin fin determinado, como un hombre que se ahoga; los ojos lanzarán fulgores verdosos. Leedle la *Oración para todos*, de Victor Hugo. Los efectos son diametralmente opuestos. La clase de electricidad no es la misma. Ella ríe a carcajadas y pide más.

De Hugo sólo quedarán las poesía sobre los niños, entre las que hay muchas muy malas.

Pablo y Virginia ofende a nuestras más profundas aspiraciones a la felicidad. Antaño, este episodio que rezuma oscuridad desde la primera a la última página, sobre todo el naufragio final, me producía rechinar de dientes. Me revolcaba por la alfombra y daba patadas a mi caballo de madera. La descripción del dolor es un contrasentido. Hay que hacer ver todo por la parte bella. Si esta historia fuese contada como una simple biografía, no la atacaría. Cambia en seguida de carácter. La desgracia se vuelve augusta por la voluntad impenetrable de Dios, que la creó. Pero el hombre no debe crear la desgracia en sus libros. Es querer considerar a toda costa sólo un lado de las cosas. ¡Oh qué maniáticos chillones sois!

No reneguéis de la inmortalidad del alma, de la sabiduría de Dios, de la grandeza

de la vida, del orden que se manifiesta en el universo, de la belleza corporal, del amor a la familia, del matrimonio, de las instituciones sociales. Dad de lado a los escritorzuelos funestos: Sand, Balzac, Alejandro Dumas, Musset, Du Terrail, Féval, Flaubert, Baudelaire, Leconte y la *Huelga de los Herreros*.

No trasmitáis a los que os leen más que la experiencia que se desprende del dolor, y que no es el dolor mismo. No lloréis en público.

Hay que saber arrancar bellezas literarias hasta en el seno de la muerte; pero esas bellezas no pertenecen a la muerte. La muerte no es en ese caso más que la causa ocasional. No es el medio, es el fin, que no es la muerte.

Las verdades inmutables y necesarias, que dan gloria a las naciones, y que la duda en vano se esfuerza por perturbar, comenzaron con las edades. Son cosas que no se debería tocar. Los que quieren introducir la anarquía en la literatura, con el pretexto de novedad, caen en un contrasentido. No se atreven a atacar a Dios y atacan a la inmortalidad del alma. Pero la inmortalidad del alma es también tan vieja como los cimientos del mundo. ¿Qué otra creencia la reemplazará, si es que debe ser reemplazada? No siempre será una negación. Si se recuerda la verdad de donde han surgido todas las demás, la bondad absoluta de Dios y su ignorancia absoluta del mal, los sofismas se hundirán por si mismos. Se hundirá al mismo tiempo la literatura poco Poética que se apoyó sobre ellos.

Toda literatura que discute los axiomas eternos está condenada a no vivir más que de sí misma. Es injusta. Los *novissima verba* hacen sonreír considerablemente a los muchachos sin pañuelo de cuarto. No tenemos derecho a interrogar al Creador sobre lo que sea.

Si sois agradecidos, no hay que decírselo al lector. Guardarlo para vosotros mismos.

Si se corrigieran los sofismas en el sentido de las verdades correspondientes a esos sofismas, sólo sería verdad la corrección, mientras que la pieza así retocada tendría derecho a no llamarse falsa. El resto estaría fuera de la verdad con trazas de falso, por consiguiente nulo, y considerado, forzosamente, como no a venido.

La poesía personal realizó su tiempo de truhanerías relativas y de contorsiones contingentes. Tomemos de nuevo el hilo indestructible de la poesía impersonal, bruscamente interrumpida desde el nacimiento del filósofo malogrado de Ferney, desde el aborto del gran Voltaire.

Parece bello, sublime, bajo pretexto de humildad o de orgullo, discutir las causas finales y falsear las consecuencias estables y conocidas. ¡Desengañaos, porque no hay nada más necio! Reanudemos la cadena regular con los tiempos pasados; la poesía es la geometría por excelencia. Desde Racine, la poesía no ha progresado un milímetro. Ha retrocedido. ¿Gracias a quién? A las Grandes Cabezas Blandas de nuestra época. Gracias a los afeminados, Chateaubriand, el MohicanoMelancólico; Sénacour, el Hombre con Faldas; Jean-Jacques Rousseau, el Socialista Arisco; Anne Radcliffe, el Espectro Chiflado; Edgar Poe, el Mameluco de los Sueños de Alcohol; Maturin, el

Compadre de las Tinieblas; George Sand, el Hermafrodita Circunciso; Théophile Gautier, el Incomparable Especiero; Leconte, el Cautivo del Diablo; Goethe, el Suicidado por Llorar; Sainte-Beuve, el Suicidado por Reír; Lamartine, la Cigüeña Lacrimógena; Lermontoff, el Tigre que Ruge; Victor Hugo, la Fúnebre Estaca Verde; Misckiéwickz, el Imitador de Satán; Musset, el Petimetre Sin Camisa Intelectual; y Byron, el Hipopótamo de las Junglas Infernales.

La duda ha existido en todo tiempo como minoría. En este siglo está en mayoría. Respiramos la violación del deber por los poros. Eso sólo se ha visto una vez, y no se volverá a ver.

Las nociones de la simple razón están de tal manera oscurecidas en la hora presente, que lo primero que hacen los profesores de cuarto, cuando enseñan a escribir versos latinos a sus alumnos, jóvenes poetas con la boca humedecida de leche materna, es revelarles por medio de la práctica el nombre de Alfredo de Musset. ¡Os pido demasiado! Los profesores de tercero, además, dan en sus clases a traducir en verso griego dos sangrantes episodios. El primero es la repugnante comparación del pelícano. El segundo, la espantosa catástrofe que le sucedió a un labriego. ¿Para qué mirar el mal? ¿No está en minoría? ¿Por qué hacer inclinar la cabeza de un alumno sobre asuntos que, a falta de haber sido comprendidos, hicieron perder la suya a hombres como Pascal y Byron?

Un alumno me contó que su profesor de segundo daba todos los días en su clase a traducir dos carroñas en verso hebreo. Esas llagas de la naturaleza animal y humana hicieron que estuviera enfermo durante un mes, que pasó en una enfermería. Como no nos conocíamos, me hizo llamar por su madre. Me contó, aunque ingenuamente, que sus noches eran turbadas por sueños persistentes. Creía ver a un ejército de pelícanos que se abatían sobre su pecho y lo desgarraban. A continuación se iban volando hacia una choza en llamas. Se comían a la mujer del labriego y a sus hijos. Con el cuerpo ennegrecido por las quemaduras, el labriego salía de la casa y entablaba con los pelicanos un atroz combate. Todo se precipitaba luego sobre la choza, que se derrumbaba. De la elevada masa de escombros —eso nunca fallaba— vela salir a su profesor de segundo, sosteniendo su corazón en una mano y en la otra una hoja de papel en donde se descifraba, con rasgos de azufre, la comparación del pelícano y la del labriego, tal como Musset mismo las ha compuesto. No fue fácil, en un principio, pronosticar la clase de enfermedad. Le recomendé que guardara cuidadoso silencio y de que no hablara de ello a nadie, sobre todo a su profesor de segundo. Le aconsejé a su madre que se lo llevara algunos días a su casa, y le aseguré que todo pasaría. En efecto, me preocupé de ir todos los días durante algunas horas, y todo pasó.

Es preciso que la crítica ataque la forma, jamás el fondo de vuestras ideas, de vuestras frases. Arregláoslas.

Los sentimientos son la forma de razonamiento más incompleta que se pueda imaginar.

Todo el agua del mar no bastaría para lavar una mancha de sangre intelectual.

II

EL genio garantiza las facultades del corazón.

El hombre no es menos inmortal que el alma.

¡Los grandes pensamientos vienen de la razón!

La fraternidad no es un mito.

Los niños al nacer no conocen nada de la vida, ni siquiera la grandeza.

En la desgracia, aumentan los amigos.

Vosotros que entráis, abandonad toda desesperación.

Bondad, tu nombre es hombre.

Aquí reside la sabiduría de las naciones.

Cada vez que he leído a Shakespeare, me ha parecido que desgarraba el cerebro de un jaguar.

Escribiré mis pensamientos con orden, por medio de un trazado sin confusión. Si son justos, el primero será consecuencia de los demás. Es el orden verdadero. Marca mi objeto por el desorden caligráfico. Haría demasiado deshonor a mi sujeto si no lo tratara con orden. Quiero mostrar que es capaz de ello.

No acepto el mal. El hombre es perfecto. El alma no perece. El progreso existe. El bien es irreductible. El anticristo, los ángeles acusadores, las penas eternas, las religiones, son el producto de la duda.

Dante, Milton, al describir hipotéticamente los páramos infernales, han probado que eran hienas de primera clase. La prueba es excelente. El resultado es malo. Sus obras no se venden.

El hombre es un roble. La naturaleza no los tiene más robustos. No es preciso que el universo se arme para defenderlo. Una gota de agua no basta para preservarlo. Incluso si el universo lo defendiera, no quedaría más deshonrado que si no lo preservara. El hombre sabe que su reino no tiene muerte, que el universo posee un comienzo. El universo no sabe nada: es todo lo más una caña pensante.

Me imagino a Elohim más frío que sentimental.

El amor de una mujer es incompatible con el amor de la humanidad. La imperfección debe ser rechazada. Nada es más imperfecto que el egoísmo de dos. Durante la vida, pululan las desconfianzas, las discriminaciones, las promesas escritas en polvo. No es ya el amante de Jimena, es el amante de Graciela. No es ya Petrarca, es Alfredo de Musset. Durante la muerte, dejan oír sus pesares un trozo de roca cerca del mar, un lago cualquiera, el bosque de Fontainebleau, la isla de Ischia, un gabinete de trabajo en compañía de un cuervo, una capilla ardiente con un crucifijo, un cementerio en donde surge el objeto amado bajo los rayos de luz de una luna que termina por molestar, unas estancias en donde un grupo de muchachas cuyo nombre no se conoce vienen una a una a dar la medida del autor.

En ninguno de los dos casos se encuentra la dignidad. El error es la leyenda dolorosa.

Los himnos de Elohim habitúan a la vanidad a no ocuparse de las cosas de la tierra. Tal es el escollo de los himnos. Deshabitúan a la humanidad a contar con el escritor. Lo abandona. Lo llama místico, águila, perjuro a su misión. No sois la paloma buscada.

Un peón podría hacerse de un bagaje literario, diciendo lo contrario de lo que han dicho los poetas de este siglo. Reemplazaría sus afirmaciones por sus negaciones. Recíprocamente. Si es ridículo atacar a los primeros príncipes, mucho más ridículo es defenderlos de esos mismos ataques. Yo no los defenderé.

El sueño es una recompensa para unos y un suplicio para otros. Para todos es un sanción.

Si la moral de Cleopatra hubiera sido menos corta, la faz de la tierra habría cambiado. Su nariz no se habría hecho más larga.

Las acciones ocultas son las más estimables. Cuando veo tantas en la historia, me complace mucho. No han estado completamente ocultas. Han sido sabidas.

Lo poco que de ellas ha aparecido, aumenta el mérito. Lo más bello es que no se les haya podido ocultar.

El encanto de la muerte no existe más que para los valientes.

El hombre es tan grande, que su grandeza se revela en que no quiere reconocerse miserable. Un árbol no se reconoce grande. Se es grande cuando uno se reconoce grande. Se es grande cuando uno no se quiere reconocer miserable. Su grandeza refuta sus miserias. Grandeza de rey.

Cuando escribo mi pensamiento, no se me escapa. Esta acción hace que me acuerde de mi fuerza, de la que siempre me olvido. Me instruyo en proporción a mi pensamiento encadenado. Tiendo solamente a conocer la contradicción de mi espíritu con la nada.

El corazón de un hombre es un libro que he aprendido a estimar.

No imperfecto, ni caído, el hombre no es más que un gran misterio.

No permito a nadie, ni siquiera a Elohim, dudar de mi sinceridad.

Somos libres de hacer el bien.

El juicio es infalible.

No somos libres de hacer el mal.

El hombre es el vencedor de las quimeras, la novedad de mañana, la regularidad en que gime el caos, el sujeto de la conciliación. Juzga todas las cosas. No es imbécil. No es una lombriz. Es el depositario de la verdad, el acopio de certidumbres, la gloria, no el desecho del universo. Si se rebaja, yo le alabo. Si se alaba, yo le alabo todavía más. Lo concilio. Llega a comprender que es el hermano del ángel.

No hay incomprensible.

El pensamiento no es menos claro que el cristal. Una religión, cuyas mentiras se apoyan en él, puede trastornarlo unos minutos, por hablar de esos efectos que duran largo tiempo. Para hablar de esos efectos que duran poco tiempo, un asesinato de ocho personas a las puertas de una capital, lo trastornara —es cierto— hasta la

destrucción del mal. El pensamiento no tarda en recobrar su limpidez.

La poesía debe tener como fin la verdad práctica. Anuncia las relaciones que existen entre los primeros principios y las verdades secundarias de la vida. Cada cosa permanece en su sitio. La misión de la poesía es difícil. No se mezcla con los acontecimientos de la política, a la manera de cómo se gobierna un pueblo, no hace alusión a los períodos históricos, a los golpes de Estado, a los regicidios, a las intrigas de las cortes. No habla de la lucha que el hombre entabla, por excepción, consigo mismo, con sus pasiones. Descubre las leyes que hacen vivir a la política teórica, a la paz universal, a las refutaciones de Maquiavelo, a los cucuruchos de papel que componen las obras de Proudhon, a la psicología de la humanidad. Un poeta debe ser más útil que ningún otro ciudadano de su tribu. Su obra es el código de los diplomáticos, de los legisladores, de los instructores, de la juventud. Estamos lejos de los Homero, de los Virgilio, de los Klopstock, de los Camoens, de las imaginaciones emancipadas, de los fabricantes de odas, de los mercaderes de epigramas contra la divinidad. ¡Volvamos a Confucio, a Buda, a Sócrates, a Jesucristo, moralistas que recorrían los pueblos sufriendo hambre! Hay que contar desde ahora en adelante con la razón, que sólo opera sobre las facultades que presiden la categoría de los fenómenos de la bondad pura.

Nada más natural que leer el *Discurso del Método* después de haber leído *Berenice*. Nada menos natural que leer el *Tratado de la Inducción* de Biéchy, el *Problema del Mal de* Naville, después de haber leído *las Hojas de Otoño, las Contemplaciones*. La transición se pierde. El espíritu se resiste a la chatarra, a la mitagogia. El corazón se aturde ante esas páginas que un fantoche emborrona. Esta violencia lo aclara. Cierra el libro. Vierte una lágrima en memoria de los autores salvajes. Los poetas contemporáneos han abusado de su inteligencia. Los filósofos no han abusado de la suya. El recuerdo de los primeros se apagará. Los últimos son clásicos.

Racine, Corneille, hubieran sido capaces de componer las obras de Descartes, de Malebranche, de Bacon. El alma de los primeros forma una unidad con la de los últimos. Lamartine, Hugo, no hubieran sido capaces de componer el *Tratado de la Inteligencia*. El alma de su autor no está adecuada a la de los primeros. La fatuidad les ha hecho perder las cualidades centrales. Lamartine. Hugo, aunque superiores a Taine, no poseen, como él —es penoso hacer esta confesión—, más que facultades secundarias.

Las tragedias excitan la piedad, el terror, por el deber. Es algo. Es malo. No es tan malo como el lirismo moderno. La Medea de Legouvé es preferible a la colección de obras de Byron, de Cependu, de Zaccone, de Félix, de Gagne, de Gaboriau, de Lecordaire, de Sardou, de Goethe, de Ravignan, de Charles Diguet. ¿Qué escritor de entre vosotros, os ruego, puede levantar —¿qué sucede? ¿Qué son esos gruñidos de resistencia?— el peso del *Monólogo de Augusto*? Los vodeviles bárbaros de Hugo no proclaman el deber. Los melodramas de Racine, de Corneille, las novelas de La

Calprenede lo proclaman. Lamartine no es capaz de componer la Fedra de Pradon; Hugo, el Venceslas de Rotrou; Sainte-Beuve, las tragedias de Laharpe o de Marmontel. Musset es capaz de escribir proverbios. La tragedia es un error involuntario, admite la lucha, es el primer paso del bien, no aparecerá en esta obra. Conserva su prestigio. No ocurre lo mismo con el sofisma —fuera de tiempo el gongorismo metafísico de los autoparodistas de mi época heroico-burlesca—.

El principio de los cultos es el orgullo. Es ridículo dirigir la palabra a Elohim, como han hecho los Job, los Jeremías, los David, los Salomón, los Turquéty. La oración es un acto falso. La mejor manera de agradarle es indirecta, más conforme con nuestra fuerza. Consiste en hacer feliz a nuestra raza. No hay dos maneras de agradar a Elohim. La idea del bien es una. Permito que se me cite la maternidad como ejemplo de un bien que figura como menor siendo mayor. Para agradar a su madre, un hijo no le gritará que es prudente, radiante, que se comportará de manera que pueda merecer la mayor parte de sus elogios. Hace lo contrario. En lugar de decirlo él mismo, lo hace pensar con sus actos, se despoja de esa tristeza que hincha a los perros de Terranova. No hay que confundir la bondad de Elohim con la trivialidad. Cada uno es verosímil. La familiaridad engendra el desprecio; la veneración engendra lo contrario. El trabajo destruye el abuso de los sentimientos.

Ningún razonador cree contra su razón.

La fe es una virtud natural por la cual aceptamos las verdades que Elohim nos revela por la conciencia.

No conozco otra gracia que la de haber nacido. Un espíritu imparcial la encuentra completa.

El bien es la victoria sobre el mal, la negación del mal. Si se canta el bien, el mal es eliminado por ese acto adecuado. No canto lo que no hay que hacer. Canto lo que hay que hacer. El primero no contiene al segundo. El segundo contiene al primero.

La juventud escucha los consejos de la edad madura. Tiene una confianza ilimitada en sí misma.

No conozco obstáculo que supere las fuerzas del espíritu humano, salvo la verdad.

La máxima no tiene necesidad de ella para probarse. Un razonamiento exige otro razonamiento. La máxima es una ley que encierra un conjunto de razonamientos. Un razonamiento se completa a medida que se aproxima a la máxima. Convertido en máxima, su perfección rechaza las pruebas de la metamorfosis.

La duda es un homenaje rendido a la esperanza. No es un homenaje voluntario. La esperanza no consentiría en no ser más que un homenaje.

El mal se rebela contra el bien. No puede hacer menos.

Una prueba de amistad es no advertir el aumento de la amistad de nuestros amigos. El amor no es la felicidad.

Si no tuviéramos defectos, no encontraríamos tanto placer en corregimos, en alabar en los demás lo que a nosotros nos falta.

Los hombres que han tomado la resolución de detestar a sus semejantes ignorarán que es preciso comenzar por detestarse a sí mismos.

Los hombres que no se baten en duelo creen que los hombres que se baten en duelo a muerte son valientes.

¡Cómo se agachan en los escaparates las ignominias de la novela! Por un hombre que se pierde, como otro por una moneda de cien céntimos, a veces parece que uno mataría a un libro.

Lamartine creyó que la caída de un ángel significaba la Elevación de un Hombre. Se equivocó al creerlo.

Para que el mal sirva a la causa del bien, diré que la intención del primero es mala.

Una verdad banal encierra más genio que las obras de Dickens, de Gustavo Aymard, de Victor Hugo, de Landelle. Con los últimos, un niño que sobreviviera al universo, no podría reconstruir el alma humana. Con las primeras podría. Supongo que no descubriría nunca la definición del sofisma.

Las palabras que expresan el mal están destinadas a tomar una significación de utilidad. Las ideas mejoran. El sentido de las palabras participa en ello.

El plagio es necesario. Lo implica el progreso. Sigue de cerca la frase de un autor, se sirve de sus expresiones, borra una idea falsa, la sustituye por una idea justa.

Una máxima, para estar bien hecha, no exige ser corregida. Exige ser desarrollada.

En cuanto nace la aurora, las muchachas van a recoger rosas. Una corriente de inocencia se disemina por los valles, las capitales, socorre a la inteligencia de los poetas más entusiastas, deja caer protecciones para las cunas, coronas para la juventud, creencias en la inmortalidad para los ancianos.

He visto a los hombres dejar que los moralistas descubran su corazón, y hacer que recaiga sobre ellos la bendición de las alturas. Emitían meditaciones tan amplias como les era posible, alegraban al autor de nuestras felicidades. Respetaban la infancia, la vejez, lo que respira y lo que no respira, rendían homenaje a la mujer, consagraban al pudor las partes que el cuerpo se reserva nombrar. El firmamento, cuya belleza admito, la tierra, imagen de mi corazón, fueron invocados por mí, a fin de que me designaran un hombre que no se creyera bueno. El espectáculo de ese monstruo, si se hubiera realizado, no me habría hecho morir de asombro: se muere por más. Todo esto carece de comentarios.

La razón, el sentimiento se aconsejan, se suplen. Cualquiera que conozca sólo a uno de los dos, renunciando al otro, se priva de la totalidad de ayuda que se nos ha concedido para que nos soportemos. Vauvenargues ha dicho «se priva de una parte de la ayuda».

Aunque su frase y la mía descansen sobre las personificaciones del alma en el sentimiento y la razón, la que yo escogiera al azar no sería mejor que la otra, si yo las hubiera escrito. Una no puede ser rechazada por mí. La otra ha podido ser aceptada

por Vauvenargues.

Cuando un predecesor emplea para el bien una palabra que pertenece al mal, es peligroso que su frase subsista al lado de la otra. Es mejor dejar a la palabra la significación del mal. Para emplear para el bien una palabra que pertenece al mal es preciso tener derecho a ello. Aquél que emplea para el mal las palabras que pertenecen al bien, no lo tiene. No es creído. Nadie quisiera usar la corbata de Gérard de Nerval.

El alma, puesto que es una, puede introducir en el discurso la sensibilidad, la inteligencia, la voluntad, la razón, la imaginación, la memoria.

Había pasado mucho tiempo estudiando las ciencias abstractas. La poca gente con quien me comuniqué no me disgustaba. Cuando comencé el estudio del hombre, vi que esas ciencias le son propias, que yo salía menos de mi condición al penetrar en ellas, que los demás al ignorarlas. ¡Les he perdonado que no se dedicaran a conocerlas! No creí encontrar muchos compañeros en el estudio del hombre. Es lo propio. Me he engañado. Hay muchos más que estudian al hombre que a la geometría.

Perdemos la vida con alegría, con tal de que no se hable de ello.

Las pasiones disminuyen con la edad. El amor, al que no hay que clasificar entre las pasiones, disminuye también. Lo que pierde por un lado lo gana por el otro. No es ya severo con el objeto de sus deseos, haciéndose justicia a si mismo: acepta la expansión. Los sentidos no tienen ya su aguijón para excitar a la sexualidad carnal. El amor por la humanidad da comienzo. En esos días en que el hombre siente que se convierte en un altar adornado por sus virtudes, hace la cuenta de cada dolor que se produjo, con el alma en un repliegue del corazón en el que todo parece tener nacimiento, siente algo que no palpita ya. He nombrado al recuerdo.

El escritor, sin separar una de otra, puede indicar la ley que rige cada una de sus poesías.

Algunos filósofos son más inteligentes que algunos poetas. Spinoza, Malebranche, Aristóteles, Platón, no son Hégésippe Moreau, Malfilatre, Gilbert, André Chénier.

Fausto, Manfred, Konrad, son tipos. No son aún tipos razonadores. Son ya tipos agitadores.

Las descripciones son una pradera, tres rinocerontes, la mitad de una catafalco. Pueden ser el recuerdo, la profecía. No son el párrafo que estoy a punto de terminar.

El regulador del alma no es el regulador de una alma. El regulador de una alma es el regulador del alma, cuando estas dos especies están lo bastante confundidas como para poder afirmar que un regulador no es una reguladora más que en la imaginación de un loco que gasta bromas.

El fenómeno pasa. Yo busco las leyes.

Hay hombres que no son tipos. Los tipos no son hombres. No hay que dejarse dominar por lo accidental.

Los juicios sobre la poesía tienen más valor que la poesía. Son la filosofía de la poesía. La filosofía, comprendida así, engloba a la poesía. La poesía no podrá prescindir de la filosofía. La filosofía podrá prescindir de la poesía.

Racine no es capaz de condensar sus tragedias en preceptos. Una tragedia no es un precepto. Para un mismo espíritu, un precepto es una acción más inteligente que una tragedia.

Poned una pluma de ganso en la mano de un moralista que sea escritor de primer orden. Será superior a los poetas.

El amor a la justicia no es, en la mayor parte dé los hombres, más que el valor para sufrir la injusticia.

Escóndete, guerra.

Los sentimientos expresan la felicidad, hacen sonreír. El análisis de los sentimientos expresa la felicidad, excluida toda personalidad; hace sonreír. Los primeros elevan el alma, con dependencia del espacio, de la duración, hasta la concepción de la humanidad, considerada en sí misma, en sus miembros ilustres. El último eleva el alma, independientemente de la duración, del espacio, hasta la concepción de la humanidad, considerada en su expresión más alta, ¡la voluntad! Los primeros se ocupan de los vicios, de las virtudes; la última no se ocupa más que de las virtudes. Los sentimientos no conocen orden de su marcha. El análisis de los sentimientos enseña a hacerlos conocer, aumenta el vigor de los sentimientos. Con los primeros, todo es incertidumbre. Son la expresión de la felicidad, del dolor, dos extremos. Con el último, todo es certidumbre. Es la expresión de esa felicidad que resulta, en un momento dado, de saber contenerse, en medio de las pasiones buenas o malas. Emplea su serenidad para fundir la descripción de esas pasiones en un principio que circula a través de las páginas: la no existencia del mal. Los sentimientos lloran cuando es preciso y cuando no lo es. El análisis de los sentimientos no llora. Posee una sensibilidad latente, que coge de sorpresa, vuela por encima de las miserias, enseña a prescindir de guía, suministra un arma de combate. Los sentimientos, prueba de debilidad, ¡no son el sentimiento! El análisis del sentimiento, prueba de fuerza, engendra los sentimientos más extraordinarios que conozco. El escritor que se deja engañar por lo sentimientos no debe ser colocado en la misma línea que el escritor que no se deja engañar ni por los sentimientos ni por sí mismo. La juventud se propone lucubraciones sentimentales. La edad madura comienza a razonar sin turbarse. Sólo sentía, piensa. Dejaba vagar sus sensaciones: ahora le concede un piloto. Si considero a la humanidad como a una mujer, no revelaré que su juventud está en declive, que su edad madura se aproxima. Su espíritu cambia hacia mejor sentido. El ideal de su poesía cambiará también. Las tragedias, los poemas, las elegías, no dominarán. ¡Dominará la frialdad de la máxima! En tiempos de Quinault hubieran sido capaces de comprender lo que acabo de decir. Gracias a algunos destellos dispersos, desde hace algunos años, en las revistas, en los libros, he sido capaz de comprenderlo. El género que emprendo es tan diferente del

género de los moralistas, que sólo comprueban el mal, sin indicar el remedio, como el de éstos es de los melodramas, de las oraciones, de la oda, de la estancia religiosa. No existe el sentimiento de las luchas.

Elohim está hecho a imagen del hombre.

Muchas cosas ciertas son contradichas. Muchas cosas falsas no son contradichas. La contradicción es la marca de la falsedad. La no contradicción es la señal de la certidumbre.

Existe una filosofía para la ciencia. No existe para la poesía. No conozco a ningún moralista que sea poeta de primer orden. Es extraño, dirá alguien.

Es algo horrible sentir cómo se escurre lo que se posee. Uno se aferra a ello sólo con la idea de ver si hay algo permanente.

El hombre es un sujeto vacío de errores. Todo le muestra la verdad. Nada le engaña. Los dos principios de la verdad, razón, sentidos, aparte de que no carecen de sinceridad, se clarifican uno a otro. Los sentidos clarifican a la razón por medio de verdaderas apariencias. El mismo servicio que le prestan, lo reciben de ella. Cada uno se toma la revancha. Los fenómenos del alma apaciguan los sentidos, les producen impresiones que no garantizo no sean enojosas. No mienten. No engañan a porfía.

La poesía debe ser hecha por todos. No por uno. ¡Pobre Hugo! ¡Pobre Racine! ¡Pobre Coppée! ¡Pobre Corneille! ¡Pobre Boileau! ¡Pobre Scarron! Tics; tics, y tics.

Las ciencias tienen dos extremidades que se tocan. La primera es la ignorancia en que se encuentran los hombres al nacer. La segunda es la que alcanzan las grandes almas. Han recorrido lo que los hombres pueden saber, comprueban que lo saben todo y vuelven a encontrarse en la misma ignorancia de la que habían partido. Es una ignorancia prudente, que se conoce. Aquellos que, habiendo salido de la primera ignorancia, no han podido llegar a la otra, tienen cierto tinte de esa ciencia suficiente, se hacen los entendidos. No perturban al mundo, no juzgan todo mal como los otros. El pueblo, los hábiles, componen la marcha de una nación. Los otros, que la respetan, no son menos respetados.

Para conocer las cosas, no es necesario conocer el detalle. Como es limitado, nuestros conocimientos son sólidos.

El amor no se confunde con la poesía.

¡La mujer está a mis pies!

Para describir el cielo, no es necesario transportar hasta él los materiales de la tierra. Es necesario dejar la tierra, sus materiales, allí donde están, a fin de embellecer la vida con su ideal. Tutear a Elohim, dirigirle la palabra, es una bufonada que no es conveniente. El mejor medio de demostrarle reconocimiento, no es gritarle al oído con un corno que es poderoso, que ha creado el mundo, que somos unos gusanos en comparación con su grandeza. Él lo sabe mejor que nosotros. Los hombres pueden dispensarse de hacérselo saber. El mejor medio de demostrarle reconocimiento es consolar a la humanidad, entregarle todo a ella, llevarla de la mano, tratarla fraternalmente. Es más verdadero.

Para estudiar el orden, no es necesario estudiar el desorden. Las experiencias científicas, como las tragedias, las estancias a mi hermana, el galimatías de los infortunios, no tiene nada que hacer aquí abajo.

Todas las leyes no son buenas de revelar.

Estudiar el mal, para hacer salir el bien, no es estudiar al bien en si mismo. Dado por bueno un fenómeno, investigaré su causa.

Hasta el presente, se ha descrito la desgracia para inspirar el terror, la piedad. Yo describiré la felicidad para inspirar los contrarios.

Existe una lógica para la poesía. No es la misma que para la filosofía. Los filósofos no son lo mismo que los poetas. Los poetas tienen derecho a considerarse por encima de los filósofos.

No tengo necesidad de ocuparme de que haré más tarde. Debía hacer lo que hago. No tengo necesidad de descubrir las cosas que descubriré más tarde. En la nueva ciencia cada cosa llega a su tiempo, tal es su excelencia.

Hay materiales del poeta en los moralistas, en los filósofos. Los poetas contienen al pensador. Cada casta sospecha de la otra, desarrolla sus cualidades en detrimento de las que se acercan a la otra casta. Los celos de los primeros no quieren confesar que los poetas son más fuertes que ellos. El orgullo de los últimos se declara incompetente para hacer justicia a los cerebros más débiles. Cualquiera que sea la inteligencia del hombre, es preciso que el procedimiento de pesar sea el mismo para todos.

La existencia de los tics, una vez comprobada, no tiene por qué extrañarse al ver las mismas palabras que vuelven con más frecuencia de lo habitual: en Lamartine, las lágrimas que caen de los ollares de su caballo, el color de los cabellos de su madre; en Hugo, la sombra y el trastornado forman parte de la encuadernación.

La ciencia que emprendo es una ciencia distinta de la poesía. No canto a ésta última. Me esfuerzo por descubrir su fuente. A través del timón que dirige todo pensamiento poético, los profesores de billar distinguirán el desarrollo de las tesis sentimentales.

El teorema es burlón por naturaleza. No es indecente. El teorema no intenta servir de aplicación. La aplicación que de él se hace rebaja al teorema, lo vuelve indecente. Llamad a la lucha contra la materia, contra la devastación de espíritu, aplicación.

Luchar contra el mal es hacerle demasiado honor. Si permito a los hombres que lo desprecien, que no dejen de decir que eso es todo lo que se puede hacer por ellos.

El hombre está seguro de no equivocarse. No estamos contentos con la vida que tenemos. Queremos vivir, en idea de los demás, una vida imaginaria. Nos esforzamos por parecer lo que somos. Trabajamos por conservar ese ser imaginario, que no es más que el ser verdadero. Si tenemos la generosidad, la fidelidad, nos preocupamos para que no se sepa, a fin de reunir esas virtudes en ese ser. No las separamos de nosotros para unírselas a él. Somos valientes para adquirir la reputación de no ser cobardes. Señal de la capacidad de nuestro ser de no estar satisfecho de lo uno sin lo

otro, de no renunciar ni a lo uno ni a lo otro. El hombre que no viviera para conservar su virtud sería infame.

¡A pesar de la vista de nuestra grandeza, que nos sujeta por la garganta, tenemos un instituto que nos corrige, que no podemos reprimir, que nos eleva!

La naturaleza tiene perfecciones para demostrar que es la imagen de Elohim, defectos para demostrar que no es más que su imagen.

Es bueno que se obedezcan las leyes. El pueblo comprende lo que las hace justas. No las abandona. Cuando se hace depender su justicia de otra cosa, es fácil que se vuelva dudosa. Los pueblos no están sujetos a rebelarse.

Los que viven en desorden dicen a los que viven en orden que son ellos quienes se alejan de la naturaleza. Creen seguirla. Es preciso tener un punto fijo para juzgar. ¿Dónde encontraremos ese punto en la moral?

Nada es menos extraño que las contrariedades que se descubren en el hombre. Está hecho para conocer la verdad. La busca. Cuando trata de cogerla, se turba, se confunde de tal manera que no da pie a que se le dispute la posesión. Unos quieren arrebatar al hombre el conocimiento de la verdad, otros quieren asegurársela. Cada uno emplea motivos tan diferentes que destruyen la perplejidad del hombre. No posee más luz que la que se encuentra en su naturaleza.

Nacemos justos. Cada uno tiende hacia sí. Acepta el orden. Es preciso tender a lo general. La pendiente hacia sí es el fin de todo desorden, en guerra, en economía.

Los hombres, que pudieron curarse de la muerte, de la miseria, de la ignorancia, para alcanzar la felicidad, decidieron no pensar más en ello. Es todo lo que han podido inventar para consolarse de tan pocos males. Consolación riquísima. No va a curar el mal. Lo esconde por breve tiempo. Al esconderlo, hace que se piense en curarlo. Por una legítima inversión de la naturaleza del hombre, se comprueba que el hastío, su mal más sensible, es su mayor bien. Puede contribuir, más que cualquier otra cosa, a hacerle buscar su curación. Eso es todo. La diversión que contempla como su mayor bien, es su más ínfimo mal. Le empuja, más que cualquier otra cosa, a buscar el remedio para sus males. Uno y otro son una contraprueba de la miseria, de la corrupción del hombre, a excepción de su grandeza. El hombre se aburre, busca esa multitud de ocupaciones. Tiene idea de la felicidad que ha alcanzado, y, aunque se halla en sí, la busca en las cosas exteriores. Está contento. La desgracia no está ni en nosotros ni en las criaturas. Está en Elohim.

Aunque la naturaleza nos haga felices en todo estado, nuestros deseos nos muestran un estado desgraciado. Unen al estado en que nos hallamos las penas del estado en que no nos hallamos. Cuando alcanzamos esas penas, ya no seríamos desgraciados por ellas, tendríamos otros deseos, de conformidad con el nuevo estado.

La fuerza de la razón se manifiesta mejor en aquellos que la conocen que en aquellos que no la conocen.

Somos tan poco presuntuosos que quisiéramos ser conocidos por todo el mundo, incluso por los que llegarán cuando nosotros ya no existamos. Somos tan poco vanos,

que la estimación de cuatro personas, pongamos seis, nos divierte, nos honra.

Pocas cosas nos consuelan. Muchas cosas nos afligen.

La modestia es tan natural en el corazón del hombre, que un obrero tiene cuidado de no vanagloriarse, quiere tener sus admiradores. Los filósofos también lo quieren. ¡Y sobre todos los poetas! Aquellos que escriben en favor de la gloria quieren tener la gloria antes de haber escrito bien. Aquellos que lo leen quieren tener la gloria de haberle leído. Yo, que escribo esto, me vanaglorio de tener ese deseo. Aquellos que me lean se vanagloriarán también.

Las invenciones de los hombres van en aumento. La bondad, la malicia del mundo en general no sigue siendo la misma.

El espíritu del hombre más grande no es tan dependiente que se halle expuesto a ser perturbado por el más pequeño ruido del *Bullicio* que se forma a su alrededor. No es necesario el silencio de un cañón para evitar sus pensamientos. No es necesario el ruido de una veleta, de una polea. La mosca no razona bien, hasta el presente. Un hombre zumba en sus oídos. Eso no basta para hacerla incapaz de buen consejo. Si quiero que pueda encontrar la verdad, alejaré a ese animal que tiene su razón en jaque y perturba a esa inteligencia que gobierna los reinos El objeto de esas gentes que juegan al frontón con tanta aplicación de espíritu y agitación de cuerpo, es vanagloriarse con sus amigos de que han jugado mejor que otro. Es la fuente de su dedicación. Unos sudan en sus gabinetes para mostrar a los sabios que han resuelto un problema de álgebra que no se habla podido resolver hasta entonces. Otros se exponen a los peligros para vanagloriarse de una plaza que no habrían conseguido menos espiritualmente, según mi parecer. Los últimos se matan por hacer que se noten esas cosas. No es para convertirse en menos sabios. Es sobre todo para mostrar que conocen la solidez. Son lo menos tontos de la banda. Lo son con conocimiento. Se puede pensar de los otros que no lo serían, si no tuvieran ese conocimiento.

El ejemplo de la castidad de Alejandro no ha hecho más castos que el ejemplo de su embriaguez ha hecho sobrios. Uno no se avergüenza de no ser tan virtuoso como él. Uno cree no estar del todo en las virtudes del común de los hombres, cuando se contempla en las virtudes de esos grandes hombres. Uno se relaciona con ellos por el extremo en que contactan con el pueblo. Por muy altos que se hallen, están unidos al resto de los hombres por algún sitio. No están suspendidos en el aire, separados de nuestra sociedad. Si son más grandes que nosotros es porque tienen los pies a la misma altura que los nuestros. Todos están al mismo nivel, se apoyan en la misma tierra. Por esa extremidad, están tan elevados como nosotros, como los niños, un poco más que los animales.

La mejor manera de persuadir consiste en no persuadir.

La desesperación es el más pequeño de nuestros errores.

Cuando se nos ofrece un pensamiento como una verdad que corre entre la gente, y nos tomamos el trabajo de desarrollarlo, nos encontramos que es un descubrimiento.

Se puede ser justo, si no se es humano.

Las tormentas de la juventud preceden a los días brillantes.

La inconsciencia, el deshonor, la lubricidad, el odio, el desprecio de los hombres tienen un precio en dinero. La liberalidad multiplica las ventajas de la riqueza.

Los que demuestran probidad en sus placeres, tienen sincera probidad en sus asuntos. Es el signo de una naturaleza poco feroz, cuando el placer se vuelve humano.

La moderación de los grandes hombres sólo limita sus virtudes.

Es ofender a los humanos dedicarles alabanzas que ensanchan los límites de su mérito. Muchas gentes son lo bastante modestas como para sufrir sin pena que se les aprecie.

Es necesario esperar todo, no temer nada, del tiempo, de los hombres.

Si el mérito, la gloria no hacen desgraciados a los hombres, lo que se llama desgracia no merece sus lamentos. Un alma se digna aceptar la fortuna, el descanso, si es preciso añadirle el vigor de sus sentimientos, el vuelo de su genio.

Se estiman los grandes designios cuando uno se siente capaz de grandes éxitos.

La cautela es el aprendizaje de los espíritus.

Se dicen cosas sólidas cuando no se pretende decir cosas extraordinarias.

No hay nada falso que sea verdadero; no hay nada verdadero que sea falso. Todo es lo contrario del sueño, de la mentira.

No hay que creer en que lo que la naturaleza ha hecho amable sea vicioso. No hay siglo ni pueblo que haya establecido virtudes, vicios imaginarios.

No se puede juzgar la belleza de la vida sino por la belleza de la muerte.

Un dramaturgo puede conceder a la palabra pasión una significación de utilidad. Ya no es dramaturgo. Un moralista concede a no importa qué palabra una significación de utilidad. ¡Continúa siendo moralista!

Quien considere la vida de un hombre encuentra en ella la historia del género humano. Nada ha podido volverlo malo.

¿Es preciso que escriba en verso para diferenciarme de los demás hombres? ¡Que la caridad se pronuncie!

El pretexto de los que hacen la felicidad de los demás es que desean su bien.

La generosidad goza con la felicidad de otros, como si ella fuera responsable.

El orden domina en el género humano. La razón, la virtud, no son en él lo más fuerte.

Los príncipes hacen pocos ingratos. Dan todo lo que pueden.

Se puede amar de todo corazón a aquéllos en los que se reconoce grandes defectos. Sería impertinente creer que la imperfección es la única que tiene derecho a complacemos. Nuestras debilidades nos unen tanto uno a otros como podría hacerlo lo que no es la virtud.

Si nuestros amigos nos hacen servicios, pensamos que por ser amigos nos los deben. No pensamos en modo alguno que nos deben su enemistad.

Aquél que naciera para mandar, mandaría hasta en el trono.

Cuando los deberes nos han agotado, creemos haber agotado los deberes.

Decimos que todo puede colmar el corazón del hombre.

Todo vive por la acción. De ahí, la comunicación de los seres, la armonía del universo. Esta ley tan fecunda de la naturaleza, nos parece un vicio en el hombre. Está obligado a obedecerla. Al no poder subsistir en el reposo, deducimos que está en su lugar.

Se sabe lo que son el sol, los cielos. Poseemos el secreto de sus movimientos. En la mano de Elohim, instrumento ciego, resorte insensible, el mundo atrae nuestros homenajes. Las revoluciones de los imperios, las farsas de los tiempos, las naciones, los conquistadores de la ciencia, todo proviene de un átomo que trepa, no dura más de un día, destruye el espectáculo del universo en todas las edades.

Hay más verdades que errores, más buenas cualidades que malas, más placeres que penas. Nos gusta controlar el carácter. Nos elevamos por encima de nuestra especie. Nos enriquecemos con la consideración de la que nos colmamos. Creemos no poder separar nuestro interés del de la humanidad, no hablar mal del género humano sin comprometernos nosotros mismos. Esta ridícula vanidad ha llenado los libros de himnos en favor de la naturaleza. El hombre se halla en desgracia entre los que piensan. Es a quien se cargará de menos vicios. ¿Cuándo no estuvo a punto levantarse, de hacerse restituir sus virtudes?

Nada está dicho. Hemos venido demasiado pronto, después de más de siete mil años de existencia del hombre. En lo que concierne a las costumbres, como en el resto, se ha perdido lo menos bello. Tenemos la ventaja de trabajar después de los antiguos, de los hábiles entre los modernos.

Somos susceptibles de amistad, de justicia, de compasión, de razón. ¡Oh amigos míos!, ¿qué es entonces la ausencia de virtud?

Hasta que mis amigos no mueran, no hablaré de la muerte.

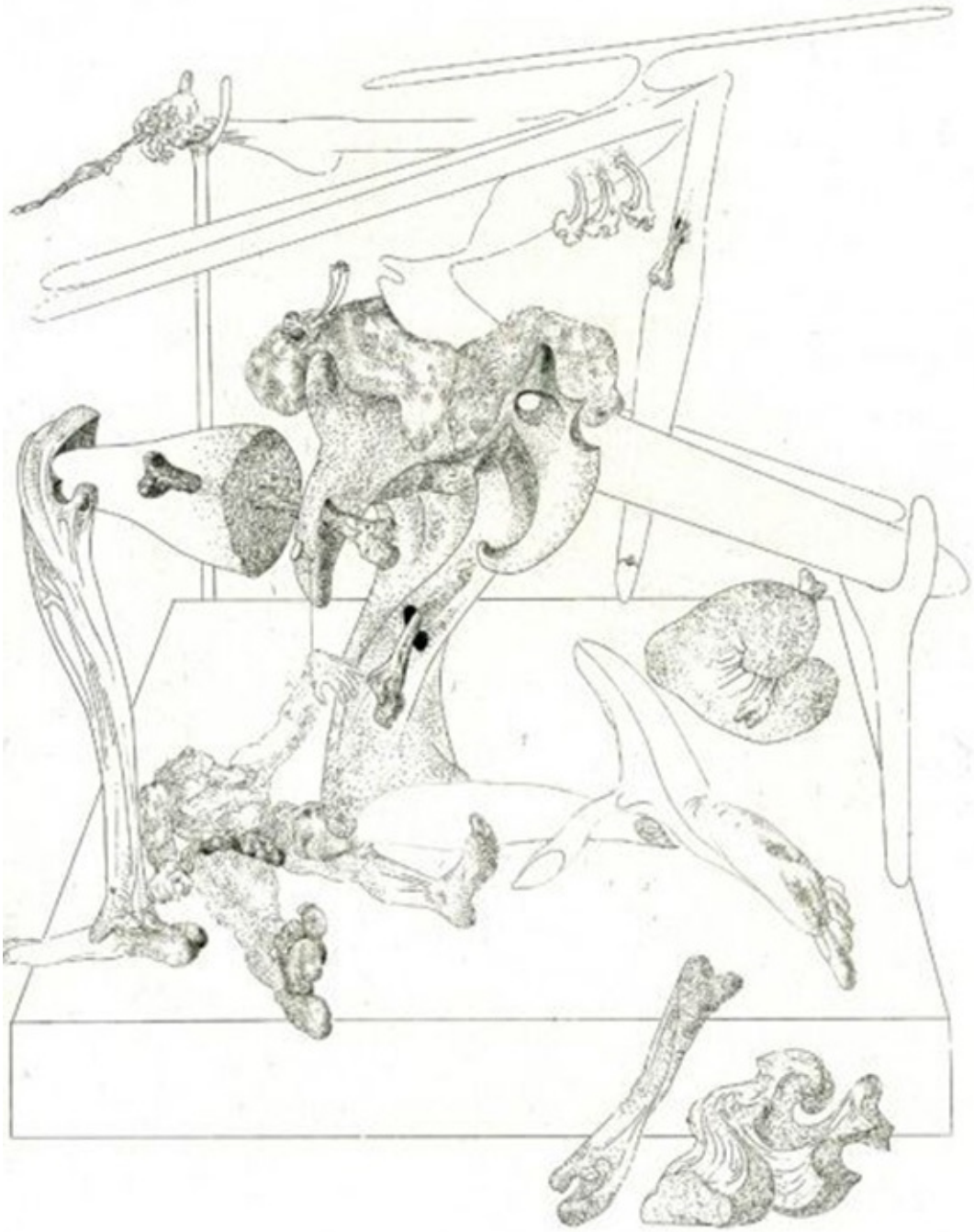
Estamos consternados por nuestras caídas, por ver que nuestras desdichas han podido corregimos de nuestros defectos.

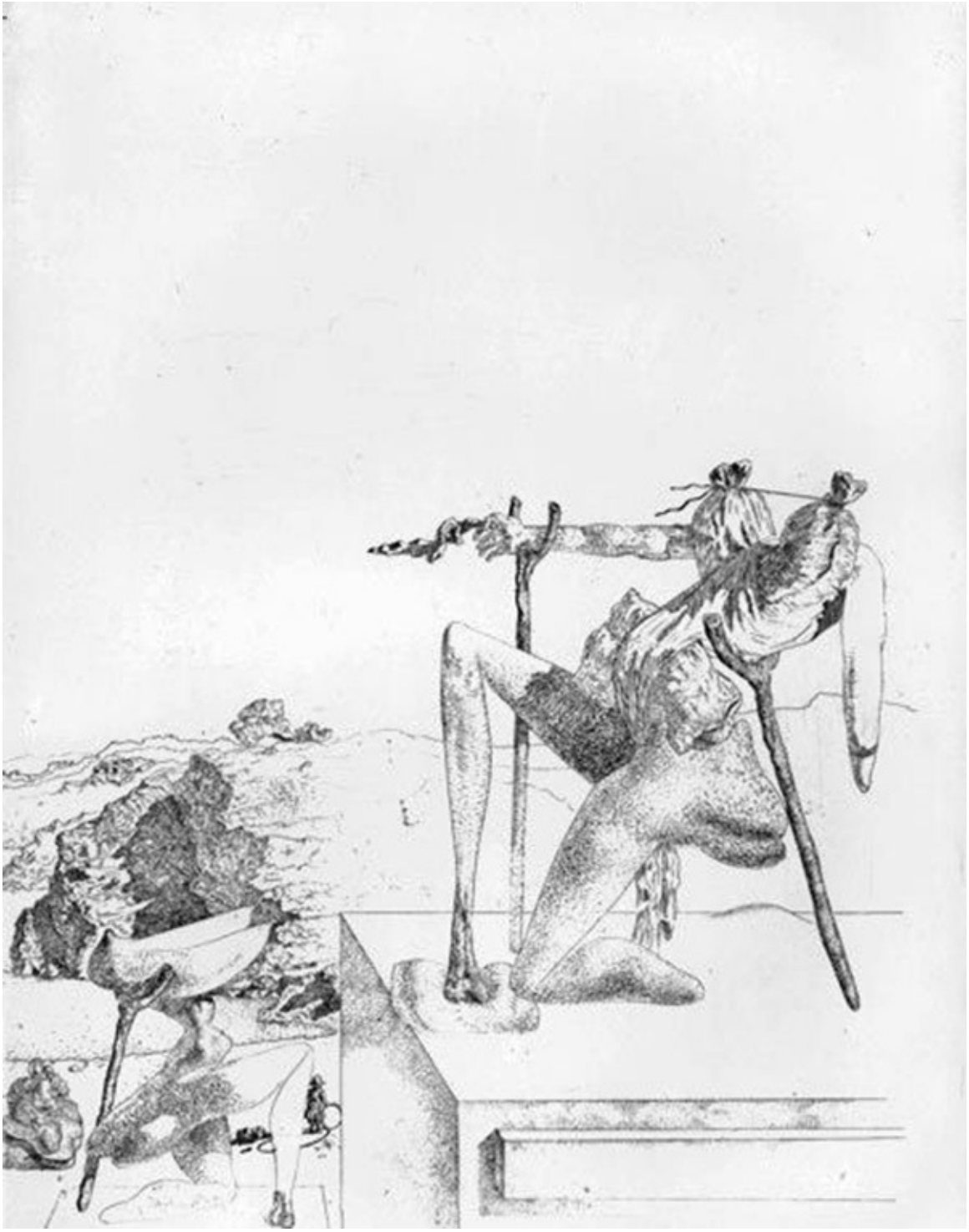
No se puede juzgar la belleza de la muerte por la belleza de la vida.

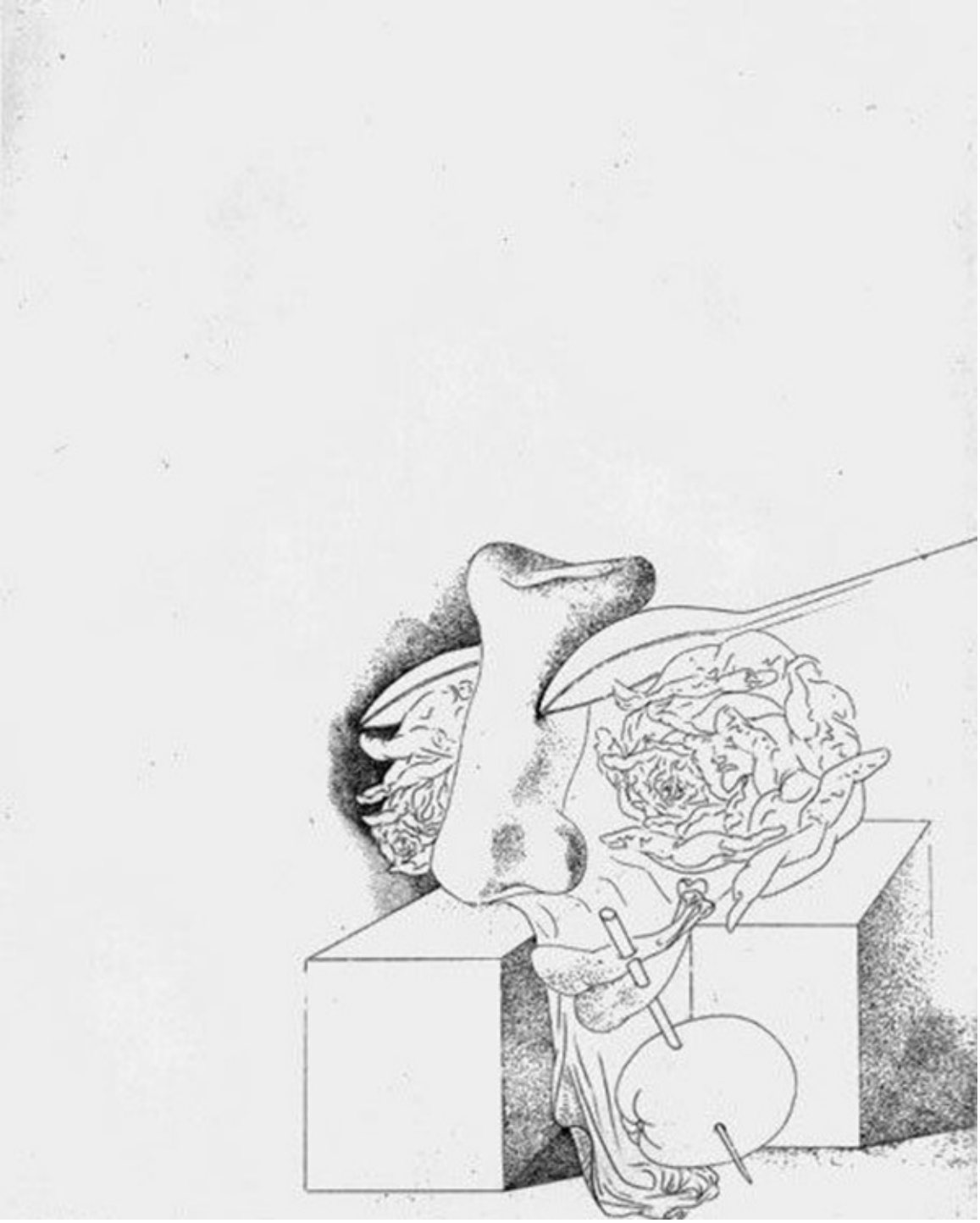
Los tres puntos terminales hacen que me encoja de hombros por piedad. ¿Es preciso esto para probar que se es un hombre espiritual, es decir, un imbécil? ¡Como si la claridad no valiese igual que la vaguedad, a propósito de puntos!

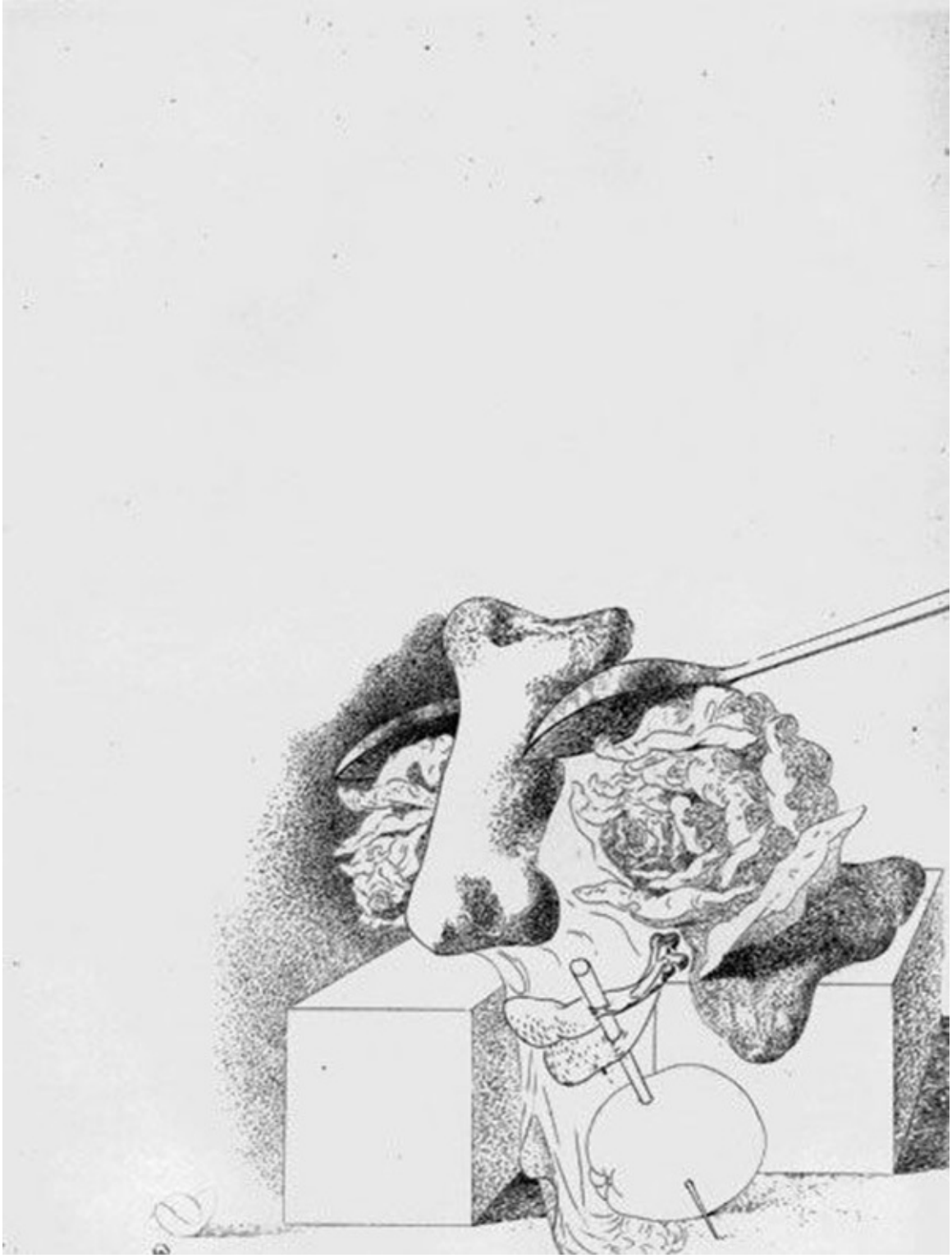
APÉNDICE

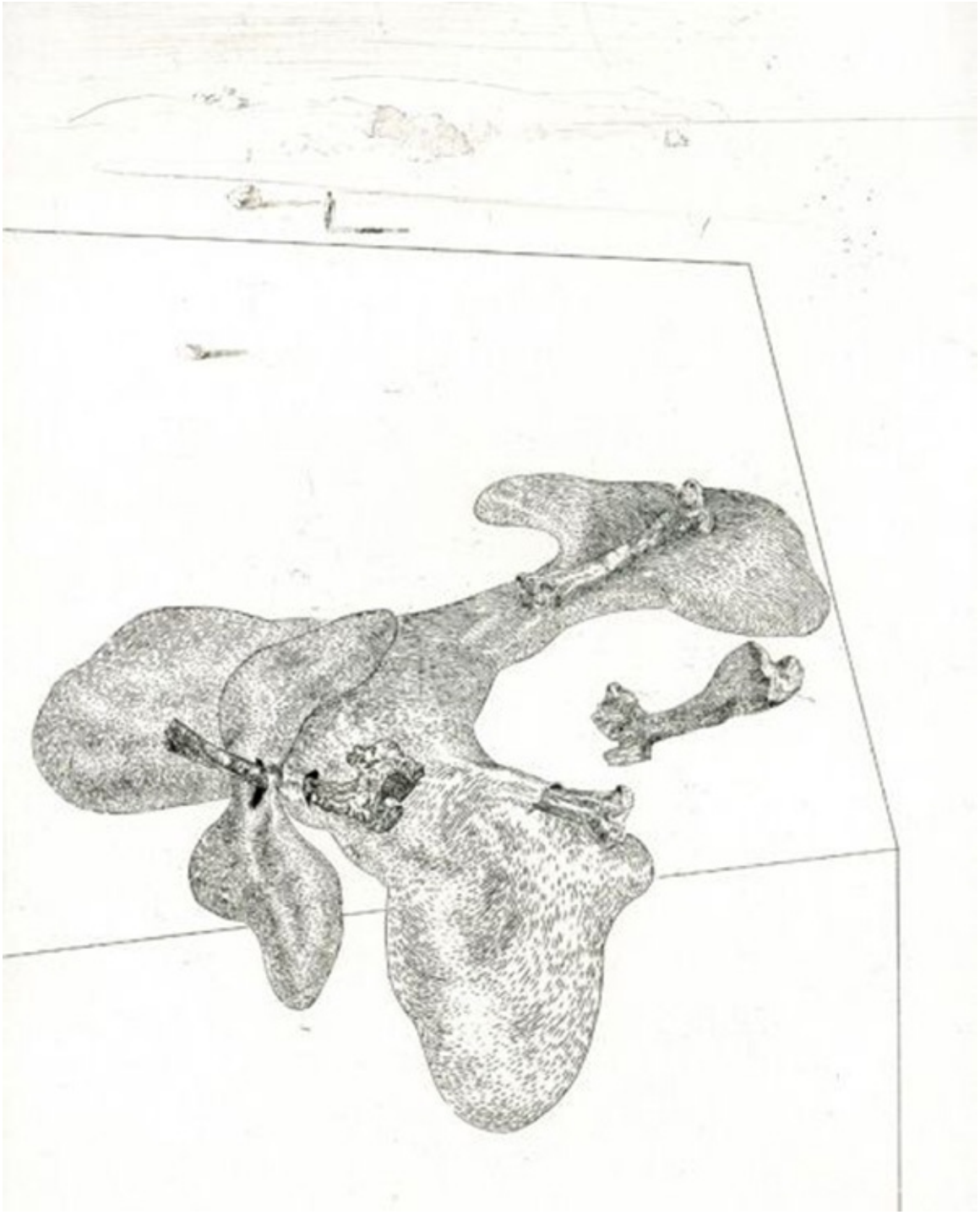
Ilustraciones de Dalí

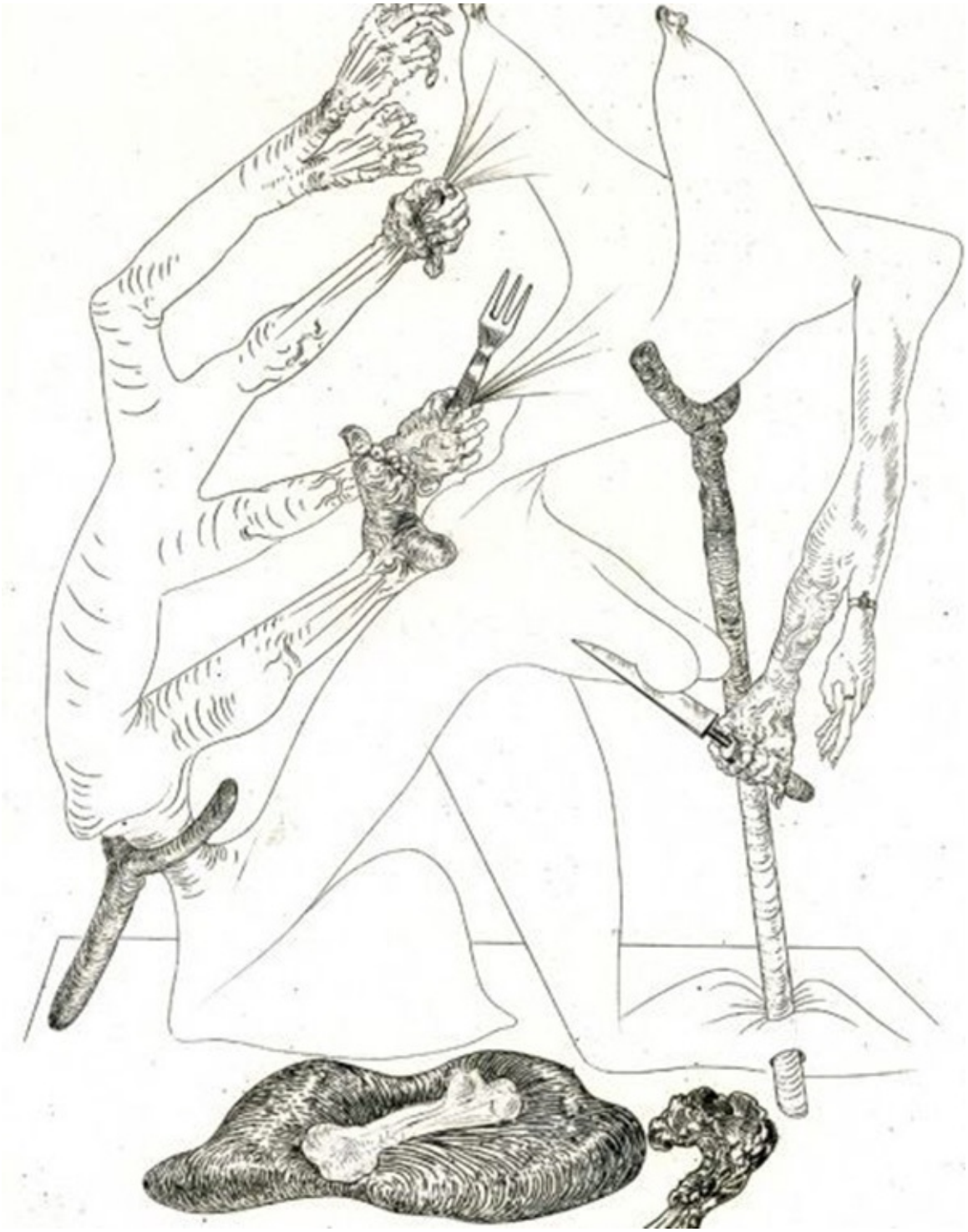


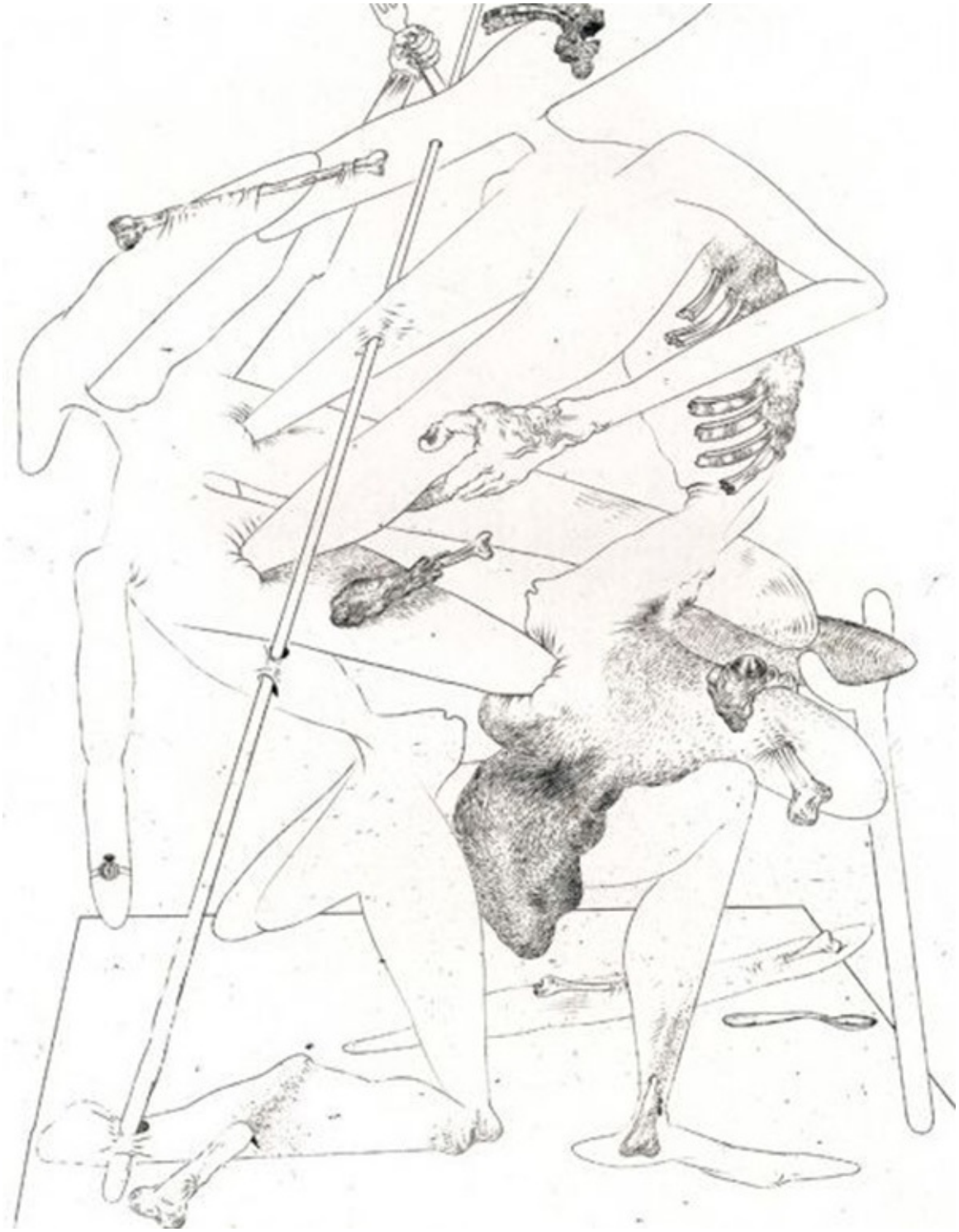


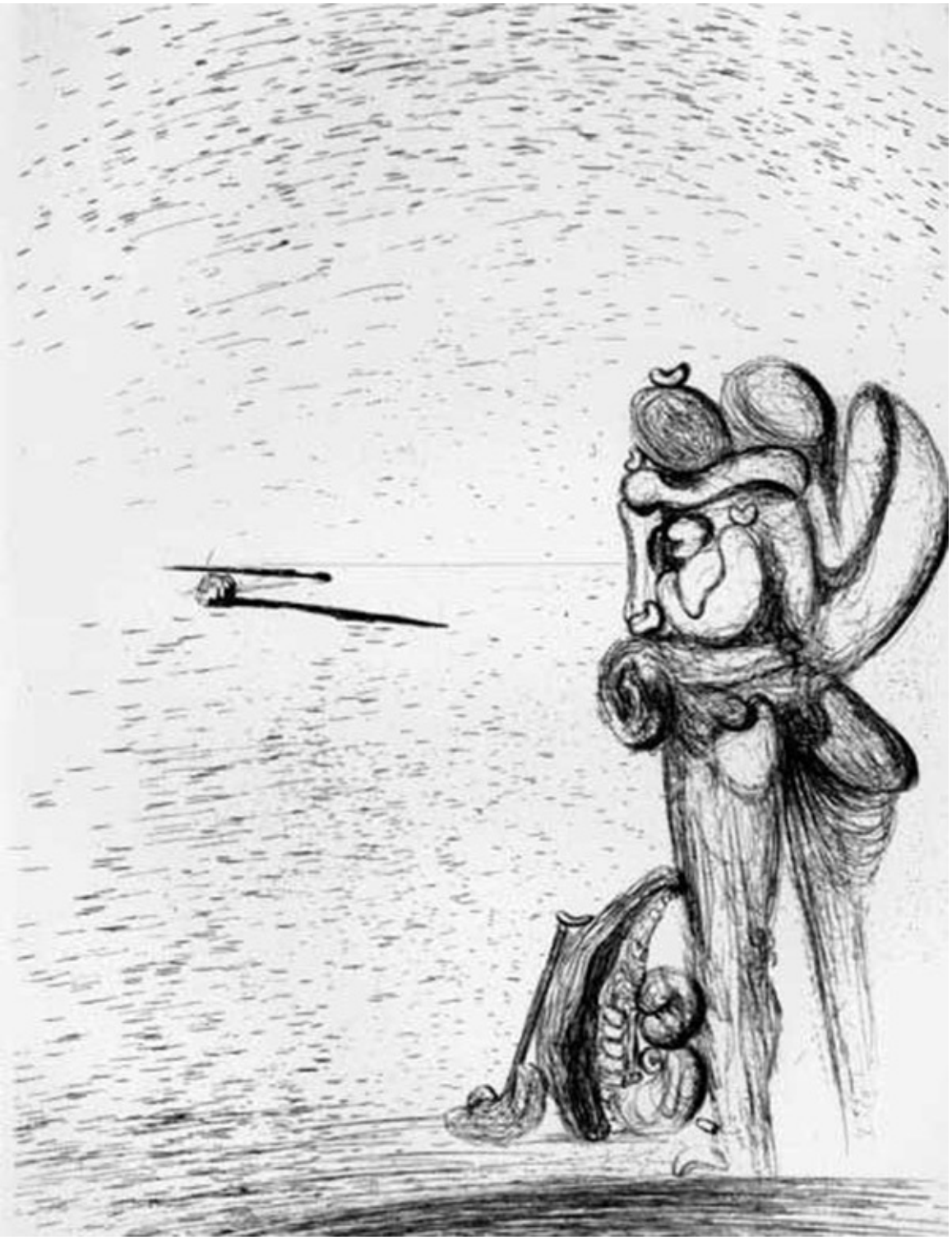


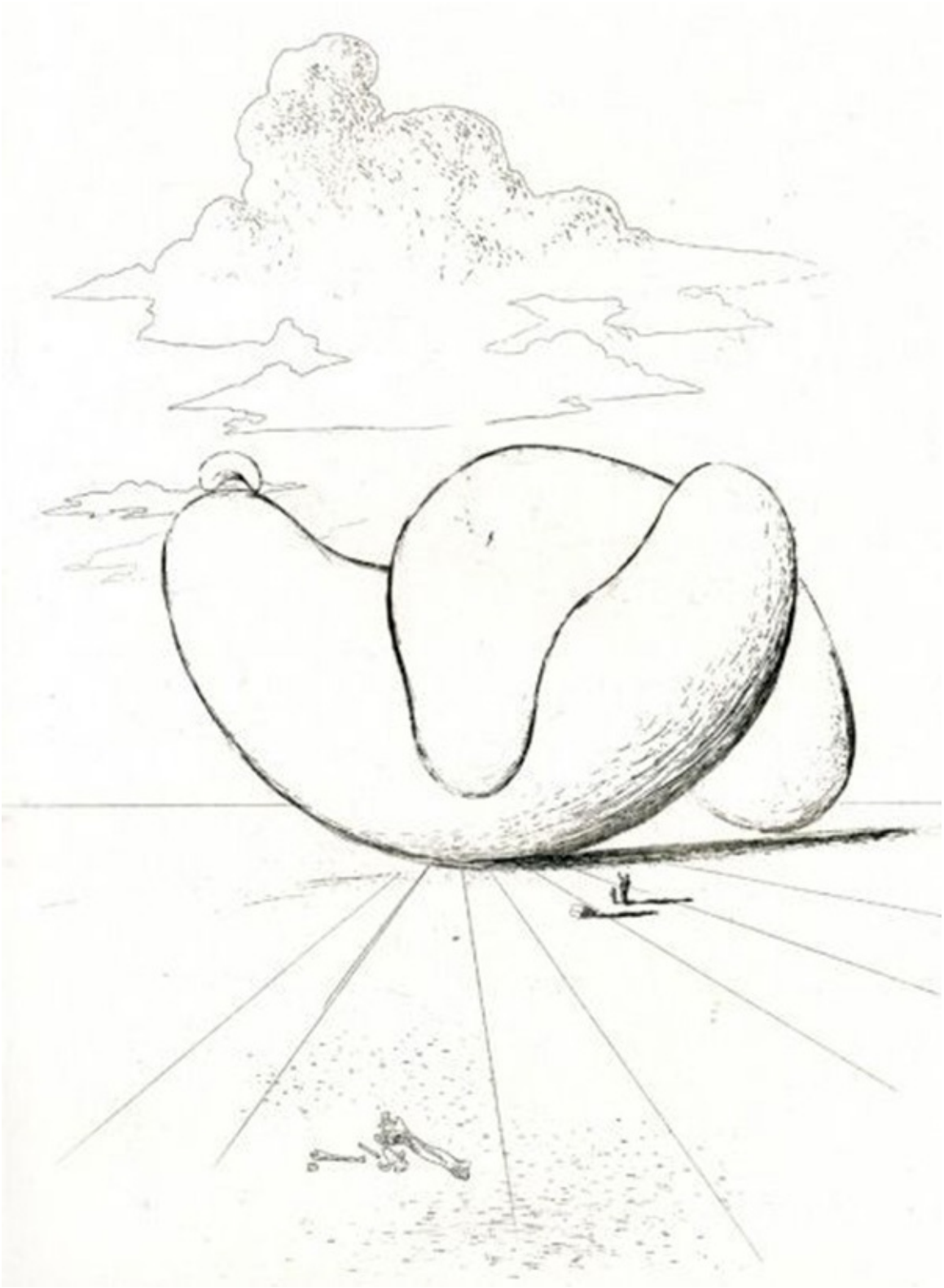


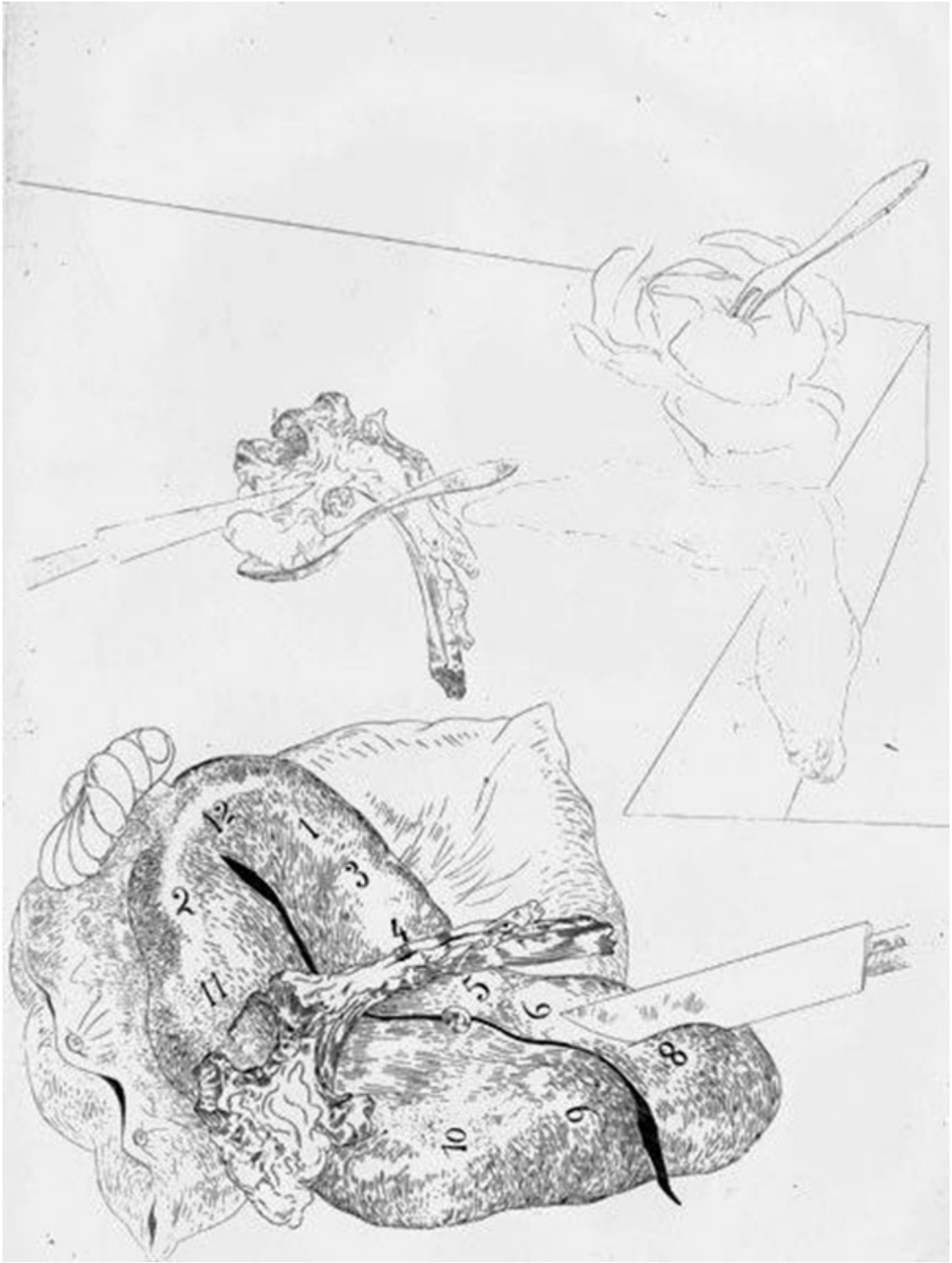


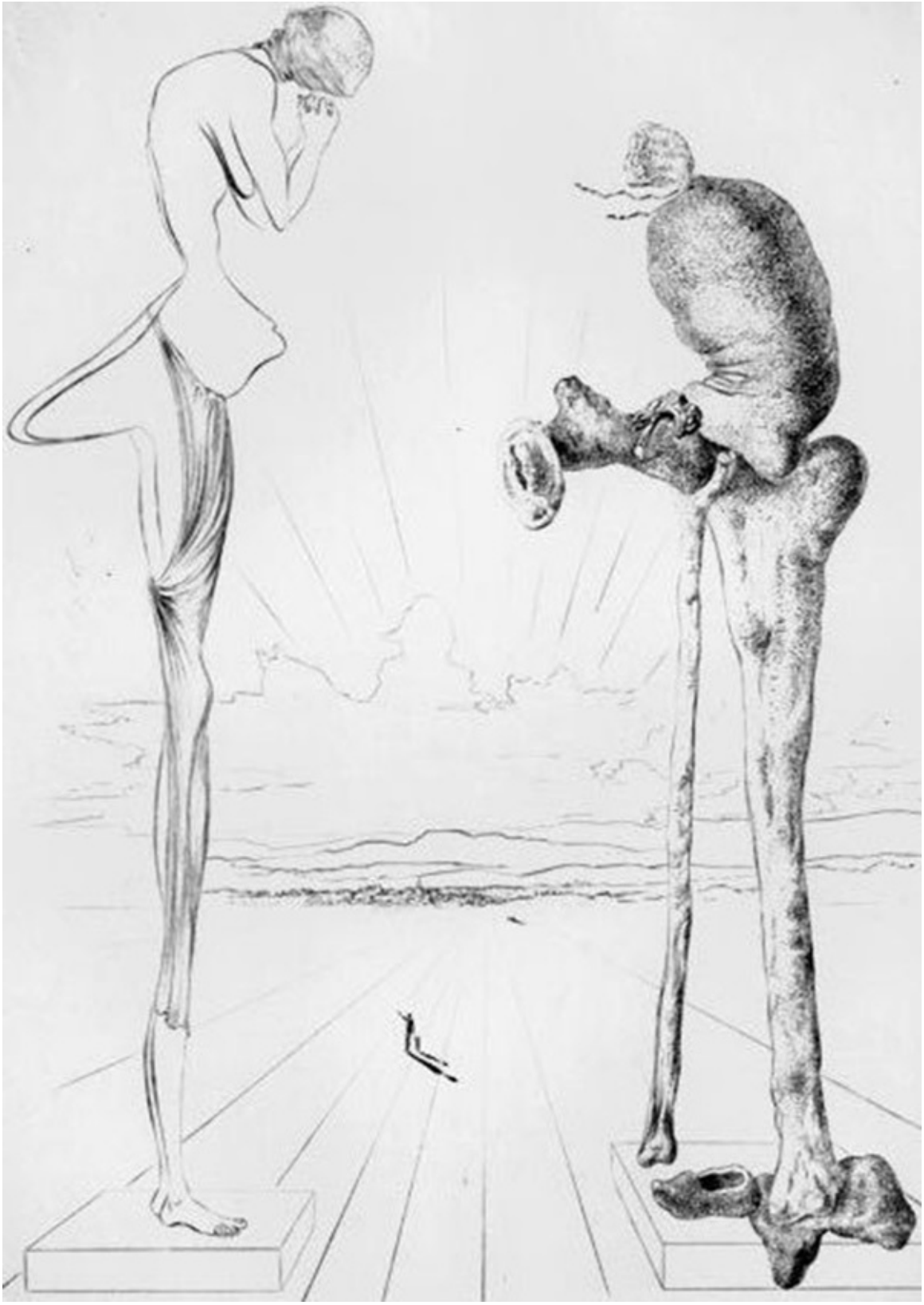


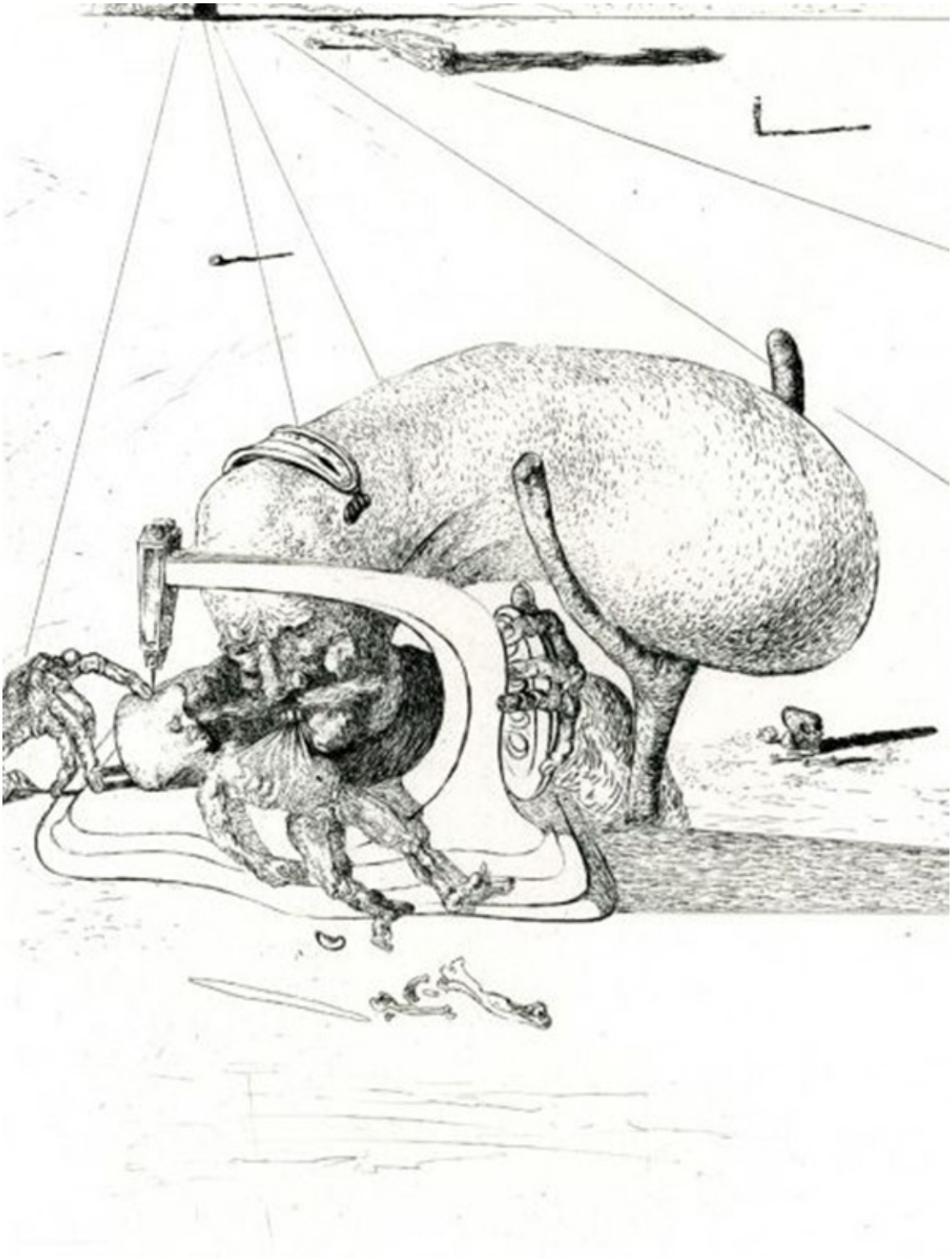


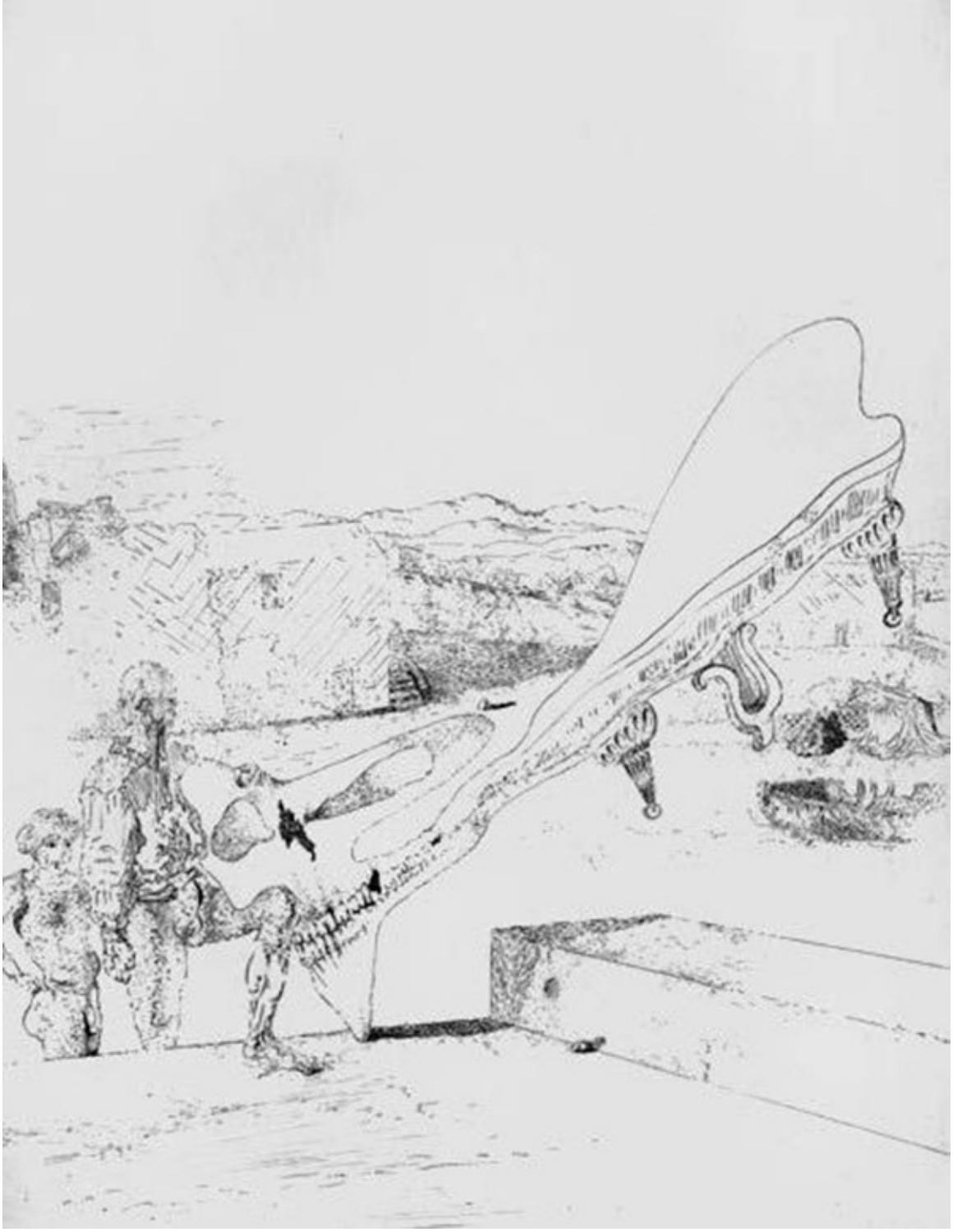


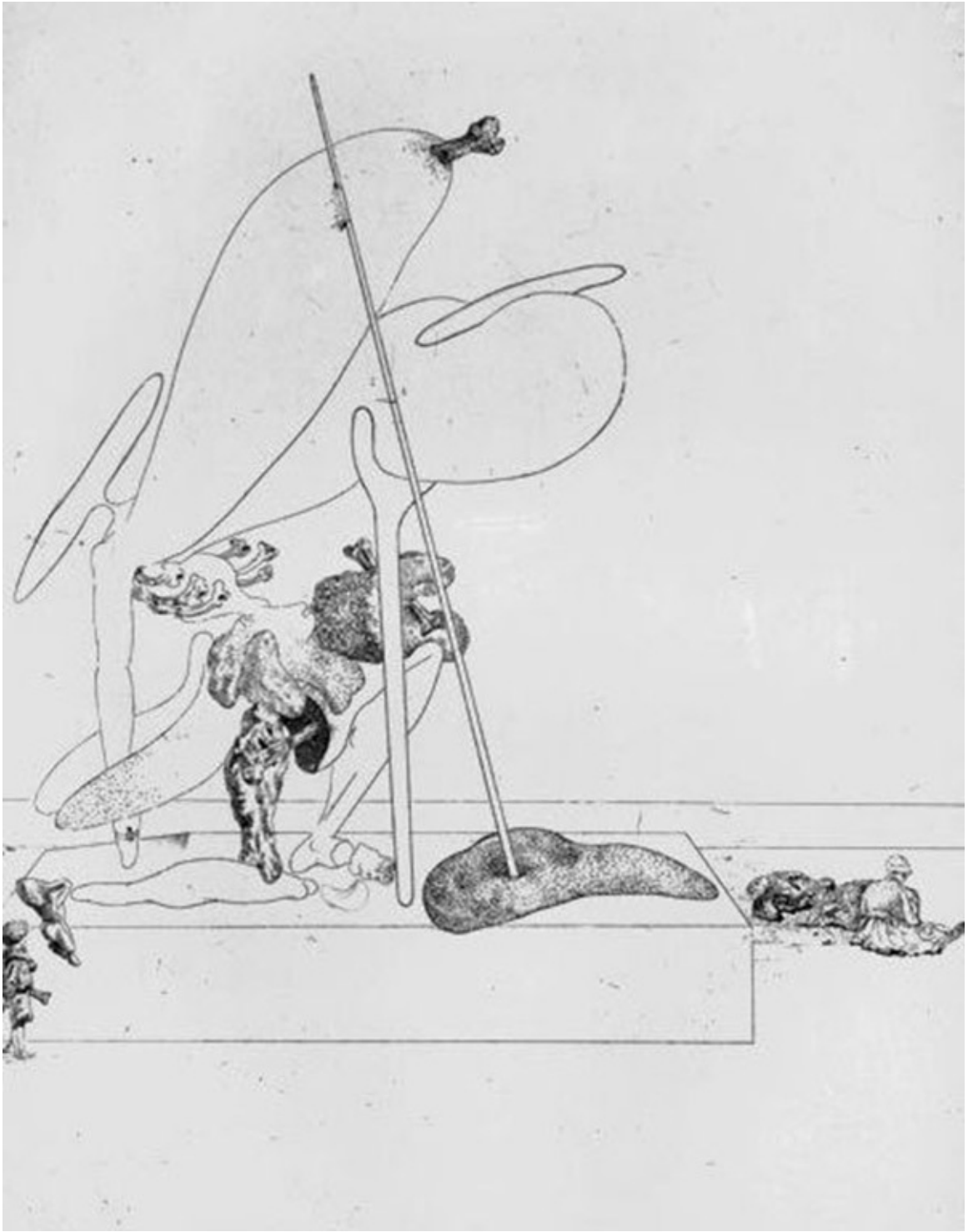


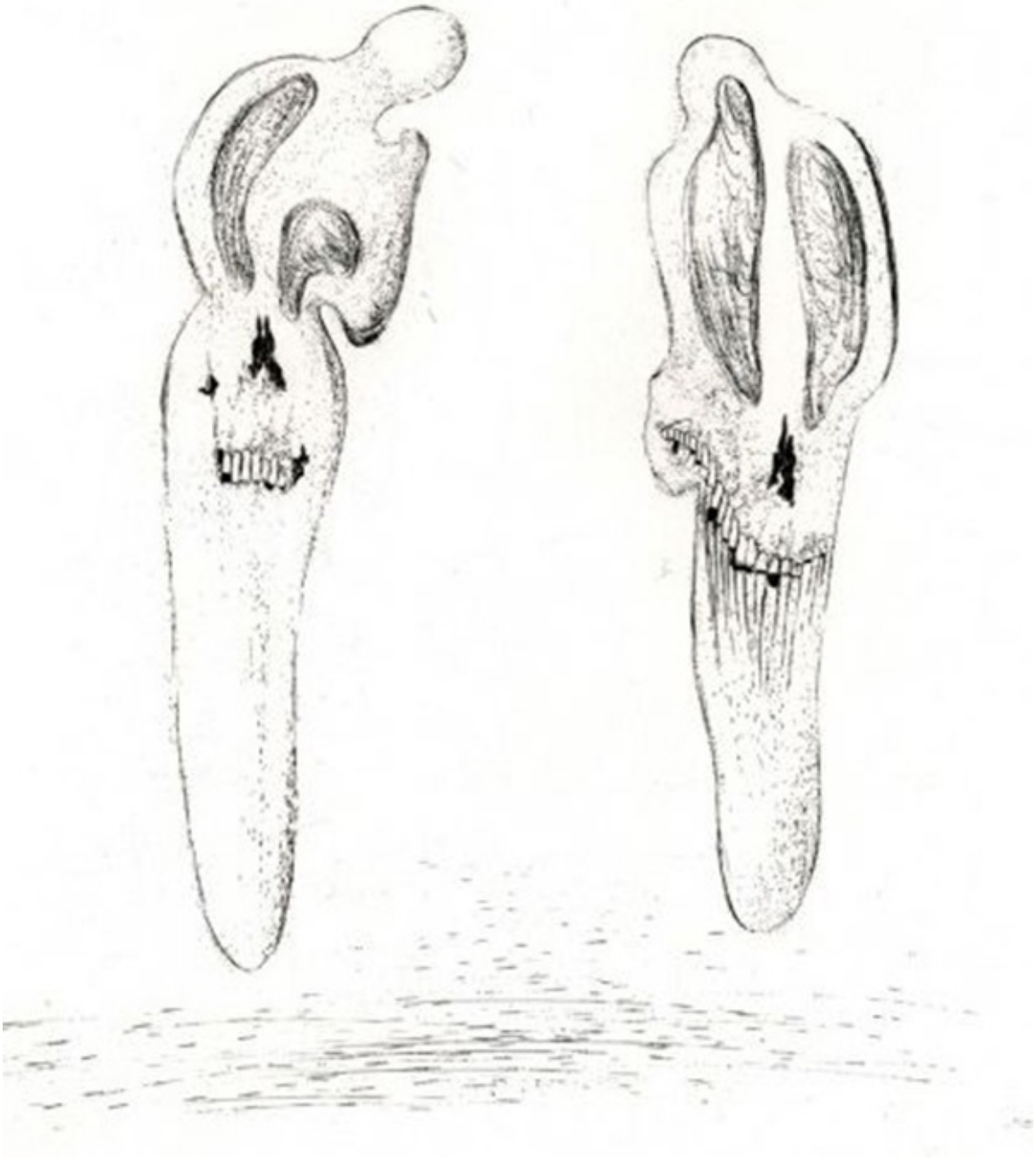

12
1
2
3
4
11
5
6
8
9
10

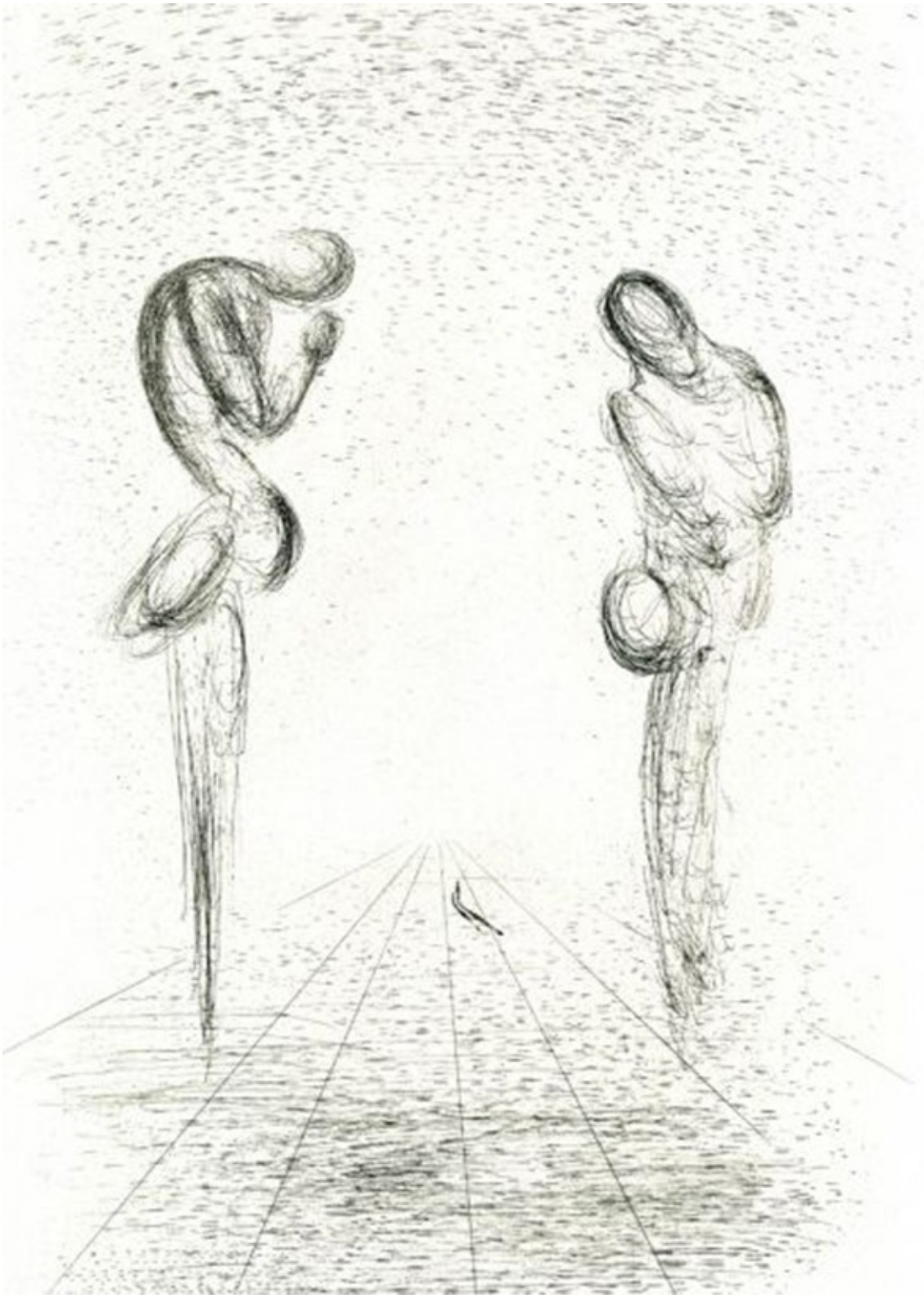


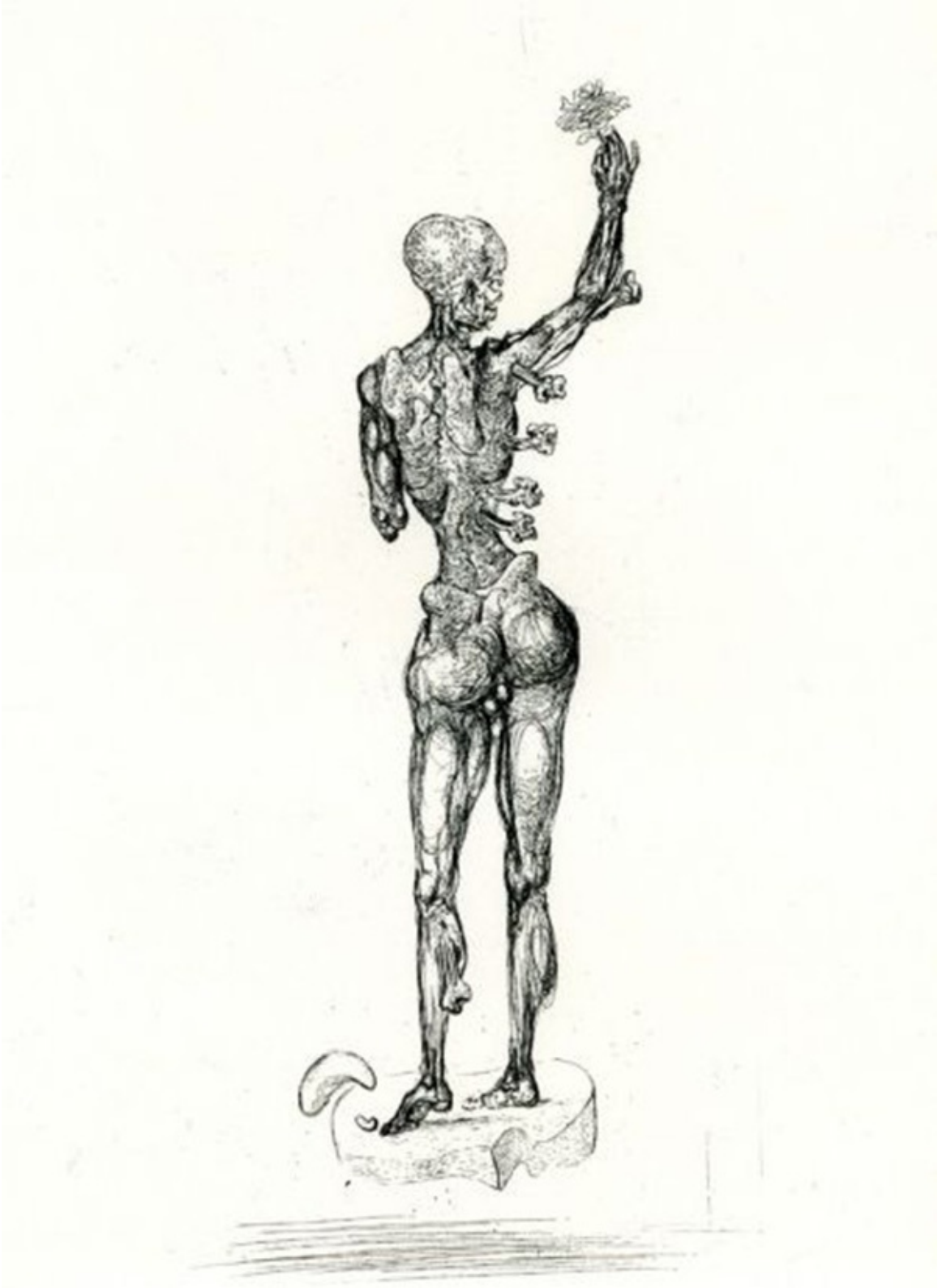


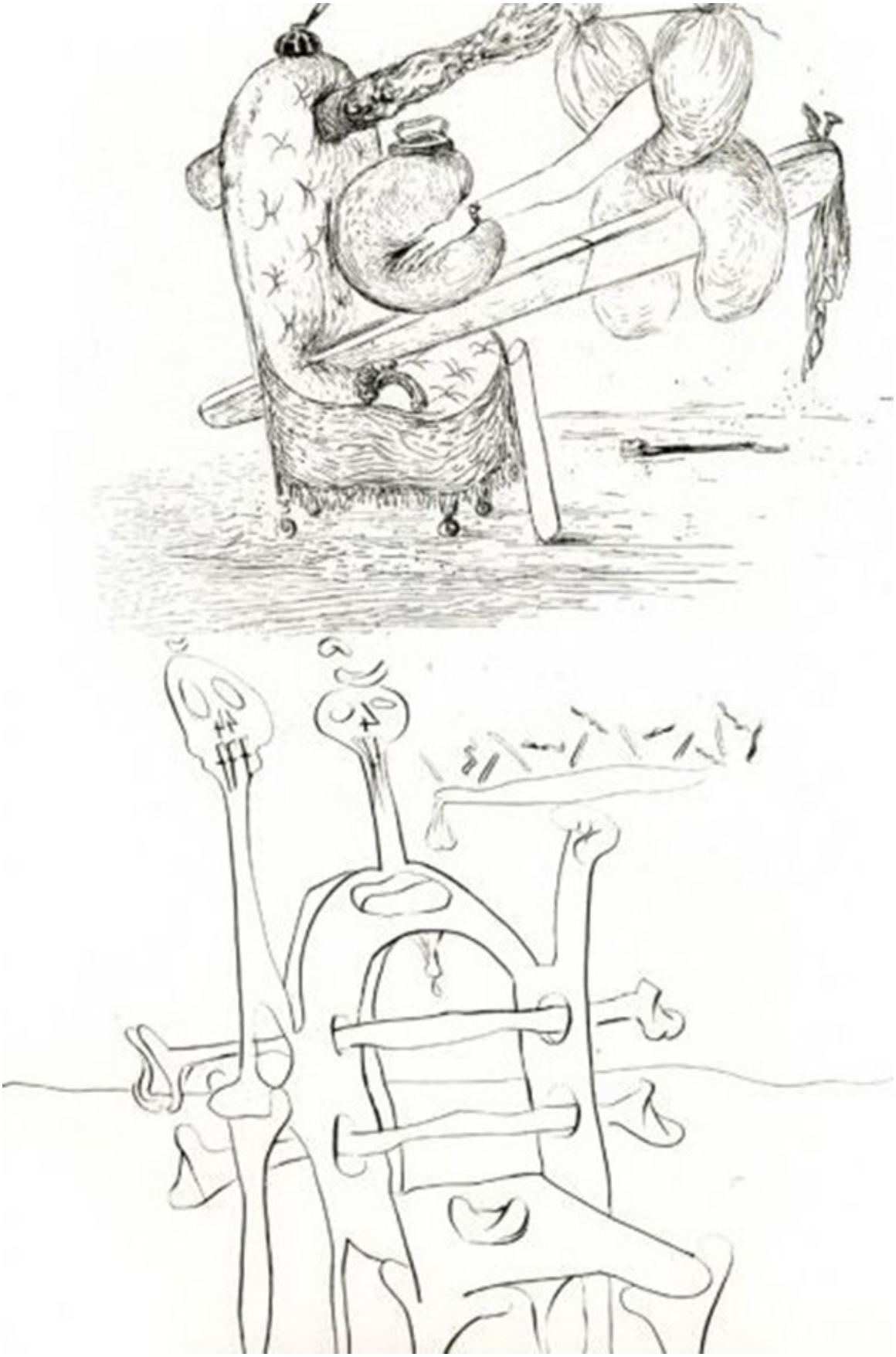


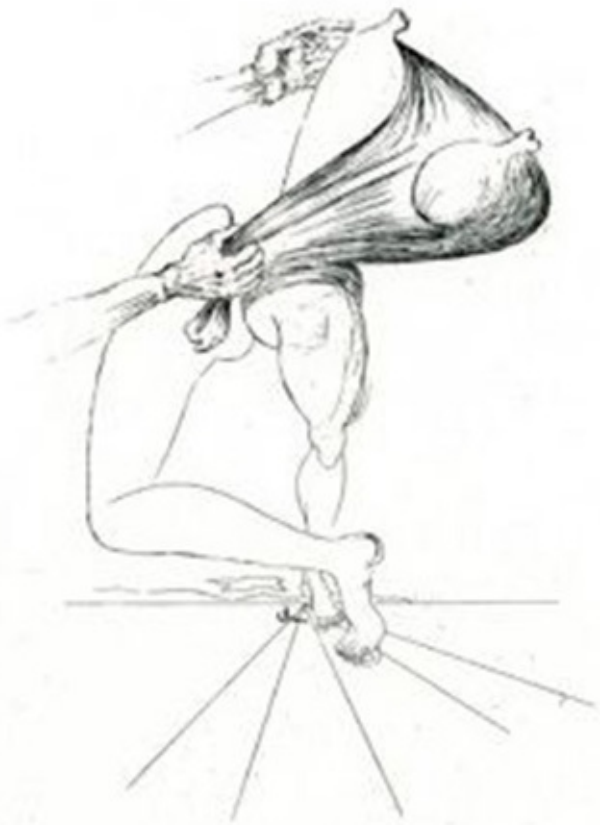


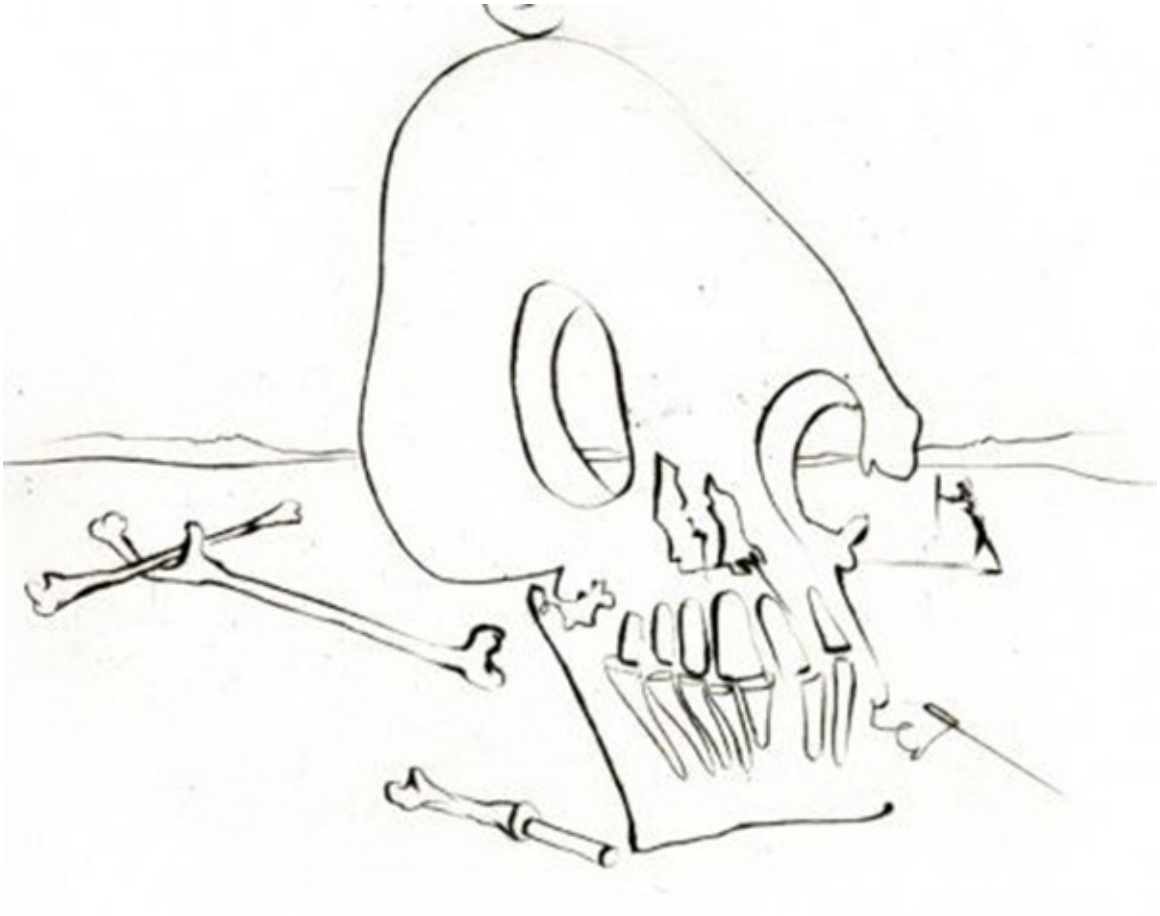


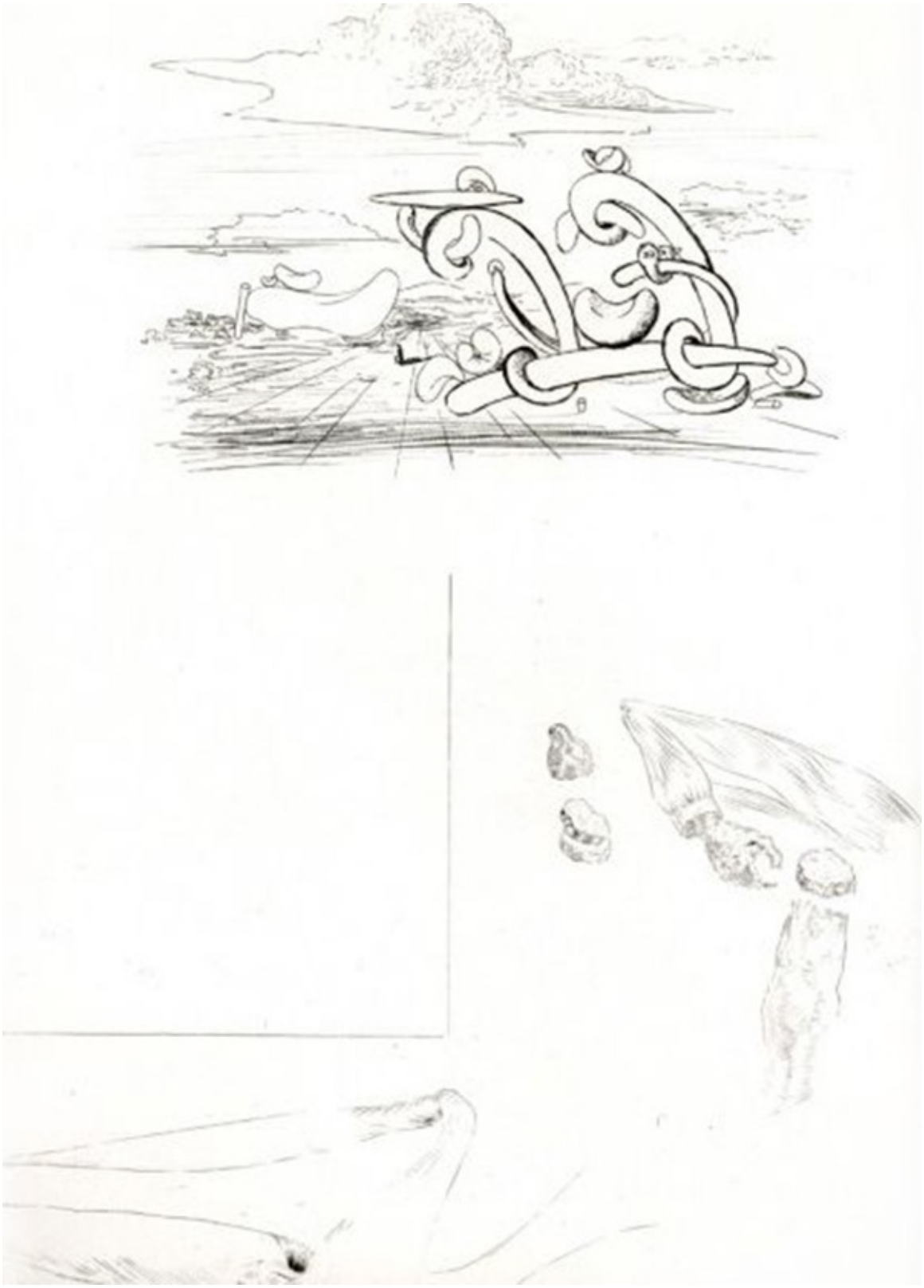


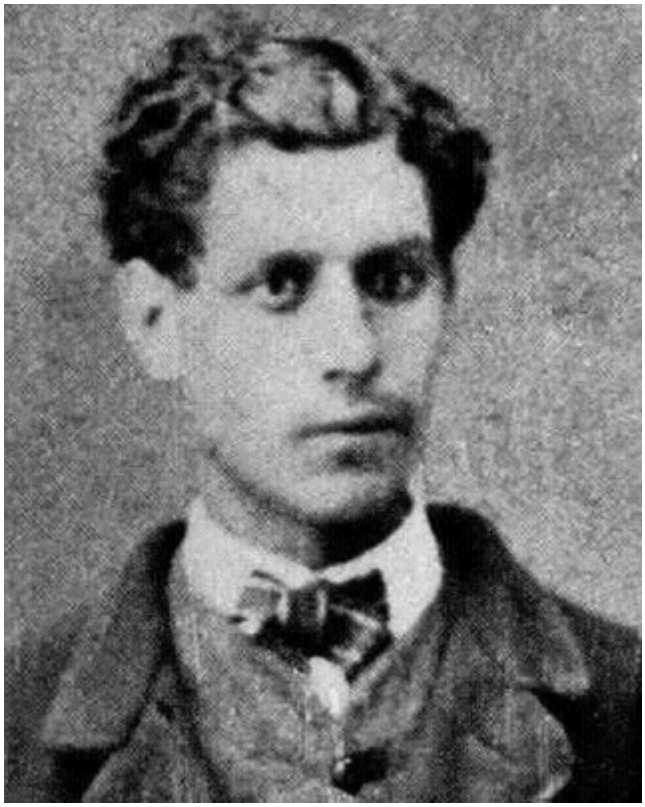












ISIDORE-LUCIEN DUCASSE, CONDE DE LAUTRÉAMONT (Montevideo, 1846-París, 1870), Poeta francés. Pasó su infancia en Uruguay, donde su padre era canciller en el consulado francés. Enviado a estudiar a Francia, fue alumno interno del Liceo de Tarbes, y en 1867 se trasladó a París con la intención de ingresar en la École Polytechnique, pero desde ese momento su vida ha quedado casi en la oscuridad, lo cual ha generado toda una leyenda que lo presenta como un personaje enigmático y extravagante. En 1869 publicó, ya bajo el seudónimo de Conde de Lautréamont, *Los cantos de Maldoror*, que no se llegaron a distribuir a causa del miedo del editor a posibles represalias. El contenido de la obra, un canto a la violencia y la destrucción como encarnación del mal, presentado a través de imágenes apocalípticas, la relegó al olvido hasta 1920, cuando los surrealistas la reivindicaron como un antecedente suyo. También publicó, con su verdadero apellido, un volumen de *Poesías*(1870).

Notas

[1] En la edición original del primer canto, publicada anónima, en lugar de la frase que comienza: «*Oh pulpo de mirada de seda*», figura la siguiente: «… *Ah, Dazet, tú cuya alma es inseparable de la mía. Tú, el más bello de los hijos de mujer, aunque todavía adolescente, tú cuyo nombre se parece al mayor amigo de la juventud de Byron; tú, en quien residen noblemente*…». (N. del T.).<<

[2] La frase que comienza: «*Te agradezco, ¡oh rinolofo!…*» aparece en la edición original del primer canto así: «*Que me aparten este ángel consolador que me cubre con sus alas azules. Vete, Dazet, para que expire tranquilo. Pero desgraciadamente sólo se trata de una enfermedad pasajera, y siento, con disgusto, que retorno a la vida*» (aquí concluye la estrofa). (N. del T.). <<

[3] Esta estrofa está presentada, en la edición original del primer canto, en la forma gráfica de una escena de teatro (N. del T.). <<

[4] La frase que comienza: «¡*Oh piojo venerable*!»…, en la primera edición aparece cambiada así: «*Dazet, un día dijiste la verdad; yo no te amé, puesto que ni siquiera siento reconocimiento hacia este hombre. Fanal de Maldoror*…» (N. del T.). <<

[5] Todo este comienzo está suprimido en la edición original del primer canto; esta estrofa aparece allí como un diálogo entre Maldoror y Dazet, y comienza directamente por «Hombre», etc. (N. del T.). <<

[6] En la edición original del primer canto en lugar de «sapo» dice «Dazet», y siguen diversas variantes en el texto. (N. del T.). <<

[7] En la edición original, en lugar de «sapo» aparece «Dazet». (N. del T.). <<

[8] En lugar de «ácaro sarcopte», en la edición original figura «Dazet», (N. del T.). <<

[9] Variedad de petrel con el plumaje en forma de tablero de ajedrez. (N. del T.). <<

[10] Alusión a Linneo, que al clasificar al hombre comienza diciendo: «No es ni una piedra ni una planta, es, por lo tanto, un animal.» (N. del T.). <<

[11] Toda la descripción del vuelo del estornino está tomada casi literalmente de la «Enciclopedia» del doctor Chenu, así como otras descripciones de animales en este canto. <<

[12] «Papier non mâché», dice el original. (N. del T.). <<